UN THRILLER DE MISTERIO, RIVALIDAD, AMOR Y MUERTE

ASESINATO EN EL RALLY COSTA BRAVA

RICCARDO BRACCAIOLI

Riccardo Braccaioli

Asesinato en el Rally Costa Brava

First published by BRACCAIOLI 2021

Copyright © 2021 by Riccardo Braccaioli

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

This novel is entirely a work of fiction. The names, characters and incidents portrayed in it are the work of the author's imagination. Any resemblance to actual persons, living or dead, events or localities is entirely coincidental.

Depósito legal: 2108218817651

Depósito legal portada: 2108228823727

First edition

Proofreading by Ana Vacarasu
Cover art by Dessiree Perez SD
Advisor: Inma García

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com

A Ana, Dessiree e Pablo, per materializzare e guidarmi in un sogno fatto realtà.
Ai miei genitori, per aver creduto in me dal primo momento e avermi appoggiato nel mio cammino di scrittore.
Al mio faro, Inma, per essere la compagna di vita che tanto avevo invocato.
A te, che leggi questo libro …e fai che tutto sia possibile.

En memoria de esos campeones
que dieron la vida
para su mayor pasión.

Rally Costa Brava

El **Rally Costa Brava** es una competición de rally desarrollada anualmente en la Costa Brava (España) desde el año 1953 hasta 1987, y luego nuevamente desde 2005. Es una prueba puntuable para el Campeonato de Europa de Rally y el Campeonato de España de Rally. Entre 1988 y 2004 no se celebró, al fusionarse con el Rally Cataluña, pero en 2005 regresó al calendario nacional e internacional.

Es considerada una de las pruebas más bonitas y emblemáticas del panorama automovilístico. En particular, el tramo entre Sant Feliu de Guixols y Tossa de Mar la carretera más espectacular **y, sobretodo, más peligroso del mundo del rally.**

PERSONAJES PRINCIPALES

BRUNO MALATESTA: Director deportivo de AOLAR Porsche Racing Team

JEAN DE LA CRUZ: Piloto de la Escudería AOLAR Porsche Racing Team, corre con un Porsche 911 GT3 blanco y rojo, empresario, alias el francés.

CLAUDIA RIVERA: Empresaria, dueña de una marca de moda, afincada entre Madrid y París.

ALEX: Un joven mecánico, transformado por su mentor en algo más. Sufre de desdoblamiento de personalidad.

MARC NERÓN: El emperador. Empresario, rival de Jean, corre con un Porsche 911 GT3 negro mate.

MANEL FONTAINEBLEAU: Copiloto de Jean.

JORDI ROCA: Inspector de policía de los Mossos d' Esquadra.

JESUS DE LA CRUZ: Padre de Jean.

CATHERINE: Madre de Jean

JAUME: Agente de los Mossos d' Esquadra

JUSEP: Director del Rally

JUAN: El responsable del tramo de Sant Feliu a Tossa

DENNIS FERNÁNDEZ: Guardia de seguridad del evento.

1

16:00
Sant Feliu de Guixols,
hora cero

Volvió a entrar en el habitáculo, todo estaba listo.

La preocupación se podía cortar con un cuchillo. Llevaban todo el fin de semana con esa niebla emocional que les oprimía dentro del coche. El sexto sentido les lanzaba mensajes como flechas, pero ni una sola había dado en el blanco para que entendiesen lo que les estaba esperando. Nadie se podía imaginar lo qué les estaba esperando. Nadie hubiera sido capaz de entender esos mensajes que el futuro les enviaba hacia el presente. Todo era en vano. A pesar de lo que sentían, seguían adelante. Seguían el guion de ese fin de semana de carreras. A pesar de lo que ellos podían intuir, o quizás ni siquiera imaginar, habían venido a ganar. Ni excusas ni dilaciones, el objetivo era ganar el campeonato de Europa de rally sobre asfalto.

La tarea no era fácil, se lo jugaban todo a una carta en el Rally Costa Brava. La última etapa del año.

El campeonato de aquel año, luchado como siempre entre Jean y Marc, había sido extenuante. Competido a cada rally, a cada curva, a cada segundo, a cada tramo. La rivalidad entre ellos dos no bajaba con los años, sino que se iba acentuando cada día más. Eran los protagonistas de las pistas de aquellas épocas. Si no ganaba uno, ganaba el otro. Eran los dos antagonistas por excelencia. Los libros de historia los recordarían cómo el Ying y el Yang de las pistas de rally. El bueno y el malo. La kriptonita contra la dinamita. El guapo y el más guapo. El orgulloso y el vengativo. La sed que tenían de competitividad solo conseguían aliviarla en el momento que levantaban la Copa, ganando el rally delante de su ancestral enemigo. Sin embargo, en el momento que la bajaban, volvía a presentarse esa irrefrenable sed, que solo sabían saciar en el momento que levantaban la siguiente Copa.

Entre ellos dos era una eterna carrera hacia el éxito. No había tregua. No había tiempo para saborear los éxitos y los logros. Eran el Coyote y el Correcaminos en todo lo que hacían. En un rally uno era el Coyote y en el otro rally era el Correcaminos. Era una extrema dualidad. Una competitividad insana, nacida de cuando eran niños, en los karts. Desde tempranas edades se habían encontrado en las pistas juveniles. Desde allí, cuando, aún sin equipo y más importante, sin ser nadie, competían haciendo ellos mismos de mecánicos y de pilotos. Justo en las ligas donde tenían que aprender la humildad. Uno de los dos aprendió solo la venganza, la envidia, y por consecuencia una sistemática competitividad nociva.

A cabo de tantos años se volvían a encontrar allí, coche contra coche en fila india esperando para salir al ruedo.

Era la última carrera de ese año. Iban empatados en puntos. El que ganaba la última prueba iba a ser proclamado como campeón de España sobre asfalto.

Los dos protagonistas llevaban la terminología de competitividad hasta los niveles más extremos. Conseguían los coches más radicales, potentes y caros para esa disciplina sobre asfalto. La perpetua búsqueda de ese factor, de esa pieza, de esa estrategia más competitiva para hacerles ganar. Los dos habían elegido de una forma tácita el mejor coche para el ardiente asfalto, un Porsche 911 GT3 RS Cup. La versión más potente del mítico coche alemán. Un animal salvaje de 500 caballos de potencia, con tracción trasera, aligerado hasta la mínima esencia para poder ser híper rápido. Un animal con un ADN de carreras, solo apto para personas con ADN de pilotos. Para personas a las que les gusta la velocidad y las emociones radicales. Los dos no miraban a gastos, solo miraban ser el más competitivo, con solo un objetivo: ganar.

Las dos bestias pardas se encontraban en cola, a punto de salir al tramo cerrado al tráfico que tenían delante. Marc Nerón salía primero, el año anterior había conseguido la mejor posición en ese mismo rally. Su Porsche de color negro mate y con el patrocinio de su holding empresarial, delataba un ánimo oscuro, casi el lado oscuro de la competición. Vestido con mono y casco negros, Marc intimidaba a todos los otros concursantes.

Los dos enormes tubos de escape en la parte posterior del Porsche emitían el rugido de los caballos enjaulados en el motor, impacientes de salir a descargar toda su ira en las ruedas a contacto con el asfalto. Como dos ollares de la bestia, sacando el vaho del reposo antes de liberar toda su energía en el ruedo.

Marc estaba listo para salir. No se había movido de su asiento. Detrás, en segunda posición se encontraba el coche de Jean, con el

numero veinticinco. El piloto acababa de entrar en el coche. Era Jean De La Cruz. El legendario Jean De La Cruz. También conocido en el mundillo como «El francés». Para los amigos y su equipo era Jean, a secas. El paladín de las carreras. Un Gentleman Driver respetado y admirado. Una vida dedicada a los negocios, los viajes y las carreras. Conduciendo los mejores coches, rodeado de mujeres y de la *bella vita*. Una vida perfecta, aparentemente. Envidiada, pero no plena. Todo esto hasta ese fin de semana, cuando su sexto sentido le estaba jugando una mala pasada.

Conducía un Porsche igual al de Marc, no podía ser menos. La rivalidad no era un objetivo, sino un camino. Su coche era de color blanco y rojo, con la publicidad de una de sus empresas, AOLAR Patrimonios, el ramo de Real Estate que tenía.

AOLAR había sido el sueño de su padre, que le había hecho prometer en su lecho de muerte que llevaría a cabo ese proyecto. Ese último sueño tan importante para él y que no había conseguido hacerlo en vida. El padre, de orígenes gallegas, había sido un gran empresario. Sin embargo, se había quedado con la espina de ese negocio y Jean lo había cumplido. Era tan orgulloso de haberlo conseguido, que lo quería enseñar a todo el mundo. En todas las partes de Europa a donde iba, allí estaba, uno de los coches más rápidos enseñando los colores y el proyecto de su padre. Como si hubiera deseado que, si su padre se hubiese reencarnado, lo pudiera ver. Como si allá donde estuviese, lo estuviese viendo, que no se había olvidado de su promesa, ni de su padre.

Rojo y blanco. Rojo por el linaje De La Cruz, empresarios de generaciones. Rojo pasión, vida y carácter. Blanco por el fondo de la bandera de Galicia, su tierra natal.

El piloto siempre iba impoluto, elegante hasta en las ocasiones más incómodas. Llevaba un mono de carreras de los mismos colores del coche. Cuerpo rojo, con los brazos y costados blancos. En el centro del pecho llevaba bordada la marca de AOLAR, no al azar o por vanidad, sino para sentir a su padre cerca, como si le protegiese, le acompañase. El casco blanco e integral, con la visera siempre bajada y casi oscura, debido a sus ojos claros.

Se encontraban en la prueba especial de Sant Feliu de Guixols a Tossa de Mar. El tramo cerrado al tráfico entre estas dos poblaciones de las Costa Brava.

Los ánimos estaban candentes, no podían fallar ni una curva, había demasiado en juego. Se jugaban el honor. El respeto de todo el gremio en el que estaban compitiendo. Corrían para la inmortalidad. Sobre la mesa había una cantidad de dinero ingente, para demostrar una vez más, que uno de los dos era el mejor. Tenían que conducir hacia la perfección.

Marc había conseguido levantar cuatro veces la corona de mejor piloto del año. Las mismas que Jean. Se encontraban en un empate técnico en el que ese rally tenía que marcar la diferencia entre el mejor y el otro. El otro llegaría segundo, pero como ellos decían, el segundo es el primero de los perdedores. Iba a determinar quién de los dos era el mejor piloto después de tantos años. Esa carrera en la Costa Brava iba a confirmar de una vez por todas el rey de esa época tan competitiva. Jean, desde luego no quería estar por detrás y comer el polvo de su rival. Y este habría hecho cualquier cosa para ponerse primero en esa personal competición que llevaban desde hacía años.

Manel era el copiloto de Jean, el escudero perfecto, el que era sus ojos detrás de las curvas. Se conocían desde hacía muchas temporadas. La sincronización que tenían era similar a un reloj suizo. Sin que Jean pudiese hablar, por los gestos y la vibración de la energía que emanaba, Manel sabía qué le pasaba.

El piloto había vuelto a entrar en esa jaula con cuatro ruedas. Manel llevaba todo el fin de semana notando una energía extraña, diferente a la habitual. Se giró hacia el piloto y le preguntó si estaba bien, con miedo de molestarlo. El piloto se giró abruptamente, casi sorprendido que le hablaba antes del tramo. Levantó el brazo enseñando el pulgar y se volvió a girar. La visera oscura impidió ver la expresión de la cara, por si era forzada o incluso falsa.

Era la primera vez que estaba muy preocupado. Se daba cuenta que había un Factor X que no dominaba, no podía apuntarlo en su libreta para tenerlo identificado como un peligro en la carretera. Se encontraba delante de algo nuevo, una sensación extraña que, si no hubiera desarrollado un crecimiento personal seguramente los nervios le habrían podido. Estaba intranquilo. Manel sentía que al piloto le turbaba algo. Llevaba varios días con esa sensación. El día anterior habían tenido un susto como nunca lo habían tenido. Pero estaban allí, el escudero fiel y uno de los mejores pilotos que España había criado. Habían ido a ganar. Ese era el fin y era lo que tenían que pensar y a lo que concentrarse. El resto eran simples impresiones, vocecitas que salían de algún lado del cerebro, que había que taparlas.

Se acercaban las cuatro de la tarde, hora a la que el primer coche tenía que salir a recorrer el primer tramo de la carrera. La fila de coches iniciaba con Marc, Jean y Manel en el segundo lugar y un sinfín de coches por detrás que continuaban hasta perderse detrás de una curva. Todos quietos, todos impacientes para salir hacia uno de los trayectos más bonitos del panorama mundial de los rally-s. Estaban delante de la Meca, del Santo Grial de ese deporte.

Una de las carreteras con más curvas de todo el mundo. Un trayecto de 20 km a 100 metros sobre el nivel del mar, que recorrían

cruzando una postal de ensueño a toda velocidad. A la derecha tenían una montaña de roca viva y árboles de vegetación mediterránea. A la izquierda, un acantilado a pico sobre el mar. Antes de este, en medio del arcén de gravilla había un pequeño muro, poco más alto que un palmo e igual de ancho. Durante todo el trayecto, la montaña de la derecha y el mar de la izquierda decoraban una de las carreteras más bonitas del mundo y a la vez una de las más peligrosas. La adrenalina que desprendía correr en esa postal de la Costa Brava hacía esa dualidad de peligrosidad y belleza, adictiva a todos los concursantes.

Se acercaba la hora del pistoletazo de salida.

El coche de Marc se encontraba debajo de la carpa de color amarillo de la organización. Su copiloto había entregado el carnet de ruta, documento en el que se apunta el paso por todos los tramos del rally, confirmando la hora de salida.

Marc estaba apretando el freno, listo para salir. Como en una nave espacial, la fina línea de leds del freno atravesaba todo el posterior del coche, de punta a punta. La última versión del Porsche GT3 parecía venir directamente de «*Star Wars*» y él como si fuese el mismísimo Darth Vader. Las luces led en los laterales a forma de triángulo, la línea continua roja debajo de un alerón gigantesco, todo parecía estar a punto de despegar.

El comisario de la derecha le había devuelto el documento confirmando su salida a la hora prevista. A la izquierda del coche, un reloj marcaba la hora exacta de la salida. Otro comisario, de pie delante del cristal de Marc, le indicaba con unos gestos de las manos cuánto faltaba para salir. Los ánimos se estaban calentando. De los ollares empezaban a salir chorros de vaho delatando el manoseo de la bestia. Los escapes de competición dejaban salir el brutal sonido del coche, con una elaboración de altísimas prestaciones que llevaba debajo del capó.

El comisario extendió el brazo izquierdo encima del cristal, justo delante de Marc, levantando el pulgar, el índice y el medio, indicándole que faltaban tres segundos. Retirado el pulgar, indicaba que faltaban dos segundos. Retirado el mediano, un segundo para salir y finalmente cerrado el índice, significaba que Marc podía arrancar e iniciar la prueba especial. El coche de Marc arrancó rápidamente coleteando debido a los neumáticos fríos. Rápidamente cogió velocidad y la silueta negra desapareció detrás de las curvas cerradas.

El coche número veinticinco, en segunda posición, al ver que el de delante había salido, se apresuró a ponerse debajo del pequeño toldo amarillo esperando el turno para salir. Después de un minuto exacto de la salida de la astronave negra, el comisario hizo los gestos de su mano marcando los tres segundos que faltaban, dando luz verde a que el coche de Jean saliera.

La astronave blanca y roja engranó la primera marcha y liberó los 500 caballos en los neumáticos fríos derrapando, hasta que a unas décimas de segundo traccionó a toda velocidad. Había iniciado el tramo más bonito del rally. Instantáneamente, al arrancar la bestia, Manel empezó implacable a indicar las curvas que se iba a encontrar el piloto, como si se hubiese accionado automáticamente la voz de un GPS.

A los pocos metros de salir de la carpa amarilla, el coche se encontró unos primeros kilómetros repletos de pequeñas curvas que no le permitían coger la máxima velocidad que podía erogar esa máquina de guerra blanca y roja.

La adrenalina se disparó como inyectada automáticamente en gran cantidad tanto en el piloto como en el copiloto.

De golpe, la suave temperatura de esa época del año se había convertido en un calor infernal dentro del habitáculo. El calor y el sudor habían asaltado a los dos deportistas.

El coche, controlado por el experto piloto que conocía ese Porsche por la cantidad de kilómetros recorridos juntos y con las precisas indicaciones que daba su fiel copiloto, iba casi rozando la montaña en la parte derecha y cerrando las curvas en la parte izquierda hacia el pequeño muro que delimitaba el barranco.

El calor iba subiendo en el habitáculo, igual que la temperatura de los neumáticos que empezaban a chirriar a cada viraje qué hacía la bestia.

Manel, implacable en sus explícitas indicaciones empezaba a tranquilizarse y volver a coger esa seguridad que tanto le caracterizaba, viendo que el coche y su amigo Jean iban finos en afrontar esa difícil, y al mismo tiempo maravillosa carretera de curvas.

Acabadas esas primeras curvas, el tramo cogía el único rectilíneo que había en ese tramo especial. Un único kilómetro casi recto, dividido por tres partes. Una primera recta de unos trescientos metros, después una dulce curva a la izquierda casi a la mitad, para afrontar con la quinta marcha a fondo. Seguían por otros doscientos metros, después una curva más pronunciada a la derecha para afrontar con la marcha cuarta y, por último, doscientos metros antes de una curva muy estrecha a la derecha, que iniciaba otra vez la verdadera carretera de curvas.

Llegado el coche a la recta, entregó toda la potencia a las enormes ruedas traseras que llevaban el coche hasta los 150 km por hora antes de la pequeña curva de la izquierda, donde Jean frenó suavemente para cogerla en quinta a fondo y luego, justo pasaba otra vez el pie del gas hasta el fondo. Los 500 caballos empujaron el vehículo hasta antes de la segunda curva a tocar los 220 km por hora.

Manel indicó al piloto que después de esa pequeña recta venía una

curva algo cerrada, para reducir la velocidad del coche hasta la cuarta. Pasados unos segundos, vio que el piloto no frenaba y se estaban dirigiendo a toda velocidad hacia la curva. El copiloto, invadido por un ataque de miedo, vio acercarse la curva a una velocidad exagerada. Le repitió rápidamente la indicación de que se estaba acercando a la curva y que tenía que frenar. Concentrado en su libreta y en la carretera y viendo que el coche no reducía la velocidad, instintivamente giró la cabeza para mirar el piloto.

Este estaba reaccionando como si hubiera perdido el control del coche. Con los brazos rígidos sujetando el volante, y las piernas que iban de arriba abajo en los pedales. Manel entendió que algo iba mal, que algún mando había dejado de funcionar. Se quedó sin aire, de golpe le subió el nivel de ansiedad. Pronto, el piloto dejaría de tener control sobre el coche. Entonces giró la cabeza para ver cuánto quedaba antes del impacto controlando la curva, lanzó la libreta y cruzó los brazos en posición de momia.

La amenaza de un peligro inminente le hizo entrar en pánico. Cerró los ojos. Nunca había estado en esa situación. Esperaba que fuera un sueño, pero todo apuntaba que no lo era. Se encogió con la mínima respiración esperando el impacto, con los ojos cerrados. Se preguntaba por qué estaba allí y no en casa jugando con sus hijos. Su pasión era la respuesta, pero ese era un precio demasiado alto. Oía el Porsche que seguía acelerando en lugar de frenar, hasta que dejó de escuchar nada. El pánico le encerró en su parte más profunda del consciente. Empezó a ver escenas de su vida, que pasaban una detrás de otra, las más importantes, como si fuera en el cine. Luego quedó en un gusano del tiempo en medio del espacio.

El Porsche de Jean intentó afrontar la curva a la velocidad que iba. La habilidad del piloto hizo coger la curva de la mejor manera posible. No obstante, el lado derecho del coche chocó contra la curva a toda velocidad, rebotando en un trompo hacia el lado izquierdo, tocando la parte trasera del coche en el muro de contención, haciendo que empezara a dar vueltas de campana y chocando repetidas veces contra el muro y contra la pared de la derecha, como si fuera una pelota en un Pinball.

Al primer impacto, Manel dejó de escuchar el motor. Primero el silencio, luego un pitido ensordecedor fue la banda sonora de esa desgracia que estaba viviendo. Estaba encogido en su asiento de copiloto, en pleno pánico, con los ojos cerrados y sacudido como en las atracciones de feria. Golpes secos de un lado al otro, luego volteretas de arriba abajo. Con cada golpe se asustaba más, desconociendo si estaban cayendo por el barranco o seguían por la carretera. Había perdido el sentido de la orientación. Estaba invadido por el más puro terror. Solo pensaba en volver a ver su familia. Luego

se desmayó.

Después de varias vueltas de campana y habiendo perdido muchas piezas por el camino, el vehículo, finalmente se colocó encima del muro en un peligroso equilibrio. La bestia magullada después del choque inevitable por la altísima velocidad, se había quedada apoyada en posición recta encima del muro de contención. El coche estaba en un terrible y perfecto equilibrio. Mitad sobre el asfalto y mitad sobre el barranco. La buena fortuna había hecho que no se encontrara ningún espectador en la trayectoria del accidente.

Todo estaba perdido. Habían tenido un accidente catastrófico, pero el coche les había protegido, encapsulados en su jaula. Manel, estando en la parte derecha del coche, era el que menos golpes había recibido. Con un pitido en los oídos, con niebla en los ojos, al cabo de unos minutos se volvió a incorporar, recuperando los sentidos.

Lo primero que se preguntó fue dónde se encontraba. Una vez que se dio cuenta que estaba dentro del Porsche con el parabrisas hecho añicos, entendió que era verdad, no era un sueño, habían sufrido un accidente. Lo primero que hizo fue comprobar si él mismo estaba intacto o había sufrido alguna herida. Se encontraba bien. Tenía el cuerpo magullado, pero no había sufrido ninguna herida. El cuerpo casi no le respondía, acababa de recibir un impacto similar a la embestida de un tren.

Entonces, enseguida notó que había un olor a queroseno que salía del depósito de competición del coche. Ese olor era el peligro más grande después del accidente, la situación podía solo empeorar. Entonces levantó la mirada y volvió a mirar al piloto para ver en qué condiciones se encontraba. Jean estaba con la cabeza inclinada hacia abajo, sin sentidos, con los brazos aflojados y sin fuerzas, desmayado por el fuertísimo impacto. Manel se liberó de los cinturones de competición que le habían salvado y mantenido sujeto al asiento. Intentó reanimar al piloto para que recuperase los sentidos.

—¡Jean, despierta! ¿Me oyes? ¡JEAAANNN! —gritaba casi sin oírse, por el fuerte pitido que tenía en el oído.

El olor a gasolina iba aumentando por momentos. Acababan de repostar y el depósito estaba lleno a rebosar. Era una bomba de relojería. El aire en el habitáculo se había vuelto irrespirable. Tenía que actuar rápido.

—¡JEAAAN, por favor contéstame! ¡DESPIERTAAAAA, por favor!

Tenía que sacar rápidamente a su amigo de ese coche, antes de que la situación pudiera empeorar. Sentado en su asiento no lo podía conseguir. Optó por abrir su puerta y desprenderse del coche chafado, con la intención de sacar por la otra puerta a su amigo. Sin embargo, el destino tenía previsto otro final para el piloto, que Manel se estaba empeñando en cambiar. En el momento en el que salió del vehículo,

éste perdió el equilibrio, el mismo que el segundo ocupante le estaba dando. La bestia empezó a tambalearse encima del muro, y antes de que el superviviente se diera cuenta, acabó con el morro inclinándose hacia delante, empezando a bajar hacia el mar, barranco abajo.

—¡NO, NO, NOOOOOOO! —gritaba intentando agarrar el coche que se estaba moviendo delante de sus narices y bajando—. ¡POR DIOS, NOOOOO!

Por poco no fue arrastrado él también por intentar agarrarlo.

El pobre copiloto, con los ojos desorbitados por no creer lo que estaba pasando, empezó a gritar en vano para que alguien le ayudase.

—¡SOCORROOOOOO, que alguien me ayudeeeeee! —gritaba girándose a su alrededor para ver si alguien podía hacer algo.

El Porsche blanco y rojo de Jean ya estaba dando vueltas de campana entre árboles y piedras, hasta llegar al fondo del barranco y casi tocar el mar. Manel estaba desesperado. Se encontraba solo en esa carretera de curvas considerada el paraíso de los pilotos, que en ese momento se había convertido en un infierno para los dos participantes. Ese final, nadie se lo hubiera imaginado.

La bestia ya magullada por el accidente en la carretera se había desplomado por el barranco dónde acababa de tener un final inesperado. El depósito de queroseno de competición había acabado de ceder con esa última caída. La gasolina ya había llegado a la batería e inevitablemente convirtió la bestia de velocidad en una bestia del infierno. Una trampa en llamas, con el piloto inconsciente atrapado dentro como en una jaula. El espectáculo deportivo se había convertido en uno macabro. Manel, desde las alturas observaba el espectáculo que jamás se había imaginado de asistir. Lo que era el deporte y su gran pasión, en un abrir y cerrar de ojos se había convertido en una trampa mortal que no conseguía explicar.

No conseguía entenderlo.

No conseguía asimilarlo.

—¡SOCORROOOO, QUE ALGUIEN ME AYUDEEEEEEE! —gritaba a pleno pulmón, pero en vano. Con lágrimas de incredulidad, con lágrimas de ira.

Estaba magullado pero ileso. Observaba cómo el compañero de una vida, el compañero de tantas aventuras estaba siendo carbonizado bajo sus ojos de espectador privilegiado y maldito. Arrodillado en el arcén, con los puños apoyados sobre el muro y la cabeza bajada en signo de rendición, seguía con el casco puesto. La condensación de las lágrimas dentro del casco le estaba creando una ligera cortina de vaho en la visera. La desesperación de un hombre salvado de un destino cruel.

Se había salvado, pero ¿a qué precio?

El rencor de haberse bajado y arrojado así el coche con su amigo

dentro, le estaba estrujando el abdomen. El remordimiento de lo que acababa de hacer lo estaba devorando vivo. Tenía que haber muerto con él, los dos juntos como siempre, como en todas las carreras… Pero no, había sido cobarde, había bajado del coche. Se había equivocado. Bajando le había empujado al infierno. Se estremecía de dolor por lo que acababa de hacer. Lloraba desconsolado por la intolerable acción cometida. Se estaba horrorizando. Se repudiaba, se avergonzaba de haber fallado a su amigo, a Jean, el grande Jean De La Cruz.

Respiró a pleno pulmón todo el aire que pudo y gritó como si pudiera cambiar las cosas:

—¡NOOOOO, PERDÓNAMEEEEE, JEAAANNN!

Un grito de desesperación, de incredulidad.

Lloraba afligido por el dolor, por el error que acababa de cometer.

El llanto consternado del copiloto se vio interrumpido por una mano que le tocó la espalda. Era un enfermero de la ambulancia. Una voz lejana, borrosa, y que en medio de todo ese caos que acababa de suceder, no entendía lo que le decía.

—¿Se encuentra bien? —repetía una y otra vez el enfermero con la mano encima de la espalda y bajándose a la altura de Manel que estaba arrodillado—. ¿Tiene alguna herida?

En poco menos de cinco minutos después del accidente, la zona donde el coche estaba ardiendo con virulencia se había llenado de público que estaba por la zona, la ambulancia que se encontraba al inicio del tramo y el coche del comisario de carrera. Los médicos, incapaces de hacer nada, solo podían permanecer como espectadores de uno de los accidentes más aparatosos que había pasado en ese tramo.

Entre lágrimas y preguntas del enfermero, Manel solo se preocupaba de su buen amigo, que estaba allí abajo, ardiendo dentro de su Porsche. No sentía su dolor físico, su mente estaba concentrada en el piloto que se estaba carbonizando.

Entonces empezó a decir cosas sin sentido, en pleno shock:

—¡MI AMIGOOO! —gritaba desconsolado entre sollozos—. ¡Por el amor de Dios, ayudadle a él! ¡Está dentro del coche! ¡Está ardiendo, ¡POR FAVOR, AYÚDENLE! Mi amigooooo —seguía en su llanto.

La columna de humo negro subía con voraz velocidad, cómo si un telón de un escenario hubiera cerrado ese inicio de carrera que había presagiado algo oscuro. El escenario de tantas carreras y tantas alegrías, ese había materializado simplemente las siniestras intuiciones que habían tenido los dos deportistas.

El viento iba cambiando. La columna de humo negra como el alquitrán invadió la carretera donde estaban las fuerzas de emergencia y el copiloto. El fuertísimo olor a plástico quemado y del caucho de los neumáticos se hizo insoportable para los espectadores del grotesco

espectáculo. Hasta que el viento cambió otra vez y dejó despejada la vista al infierno de debajo.

Ya no podían volver atrás.

Ya no tenían la ocasión de poder escuchar esos mensajes que enviaba el destino.

El coche ya carbonizado en el fondo del barranco, casi tocando el mar de color turquesa de la Costa Brava, era el resultado de lo que había presagiado. Cuando el destino lanza mensajes y no lo escuchamos, en muchas ocasiones pensamos que estamos locos. Hasta que algo pasa y nos damos cuenta de que teníamos que haber escuchado esos mensajes.

Ya sin casco, Manel se preguntó si estaba soñando, si estaba en medio de una pesadilla… Pero sobre todo se preguntó ¿qué era lo que había fallado en la bestia?

2

10:00
Circuito de Karts, Benicasim,
muchos años antes

La semilla de la rivalidad

Todo tiene un inicio.

En algún lugar del pasado siempre hay esa semilla plantada. Hay que buscarla. Hay que rascar en la línea del tiempo hasta dar con el embrión de lo que hoy tenemos. De allí nació todo. Todas las cosas buenas tómalas si las tienes hoy, en el pasado fue plantada una semilla que fue con el tiempo alimentada con atención, energía y sucesos.

La rivalidad entre Marc Nerón y Jean De La Cruz venía de lejos.

No se puede imaginar que una rivalidad, una competitividad tan feroz como la que había entre los dos naciera de la noche a la mañana. No. Llevaba mucho tiempo siendo cosechada.

Esto empezó hacía ya unos veinte años, cuando nuestros protagonistas se habían conocido en un entorno de deportividad, a priori sano, a priori de crecimiento, en las pistas de karts. Era el lejano 1990, en pleno boom económico. La precoz pasión por los motores que había nacido en los dos chavales había sido respaldada por los padres y por una bonanza económica que llevaban las familias.

El padre de Marc, un industrial de la zona de Madrid, con muchos negocios en varios sectores, era una influencia insana de competitividad y de falsos valores. De aspecto cuidado y siempre elegante, el señor Nerón tenía el pelo engominado hacia atrás, puro en la boca y una barriga tan grande que se hubiera tardado menos en saltarle que en darle la vuelta.

Alimentado por el ego y por la envidia, había enseñado a su hijo que con el dinero todo se podía hacer. Le había hecho creer que era el mejor de todos y que tenía que serlo para triunfar en la vida. No existían medias medidas, o ganabas, o eras un fracasado.

Jesús De La Cruz, el padre de Jean era otra cosa. Venía de un linaje de empresarios entre Galicia y Francia. Poseía mayoritariamente empresas dedicadas a la venta al por menor y una pequeña apuesta personal del señor De La Cruz por la informática, un *startup* con un socio mexicano en Madrid.

Jesús tenía una máxima importante para su hijo: primero la deportividad, luego la competitividad. Tenía que pasárselo bien. Había aceptado que su hijo practicase ese deporte para que aprendiese sobre todo los valores que te enseña el deporte. Porque en la vida necesitas resiliencia, disciplina y autodeterminación. Sin embargo, lo que no sabía era que iba a tropezar con dos piedras: la primera, que su hijo en ciertas ocasiones tenía un carácter influenciable por los acontecimientos de su alrededor; la segunda, que se iba a tropezar con la familia Nerón. Esto le traería dolores de cabeza y muchos aprendizajes.

Benicasim. Circuito de Karts del Levante. Una de las últimas pruebas del campeonato de España Under 16, prueba puntuable para el campeonato.

Una de las pruebas más bonitas de la lista del campeonato. Un circuito muy largo y exigente. Ubicado en las costas del Levante, en algunas curvas podías ver al horizonte el azul precioso del mar Mediterráneo.

A pesar de tener mucho dinero, el señor De La Cruz había optado por ahorrar en el transporte. Llevaba con su coche particular el kart de su hijo y había optado por no tener mecánicos que le ayudasen. Quería que el chico aprendiese los valores reales de ese deporte. Aunque tenía todo el dinero que necesitaba, iba ahorrando en todos los aspectos del deporte de su hijo. Tanto que había optado para poner el kart encima de la vaca de su coche como muchas más familias humildes que iban justas económicamente para hacer felices a sus hijos.

Era un precioso domingo de un fin de semana de abril. Con un aire efervescente y un sol casi de verano, el ambiente del circuito era el escenario perfecto para seguir con esa lucha constante en la clasificación de los dos pequeños centauros. El sábado habían tenido tiempo para hacer la vuelta rápida y determinar quién salía primero el día de la carrera. La alineación definitiva se había compuesto de la siguiente manera: primero un chico de Valencia, que jugaba en casa, en el segundo puesto Jean De La Cruz, y en tercer lugar Marc Nerón.

Los ánimos estaban muy calientes y no debido al sol levantino.

A las 10:00 de la mañana, la familia De La Cruz estaba preparando en su box la estrategia de la carrera y repasando los últimos detalles mecánicos del pequeño bólido. Jesús intentaba dar el máximo apoyo

moral a su hijo y entraban hablando de detalles referentes a cómo afrontar la carrera.

—Hijo, mira esa curva —dijo el padre con aire concentrado y señalando con el índice la primera curva—. Piensa que sales segundo, entras por la parte sucia de la primera curva. Tienes que ir a conseguir meterte paralelo al primero, intentando acercarte a él por la parte externa de la primera curva, para tener posibilidad de adelantarlo a la segunda en la zona interna.

—Lo sé, papá —dijo el chico, ya cansado de oírlo repetir toda la mañana—, tengo que pasarle a la segunda curva. ¿Y qué hago con Marc?

Ese era el punto más importante de las carreras, no tanto el valenciano porque conocía mejor que nadie el circuito, sino Marc, que con un hambre voraz de ganar venía pisándole los talones con determinación.

Entonces el padre dejó de mirar el circuito, se giró hacia él, con su mano izquierda le cogió el hombro derecho y con su mano derecha el hombro izquierdo. Lo miró a los ojos como si le iba a decir algo muy importante, a lo que tenía que prestar mucha atención.

—Lo primero que tienes que hacer —le explicó en voz tranquila, pero acentuando la importancia— es que tú hagas tu carrera. Olvídate de los demás. Estás tú y la meta. Cuanta más importancia das a los demás y a lo que piensan, menos te focalizas en ti y en tu objetivo.

Se había creado un momento de intimidad y de emoción entre los dos.

El gallego era un buen padre, quería lo mejor para su hijo, pero intentaba que se lo ganase a pulso. Si algo quería realmente, lo tenía que conseguir sudando y dándolo todo.

—Yo sé qué te hace mucha ilusión ganar este campeonato —siguió el padre con un aire comprensivo—, pero lo más importante del campeonato es que tú estés satisfecho con lo que haces, sabiendo lo que has luchado para conseguirlo. Si sigues con estos esfuerzos que haces, no te preocupes, antes o después llegarán los resultados.

Jean lo miró conmovido. Como muchas veces, el padre le hablaba con el corazón en la mano. El propósito de esos momentos era que no se quedara en qué circuito corría o bien contra quién corría, sino que de cada carrera se llevara un aprendizaje.

Eran grandes enseñanzas, era consciente que le durarían toda la vida, pero las ganas de ganarle a su enemigo seguramente le habían podido frente a los consejos que le había dado su padre.

—¡Jo, ya lo sé, papá! —contestaba mirando hacia el suelo y un poco cansado de tantos consejos—, pero es que yo le quiero ganar. Me gustaría llevarme a casa el trofeo. Eso sí que me gustaría.

El padre, que entendía perfectamente las ganas del hijo,

simplemente añadía:

—Jean, tú sólo sal al ruedo y disfruta de las carreras. Ya verás como todo saldrá bien.

En ese momento había dos generaciones que chocaban, con la experiencia y los consejos del padre contra la energía y la impulsividad de la juventud. Después de ese momento de reflexión tenían que empezar a acercarse con el kart al puesto de salida. Una vez puesto el casco y vestido el mono de competición, llegó hasta la segunda línea vertical antes de la línea de salida.

Todos los concursantes estaban en sus puestos de salida, correspondientes a los tiempos que habían marcado el día anterior. Todo estaba listo. El sol de la Costa Blanca estaba calentando el ambiente y los ánimos de los pequeños pilotos.

Jean, con la visera bajada y las manos en sus pequeños guantes, apretaba fuerte el volante. Listo para salir, giró la cabeza algo más de noventa grados para ver a su rival. Allí estaba. Con su casco negro y un mono lleno de logos de patrocinadores. Cuando Marc se dio cuenta que le estaba observando, se giró y con la cabeza le hizo un gesto desafiante, casi de desprecio porque consiguió una mejor posición de salida. Ese gesto de soberbia era habitual en él.

Después de haber observado el gesto despectivo, se fijó en lo importante. Detrás de su adversario, en segundo plano estaba su padre, en medio de la muchedumbre, en las gradas, entre otros papás, apoyándole con el puño alzado, enviándole toda la fuerza que podía. En esa ocasión no se lo había dicho, pero sabía que su padre estaba muy orgulloso de él. Llegar primero era una manera clara de podérselo agradecer.

Los cuatro semáforos rojos se encendieron, era la señal de que tenían que estar preparados. Los pequeños motores empezaron a rugir y los jóvenes pilotos empezaban a notar la tensión para correr.

Se apagó la primera luz del semáforo, se quedaban encendidas tres. Jean se sentía enérgico a punto de salir. Sus dedos apretaban cada vez más fuerte el pequeño volante del kart al que tanto quería. Se apagaron dos luces. La tensión, al igual que el olor a gasolina quemada se estaba intensificando entre los pequeños concursantes. Se apagaron tres luces rojas de las cuatro. El pequeño rugido de los karts se intensificó aún más y se empezó a subir la temperatura de los motores y a borrarse la imagen del concursante que estaba delante.

Se apagaron las cuatro luces y arrancó la carrera. Jean quitó el pie del freno y apretó hasta el fondo el pedal del gas. El valenciano, contra todo pronóstico, salió como un rayo y a la segunda curva ya era casi inalcanzable.

“Eso es imposible, ese tío tiene que tener más motor”, se dijo a sí mismo.

Desconcentrado por la gran diferencia que le había sacado el primer concursante en pocas curvas, Jean bajó la guardia y se dejó adelantar por Marc a la mitad de la primera vuelta. Eso no era lo que se esperaba. La carrera había empezado justamente de la peor manera posible. Se sentía defraudado por sí mismo por cómo había iniciado, y toda la esperanza depositada en ese arranque de carrera se había esfumado con la misma rapidez con la que se enciende una cerilla.

En ese momento difícil le pasaron por la cabeza muchísimos pensamientos destructivos: “No eres tan bueno como pensabas, vas a defraudar a tu padre, Marc es mucho mejor que tú”, y muchos más hasta que recapacitó. Vinieron a su mente las palabras que le había dicho su padre antes de arrancar la carrera: “Jean, simplemente sal al ruedo y disfruta de la carrera”.

Así, con un cambio inesperado en el arranque de la carrera, hizo lo que le había dicho su padre y empezó a disfrutar. Cambiando el chip y viendo eso de otra forma, empezó a ganar terreno sobre el joven madrileño. Vuelta tras vuelta, iba ganando importantes segundos que hacían que lo tuviera cada vez más cerca. Todo el terreno que el otro le había ganado, poco a poco lo estaba recuperando, luchándolo segundo a segundo, curva a curva.

A la mitad de las vueltas de la carrera ya lo había alcanzado. Ya lo tenía cerca. Con unas pocas vueltas más, estaría preparado para superarlo con una entrada limpia. El pequeño centauro protagonista de la remontada del día, ya veía el triunfo que estaba deseando. Primero adelantaría al madrileño, después al valenciano y luego levantaría la Copa que tanto deseaba y se situaría en el peldaño más alto del pódium.

A la vuelta siguiente, se veía tan cerca que quiso precipitar el adelantamiento a Marc entrando por el interior en una curva a la derecha. No era la curva más adecuada tácticamente para realizar esa maniobra. Se había dejado llevar por las ganas de adelantarle y por la inexperiencia que caracteriza a la juventud. El resultado fue inesperado. El ego del corredor madrileño por no dejarse pasar cogió las riendas del volante y cerró aún más al piloto que le quería adelantar. Este, con la excesiva velocidad con la que venía y el peso del vehículo entrando en la curva, provocó un accidente.

Los dos karts se engancharon arrastrados por la inercia del que adelantaba, girándose en la curva y acabando fuera del circuito, en el césped. Inevitablemente los dos motores se apagaron. De una forma inesperada, por culpa del comportamiento inmaduro, sus carreras se habían acabado. Los dos pilotos estaban asombrados por lo que había pasado por una errata maniobra.

Marc empezó a sacar toda la ira, el ego y la anti-deportividad que tenía dentro.

Se catapultó fuera de su kart y fue a buscar enseguida al que había provocado el accidente. Este se había quedado sentado, incrédulo ante lo que había acabado de hacer.

Viendo que el otro piloto se estaba lanzando sobre él, hizo un salto y salió rápidamente de su kart. El madrileño se le puso delante de una forma desafiante cara a cara, dándole cabezazos casco contra casco, hasta que le cogió y le empujó al suelo haciéndole caer. El gallego no sabía cómo reaccionar. Estaba tan disgustado de su actuación en la pista que creía que lo que le estaba haciendo su rival era justo lo que se merecía.

—¡Eres un imbécil! —dijo Marc con toda su rabia—. No sabes conducir, no sé por qué te dejan competir.

Cuando empezó a gritar, el otro piloto se levantó y se puso a correr en la dirección contraria, buscando protección por alguna persona del circuito que podía estar cerca.

—¿Dónde escapas? ¡Eres un gallina! —le gritaba mientras él se estaba alejando—. Si te pillo te voy a dar de ostias. ¡Cabrón! ¡Eres un gallina!

El error de Jean había llevado al límite a su enemigo. Había cometido una imprudencia habitual en el mundo de los motores, esa maniobra no sería ni la primera ni la última en la historia de los motores. Sin embargo, había empujado a su rival haciéndole descubrir su verdadera naturaleza. Esa nefasta situación y el espectáculo que había montado el piloto madrileño les había hecho ganar una visita inesperada en el despacho del director del circuito, que era, ni más ni menos que el presidente del Campeonato de España de Karts.

3

13:00

Circuito de Karts, Benicasim,

muchos años antes

“Con la Iglesia hemos topado”.

Para el circuito de Benicasim, siendo uno de los circuitos más importantes del campeonato, se daba la casualidad de que estaba en el despacho el presidente de la Asociación de Karting de España. Un hombre de unos sesenta años, qué había pasado por muchas experiencias. Tenía una cara de buena persona, pelo y barba blancos, se parecía un poco al personaje Doc, el inventor loco de «Regreso al futuro». Era una persona con experiencia, tanto en competición como también organizando campeonatos para la federación española.

El despacho se encontraba en la parte más alta del edificio ubicado en el centro de la pista de los Karts. Desde sus ventanas se podían controlar todas las curvas del circuito, desde una posición privilegiada. El presidente, cuando estaba sentado en su despacho tenía además una perspectiva privilegiada. Por las ventanas de su izquierda veía toda la campiña de naranjos de Valencia y por la derecha, a pocos kilómetros se veía el mar. Un panorama poco habitual, lo que seguramente buscaría un escritor, porque permitía una concentración extrema.

Carlos, el presidente, era conocido como una persona justa y sobre todo muy sensata. Y exactamente lo que no podía tolerar en sus competiciones, era la falta de deportividad. Aquel día había tenido un espectáculo nefasto justamente en su casa.

Sonó la radio interna, era Carlos que llamaba a la caseta de los responsables de pista.

—¿Sí, jefe? —dijo uno de los chicos.

—¿Habéis visto el comportamiento de esos dos pilotos? —preguntó Carlos.

—Sí, los tenemos identificados, son el número 2 y el 25, De La

Cruz y Nerón.

—Avisadles a ambos que después de la premiación los espero en mi despacho, junto a sus tutores —comentó en tono severo y algo molesto por tener que pasar por esa desagradable situación en una bonita mañana de domingo.

En seguida uno de los chicos de la garita de control de la pista se levantó y se dirigió hacia los concursantes que acababan de ser separados. Los buscó entre los boxes y les comunicó el mensaje, a ellos y a los padres. No era una situación agradable, no era un plato de buen comer, ni para el emisor, ni para el receptor.

No se podía permitir semejante cosa. El presidente no podía permitir que dos chavales de diez años crecieran sin entender lo que era la competitividad sana y la deportividad que el mundo del deporte y en específico el de los motores, tienen de forma intrínseca.

No quería hacer una ejecución publica, pero la llamada de atención delante de los otros pequeños pilotos ya era un aviso público.

Una vez realizada la premiación, la misma en la que los dos pilotos confiaban estar en el pódium en el puesto más alto, se presentaron en el vestíbulo antes de la oficina del presidente, con los respectivos padres.

Marc, enfadado, rojo de rabia como un tomate, no solo por no haber ganado, sino por haber sido arrojado al césped, iba acompañado del señor Nerón. Este también con una mirada inquisitoria, casi lanzando rayos, intimidando a los dos componentes de la familia De La Cruz.

Jean se repetía dentro de sí como un mantra: “Me he equivocado. ¿Cómo he podido hacer eso? Menudo fallo”. Como si fuera una receta de poción mágica para volver atrás en el tiempo. Se sentía culpable, estaba todo el rato con la cabeza baja, mirando al suelo.

El ambiente era muy tenso, pero entre ellos no hubo ni una sola palabra. Las guardaban para el presidente. Después de veinte minutos de espera, Carlos les permitió entrar en su despacho. Antes de que se les ocurriera hacer o decir nada, les dijo:

—No hace falta que se sienten —soltó de forma muy tajante—. Esto va a ser muy rápido.

Carlos, disgustado y serio, había empezado marcando esa pequeña reunión dejando claro quién mandaba allí y que no quería perder más tiempo de lo necesario para resolver ese estúpido asunto.

—¡Es una vergüenza —arrancó a hablar, indignado, el señor Nerón —cómo ha echado a mi hijo fuera de la carrera! Voy a presentar una queja a la mismísima Real Federación Española.

Carlos, con los ojos como platos, explotó diciendo:

—¡Cállese, Nerón! —Sorprendido y molesto, paró tajantemente esa

incontinencia verbal del gordinflón y siguió regañándole—: Está usted en mi despacho y no está en condiciones para llevar la batuta.

La tensión estaba aumentando por momentos. Lo que más molestaba a Carlos después de la anti-deportividad, era que le cortasen las frases y que unos maleducados dictasen ley en su propia casa. Los Nerón ya estaban antes de la reunión en una situación difícil, después de la intervención del padre, su posición se vio afectada aún más.

—Estoy absolutamente indignado por el teatrito qué habéis hecho hoy vosotros dos —añadió Carlos dirigiéndose a los chavales y estando de pie, con los brazos cruzados y apoyándose en el escritorio—. Señor De La Cruz, usted ha cometido una imprudencia entrando en la curva número siete con una velocidad inapropiada, llevándose por delante al otro concursante. Espero que este accidente le sirva de lección para que modere su impetuosidad.

Después de regañar a Jean mirándole a los ojos de una forma rigurosa pero comprensiva, Carlos se giró lentamente hacia los Nerón. Su expresión cambió por completo. Con severidad y determinación, dijo:

—Señor Nerón, ¿sabe cuál es el valor más importante que tiene que aprender usted con su joven edad en este deporte, por lo menos mientras YO sea el presidente de esta Federación? —Esperó tres segundos en silencio y volvió a preguntarle—: ¿Lo sabe, o no?

Marc, como un perro apaleado, mirando hacia el suelo y sin agallas de responder sobre los hechos que había cometido en el césped, sin mirar de cara al presidente, contestó de una forma tímida y balbuceando:

—Nnnno… nnnno lo sé…

—¡La deportividad! ¡Y sobre todo, el respeto! —espetó Carlos mirando a los ojos del padre, refiriéndose a que el padre era el que le tenía que enseñar estos valores. Marc seguía mirando hacia el suelo, pareciendo que estaba contando los azulejos o buscando una respuesta en sus dibujos.

—¡Es usted un ejemplo clarísimo de lo que un deportista de élite nunca tiene que hacer! Nos ha dado usted hoy un espectáculo insano e indigno de un deportista. Si usted seguirá compitiendo, recibirá muchas más entradas como la que ha cometido hoy el señor De La Cruz. Pero que usted reaccione de esa forma, solo demuestra una cosa, y es inmadurez.

Y como si todo eso no hubiera sido suficiente, Carlos concluyo:

—Os voy a dar un castigo ejemplar, para que reflexionéis sobre lo que habéis hecho, y que sirva de ejemplo para otros pilotos.

En ese momento había captado por completo la atención de los dos jóvenes centauros, que levantaron la cabeza simultáneamente,

asustados para escuchar el veredicto del juez Carlos.

—Os voy a descalificar del campeonato para el resto de año, y por supuesto, de las próximas carreras.

La expresión de los cuatro espectadores fue de incredulidad por lo que estaban escuchando. Los de la familia Nerón, resoplando, estaban desconformes con el dictamen que había dado el presidente, pero no se atrevían ni siquiera a comentar nada. Su expresión y sus ojos transmitían contrariedad y casi maldecían lo que tenían delante. Sin embargo, de una forma inesperada, consiguieron mantenerse con la boca cerrada y no protestaron, acatando el veredicto que les corroía por dentro.

Los señores De La Cruz, manteniendo la postura, aceptaron la decisión del presidente.

—Para usted, lo considero apropiado, por la manera en la que ha reaccionado ante el suceso ocurrido —añadió Carlos indicando con la cabeza a Marc. Después se giró hacia Jean y siguió—: Sin embargo, para usted, lo hago porque creo que tiene que ser un castigo equitativo para las dos partes. Espero que entienda la lección que necesita encontrar en este suceso. Y también espero encarecidamente que os sirva de lección para las futuras competiciones que los dos vais a tener en vuestras vidas. Ya os podéis marchar —decretó, poniendo así punto final a la reunión.

Predeciblemente, los dos componentes de la familia Nerón, con la sangre hirviendo, se marcharon primeros del despacho del presidente, imprecando lo que acababa de suceder. Salieron por la puerta sin saludar al presidente y lanzando miradas casi asesinas a los de la familia De La Cruz, que estaban con ánimo gentil y humilde. Una vez dejados que salieran, el señor De La Cruz se giró hacia Carlos y le dijo con tono suave:

—Gracias. Me imagino que no ha sido fácil tomar esa decisión, pero seguramente les vendrá bien esta dosis de humildad.

Después de esas pocas palabras se despidieron y con la cabeza baja salieron del despacho del presidente.

Jean, también cabizbajo y sintiéndose culpable en parte por esa situación, había aprendido muchas más lecciones ese día que en muchos años compitiendo. Bajaron las escaleras del edificio del pequeño circuito de karts y se dirigieron hacia el coche para volver a casa.

Humildad y venganza. La experiencia de ese día les dio una dosis de humidad. Sin embargo, solo uno tenía el corazón en disposición de saber aceptar y hacer tesoro de ese fracaso. Y la venganza… La venganza se sirve como plato frío. La misma situación encendió una chispa en Marc, un precedente que le acompañaría toda la vida. Un precedente que se convertiría en una semilla. La semilla de la

venganza.

4

18:00
Vuelo a París, con Iberia,
una semana antes del accidente

Asomó la mirada y las luces le daban la bienvenida.

Allí estaba la Torre Eiffel destellando todo su poder lumínico para darle la bienvenida.

Eran justo las seis de la tarde. El avión estaba descendiendo y aproximándose para aterrizar en el aeropuerto de París. Jean elegía siempre el lado izquierdo del avión, conocía muy bien ese vuelo. Sabía que ese lado le permitía presenciar el espectáculo de luminiscencias que la Torre Eiffel regalaba al mundo en todos los primeros cinco minutos de cada hora. La Torre se convertía en una enorme estructura de Swarovski, y el manto de bombillas que la cubría empezaba a destellar asimétricamente, creando un efecto reluciente. La famosa Torre parecía iluminar con todos sus pequeños diamantes, para enseñar al mundo su belleza.

El coloso parecía dorado. El fulgor amarillo iluminaba la estructura triangular que se proyectaba sobre el cielo azul pálido del atardecer casi concluido. En la cúspide giraban de una forma circular dos chorros de luz que dominaban las alturas de la ciudad, como los brazos de una madre que tiene recogidos a todos sus hijos. Los focos giratorios que apuntaban a la vez, uno hacia el norte y otro hacia el sur, con el movimiento formaban un círculo, convirtiendo la Torre Eiffel por esos espectaculares cinco minutos, en el faro más grande del mundo.

Desde su asiento de clase Business solía mirar por la ventanilla para ver ese espectáculo único. Había visto innumerables veces esa escena, pero igual que un niño sorprendido por algo nuevo, toda ocasión era buena para disfrutarla. Y mejor si era en compañía de su copa de champán francés apoyada en la mesita de delante de su asiento.

Estaba acostumbrado a ese trayecto desde cuándo su padre falleció y su madre volvió a vivir a su natal y tan querido París. Cogía siempre el mismo vuelo, para aprovechar el día trabajando y llegar a la hora de la cena en París. A su llegada, siempre estaba el mismo chófer esperándole con el Mercedes con cristales tintados. Equipaje de dos días, mochila con su portátil y algún documento, eran las únicas maletas que se llevaba para ese viaje.

—*Monsieur Jean, comment ça va*? —dijo Patrick, el chófer que siempre venía a buscarle al aeropuerto.

—*Ça va bien, Patrick, mon ami!* —respondió con voz amigable.

—Espere a que le coja las maletas —añadió Patrick mientras estiraba los brazos y le cogía las pertenencias a Jean. Las introdujo en el maletero y entraron en el coche para desplazarse al destino programado.

Mientras que Jean, en el asiento posterior de la berlina revisaba los correos electrónicos en su iPhone, Patrick conducía por las arterias principales de París para llegar al evento tan esperado.

El tráfico tentacular de la hora punta de salida de las oficinas les estaba retrasando la llegada.

—Jean, disculpa que te moleste, pero creo que llegaremos con quince minutos de retraso —anuncio el chófer, con voz apenada por no poder cambiar las circunstancias.

—Sí, ya lo veo. Cada vez está peor el tráfico en París. Pero no te preocupes, llegaré a tiempo —contestó aparentemente tranquilo, pero con el ansia de llegar y no perderse ese evento tan esperado.

Jean no había volado hasta París para ver a su madre en esos dos días, la visita tenía otro fin muy diferente a los viajes habituales que hacía a esa ciudad. El evento que le había traído en esta ocasión era el primer desfile de moda de Claudia. Había trabajado para esto más de seis meses. Era la primera pasarela de moda en la que desfilaba su marca afuera de España. La oportunidad de saltar al mercado francés por la puerta grande le había hecho preparar minuciosamente esa presentación de sus mejores vestidos. Seis largos meses de preparación minuciosa de todos los detalles. Claudia era la mujer más importante para Jean, una amiga, una amante, una compañera de vida, la mujer con la que quería compartir su futuro.

La sensación de ansiedad le estaba subiendo por momentos, viéndose atrapado en la complicada circulación de la capital francesa. Podía haber cogido un avión antes, pero su repleta agenda no se lo había permitido. En ese momento empezaba a arrepentirse de no haber cambiado ciertas reuniones, para poder estar algunas horas antes con su amada.

Ya aproximándose a la sala del evento, seguían atrapados en la caravana. Los quince minutos se habían convertido en casi una hora.

En su interior, el ansia le estaba apretando. Estaba fermentando como un bollo, como un croissant de mantequilla en un horno. “Siempre hago lo mismo. Por el típico cliente toca narices que poco aporta, estoy llegando tarde. Cada vez que me pasa me propongo cambiar, darle más importancia, la importancia que se merece, la importancia que tiene en mi vida, y cada vez le fallo”, no paraba de flagelarse con sus pensamientos. Con todo lo que creía no hacer por ella, pero sin fijarse en lo que sí hacía por ella.

“Esta es la última vez que me pasa. Pronto… ¡NO, MUY PRONTO!, vamos a cambiar las cosas”, decidió por sus adentros.

—Jean, si quieres ganar unos minutos —dijo el chofer, aportando su humilde opinión—, puedes bajar e ir caminando. Seguro que llegas antes, es justo allí dentro de ese edificio con cúpula. Tienes que cruzar la plaza y entrar por la puerta principal.

Patrick se refería al mismísimo edificio clásico donde residía el Instituto de Francia. La cúpula encima de la construcción principal se podía observar desde todo París. Era la famosa cúpula de la Academia de Francia. De un azul intenso, era la envidia de todo el Sena.

—Gracias, Patrick. Nos vemos a la salida del evento —concluyó y salió apresurado para no perder más tiempo de la presentación del evento.

Una vez que se encontró en el centro de la inmensa plaza de delante del edificio, Jean se dio cuenta de la magnificencia del edificio que tenía en frente. Esa cúpula le parecía ser una corona real apoyada por un gigante sobre un templo griego. La vista era imponente desde ese punto. Claudia y su equipo se habían convertido en las tropas españolas de la moda, marchando hacia la divulgación del estilo madrileño en el edificio del Instituto de Francia, en las costas de Normandía. El desembarco se estaba produciendo en pompa magna y en el corazón del *Prêt à Porter*.

Apresuró el paso, estaba en un tremendo, inexplicable y vergonzoso retraso de una hora. El único pensamiento de consuelo era que Patrick habría corroborado el tiempo perdido en el tráfico parisino.

Apareció ya acalorado en la enorme entrada donde un cartel indicaba la sala en la que Claudia estaba realizando el desfile. Siguió las indicaciones y cruzando unos interminables pasillos llenos de cuadros y techos altos, llegó a las puertas de la sala. Abrió con suma delicadeza, casi con una cautela de ladrón para que nadie se enterase que entraba y consiguió meterse en una tercera fila para observar lo poco que quedaba de la actuación.

Las paredes del espacio tenían que haber asistido durante siglos a firmas de documentos, visitas oficiales de personajes ilustres,

conferencias, presentaciones de libros y ahora en medio del desembarco de los vestidos de su amada. El techo era inmenso y repleto de relieves y frescos. Las paredes de la derecha, repletas de ventanas, permitían a los visitantes admirar unas preciosas vistas del Sena. Las paredes de la izquierda, llenas de cuadros de diferentes formas y temas.

En el centro, la pasarela, entre filas de butacas repletas de personas variopintas que admiraban los vestidos haciendo fotos, grabando vídeos o incluso transmitiendo en directo en las redes sociales. La pasarela combinaba el terciopelo rojo con plantas, elementos elegantes con otros tribales. Se mezclaba la suntuosidad de una ciudad milenaria como Paris y los elementos más cotidianos e incluso exóticos. Las modelos iban saliendo paulatinamente, más lentas de lo normal, como si fueran los bocados de un plato favorito, para poder ser degustado lentamente.

Jean, sentado en una de las últimas sillas disponibles, se estaba dando cuanta del grandísimo talento que tenía Claudia y su equipo. Él ya lo sabía, no era nada nuevo, pero ella había caído en la normalidad, casi aburrida de su genialidad cotidiana.

Al finalizar el último pase, salió ella. Allí la tenía, y eso lo valía todo. El caos del tráfico, el viaje, aun si fuese solo para verla y después volver a Madrid, aunque fuese solo para disfrutar esos cinco minutos viéndola así, en su pleno esplendor y plenitud.

Elegante. Radiante. Feliz. Sonriente. Incrédula ante tantos aplausos y las ovaciones del exigente público parisino.

Le dio un vuelco el corazón. Casi se queda sin aliento. La belleza de su amada y el cruce de miradas le asfixió. Estaba enamorado, perdidamente enamorado. Con tan solo verla, se intensificó el fuego de la mirada que tenía puesta en ella. Sonrió, la conexión entre los dos era tan fuerte que pudo llegar a sentir lo que ella estaba sintiendo en la pasarela.

Los ojos le brillaban, una fuertísima emoción le subió desde los pies hasta la cabeza, calentándolo y atravesándolo como un rayo. Las pupilas se le dilataron, no quería perder ni un detalle. Todo estaba más claro que el agua, ya era demasiado tarde, no había vuelta atrás, estaba perdidamente enamorado.

“Cada día me parece más guapa. ¿O es que cada día estoy más enamorado?”, pensó.

Claudia, la mujer de su vida, estaba allí delante con los brazos abiertos como el Cristo de Montmartre, recibiendo aplausos y ovaciones. Ella, que había nacido en el seno de una familia humilde de la zona rural de Jaén. Hija de una ama de casa y un pastor de ovejas, había desembarcado y conquistado Paris, con su sensibilidad y creatividad. Con su simple elegancia y una refinada austeridad.

Puede que una reencarnación de Coco. Si no, al menos una de sus discípulas, en versión madrileña. Una chica sin compromisos, sencilla, «*eau et savon*», agua y jabón, de poco maquillaje en la cara, de vestirse sencillo y de no llamar la atención. Pocos anillos, pocas joyas, pocos artificios embellecedores. Solo ella, sencilla y llena de vida.

¿Quién no se hubiera enamorado de Claudia?

Se confundía entre las parisinas. Camuflada, una jaenesa entre francesas. De piel clara y pálido cabello castaño. Con un corte moderno y desenfadado, a media altura sobre los hombros. Finas cejas enmarcaban unos pequeños ojos de color avellana. Una dulce nariz recubierta de elegantes pecas que le daban un aire de colegiala, a pesar de sus cuarenta primaveras. Su boca, pequeña y perfecta. Los labios parecían de mármol de Carrara, esculpidos de la mano de un discípulo renacentista del taller florentino del Verrocchio.

Alta, esbelta, bella y siempre en forma, gracias al yoga. Transmitía una energía y una vibración que en ese palco al lado del Sena irradiaba más luz que la misma Torre Eiffel iluminada. Llevaba puesta una de sus mejores creaciones. Una chaqueta corta, de un negro brillante, sobre un elegante body negro y escotado, dejando entrever sus preciosas líneas. Un simple tejano, casi gastado, todo gravitando sobre unos elegantes zapatos negros con un tacón periscópico.

—¡Gracias, gracias de veras! —Juntaba las manos delante de la barbilla, como si estuviera agradeciendo durante sus clases de yoga—. ¡Gracias infinitas, gracias, sois demasiado generosos!

Claudia hablaba de una forma tan suave que nadie podía escucharla en medio de tanto estrépito y aplausos. Solo las personas que la conocían y estaban leyendo sus labios entendían lo que estaba diciendo.

—¡Gracias a todo mi equipo! —dijo girándose hacia atrás donde estaban todos sus colaboradores, señalándolos con la palma de la mano abierta. Una vez girada y mirando a todos su equipo, ella también se quedó de espalda a los espectadores, aplaudiendo a todas las modelos, diseñadores y el resto del equipo. Después, al acabar el desfile, se dirigieron todos detrás del escenario. Equipo, distribuidores, prensa, jet set y clientes VIP. Jean, camuflado entre el público como uno más.

—Sin vosotros, hoy no estaríamos aquí —dojo Claudia, con una copa de champagne en la mano, mirando a todo su equipo. Ella en el medio y el resto haciéndole un círculo de proximidad, de cariño y respaldo, celebrando lo que acababa de pasar.

—El desfile de hoy marcará un antes y un después en nuestra casa de moda. Para mí, que vengo de una pequeña aldea de un pueblo perdido de España, esto es algo que nunca me hubiera imaginado. Estar aquí en la cuna de la moda, después de tanta ovación para

nuestros vestidos… Pero sobre todo junto al mejor equipo que podía haber tenido en mi vida. ¡Gracias! —Levantó la copa de champaña, mirándolos a los ojos y girándose en círculo para conectar visualmente con todos—. Por estar aquí y por haberlo hecho posible. Os lo dedico. ¡Chinchin! —concluyó y todos bebieron en medio de gritos y aclamación.

Después de ese habitual tributo y ritual, subió el volumen de la música y empezó la fiesta.

—Has sido pletórica, jefa —le comentó una modelo habitual—. Siempre es un placer trabajar contigo.

—Muchísimas gracias, María. Ya sabes que el placer es mutuo.

—Ya, pero hoy ha sido algo especial, te mereces todo el éxito que has tenido. ¡Enhorabuena!

Las personas se iban acercando, había quien le daba las gracias, quien la enhorabuena. Algún cliente diciéndole que le había gustado un vestido en particular y que ya había hecho el pedido por WhatsApp a su tienda de confianza. Claudia estaba en el mismísimo cielo.

Pero en medio de todas esas personas que estaban en la fiesta relacionadas con la moda, había una persona interesada en otros aspectos de la vida de Claudia. Jean, disimulado en medio de esa multitud de personas de la moda, escondía en su interior uno de los amores más profundos qué había conocido esa sala.

El amor por Claudia le había llevado hasta allí, hasta arriesgar muchas cosas por estar en ese momento a su lado. Aunque ella no lo demostraba en medio de esa muchedumbre, no le escapaba ni un momento dónde se encontraba y qué hacía su amado en medio de la fiesta. La conexión que tenían ellos dos iba mucho más allá de una simple relación de pareja. Estaban enlazados con alma y cuerpo.

—¡Enhorabuena! —le dijo Jean, con su mejor sonrisa y levantando dulcemente la copa de *champagñe*.

Los ojos de Claudia se iluminaron como dos faros encendidos, viendo el barco de su Salvador que se acercaba a la costa. No podían demostrar allí el amor y todo lo que sentían el uno para el otro, en ese escenario, en medio de tantas personas que le conocían pero que no sabían nada sobre eso. No podían saberlo, aún no, aún no era el momento. Ellos habían tomado una decisión, pero aún no era pública. Las personas afectadas tenían que saberlo antes, para organizar su vida en vista de seguir adelante juntos. Tenían que mantener la compostura como si fuesen amigos.

—¡Muchísimas gracias! —contestó Claudia, cómo si le hubiese llegado el premio de la noche. Y continuó con voz más floja y los ojos brillantes de amor—. Ahora sí, ahora la noche es perfecta.

—Me voy a ir, solo he venido a felicitarte.

—Me quedaré una media hora, acabaré de saludar a los clientes

más importantes y nos vemos allí. Tengo muchas ganas de seguir la celebración contigo.

—Te veo luego —dijo Jean después de un enmascarado brindis amistoso y de haber bebido la última copa de champán delante de su amada. La dejó que acabase con lo que había empezado y se dirigió a la salida del edificio, hacia el Sena.

—Vamos al hotel —indicó Jean al chofer que le había esperado durante más de dos horas.

—Qué tal ha estado el desfile? —preguntó, una vez que arrancó el coche y estaban saliendo de la plaza de la Academia de Francia.

—Espectacular. Creo que no hay otra palabra. Creo que todos los invitados hemos estado con la piel de gallina viendo el desfile de las obras de arte de Claudia.

—No sabes cuánto me alegro, Jean. Seguramente será la coronación de tanto esfuerzo.

—Sabes, Patrick, contigo puedo ser sincero, en muchas ocasiones nos acostumbramos a la excepcionalidad que tienen las personas que están a nuestro alrededor. En las ocasiones cuando terceras personas lo confirman, nos volvemos a dar cuenta de eso. Es el gran dilema de la normalización de lo excepcional. ¿Por qué necesitamos terceras personas para volver a darnos cuenta? ¿No te parece algo singular? —preguntó Jean mientras estaba mirando por la ventanilla, mientras el Mercedes con los cristales tintados estaba cruzando el Sena, para dirigirse hacia el hotel.

—Mi pareja es profesora de guardería. Y aunque a mí me parezca un trabajo aburrido y monótono, ella me comenta que cada día es excepcional. ¿Y sabes cuándo me doy cuenta de que lo es?

Jean, dejando de mirar por la ventanilla miró el retrovisor fijándose en los ojos de Patrick. Juntó los labios mostrando un aire de interés sobre lo que le estaba comentando y moviendo la cabeza de derecha a izquierda, indicándole que no lo sabía.

—En las representaciones de final de curso —contestó el conductor —, cuando veo el amor y el cariño que le tienen sus alumnos. Esos días me doy cuenta de lo excepcional que es y cuánta labor y dedicación le ha dado en todo el año.

Era una noche mágica. El Mercedes, después de cruzar el Sena había pasado por delante de la majestuosidad del Museo de Louvre. Desde la ventanilla de los asientos posteriores, Jean estaba contemplando la monumental construcción que albergaba tantos cuadros y tanta historia de París. Justo después, giraron a la izquierda para llegar a los Campos Elíseos.

Cuando entras de noche en la arteria más bonita de París, te das cuenta del porqué de llamarla la ciudad de las luces. Los árboles iluminados en los laterales crean el efecto de un único carril que

confluía por debajo del Arco de Triunfo. Este, como una boca grande por la que todo el mundo tiene que pasar e inclinarse a la potencia monumental de esa ciudad eterna.

Una vez pasado el Arco de Triunfo, giraron por la calle del hotel y Jean recibió un WhatsApp de Claudia: “Se me está alargando. Lo siento. Llegaré para la cena, nos vemos directamente en el restaurante”.

Jean estaba convencido de su amor, igual que ella, pero sus planes eran un embrión muy frágil, muy efímero, y cualquier soplo de viento en dirección errónea podía hacerlo temblar. Cuando estaban juntos, el amor podía con todo y contra todos. El amor podía sobre distancia y diferencias familiares. Cuando estaban juntos, vivían de la ilusión del otro. Eran un único respiro en dos cuerpos.

Separados, los problemas y los contratiempos hacían que las preguntas se empoderasen de él. La distancia era traicionera. Las circunstancias ensuciaban el presente, pero querían limpiarlo para tener un futuro claro, llano, sin impedimentos, para vivir el amor en estado puro y sin esconderse.

Separados, a pesar de todo, se infiltraban preguntas en las brechas que quedaban de su coraza, en las brechas del plan que habían decidido. ¿Estaba haciendo lo correcto? ¿Estaba tomando las decisiones acertadas? ¿Era justo que se plantease eso, con lo mucho que la quería? ¿Era congruente? Todo eso, poco importaba. En breve, iba a volver a verla.

5

21:00

«*Le Bateau de chef*», París,

una semana antes del accidente

—Estoy aquí, ya he llegado —dijo, abrazando a Jean por detrás. Se puso de puntitas y le dio un beso en la mejilla—. Disculpa por haberte hecho esperar.

Claudia, después de una carrera contra el tiempo, consiguió llegar al restaurante donde habían reservado mesa para la cena de esa noche.

—¿Sabes que el barco está a punto de salir? —le respondió con una sonrisa, ahora ya feliz porque su amada había conseguido llegar.

—Lo sé, mi amor, he intentado venir antes, pero no he podido, porque a la última hora se ha presentado el comprador de la "*Galerie des mes enfants*" de Niza, y he tenido que estar con él una hora —se estaba excusando, pero con un tono de satisfacción por lo que le había pasado.

—Te lo he dicho antes, pero te lo vuelvo a decir —empezó Jean cogiéndole la mano y mirándola directo a sus pequeños ojos color avellana—, estoy muy orgulloso de ti, has trabajado duro y ahora empiezas a recoger los frutos. ¿Eres feliz?

Claudia se emocionó. En ese barco que acababa de zarpar hacia una romántica ruta por el Sena, se sentía la mujer más afortunada de la Tierra. Los sueños se empezaban a materializar. Todo lo que había soñado de pequeña estaba empezando a cumplirse. Encontrar a un príncipe, encontrar esa satisfacción en lo que le gustaba crear y esa pasión para la moda, que no sabía de qué parte del árbol genealógico le venía, en momentos tan bonitos y después de tanta tensión, la manera de poder liberar toda la adrenalina que había acumulado en el día tan especial que había tenido, Claudia era de soltarla llorando.

—Contigo sooy feliiiz —dijo entre sollozos—. Contigo he encontrado la plenitud. Solo puedo darte las gracias. Gracias por

haber venido, gracias por estar siempre a mi lado.

Si en la naturaleza, cuando sale el sol después de la lluvia aparece un arcoíris, en ese preciso momento la naturaleza habría debido crear un aura de color rosa con forma de corazón, que los englobase a los dos como debajo de un mismo destino.

Jean avanzó un paso y deslizó su brazo derecho por la cintura de la mujer. Se la aproximó con dulzura. Las miradas como imanes se intensificaron. Esperaron unos segundos, saboreando el momento, mientras se derretían uno en la mirada del otro. Cuando las miradas se fundieron en una sola, el hombre acercó sus labios a los de la mujer. Como una sincronización, cuanto más se iban acercando, poco a poco cerraban los ojos. Hasta tocarse con los labios y dándose el beso de la noche, el más esperado, el primero, el que llevaban esperando desde que se vieron hacía horas.

El brazo izquierdo de Jean había rodeado el grácil cuerpo de Claudia, encerrándola en un abrazo de amor. El beso duró minutos, como si nunca se hubieran dado otro, como si hacía siglos que perseguían ese momento. El barco había zarpado hacía ya varios minutos y todos los del restaurante estaban observando la romántica escena. La emoción de la pareja se había difundido a todos los comensales, que explotaron en un aplauso por la ternura de la escena que acababan de presenciar. Eso era el amor. Eso era París, la ciudad del amor.

Los dos enamorados se sintieron protagonistas de la escena, interrumpieron el beso y empezaron a reír, rojos por la vergüenza. Uno de los camareros, con suma delicadeza por no romper drásticamente el momento tan mágico que acababa de presenciar, los acompañó a la mesa que tenían reservada. Jean delante, siguiendo el camarero, con una sonrisa pícara. Claudia detrás, cogida de la mano, siguiendo a su amado, con la cabeza encogida entre los hombros, mirando tímidamente a las personas que les acababan de aplaudir. Estaba todavía roja, todavía con una sonrisa de felicidad, de enamorada.

—Por qué acabamos cenando siempre en este barco? —le preguntó algo sorprendido, como si en ese momento se hubiera dado cuenta que estaba en ese lugar—-. El día de hoy podíamos haberlo celebrado en el restaurante que te había propuesto, el Julio Verne, en la cúspide de la Torre Eiffel.

—Ya lo sabes, mi amor. Tú me conoces, yo soy una chica sencilla, soy romántica, me gusta el mar, las costas y por supuesto este maravilloso río. No me hace falta mucho más de lo que tengo en este momento. Ya lo sé, es turístico, pero a mí me gusta así, me recuerda nuestra primera cena —respondió ella cogiéndole la mano desde el otro lado de la mesa, y girando la cabeza de lado la apoyó en el

hombro, en un gesto que expresaba mucha ternura—. ¿Te acuerdas qué bonita fue?

—Cómo si pudiera olvidarme de una de las mejores noches de mi vida…

—Lo sé, pero me gusta que me lo repitas.

«*Le Bateau de chef*» era la barcaza más Gourmet que había sobre el Sena. Ellos eran clientes habituales, por lo menos una vez al mes acababan yendo a cenar en ese espectáculo sobre el agua, para turistas de alto nivel. El barco acristalado envolvía las pocas mesas. El chef, un viejo cocinero que se había reinventado creando su propia receta de turismo sobre el Sena, tenía cola de reservas para conseguir una mesa en su restaurante flotante. El espectáculo no eran bailarinas del «*Moulin Rouge*» o cantantes con voces extraordinarias, sino que eran simplemente productos de la gastronomía francesa, simples pero muy bien elaborados. El inmejorable escenario del Sena, del «*Louvre*», de la «*Notre-Dame*», hasta la Torre Eiffel y vuelta al muelle.

La especialidad del chef era el foie gras artesanal que elaboraba personalmente, una bodega de vinos franceses parecida a la de un restaurante de tres estrellas Michelin, y surtidos de los mejores quesos franceses.

—*Claudia, mon amie! Comment ça va?* —saludó el chef en persona, que se acercó para servirles a la mesa el espectacular plato de foie gras.

No lo hacía para todo el mundo, pero Claudia no era cualquier persona y el chef le tenía un cierto cariño. Cuando salía de su cueva, era un espectáculo comparativo a la famosa Torre parisina. Eran unos ciento veinte kilogramos de esencia francesa. Un hombre que siempre había ido en contradirección al Status Quo. Llevaba chaqueta blanca almidonada, con cuello tricolor de la bandera francesa y tenía poco pelo, pero cuidado. Los bigotes finos como los de Dalí, le otorgaban carácter y un aire bohemio. Hablaba un español básico, pero con un fortísimo y simpático acento parisino.

—Aramis, ¿cómo estás? Qué alegría verte tan sonriente como siempre. ¿Cómo está tu familia?

—Muy bien, los niños creciendo, comiendo cada vez más y mi mujer quejándose, también cada día más. ¡Jajajaja! Yo estoy bien aquí —respondió el chef mirando a Claudia y guiñándole el ojo sin que se diera cuenta Jean—. Salí cuando supe que estabas aquí y he venido personalmente a entregártelo. Para ver tu sonrisa, vale la pena salir a saludar.

Les entregó dos platos perfectos. Los bloques de fotografías estaban perfectamente apoyados en el centro, con unas escamas de sal Maldon por encima, brotes tiernos de soja y flores comestibles de color lila y rosa. El foie gras, a 25º de temperatura, empezando a soltar las gotitas

de grasa, indicaba el punto perfecto para empezar a disfrutar de ese manjar. A la derecha del plato, unos pequeños canapés hechos por un horno artesanal de París, a la izquierda unos cubitos de mango recién cortados para dar ese juego de dulce y salado. Todo apoyado sobre una decoración hecha de una reducción de frutos de bosque con Jerez.

—Espero que lo disfruten como siempre. Hoy, para el menú que habéis elegido os he sacado uno de mis «*Bordeaux*» preferidos, un «*Château Latour*» del 1995. «*Impressionnant*». *Bon Appetit!* —les deseó el chef y se retiró en su pequeña cocina flotante para seguir con los otros platos.

—¿Ahora entiendes por qué me gusta tanto venir aquí? —le preguntó Claudia acercándose a él y bajando la cabeza para evitar que la escuchasen los demás—. Todo esto es tan especial, es tan romántico… ¡Me encanta!

—Mi amor, si tú eres feliz, yo lo soy más. Que aproveches, cariño.

El plato desapareció tan rápido como era de bueno. La vuelta en barco se hizo muy larga. Demasiada larga. Hacía varias semanas que no se veían y deseaban volver al hotel para acabar la noche con fuegos artificiales. No sabían si era más el efecto afrodisíaco de la fenilalanina que llevaba el foie gras o las ganas de verse, pero el efecto fue que la pasión empezaba a hervir en sus venas.

En el ascensor, con un trayecto de pocos pisos, pero interminable, empezaron a dar paso a la pasión. Actuaban como si no se hubieran visto en años. Los besos apasionados que estaban brotando, eran simplemente el pistoletazo de salida de las ganas contenidas de poderse ver otra vez. De poderse fusionar otra vez. De poderse demostrar mutuamente el amor y el cariño que explotaba en su interior cada vez que se rozaban.

El ascensor era pequeño, minúsculo por la pasión que estaba creciendo en ese breve trayecto. Estaban a punto de explotar, convencidos que no llegarían a la habitación. La vuelta del barco y el trayecto en coche se les habían hecho demasiado largos, pero los pocos pisos del hotel en ascensor les parecieron eternos.

Consiguieron llegar a la habitación y casi se olvidaron de cerrar la puerta. No hicieron ni un metro y Claudia, incrustada en la pared por los besos de pasión de Jean, no conseguía moverse. No podían más. Habían esperado demasiado, demasiados peros, demasiados kilómetros, demasiados problemas. Pero ya estaban dentro de la habitación. Ahora el tiempo se había parado. El mundo, su mundo solo estaba en aquella habitación. Lo que había fuera ya no les importaba. Era la fusión de dos cuerpos y almas que se habían encontrado después de tanto tiempo. Era amor, pasión, era la vida misma. Era ella y él, acompañados de susurros que decían cuánto se echaban de menos cuando estaban fuera de esa habitación. Por eso el

mundo quedaba fuera de esa puerta.

La americana brillante de Claudia iluminó fugazmente la habitación. Jean la tenía atrapada contra la pared besándola, primero por todo el cuello, luego detrás de la oreja, tal como a ella le gustaba. La excitaba que le besuquease allí, era su mejor afrodisíaco. Se habían convertido ya en una bomba de pasión. Una bomba de ganas del otro, que estaba a punto de explotar. Una bomba de mariposas en el estómago, que se alimentaban mutuamente.

La cama llegó hasta ellos de una forma inexplicable. No se acordaban cómo habían llegado hasta allí, pero daba igual. Se encontraron encima, ya desnudos, dándose placer, dejando una senda de prendas abandonadas desde la puerta.

Demostrándose el uno al otro cuán profundo era el amor que sentían. Desnudos y puros, como puro era el amor que nunca habían experimentado para otras personas. Los besos a placer, los momentos de placer. Esos momentos que los dos deseaban que no acabasen nunca, cuando la razón deja de funcionar y empieza a fluir solo la pasión.

¿Acaso existía algo mejor que eso?

Como si la eternidad supiera a poco. ¿Como podían estirar ese momento? El gozo del momento, el gozo de nada más que no fueran ellos dos. Ella y él. El delgado y pálido cuerpo de Claudia se movía sobre su amado en un baile frenético, marcando el compás de sus almas, de sus sentimientos. El sexo era solo una materialización de la vida. De sus vidas. La canalización de sus profundos deseos.

Jean, en cada movimiento que hacía sentía que la quería más y más. No era sexo, no era como en muchas otras relaciones que había tenido, era la vida, era el amor, estaba haciendo el amor como nunca lo había hecho. Como un péndulo del amor, oscilaba en el gozo de la mano de su amada. Y justo cuando habían acabado, se estaba apagando el movimiento, la inercia, la pasión se atenuaba y proporcionalmente se intensificaba la vida, lo que eran, lo que sentían, lo que querían el uno del otro para el futuro.

Con el cuerpo húmedo, extenuada por la pasión del acto, Claudia se había quedado estirada, dibujando su dulce y bonita silueta. El cuerpo descansaba después de la tormenta. Sus almas saciadas después de tanta distancia habían sido satisfechas. La pasión que unió sus cuerpos se había calmado, pero quedaba el amor.

—Te amo —le susurró Jean—. Me vuelves loco.

—No sé qué te pasa hoy, pero te he sentido como… más que nunca…

—Esto, mi amor, esto es justo lo que quiero para mí, para mi vida —acabó susurrándole y se tumbó al lado de ella.

La tranquilidad después de la tormenta.

Los dos cuerpos sudados por pasión, estirados en la cama. Se tocaban por la cabeza. Era el momento de saborear la plenitud después de hacer el amor. Aparentemente miraban el techo blanco de la habitación, pero ni siquiera veían las luces y las molduras que decoraban el techo. Tenían la vista exhorta en sus pensamientos, en contar los innumerables días que habían pasado sin el roce del otro, sin el calor del amor. Él buscó la mano de ella y la apretó fuerte.

—Ahora vengo, espérame —le dijo dejando un beso en los labios inmóviles de ella. Se levantó y se dirigió desnudo al baño para darse una ducha rápida.

Claudia se incorporó, se acercó el pulgar y el índice a la boca y con voz pícara le dijo:

—Jean, ¿te he dicho que me encanta tu culo?

Él se río y entró en el baño. Se dio una ducha caliente y volvió a la cama. Ella estaba debajo de las sábanas, con las luces apagadas, ya durmiendo. Estaba exhausta, había caído rendida. Jean se metió en la cama, la abrazó por detrás haciendo la forma de la cuchara y durmieron juntos, abrazados, como en un sueño.

* * *

Hacía rato que la luz entraba por las cortinas de la habitación. El silencio de la noche, había dejado sitio al murmullo del tráfico. El cansancio que llevaban los dos amantes les había hecho dormir más de lo que se esperaban. Se despertaron por instinto. La noche anterior se habían olvidado de poner el despertador. Abrieron los ojos en el mismo momento, como si llevaran el mismo compás.

Estaban allí, uno delante del otro, en el mejor despertar. Eso mismo era lo que querían para el resto de sus vidas, despertarse en la misma cama. Se miraron con complicidad, se rieron y se fueron despertando dulcemente. Al cabo de un rato después de levantarse, Jean cogió el teléfono interno del hotel e hizo una llamada.

Después de diez minutos tocaron a la puerta.

—*Service de chambre!* —dijo el botones tocando por segunda vez y repitiendo—: *Service de chambre! Bonjour!*

—*Merçí,* puede dejarlo en la terraza, gracias —le indicó Jean.

—Allí se lo he dejado. ¿Necesita alguna cosa más? —preguntó el

botones, con un marcado acento francés.

—No, gracias, ya tenemos todo. Coja esto, por favor —le dijo acercándole un billete para las molestias de subir el desayuno a la habitación.

—Cariño, ya tenemos el desayuno en la terraza —le dijo a Claudia, que estaba en el cuarto de baño.

—Ahora mismo salgo —le contestó ella.

La habitación del hotel de cinco estrellas que habían reservado estaba dotada de una magnífica terraza que daba a una pequeña plaza poco concurrida, en el centro de París. El precioso día de sol de primavera confería una temperatura adecuada para un desayuno con el periódico al lado, al aire libre.

—Hmmmm… Me encantan estos cruasanes. ¡Los adoro! ¿Sabes que estos son los mejores cruasanes de mantequilla que puedes comer en toda Francia? —casi le gritó Claudia, catapultándose sobre el manjar que estaba colocado en la mesa.

—Eres una exagerada —le replicó, riendo.

—¿Que soy una exagerada? ¿Pero tú has probado esta maravilla? Son los mejores cruasanes con mantequilla del mundo. Son los famosos cruasanes de la «*Boulangerie Madam Juliet*» —exclamó con la boca llena, dándolo por hecho y sin dejar sombra de duda—. Y si encima le pones un poco de mermelada de frambuesa, es como tener un orgasmo de buena mañana.

—¡Jajaja! —se rio Jean, un poco celoso por competir con la mantequilla para satisfacer a su amada. Después del segundo bocado del manjar parisino, Claudia le preguntó con voz preocupada—: ¿Cuándo nos volveremos a ver?

—Tal como lo hemos planeado, el viernes de la próxima semana, en Lloret de Mar. ¡No te preocupes, lo tengo todo controlado! Me quedan un par de asuntos para zanjar, pero son de menor importancia —contestó, seguro de sí mismo y dándolo todo por hecho.

—Al principio de la semana que viene hablaré con mi marido para dejárselo claro, quiero empezar una nueva vida contigo lo antes posible —le prometió y casi desesperada apoyó la cabeza sobre su mano izquierda, como si por un momento se hubiese teletransportado de París a su jaula de Madrid—. ¡No le soporto más!

Jean se levantó y la abrazó tan fuerte como para infundirle fuerza y esperanza para los pocos días que le quedaban para empezar su plan. La misma energía que necesitaba para afrontar los últimos días que le quedaban de la vida que tenía y a la que ya no quería.

—Mi amor, estoy a tu lado, nos falta poco, estamos en la recta final. Tenemos que ser fuertes y unidos —dijo, intentando reconfortarla, abrazándola cada vez más fuerte—. ¿Estás segura de que quieres hacerlo?

Claudia se giró y le miró con los ojos tristes y brillantes por la emoción.

—Solo estoy segura de una cosa, que quiero volver a empezar contigo, quiero volver a ser feliz todos los días, no solo cuando te veo. Me parece tan bonito el plan que tenemos… Te quiero. Te quiero con locura. Quiero vivir el resto de mi vida a tu lado, no quiero perder un segundo más de mi vida que no sea a tu lado. Quiero salir de esa jaula en la que me he obligado vivir en los últimos años. Doy gracias a Dios de haberte encontrado y por haberme dado una segunda oportunidad, una vía de salida, una nueva vida. Te quiero —repitió Claudia pasando una mano por el pelo de su amado—. Te echo tanto de menos cuando estamos separados… Te echo tanto de menos mi amor, que no te puedes imaginar…

Se volvieron a mirar a los ojos y fundieron sus almas en un beso reconfortante, sabiendo que tenían el apoyo, el uno del otro. Después de ese beso casi interminable, apoyados frente contra frente, Jean le dijo:

—No tengas miedo, estamos en la recta final para empezar nuestra vida juntos, aquí en París. Te quiero como no he querido nunca en mi vida. Y te prometo que esta es la última vez que te voy a dejar marchar sin mí. ¡Te lo prometo!

Tenían un plan. Lo habían pensado y meditado hacía ya muchos meses.

Claudia se había dado cuenta años atrás con qué tipo de persona se había casado, cuando pasó su enamoramiento. Ella no era así, era diferente y quería una persona a su lado con los mismos valores que ella tenía. Su marca de ropa había desplegado las alas y quería montar oficina en París, donde ya empezaba a tener una considerable clientela. Quería empezar de nuevo. El destino le había dado una oportunidad encontrando a Jean en su camino, no quería desaprovecharla. Era el hombre de su vida. Con él, en una ciudad nueva y un nuevo entorno, quería olvidar el pasado y crear un futuro y una familia. Faltaba muy poco para el plan que habían orquestado, pero faltaba el paso más importante, el de afrontar la realidad de su actual vida en Madrid, hablando con su marido y dar carpetazo a esa vieja Claudia.

Jean tenía una vida mucho más ligera, para poder amoldarse a los planes que había hecho con Claudia. Su vida se ajustaba como un guante a los planes que habían estudiado para su futuro juntos. Era libre, menos en un único asunto que tenía que resolver. Ya había adelantado posibles soluciones en los días antes de su visita en Lloret de Mar. Se había propuesto resolver todos los cabos sueltos que le podían quedar.

Estaban vestidos, delante de la puerta de la habitación, a punto de salir. Las maletas hechas y controlado el equipaje para no olvidarse de nada. No podían despedirse en el vestíbulo de la recepción, nadie sabía ni tenía que saber. La despedida oficial la acababan de tener en la ducha, juntos debajo del agua. Era uno de los placeres que más disfrutaban, hacer el amor en la ducha. Casi un ritual, no podían irse de la habitación del hotel sin haberlo probado. Esa mañana no fue de menos. Después del desayuno y las caricias, acabaron mojados en la ducha. Mojados de placer, calados de pasión, empapados de vida. Tenían tiempo de secarse, hasta la próxima vez que se volverían a ver.

Una vez celebrada de forma íntima la despedida en la ducha, Jean salió para ir a la habitación, dejándola unos momentos sola. Eran el polo positivo y el negativo, no conseguían separarse. Como unos imanes, les costaba desprenderse el uno del otro. Pero después de recordarse el amor mutuo que tenían, con unos interminables besos, finalmente Claudia salió por la puerta. Triste por tener que separarse, pero feliz por tenerlo en su vida. Después de unos minutos salió Jean.

Patrick estaba abajo con el Mercedes esperándole para acompañarle al aeropuerto. Jean bajó sus maletas por el ascensor ayudado por un botones. Se dirigió a la recepción y dejó pagada la habitación en la que habían estado esa noche.

Una vez que las maletas ya estaban en el maletero, Patrick le esperaba dentro del Mercedes. Lo tenía con el motor en marcha, climatizando el habitáculo, rompiendo el calor que estaba haciendo ese día en París. Pero Jean se dio cuenta de algo: mientras salía por la puerta giratoria del hotel, vio una persona con una cara familiar y vestimenta peculiar que le recordaba algo. Tuvo la impresión de haberla visto en algún sitio. Era un hombre de estatura mediana, con barba de varios días, gorra de los New York Yankees, una cazadora de cuadros negros y grises, e intentando disimular, como si huyera mirando el móvil.

Lo estaba observando. Desde el otro lado de la calle lo estaba estudiando. Con todo el disimulo, Jean se daba cuenta que le estaba cautelosamente siguiendo la pista. “¿Quién es ese hombre?”, se preguntó. “Yo lo he visto antes, no sé dónde, pero me parece que esa cara me es familiar”. Entonces, el extraño se paró en seco y, descaradamente, lo miró con un aire de seguridad en sí mismo. “No me parece normal lo que está haciendo ese tío allí delante. ¿Por qué me está mirando así? Ahora voy y le pregunto quién es y por qué me sigue”.

—Jean, lo siento, pero llegamos tarde —dijo Patrick, que le interrumpió de esa conexión visual que estaba teniendo con ese individuo al que no identificaba, haciéndole volver a la realidad del momento en el que se encontraban.

—Sí, sí, de acuerdo, vamos —contestó Jean sin perder de vista a esa persona.

—Por favor —le invitó Patrick abriéndole la puerta.

Jean entró en el Mercedes y se puso cómodo, esperando a que el chófer arrancase el coche para llevarlo al aeropuerto.

En el momento de partir, Jean giró la cabeza para buscar al individuo cuya presencia le inquietaba y verle por última vez, pero ante su estupor, el misterioso hombre ya había desaparecido.

"¿Quién era ese hombre? Y más importante, ¿qué quiere de mí?"

6

Lunes, 10:00 a.m.
Madrid,
96 horas antes de la hora cero

Los coches se iban haciendo por momentos más pequeños.

El ascensor acristalado te daba una idea de la velocidad con la que subía, en relación a los coches que se iban haciendo más diminutos. A esa hora el tráfico ya se había reducido debido a que la gran mayoría de personas ya estaban en su puesto de trabajo. La Castellana, una de las arterias más importantes de la ciudad, se estaba haciendo cada vez más estrecha. Cuanto más subía el ascensor, más se alargaba esa carretera. Desde esa posición privilegiada, llegabas con la vista desde Valdebebas con los campos de entrenamiento del Real Madrid, hasta la Sierra. Por el otro lado, el Pirulí, la Torre España y todos los edificios de la Gran Vía hasta el Palacio Real. Desde esa perspectiva dominabas toda la capital. A Jean le encantaba subir por ese ascensor. No era un trayecto que hacía cada día. El día que lo tomaba, se daba cuenta de lo pequeño que era, y qué grande era el mundo para conquistar.

El edificio Torre de Cristal de Madrid era la sede central de la empresa de Jean. Una empresa internacional en un establecimiento a la altura de sus clientes y de la tecnología que manejaba. La compañía se dedicaba a la informática de software y a desarrollar aplicaciones para móviles. El aire que se respiraba en esas instalaciones era de novedades. Podrías percibir la vibración de euforia igual que el exceso de trabajo del equipo.

Jean se dirigía a las oficinas como máximo dos veces a la semana. La empresa funcionaba sin él, él solo iba a hacer acto de presencia, muchas veces iba por aburrimiento. Quien la dirigía era su socio. Había heredado las acciones de su padre, él con su socio la habían fundado hacía ya varias décadas. Los inicios fueron duros porque la informática era muy poco extendida en el mundo, pero

paulatinamente fue creciendo y supieron aprovechar la ola que iba a invadir todo el mercado. Su padre y el socio supieron aprovechar esa tendencia y crear una corporación multinacional con base en Madrid.

Sin embargo, hacía ya cuatro años que su padre había fallecido. En ese momento, quien tomó el mando fue el socio, el que hacía y deshacía a su merced. En ese tiempo, la empresa había aumentado la facturación hasta niveles nunca visto por esa empresa. Pero de la misma manera había conseguido explotar a los trabajadores y meterse en campos en los que su padre nunca se hubiera adentrado.

—¡Buenos días, Jean! —le saludó María, su secretaria—. Como siempre, impecable como un dandi.

—Hola, María, ¿cómo estás? ¿Qué tal están tus niños? ¿Cómo fue el torneo de básquet de tu hijo?

—¡Ha ido fenomenal, Jean! ¡Han ganado! Gracias por acordarte, eres siempre tan detallista —le dijo, agradecida y dibujando una enorme sonrisa en su cara al recordar a sus hijos.

María era una mujer de mediana edad que se había educado en las viejas maneras inglesas. De un metro y sesenta centímetros de altura, pelo negro y siempre vestida con falda.

Jean, con su traje azul cruzado y de rayas transversales blancas, camisa blanca de gemelos y corbata rojo pasión que solo se ponía en las ocasiones importantes, se aproximó a su mesa y se dirigió a ella con cariño, preguntándole:

—¿Qué tenemos hoy en el menú?

—Hoy tenemos lo siguiente: a las 10:30, reunión con el director de finanzas, a las 11, con el departamento de I+D, y a las 12 tienes la reunión con David, tu socio —le respondió mirando la agenda en su pantalla y luego volvió a mirarlo a la cara con una sonrisa de complicidad.

—Uf, qué pesadez de estómago me acaba de venir.

—Son lentejas, mi querido Jean.

—¿No crees que estaríamos mejor de vacaciones en una playa desierta?

—Desde luego que sí, ¿pero luego quién pagaría la hipoteca?

—Ya… —contestó Jean, dándose cuenta de la tontería que acababa de decir—. ¿Puedo preguntarte algo? —inquirió bajando la voz y acercándose, siempre con la confianza que había marcado la relación entre ellos desde el día que dejó de ser la secretaria de su padre y empezó a ser la suya—. ¿Qué tal el ambiente cuando no estoy?

—¡Ya lo sabes! —Cansada de repetírselo, levantó los hombros y siguió—: Cada día peor. A David le ha afectado el poder absoluto, se enfada cada día más con el personal y empeora por momentos el ambiente. Yo creo qué se siente como Steve Jobs, pero está a años luz de esa mente brillante. Además, empezamos a tener una fuga de cocos

y los que se quedan, tienen cada día peor cara. ¡No sé qué vamos a hacer! —exclamó María y acabó preguntándole—: ¿Qué piensas hacer con esta empresa?

Jean se sentía impotente delante de la situación. Impotente delante del equipo que a su padre tanto esfuerzo le había llevado crear. Impotente por cómo estaba gestionando su socio la empresa familiar.

—La verdad es que no lo sé. Bueno, realmente sé qué hacer, lo que pasa es que no sé si le va a gustar a David la solución que tengo. Hoy va a ser un día trascendental para esta empresa. María, te entiendo perfectamente y pienso mucho en ello. Tienes razón, David ha cambiado, me da bastante miedo que él no se dé cuenta de lo que hace.

—Bueno, Jean, seguro que lo arreglarás. Confiamos en ti. Será mejor que entres en la primera reunión, si no, llegarás tarde —le dijo María, que ya había perdido la fe en que algo podría cambiar.

—¿Te lo he dicho, eso de que eres un cielo y que tu marido es un hombre afortunado?

—¡Anda, vete a la reunión!

Los dos empezaron a reír y Jean, ataviado con su mejor traje entró en su despacho.

Moderno, con una pequeña mesa redonda a la izquierda para unas reuniones reducidas y su mesa al fondo, era el único despacho de toda la planta que estaba acristalado en dos de los cuatro lados. El que había heredado de su padre. La mesa colocada al fondo del despacho tenía una vista privilegiada de 180º sobre todo el Madrid. Ese espacio había visto crecer la empresa. Los muebles de madera tallados a mano los había comprado en la Toscana hacía ya más de veinte años. Los había heredado junto a las acciones y a los problemas de crecimiento que estaba teniendo la empresa. Quería mucho a esa sociedad, representaba una parte de su padre que aún seguía viva. Pero necesitaba un cambio en su vida. Tenía un plan para el futuro, al que debía llevar a cabo tal como habían programado en París, Claudia y él.

Jean acostumbraba a hacer su rutina por la mañana con deporte, lectura, desayuno saludable hecho en casa, después empezaba el día con más fuerza. Ese era uno de sus secretos para mantenerse como un pincel, como un dandi, un caballero tanto por la forma en la que se vestía, cómo en la manera de actuar y pensar. Esos aspectos elegantes habían sido unos factores determinantes para que Claudia se enamorara de él.

Las reuniones de la mañana pasaron rápido, casi aburridas. Las había realizado desmotivado, pero las hizo porque estaban en su agenda. Sin embargo, él no había venido para esas reuniones, sino

para la reunión con su socio. Esa reunión marcaría un antes y un después en sus vidas, en su empresa, en su futuro.

Estaba nervioso, estaba sorprendentemente nervioso. Casi nunca lo estaba, ni siquiera cuando corría con su Porsche. Pero esa mañana tenía algo diferente. "Tranquilo, respira. Acuérdate de lo que te aconsejó tu profesor de yoga, cuando tienes que hacer algo importante y estás nervioso, casi temblando, simplemente respira. Respira hondo", se dijo. Y como por milagro, con solo recordar esas palabras, empezó a tranquilizarse simplemente cerrando los ojos, haciendo respiraciones profundas y pensando que todo iba a ir bien.

Así estuvo varios minutos, hasta que se escuchó el teléfono interno:

—¡Acuérdate que tienes la reunión con David en cinco minutos, deberías estar en la sala de juntas!

—¡Gracias por recordármelo! —contestó Jean, y una vez ya relajado, se levantó de su silla de despacho y se dirigió hacia la sala que María le había indicado.

Su secretaria estaba al teléfono cuando pasó por delante de su escritorio, justo afuera de su despacho. Continuó recto por un pasillo lleno de puertas, que conducía a otro lado del edificio. Justo en la otra ala se encontraba la sala de juntas para las grandes reuniones. Se llegaba a ella por un corredor donde, por la derecha había un gran espacio abierto, lleno de escritorios, con trabajadores escribiendo como locos y con la cabeza baja sin enterarse de lo que estaba pasando a su alrededor. A la izquierda estaba el despacho de juntas, cuyo perímetro estaba rodeado por un cristal que lo insonorizaba y lo cerraba del resto del espacio abierto. Por el otro lado tenía las ventanas que daban hacia el paseo de la Castellana y al resto de Madrid.

David aún no había llegado. Jean abrió la puerta, entró y se sentó al lado de la mesa, con la espalda hacia las ventanas y de frente a la puerta de cristal, esperando a su socio, que llegó con un retraso de más de diez minutos. Cuando se presentó, le seguían tres personas, intentando aprovechar el tiempo de un despacho a otro, enseñándole los trabajos que estaban haciendo. Necesitaban instrucciones del director general. Los cuatro entraron en el despacho. El jefe estaba agitado.

—Pero ¿cómo tengo que decirlo para que lo podáis entender? —insistía levantando cada vez más la voz—. Tenéis que hacerlo en la manera que os lo dije. No tenéis que perder el tiempo en hacer pruebas. Cada día me preguntáis lo mismo y hay que tenerlo acabado para la próxima semana, ¡sí o sí!

—Pero, señor, eso es muchísimo trabajo para el departamento, y tenerlo para la semana que viene… —empezó a decir el trabajador, con delicadeza y humildad.

—¡Me da igual! Debemos tenerlo, como si tenemos que estar aquí sin dormir hasta la semana que viene. ¡Tenemos una fecha que cumplir! —espetó el jefe dirigiéndose a su séquito de forma tajante, insensible—. Ya os podéis marchar, ahora tengo una reunión. Y cerrad la puerta.

Jean, desgraciadamente no quedó sorprendido del espectáculo que acababa de presenciar. Estaba acostumbrado a ver exprimir al equipo de la empresa. Pero ya estaba cansado de intentar arreglar las cosas sin tener respuestas o cambios de la otra parte. Ya daba la guerra por perdida. Lo único que podía hacer era tomar sus propias decisiones, y para eso había solicitado esa reunión.

David, el socio que nadie quisiera tener en su empresa, entró casi sin mirar a Jean y sin preguntar siquiera cómo estaba.

—Tenemos grandes noticias. Grandes, muy grandes. Qué digo, ¡grandiosas! —exclamó antes de sentarse delante de su socio—. Va a empezar una nueva época, para nuestra empresa y para el mundo de los móviles. Tu padre estaría muy orgulloso.

El único espectador de ese teatrillo se quedó perplejo. Él era el que había solicitado la reunión, y su socio ni siquiera le había preguntado para qué la había solicitado. Era la típica forma de actuar con la que se había encontrado muchas veces. Hablaba, hablaba, hablaba… Sin escuchar y sin importarle qué sucedía alrededor y qué hacían los demás.

David Cadalso, un hombre de unos 65 años, de mediana altura, calvo y con una coronilla blanca lateral, vestido siempre en los colores más obsoletos, ese día llevaba un traje color verde casi desteñido, camisa blanca y corbata que parecía ser la de su primera comunión. Tenía los ojos negros como dos profundos pozos, nariz encorvada como un águila, y desprendía una expresión de avaricia. Cada vez que lo veía, a Jean le parecía ver al señor Burns de los dibujos animados «Los Simpson». Con su padre, le habían dado ese mote burlón de Mr. Burns.

No lo soportaba. Ya no lo aguantaba ni un minuto más. El ejercicio del autocontrol que tuvo que hacer ese día fue titánico. Le tenía muchas ganas a su socio por todo lo que le había hecho.

—La próxima semana vamos a presentar una patente. Pero qué digo, ¡vamos a presentar LA PATENTE del año! —proclamó David, que se había puesto de pie con un aire de soberbia, como si fuera Napoleón tomando la decisión de conquistar el mundo entero—. Nuestra patente va a generar un cambio drástico en las aplicaciones de los móviles en los próximos veinte años. La estamos acabando de desarrollar, pero estamos prácticamente listos. Consiste en permitir a los móviles acceder a una información sustancial para la geolocalización, vinculada con la inteligencia artificial. Rastreará los

datos de los clientes…

David seguía explicando toda la parte técnica y los beneficios que iban a tener todos los móviles a partir de esa patente. Al oyente le estaba entrando por una oreja y saliendo por la otra, toda esa información técnica y aburrida que estaba escuchando en ese mitin político del conquistador. Estaba deseando sólo que acabase para poder empezar a hablar. Ya llevaban así más de 20 minutos, hasta que el socio se dio cuenta que estaba hablando solo y Jean se estaba aburriendo y sin escucharle.

—¿Te das cuenta de que nos va a hacer muy ricos esta aplicación? —le preguntó y de repente se paró, al darse cuenta de que no le hacía ni caso—. Jean, ¿estás bien?

—Sí, sí, estoy bien. Buenos días, David —dijo, enviándole el primer saludo, haciéndole ver que llevaba veinte minutos hablando, sin haberle saludado siquiera.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan serio?

—¿Sabes por qué tenemos esta reunión?

—¡Claro! ¡Estamos a punto de presentar una de las patentes más importantes de la historia de los móviles!

—¡No, David! Esta reunión la he solicitado yo, y no es precisamente para esto —dijo tranquilo, haciendo que esas frases fuesen como un látigo en la cara del socio. Mr. Burns, sorprendido, se detuvo y miró a su socio a la cara. En ese momento se dio cuenta que Jean tenía razón y que había algo que él no estaba entendiendo.

—Ah, ¿no? ¿Entonces? —preguntó casi molesto—. ¿Qué hay más importante que esto?

—Me voy a vivir a París —soltó Jean mirándolo a los ojos, casi desafiando a su socio.

—¡Holalaaa! —lo interrumpió con sarcasmo—. *C´ est tres jolie! Bon voyage, mon amie!*

—Gracias. Pero antes voy a vender mi parte de la sociedad. Quiero empezar a vivir. Quiero empezar una nueva vida en París y quiero olvidarme de esta sociedad, de ti y de la pésima gestión que estás haciendo de la empresa, esta empresa que es una herencia de mi familia —soltó Jean la bomba encima de la mesa.

David no daba crédito a lo que estaba oyendo. De hecho, no quería oír eso, o, mejor dicho, no era lo que quería oír. Estaba en el momento más importante de la historia de la sociedad, y desde luego no era el momento más idóneo para vender, cuando él pretendía presentar esta patente.

—Perdona, no te he entendido bien —replicó sentándose enfrente de su socio—. ¿Me estás diciendo que quieres vender tus participaciones justo ahora cuando estamos presentando esta patente? Pero ¿te lo has pensado bien? ¿Eres consciente de que vas a ser muy

rico dentro de unos años? ¿Estás seguro de esto?

—Segurísimo —respondió, tajante—. No quiero esperar, para nada. Es más, estoy más seguro que nunca de que no quiero volver a verte ¡jamás! —acentuó lo último con un movimiento contundente del brazo, representando que era algo inamovible—. He tenido dos ofertas, un fondo buitre de Panamá que está descartado, y un segundo, al que le voy a vender en las próximas semanas. Un fondo americano que va a comprar la parte de mi familia.

—¡NO! ¡No voy a permitir que vendas tus acciones justamente ahora, en este momento! —decretó David, y en ese instante, también para Jean apareció como el dictador en su esencia más pura, el que hasta la fecha había llevado delante la empresa—. Si piensas que vas a vender justo en este momento, te estás equivocando, de lo más grave. ¡No te lo voy a permitir! —La actitud del socio cambió. Lo estaba mirando a los ojos como si lo estuviera comiendo. Y siguió, bajando la voz, acercándose a Jean y retándole—: Además, crees que yo, siendo socio al 50% como tú, ¿voy a aceptar que vendas a quien te apetezca?

—Yo creo que vas a firmar. Es más, te lo aseguro. Y te recomiendo encarecidamente que no pongas problemas a quien yo decida vender.

—¡Jajaja! —Se echó atrás riendo—. ¡Qué ingenuo, mi pequeño tripulante! Cuánto echo de menos a tu padre… Con él, sí que se podía hablar.

—Mi padre no tiene nada que ver con esto. Esté donde esté, se estará revolviendo en la tumba viendo lo que has hecho con la empresa de su familia —comentó, serio y molesto por haberle nombrado.

—Pero ¡qué me dices! Nunca hemos tenido tantos beneficios como en estos años, ni tantas oportunidades. Estamos creciendo, somos el líder en nuestro sector. ¿Qué pasa, Jean? ¿Es que no miras los balances? ¿No miras la retribución que tienes a cada final de año? A ver si bajas un poco del mundo de los yupis y te instalas de una vez por todas en el mundo real…

Jean estaba hirviendo cómo una olla de agua antes de tirar los espaguetis. A punto de explotar. Respiró. Reflexionó a lo que iba a contestar y con la educación y el respeto que su padre le había enseñado, le contestó:

—David, desde que estás tú al mando has transformado esta empresa ejemplar e innovadora, de un oasis feliz donde el equipo trabajaba a gusto, en una agrupación de trabajadores amargados, que solo esperan la hora de salir de esta prisión y que empiece el fin de semana. Te has convertido en un ogro. Bueno, a lo mejor, simplemente ha salido tu verdadera naturaleza. Diriges una empresa en la que todos trabajan a tu merced y con miedo a lo que dices. ¡No te respetan, te temen! Y esto es solo la parte de los trabajadores.

¿Quieres que hable de la actividad fraudulenta que llevas a cabo con mi empresa? ¿Crees que no sé lo que haces en el dark web? ¿Crees que soy tan tonto como para no darme cuenta, o no investigar sobre tu actividad ilícita para crear la aplicación que quieres patentar? ¿Realmente crees que no me he enterado de nada?

Jean estaba sacando sobre la mesa todo lo que sabía o casi todo, y más, sacaba los trapos sucios mientras David se iba tirando hacia atrás en la silla y hundiéndose en ella. Parecía un niño encontrado con la boca llena de mermelada. La presión empezaba a hacerse cada vez más fuerte en su cabeza, como si le hubieran descubierto lo que tenía en la chistera. Era el mago que se creía el más listo de la clase, pero el público había adivinado todos sus trucos. Era la primera vez que el socio se encontraba tan acorralado.

—Mi querido socio, ¿crees que haría este movimiento en la tabla de ajedrez sin tener un as en la manga? —dijo Jean, desafiante. Ahora era él quien llevaba la batuta y el compás de la conversación. Ahora se encontraba el francés encima de la mesa tirándose hacia delante, apuntando con el dedo índice hacia su socio—: ¿Realmente crees que vendría aquí a pecho descubierto, pidiéndote que por favor me permitas vender?

El atacado pensó que lo que le decía, seguramente no era más que un farol, y una vez reanimado, contraatacó:

—Son solo conjeturas, no tienes nada. Nada es verdad. Un puto farol. Eres un puto crio y un embaucador. Siempre lo has sido. Si no hubiera sido por tu padre, ahora estarías en un centro para balas perdidas. Un despojo de la sociedad. Y en vez de estar aquí agradeciéndome todo lo que tienes, con tu traje de 2000 euros y un chófer que te está esperando abajo, vienes aquí a insultarme y a tirar mierda encima de mi duro trabajo. ¡Es el puto mundo al revés!

—Te equivocas. Una vez más te equivocas. Encima, una vez que te abro la caja de Pandora, no admites todo lo que has hecho y lo guardas dentro. Sobornos a entidades públicas, sobornos a empresas privadas, has infringido en numerosas ocasiones la ley de la privacidad con tu aplicación, y ahora quieres patentar una aplicación que has hecho con la información sustraída de los usuarios, de forma ilegal. Transferencias y desvío de fondos a paraísos fiscales, sobornos a políticos, incumplimiento de acuerdos con sindicatos, y un largo etcétera. ¿Quieres que siga, David? —le preguntó en tono desafiante. Después de haber sacado toda la artillería, se puso con las manos cruzadas sobre la mesa y mirándolo con la cabeza ligeramente torcida, pensando: “A ver qué vas a contestar ahora”.

Mr. Burns ya no sabía en qué posición ponerse en la silla. Si eso hubiera sido un ataque con espada, habría sido el caso de decir “*Touché*”. Se hizo un largo e intenso silencio. Solo estaban hablando

los ojos. Los de Jean, tranquilos y esperando una respuesta. Los de David, rabiosos por haberle chafado el plan que había estado orquestando desde hacía años. Le faltaba solo una semana para conseguirlo, y estaba pensando que ese niñato le había hundido, estropeándole el juguete nuevo. No hacía falta que hablase, sus ojos rojos de rabia eran como dos espadas que atravesaban el pecho de Jean.

Era el silencio de la última batalla. El primero que hablase admitía que había perdido. Pasaron varios minutos en los que simplemente se miraron a los ojos. Estaban estudiándose el uno al otro como si hubieran mirado el tablero antes de decidir qué pieza mover. El ambiente estaba cargado, tanto que, si alguien hubiese encendido una cerilla, la torre de cristal habría explotado entera.

—Ya, pero… ¡todo eso tienes que demostrarlo, niñato! —dijo finalmente David, rompiendo el silencio.

—A estas alturas, ¿crees que voy de farol? ¡Lo tengo todo! Todas las pruebas que necesites, las tengo documentadas y con las trazas internacionales. ¿Qué te crees, que eres el único que tiene un buen equipo informático? ¡No eres el único que husmea en la privacidad de los demás! —dijo tranquilizándole a su socio, para que no le quedara duda de que tenía pruebas. Y siguió con retintín—: Ya sabes qué reza el dicho: “El que a hierro mata, a hierro muere”.

En ese momento, cuando todo parecía arreglado, Jean cometido un error. En el preciso instante que le estaba diciendo que tenía las pruebas adecuadas y que podía demostrarlo, sin pensarlo y de una forma casi instintiva se tocó el pecho, apartando involuntariamente la corbata y tocando un objeto metálico que tenía colgado al cuello. Que era precisamente el Pen-Drive donde guardaba todas las pruebas que le acababa de presentar a su socio y que le inculpaban cómo delincuente.

Por la mala suerte de Jean, David, un hábil negociador y detallista, se dio cuenta de lo que llevaba al cuello. Por la forma y por verlo marcado encima de la camisa justo cuando Jean le estaba acusando, y por la mueca de satisfacción en su cara en el momento de tocar el dispositivo.

David entendió que el farol no era un farol. Las amenazas eran ciertas, tenía las pruebas que había indicado, pero las tenía al cuello. En ese Pen-Drive que él llevaba siempre encima, estaba la llave que permitía dejar abierta la puerta de su plan.

—Mira, te voy a decir lo que vamos a hacer —siguió Jean sin haberse dado cuenta de lo que estaba pensando el socio—, te voy a proponer un trato justo: vas a firmar la venta de mi 50% de la sociedad al fondo americano, y yo te devolveré todas las pruebas, una vez acabado el acuerdo. ¿No te parece un buen trato? Te vas a salvar,

te vas a salir con la tuya, pero solo, yo no quiero saber nada más de ti y de esta empresa.

—Eres un hijo de… Un cabrón… De ti, nunca me lo hubiera esperado. Y pensando en todo lo que he hecho por ti y por tu familia, creo que esto no es lo que me merezco —concluyó el socio, resignado. Pero con todo el enfadado, no añadió nada más, para no revelar lo que ya se estaba cociendo a fuego lento en su mente, como un plan maquiavélico.

—Entonces, ¿tenemos trato, o no?

—¡Desaparece de mi vista! ¡No te quiero ver nunca más en este despacho! ¡Tienes trato! ¡Pero vete ahora mismo! —soltó con rabia, y después de haber dicho esto, se levantó y sin mirarle a la cara y sin saludarle, abrió la puerta de cristal de ese despacho humeante por el duelo que se acababa de producir y desapareció por el pasillo.

El francés había ganado esa batalla. Tenía la sensación de no haber ganado aún la guerra con su socio, solo eso, la primera batalla. La libertad en París le daba la sensación de que le hubiera costado mucho más que una sola conversación desafiante con Mr. Burns. En ese momento tenía una dicotomía en su interior. Por un lado, estaba feliz por haber llevado a cabo y concluido la misión y estar más cerca de su nueva vida en París, pero, por otro lado, algo le decía que eso no era más que el inicio de un pulso con David. Eso no le dejaba tranquilo, una parte de él había entrado en un estado como de alerta después de esa reunión. Su sexto sentido le decía que había abierto la caja de Pandora y que las consecuencias solo las iba a ver en las próximas semanas.

7

Jueves, 10:00 a.m.
Hotel, Lloret de Mar,
30 horas antes de la hora cero

Soltó las maletas justo al entrar por la puerta. La habitación estaba vacía. Se acercó a la ventana y miró con aire sospechoso, por si alguien le hubiese seguido. Apartó con un dedo la cortina y, con inquietud miró si había alguna persona al acecho.

"Asegúrate que no haya nadie sospechoso en la calle, alguien nos pudo haber seguido", se dijo Alex con voz ronca y desagradable. No estaba acostumbrado a esas circunstancias, era la primera vez que le enviaban a cumplir una misión tan importante. Después de comprobar desde la ventana que nadie tenía cara o actitud sospechosa, soltó la cortina y volvió a meterse en el plan que tenía pensado.

Debía haber llegado con el resto de equipo, o por lo menos ese era el plan que tenía la escudería. Todos viajaban en el mismo avión, llegaban al hotel con el mismo autocar y dormían compartiendo habitaciones en el mismo hotel. Eso, él no podía hacerlo. Tenía que estar en el equipo, pero teniendo la libertad de entrar y salir para su misión. El viaje se lo había pagado él mismo, a diferencia de los demás mecánicos. Él tenía un patrocinador. Él tenía un mentor que le había enviado para un acometido importante. Él no era un simple mecánico, era el infiltrado con una misión muy precisa. Nada tenía que fallar. Todo tenía que ir según los planes del maestro, para conseguir finalizar eso que desde hacía mucho tiempo estaban planificando con sumo detalle.

Alex estaba nervioso. Y cuando lo estaba, empezaba a tener tics. Levantaba un hombro de repente y al mismo momento bajaba la cabeza hacia él con un movimiento instintivo. Como si tuviese que aguantar un teléfono móvil que estaba a punto de caerle. Esos tics eran fruto de la cantidad de drogas pesadas que en su adolescencia había tomado y que le habían dejado secuela.

No era un chico normal, venía de una familia desestructurada, con varios tipos de problemas. Su madre, una mujer que tenía un carácter débil como una manga del viento. Trabajaba como cajera en un supermercado de barrio. Sin ningún tipo de afición o pretensión. Laboraba para llevar a casa su escaso sueldo, para aguantar luego cuando su marido le pegaba y se lo quitaba para gastárselo en sus vicios.

Un carácter dócil, perfectamente maleable y dirigible. Encerrada en una trampa en la que su esposo la mantenía viva, pero bien atrapada. El padre de Alex era un ex dependiente de la Renfe, retirado, que gastaba la pensión en alcohol, tragaperras y apuestas ilegales. Eso le había empujado en un callejón sin salida, llegando a pegar a su mujer y al hijo, por la consecuente situación económica desastrosa que había generado en la vida de su familia. La frustración de un padre por no reconocerse y de no encontrar su lugar legal en el mundo, le había desestabilizado la familia. Esa situación lo había llevado a estar a punto de perder la casa por apuestas y llegar en varias ocasiones en hospitales con comas etílicos.

Alex era un residuo de la sociedad, una combinación física y emocional de las dos personas que lo habían creado. Una combinación entre genética y sucesos que le habían marcado y habían moldeado su carácter. A la sociedad no se le podía reprochar nada en relación a él, que era simplemente una persona con un pasado oscuro, un presente programado y un futuro a la merced de los acontecimientos.

Era un chico rubio, con un corte de pelo militar. Un metro ochenta de altura, de constitución delgada, pero con los músculos desarrollados a base de proteínas y gimnasio. Ojos verdes y una cicatriz en la mejilla derecha. Se la había provocado en una pelea delante de una discoteca, estando cargado de drogas en la sangre. Sus manos eran las de un mecánico, con uñas comidas hasta el extremo y negras de grasa de motor. Tenía orejas y nariz pequeñas y labios de un rojo intenso.

Había llegado con un coche de alquiler desde Marbella. El viaje separado de su equipo y la habitación en el mismo hotel, pero individual y en otra planta, habían sido patrocinados por su mentor. Eso le permitía una autonomía, para cumplir su voluntad y tener la independencia necesaria para los posibles cambios de rumbo que podían aparecer en los siguientes días.

Una vez que había comprobado por la ventana que todo estaba tranquilo y había tranquilizado las paranoias que latían en su cabeza, Alex se puso en marcha para deshacer las maletas. Empezó por los efectos personales. Los colocaba minuciosamente en el armario, porque su ropa tenía que estar perfectamente colocada. Si no era así, se disparaba en su cerebro la manía de la persecución, y no paraba

hasta que todo estaba perfectamente en orden y milimétricamente asimétrico.

—¡Eres un inútil! ¿Quieres colocar bien ese jersey? ¿Pero no ves que está torcido? —se gritaba Alex a sí mismo con voz ronca, como si su lado oscuro le hubiera reprochado a su otro lado, como si este habría hecho siempre las cosas mal—. ¡Como no lo pongas bien, va a venir papá a pegarte!

—Sí, sí, perdóname, ahora lo arreglo todo, no te enfades. ¡Que no, por favor, que no venga, que no venga papá! —se contestaba él mismo, torcía la cabeza cerrando un poco los ojos como si fuera poseído momentáneamente por el lado bueno.

Alex tenía un fuerte trastorno disociativo de personalidad qué le martillaba la cabeza todo el rato. Durante el día, mientras estaba despierto y sin público, sufría de estos ataques de un lado y del otro de su doble personalidad.

El único vicio que tenía era el de fumar, pero su mentor se lo había prohibido rotundamente, lo único que le dejaba hacer era vapear. Disponía de un cigarro electrónico y podía aspirar ese humo líquido que tanto le tenía enganchado. Además, por la complejidad y la rareza que tenía en su cabeza, solo fumaba con un líquido con sabor a Coca Cola. Una bebida que le había prohibido su padre desde pequeño. El olor de la habitación de hotel al cabo de diez minutos era similar al de la fábrica donde se embotellaba el famoso refresco.

Por carambolas de la vida, el mentor le había rescatado de un internado y sacado de una vida destinada directa al fracaso más absoluto. Había sido bueno con él y con su familia. El lazo emocional que se había creado entre ellos dos era tan fuerte, que el discípulo se habría tirado al fuego, si éste se lo hubiera ordenado.

Una vez colocado también todo lo que no eran efectos personales en unas bolsas adecuadas, y listo para actuar, su teléfono empezó a sonar. Sacó del bolsillo derecho de su pantalón un viejo teléfono de la marca Nokia totalmente analógico. Una reliquia. Un teléfono necesario solo para recibir llamadas y no ser rastreado por nadie. Solo tenía ese dispositivo que le unía con su maestro, como conexión para esa misión.

—Buenas tardes mi mentor. Aquí Alex, listo y operativo —dijo con voz baja y humilde, ansioso de tener noticias.

—Alex, explícame en qué punto de la operación estamos —dijo al otro lado del aparato una voz tajante, que se notaba deseosa de tener detalles.

—Maestro, aquí todo controlado, instalado sin ningún problema, con todo el material que necesitamos, y nadie me ha seguido, todo como planeamos —contestó, orgulloso y con ganas de complacer.

—¡Estupendo! ¿Has recibido el dinero?

—Sí, lo tengo en efectivo en mi bolsillo.

—Entonces, puedes arrancar ahora mismo la fase dos del proyecto —le indicó la voz del otro lado del teléfono, que después siguió con su tono autoritario para que se diera cuenta de la importancia de su misión—: Alex, es sumamente importante lo que vas a hacer para la organización, que va a resultar beneficiada si tú consigues llevar a cabo este acometido. Pero, sobre todo, piensa que yo seré el primero en estar muy orgulloso de ti. Sé que no fallarás. Estoy convencido que todo lo que hemos preparado servirá para que, finalmente se cumpla este bien superior que tanto estamos buscando. ¡No lo dudes, mi discípulo, estás haciendo lo correcto! Las personas titubean, las personas débiles no están dispuestas a hacer lo que es necesario para un bien superior. Pero tú, tú no eres una de esas personas despreciables, tú no eres un débil. Tú eres un privilegiado, un elegido. Haz honor a tu misión, a tu futuro y a tu mentor. Hazme sentirme orgulloso de ti. ¿Puedo contar con ello?

—¡No lo dudes! —contestó, jadeando como quien acaba de hacer un sprint, por la excitación provocada por las palabras que había oído, y siguió—: ¡No te voy a defraudar!

—Eso espero. Ahora vete y empieza con el plan —añadió, y sin darle opción de respuesta, le colgó.

Alex se dejó caer en el suelo a cuatro patas y apoyado en las rodillas y las manos, seguía jadeando por la excitación del discurso de su maestro.

—¿Estás seguro de querer hacerlo? —habló de forma tímida su lado bueno.

—¿Pero, estás loco? ¿Te has vuelto majara? ¿Crees que hemos llegado hasta aquí para preguntarnos estas tonterías? ¡No podemos fallar al maestro! ¡Deja de lloriquear, levántate y sé un hombre! ¡Demuestra una vez por todas que no eres un débil! Demuestra que no eres ese Alex que nos llevó en el reformatorio. Demuestra al maestro que ese Alex ha muerto y que hay un nuevo Alex. Por favor, saca los huevos de una vez por todas —habló el lado oscuro, reprochándole y regañándole por lo que había preguntado.

Acabada esa lucha interna que siempre tenía y con el efecto de las palabras del maestro por las venas, se apresuró a coger lo que necesitaba para cumplir con la primera parte del plan. Finalmente le dominó la parte oscura. El lado más potente y que más había alimentado en su vida.

Lo había alimentado su padre y lo había sabido aprovechar y fomentar su mentor. Este sabía alimentar la bestia que Alex llevaba dentro, convirtiéndolo de esa forma en una máquina de guerra lista para actuar cuando él lo necesitaba. Había conseguido que aplastase de inmediato las posibles objeciones internas que podía tener a la hora

de actuar. No dudaba en ningún momento que su padre adoptivo había sido el maestro.

No perdió ni un minuto. Cogió lo que necesitaba y con un guiño sádico dibujado en su cara, cerró la puerta de su habitación y se dirigió hacia su primer objetivo.

En efecto, había arrancado el plan.

8

Jueves, 10:00 a.m.

Lloret de Mar,

30 horas antes de la hora cero

El aire era efervescente. Lloret de Mar había esperado un año antes de volver a ser escenario de uno de los rally-s más bonitos de toda Europa. Otra vez, en el escenario de la Costa Brava se enfrentaban los mejores pilotos de Europa y las mejores escuderías. La organización había conseguido que su evento fuera puntuable para el campeonato europeo de rally.

Todos los coches estaban en batería en la calle principal, delante del mar. La que era la carretera principal de Lloret, que a su derecha pasaba por delante de las playas mojadas por el turquesa mar Mediterráneo y a la izquierda tenía los edificios más emblemáticos, cómo el ayuntamiento, estaba cortada para ser la salida de este evento deportivo. Todos los coches concursantes estaban aparcados en batería en los dos lados de la calle.

Justo al lado del ayuntamiento estaba el pódium amarillo de la organización, donde arrancaba y finalizaba el rally. A continuación, en orden ascendente del dorsal estaban aparcados todos los coches concursantes. A ese espacio reservado a las máquinas de carrera, le llamaban en la jerga local “el parque cerrado”. Un espacio donde el público no podía entrar y solo podían acceder a él los pilotos.

Entre la batería de los coches y la playa, se regían las imponentes palmeras que decoraban la arena. Se alzaban detrás de los coches como unas plumas de pavo real, para decorar el mágico momento que estaba recibiendo ese antiguo puerto de pescadores.

La plaza del ayuntamiento era el perno del evento. Tenía una forma rectangular y en torno a ella giraban los momentos y los lugares más importantes. Si hubiera sido vista desde un dron en el sentido de las agujas del reloj, la explanada tenía: el paseo marítimo con los coches aparcados, el pódium de donde salía el rally, el ayuntamiento,

el hotel donde se alojaban los pilotos más importantes y, al fondo, el parque de mecánicos, a unos doscientos metros.

Pocos escenarios tan bonitos decoraban un evento deportivo atemporal que había perdurado en tantos años como el de la Costa Brava. Los altos árboles y el mar como vista de fondo hacían que ese mismo evento fuera aún más espectacular para los concursantes y completo para todos los espectadores.

El rally empezaba y acababa en Lloret de Mar. Los tramos especiales, es decir esas carreteras cortadas al tráfico para que los pilotos pudieran demostrar cuál de ellos era el más rápido, en una carrera contrarreloj del inicio al final, se producían en las carreteras tanto de costa como de montaña de la provincia de Gerona. Estas carreteras podían ser tramos de carretera con más curvas, en una subida hacia una ermita en la punta de una montaña o, al contrario, un tramo de carretera con muchas curvas, pero que bordeaba el mar. No era importante la ubicación de esta carretera, sino las sensaciones que daba al recorrerla como los centauros de hacía ya muchos años.

La Costa Brava es uno de los escenarios más bonitos del Mediterráneo, debido a su costa rocosa formada por continuas salidas que hacen abrupto su paisaje. En medio de estas formaciones rocosas que la madre naturaleza le ha concedido, aparecen trozos de tierra donde las playas dominan y han hecho su espacio, naciendo detrás unas ciudades inicialmente de pescadores y después de turismo.

Lloret de Mar no era solo playa y sol, sino también cultura y arquitectura. En la parte izquierda de su playa se elevaba un maravilloso castillo con una torre de base redonda que dominaba la ciudad y los mares. Construido hacía ya mil años como refugio frente a los posibles invasores, hacía de escenario cultural a una ciudad de múltiples facetas.

Cuando aterrizaba el rally en Lloret de Mar era una celebración del motor. El aire que se respiraba era de la fiesta del rally. Cada año se repetía ese evento tan esperado y había espectadores que venían de todas partes de España e incluso de otros países de Europa. En el aire se respiraba bullicio. Los hoteles más importantes de la ciudad habían salido del letargo invernal para albergar tanto a los concursantes como a los mismos espectadores.

El paseo marítimo se coloreaba de deporte. Los coches en batería creaban un arcoíris multicolor que coloreaba la ciudad. Al final del paseo marítimo estaba el parque de mecánicos. Un espacio inmenso donde los equipos aparcaban todos los camiones, los *motors homes* para el hospedaje de los pilotos y todo lo que necesitaban para hacer asistencia mecánica a los coches. Era otro espectáculo ver como los equipos se organizaban en ese mínimo espacio y creaban pequeños talleres móviles, donde reparaban y realizaban la puesta a punto de

los coches.

En ese espacio había muchos tipos de asistencia, en base al presupuesto de cada piloto, o de cada equipo. Se podían observar perfectamente los dos extremos. En uno, la persona que hacía el rally con los ahorros de un año, y quién le hacía la asistencia eran amigos con herramientas improvisadas y furgonetas domésticas convertidas en talleres móviles. En el otro lado había equipos profesionales. Estos disponían de tráileres especialmente habilitados para ser talleres móviles completos y con todas las herramientas necesarias, y autocaravanas para dar hospedaje a los pilotos.

En medio de los tráileres de alta gama y de los mejores pilotos del evento y con más presupuesto, estaban los de Marc Nerón, todos negros mate igual que los colores del coche, y el tráiler rojo y blanco patrocinados por AOLAR, del piloto Jean De la Cruz. La rivalidad entre los dos pilotos se extendía hasta en enseñar quién tenía el mejor séquito de mecánicos y de infraestructura para su carrera.

La competencia de los pilotos no era solo entre ellos dos, sino que era entre todos. La última carrera del campeonato de Europa se jugaba en territorio gerundense, a la última derrapada. La pugna era entre todos los pilotos. Todos querían llegar primeros y todos querían demostrar que eran los más rápidos en esas pruebas. Un piloto podía tener varios sentimientos contrapuestos o sobrepuestos.

El sentimiento de pertenecer a una casa automovilística que era más afín a sus valores.

El sentimiento de competitividad contra los otros pilotos.

El sentimiento de superioridad y de vanidad para enseñar quién era el que iba a la última moda.

El sentimiento patriótico por querer llegar primero en su propia nación.

Los sentimientos nos mueven, nos enlazan y nos empujan hasta el límite. Para alcanzar nuestros propios límites, de nuestros vehículos o de nuestros equipos. Los límites siempre han sido los motores que empujaron a los inconformistas para mejorar cada día un poco más. Ese era el caso de Marc y de Jean, empujados a encontrar sus límites, empujados por la sed de victoria a pesar de las reglas y de las normas. Eso parecía, o eso se creía por lo que se veía desde fuera. Pero como dice un viejo refrán americano: “Donde se ven realmente las agallas, es en el ruedo”.

Allí, en la emblemática Lloret de Mar, escenario del ruedo de ese fin de semana, iba a darse el pistoletazo de salida para demostrar en la última prueba, las agallas de los mejores pilotos.

9

Jueves, 15:00

Tordera,

25 horas antes de la hora cero

Alex miraba sin parar en el retrovisor. Tenía el presentimiento y los miedos de fallar. Pero él no quería fracasar, quería llevar a cabo la operación de una forma impecable. Quería demostrarle a su maestro que estaba a la altura de la situación. Tenía miedo de que alguien le hubiera seguido, y todos esos temores en cierto modo infundados, eran fruto de su manía de la persecución. Por eso, aun siendo consciente de que lo hacía, mirar al retrovisor se había convertido en una práctica habitual en su día a día. Y en esos momentos, en plena misión, más que nunca.

Había alquilado un coche discreto, pero potente. Un Seat Ibiza FR blanco, con un motor de 150 caballos a gasolina, la envidia de todos los *teenagers*. Necesitaba un coche con el que poder pasar de alguna manera desapercibido en los sitios donde tenía que ir, pero al mismo tiempo que tuviera la suficientemente potencia para poder moverse rápidamente de un lado a otro, si sucediese cualquier imprevisto.

Había salido del parque subterráneo del hotel en Lloret de Mar y se estaba dirigiendo hacia el primer encuentro que tenía programado en el diario de bitácora de este fin de semana. No había sido fácil organizar ese encuentro. Primero, porque tuvo que conseguir acceso a la información necesaria para encontrar a la persona que estaría en el turno nocturno; segundo, por haberle contactado sin descubrirse y por convencerle que aceptara una propuesta indecente. El mentor siempre le decía: “No me importa lo que cueste o lo que tengas que hacer, quiero conseguir resultados. ¡Espabílate!”

Los nervios le hacían fumar aún más, el cigarro electrónico no paraba de sacar humo, Hasta ese momento, el Ibiza ya se había convertido en un submarino de niebla con sabor a Coca Cola. El lado oscuro de Alex había tomado las riendas de su vida y de la sala de

máquinas hecha un manicomio, que tenía sobre los hombros. Había perdido la noción del bien y del mal. Solo tenía delante una visión de la realidad distorsionada, que era complacer a quien le había vuelto a dar la vida.

—¡No metas la pata, esta vez no! —hablaba el lado oscuro de Alex, mientras él estaba conduciendo—. Esta vez no podemos fallar, está decidido. Tenemos que ser fuerte, confía en mí, todo irá bien…

Se estaba dirigiendo al punto de encuentro con esa persona a la que había conseguido localizar y convencer para verse. No iba a pasar nada. Solo era una cuestión de cinco minutos en los que tenía que mirar hacia otro lado.

Habían quedado en la cafetería de las afueras de la ciudad en la que vivía, Tordera. Pequeña población dormitorio, donde la economía del pueblo giraba alrededor de las pocas fábricas de textiles que había a su alrededor. Un pueblo satélite para estar alejado de todo y al que nadie iba por nada en concreto. Una ciudad triste, apagada, dormitorio de personas que no podían vivir en las ciudades más caras de alrededor y que se refugiaban allí. La hora del encuentro estaba programada para las 15:00 de la tarde. El punto de encuentro era la cafetería «La Montse del barrio», un lugar sin pretensiones, para poder pasar desapercibidos en sus conversaciones complotistas.

Dennis Fernández le estaba esperando dentro. Era un hombre impaciente, siempre puntual pero muy agitado, casi frenético. De poco más de un metro sesenta de altura y pesando unos 120 kg. Su papada era tan grande que se juntaba en una única pieza con el cuello, escondiendo la barbilla. Afeitado de hacía dos días, daba la imagen general de una persona dejada y desilusionada. El pelo sucio de varios días y casi oleoso, engominado hacia atrás, demostraba que estaba empezando a descuidar su cuerpo hasta el punto de casi no ducharse. Sus ojos pequeños estaban escondidos detrás de unas gafas al estilo periodista de los años 70, de la marca «*Ray Ban*», con una montura de plástico en la parte superior y que rompían con el estilo en que iba vestido, seguramente elegido por una mujer.

Llevaba un pantalón de chándal negro, unas zapatillas grises bastante sucias, originariamente blancas, y para completar el collage de la vestimenta, una camisa de flores abierta al primer botón, que bien podía haber sido la última camisa que tenía limpia de esa semana. Dennis era una persona inteligente, incluso tenía que haber sido una persona con un buen puesto de trabajo antes de su tsunami familiar.

Habían quedado a esa hora para qué pudiera dormir por la mañana hasta el mediodía, para recuperarse de los turnos nocturnos que hacía en su nuevo trabajo, en una empresa de seguridad que le había contratado por medio de otra empresa de trabajo temporal. Hacía

horarios repetidos, pero esporádicos. Toda esa semana le había tocado trabajar.

Alex aparcó el coche cerca de la cafetería.

La desconfianza en sí mismo era solo uno de los aspectos provocados de su carácter maniático. Había acciones del día a día que tenía que repetir sistemáticamente para convencerse que lo había hecho. Si no comprobaba que estaba bien hecho, el lado oscuro le machacaba por eso hasta que volvía a comprobar si realmente había concluido esa acción. Un ejemplo claro era cuando se dirigía a cerrar una puerta. Comprobaba sistemáticamente tres o cuatro veces que estuviera bien cerrada, tanto la de una casa, como la de un coche.

Una vez encontrado el lugar para dejar bien aparcado el Ibiza y cogido lo que necesitaba para la reunión, bajó del coche y cerró la puerta con el mando a distancia. En general, se quedaba por lo menos un par de minutos comprobando que el coche estuviera bien cerrado, antes de apartarse de él. Una actuación psicopática que atraía las miradas y hacía que las personas que pasaban por la calle cambiaran de acera para no cruzarse con él.

Se dirigió hacia el punto de encuentro caminando, con una manera de moverse bastante rara, tanto que parecía un mono domesticado. Llevaba consigo una pequeña mochila cruzada y unas gafas de sol baratas para que nadie lo reconociera. Caminó hacia el punto de encuentro y a cada veinte pasos, de una forma disimulada se giraba para mirar por si alguien le seguía.

Finalmente llegó delante de la cafetería y distinguió a Dennis en el medio del local. Antes de entrar, realizó el último vistazo detrás de sí en las dos direcciones, y después de asegurarse de que nadie le seguía, entró en el establecimiento. Se dirigió hacia la mesa dónde estaba el otro hombre y le dijo en tono bajo, pero molesto:

—¡Te había indicado expresamente que tenía que ser una cafetería aislada!

—Tío, más vacía que esta, ¿dónde querías ir? —protestó el gordo.

—Además, te había dicho que te sentaras a una mesa del fondo, contra una pared, no aquí en medio —siguió reprochándole incluso después de sentarse, susurrando con rabia porque no había hecho lo que él le había ordenado.

—Pero tú crees que la gente está pendiente de lo que hacemos nosotros? ¿Quién te crees, James Bond? —le contestó levantando el tono de voz—. ¿Crees que a la gente que está aquí dentro le importa un carajo nuestra conversación?

—Ssshhh… ¡Baja la voz, que nos pueden escuchar! —le pidió bajando la cabeza y mirando atrás, como si la otra clientela podía estar pendiente de su conversación.

—¡Ha llegado Alex! ¡Chicos, este es Alex, miradlo, por favor, aquí

está! —levantó la voz el gordo para que toda la cafetería se enterara de lo que estaba diciendo. El rubio estaba boquiabierto y con los ojos como platos—. ¿Pero tú crees que la gente está realmente pendiente de mí o de los que haces tú? La gente vive a su bola, a nadie le importa un pepino lo qué haces tú, o lo que hago yo.

—¿Quieres bajar la voz, ¡DE UNA VEZ!? Y para con este numerito, ¡POR FAVOR! —expresó Alex su rabia, casi gritando entre dientes y con los ojos echando chispas.

—¡Venga, hombre, no te enfades así! —le contestó el otro, casi con pitorreo—. ¿Pero tú no ves que aquí todo el mundo va a la suyo? ¿Por qué crees que te he llevado a este sitio? Es el peor sitio de por aquí, nadie se va a enterar, ¡tranquilo! —le dijo para intentar calmarle, porque ya le empezaba a preocupar seriamente la molestia que denotaba Alex.

El guardia nocturno se reía de la vida, ya no tenía nada que perder. Después de su divorcio, su faceta más irónica había brotado en todo su esplendor. No sabía lo que estaba haciendo, a qué llevaría ese acuerdo, tampoco con quién estaba tratando. Pero lo peor era que desconocía hasta dónde estaba dispuesto a llegar su interlocutor.

El discípulo no se sentía cómodo con ese individuo, le podía hacer saltar la operación. Pero también era su única vía de salvación, así que tenía que seguirle la corriente y aguantar sus bromas. Por lo menos de momento.

—Bueno, dentro de poco tengo que ir a trabajar. ¿Qué te parece si empezamos a hablar de lo que nos ha traído aquí? —le preguntó Dennis.

—No tengo tiempo para tus numeritos, tengo que irme rápidamente. Voy a repetirte el plan antes de que me vaya —dijo Alex un poco más tranquilo y volviendo al mando de la conversación.

Dennis había tomado una Coca Cola y le preguntó qué le apetecía tomar.

—Un agua con gas, ese refresco no lo puedo tomar —añadió como para convencerse a sí mismo—. El plan es simple, igual que tu labor, sin embargo, muy bien remunerada. Hemos repasado el plan alguna vez.

—Muchísimas veces —le interrumpió el guardia—. Eres muy pesado, ya me lo sé de memoria.

—¡Silencio! ¡No me interrumpas! —le cortó, tajante, mirándolo a los ojos. Estaban empezando a notase en él unos rasgos de su maestro —. Esta noche llegarás a tu puesto de trabajo como siempre, a las 22:00 en punto. Serás puntual, con tu mejor uniforme, con el túper de comida preparado para esta noche, y así arrancarás el turno para vigilar los coches del rally en el parque cerrado. No puedes llegar con retraso, ni un minuto. No tienes que hablar con nadie. No tienes que

hacer nada que no harías habitualmente. Me refiero que tienes que coger el coche de siempre, recorrer la carretera de siempre, aparcar en el sitio de siempre, comer lo que comes siempre. No cambies ni una coma de lo que haces todos los días que te llaman a trabajar los de la Agencia de Seguridad.

Alex no dejaba de mirarlo a la cara ni un momento, para estudiarle todos los detalles y todos los matices que podían provocar sus palabras en su cara, para saber si podía o no, confiar en ese gorila con camisa hawaiana.

—Tienes que considerar que vas a estar solo toda la noche. No puede suceder nada de lo que no esté planeado. Pero lo importante viene mañana, de madrugada, a las 04:00. A esa hora, cuando la ciudad esté sumida en el sueño más profundo, apareceré. Entraré por la parte izquierda del parque cerrado, justo delante del ayuntamiento. Vestido de negro, me introduciré cerca de los primeros coches. A esa hora tendrás que estar haciendo una ronda en la parte final, justo en la parte opuesta a donde yo entraré. Esto porque tu coartada tiene que ser real. Si apareces en alguna cámara de seguridad, tú debes estar dando una vuelta de inspección rutinaria. Hasta aquí, ¿está claro?

—Sí, pesado —dijo el guardia, cansado de oír lo mismo otra vez.

El mandatario, serio, estuvo unos segundos mirándolo en silencio y después continuó—: ¡Más te vale que no me falles! No tienes que saber lo que voy a hacer, solo me tienes que dejar el tiempo acordado. Como máximo, me llevará cinco minutos.

—Sí, sí, está claro. El lapso que tú estarás dentro del recinto me dará de sobra tiempo de ir hasta el fondo y volver. ¡No te preocupes! —le tranquilizó.

Después de las palabras del guardia, Alex seguía fijando los ojos en él, para ver si hablaba en serio, estaba fingiendo, mintiendo, o alguna otra cosa que podía estar pensando y no diciendo con la comunicación verbal. Afortunadamente, no detectó nada extrañó en él, sino que le pareció sincero y que realmente le estaba diciendo la verdad.

—¡Está bien! Aquí tienes el 50% de lo que acordamos —añadió el discípulo sacando un sobre repleto de billetes. Era dinero usado, sin rastrear, y se lo entregó por debajo de la mesa.

—Muchas gracias—dijo el gordo después de tocar el sobre.

—Cumple con tu parte, solo eso te pido. ¡Y no me jodas! ¡Ni se te ocurra!

Dennis cogió rápidamente el sobre y, voraz, se lo metió enseguida en el bolsillo derecho de los pantalones, mirando después con cautela a su alrededor, para comprobar que nadie lo había visto recibiendo el dinero.

—La otra parte te la entregaré el sábado, tal como habíamos acordado —añadió Alex para tranquilizarle y luego le sorprendió

preguntando—: ¿Por qué lo haces?

—¿Que por qué lo hago? ¿En serio, a esta altura de la película, me preguntas esto? —se extrañó el gordo por lo que le estaba preguntando.

—Me gustaría saber qué es lo que te mueve por haberlo aceptado.

—¡No me jodas! ¿Ahora te haces el amiguete y haces como que te interesaría saber eso?

Alex giró la cabeza hacia un lado, intensificó su mirada, quedó callado y esperó a que el otro le respondiera.

—¿De verdad quieres saber por qué lo hago? Pues mira, lo hago por una sola cosa, porque la hija de puta de mi exmujer me ha dejado y me ha arruinado la vida. Tengo que pasarle una mensualidad astronómica para la manutención de nuestros dos hijos. Desde que me dejó, ya no estoy centrado y he perdido el puesto de trabajo. Ahora tengo puestos precarios y esporádicos en una empresa de trabajo temporal. He perdido las ganas de hacer muchas cosas, y la verdad es que esto me ayudará para llegar decentemente al fin del mes, bueno, por un tiempo. Esta es la puta realidad, ¿satisfecho?

—¡No! Porque sé lo que eso quiere decir, te entiendo más de lo que tú crees —contestó Alex bajando la mirada.

—Bueno, después de esta dosis de realidad, lo siento, amigo, pero yo me tengo que ir. Tengo que prepararme para esta noche —decidió el guardia y se levantó en pie. Alzó la mano derecha como si fuera un tenor de ópera y solemnemente exclamó—: ¡Para la gran actuación! —y se puso a reír.

—Por cierto —añadió—, ¡gracias por invitarme la Coca Cola! Todo un detalle. Nos vemos el sábado, tal como hemos acordado.

Sin mirar más a su compañero de mesa, acabó de beber el último trago de refresco que quedaba en el vaso y se fue hacia la puerta. El gorila con camisa de flores se había esfumado, después de haberle desvelado su secreto.

Alex saltó de la silla, pagó rápidamente el agua con gas y la Coca Cola de su interlocutor y se apresuró a salir detrás de él. Empezaba la segunda parte del plan. Estando atento adónde iba el guardia de paisano, se dirigió rápidamente hacia su coche, pero haciéndolo de la manera más discreta que podía, a pesar de sus gafas baratas y de su caminata de chimpancé. Consiguió llegar al Ibiza alquilado y dirigirse para perseguir a Dennis, que se estaba dirigiendo con el coche hacia su casa.

Saliendo del barrio de mala muerte donde estaba la cafetería, entró a los pocos kilómetros de distancia en una pequeña urbanización donde había modestas casas en dúplex, construidas en los años setenta. Aparcó delante de una de color gris, sin darse cuenta de que a una distancia prudencial estaba el discípulo que le había seguido.

Salió del coche y entró por la puerta del jardín, que estaba abierta. Desapareció dentro de su casa, inconsciente de lo que acababa de hacer.

La casa adosada era igual que Dennis, abandonada a las intemperies. Originariamente blanca, su color se había convertido en un gris oscuro por los años que llevaba sin ser pintada. El jardín abandonado, con la hierba que casi empezaba a esconder los viejos juegos que sus hijos, en su tiempo habían dejado delante de casa. No dejaba de ser el espejo de su situación, de una vida dejada a merced de los sucesos y de las deudas que estaba generando. Todo eso no le llevaría a nada bueno.

Alex, guardando una distancia prudencial se había quedado con la dirección de la casa en la que vivía el guarda al que había sobornado. Si acaso las cosas salían mal, sabía dónde vivía. Dennis acababa de cometer un error y estaba en una trampa. Acababa de entrar en la trampa del discípulo y de su mentor.

10

Jueves, 12:00

Barcelona,

28 horas antes de la hora cero

Las playas de Barcelona ya se veían por su ventanilla. Estaba llegando. Sentado en su asiento de clase Business, Jean acababa de hacer el trayecto desde Madrid. La azafata de vuelo le recordaba que tenía que abrocharse el cinturón, acabar su copa de champagne y replegar la mesita, porque estaban aterrizando al aeropuerto de Barcelona.

Prefería el avión al tren, que para él tardaba demasiado. Aunque los trenes de alta velocidad hacían el mismo trayecto, solo fue una vez para probarlo. La hora y media que tardaba de más, respeto a su querido avión, no le compensaba. Él era un hombre directo y que quería rapidez en todo lo que hacía. Prefería la comodidad de los asientos y servicios Business en el puente aéreo.

Hacía varios meses que no pisaba tierras catalanas, en cierta manera echaba de menos la ciudad condal y las magníficas tierras de esa región. El Rally Costa Brava era la perfecta excusa para volver a pisarlas.

Los vuelos comerciales a las grandes ciudades, ya los conocía al dedillo. En el vuelo de los jueves a las cinco de la tarde a París, tenía que coger el asiento de la izquierda. Esa ubicación estratégica le permitía llegar a la ciudad pasando por el lado de la Torre Eiffel. En ese momento presenciaba los primeros cinco minutos de luces, a las siete. En el vuelo de las once a Barcelona, elegía el asiento de la derecha, para disfrutar de una vista panorámica.

La aproximación pasando por la costa, como si fuera un acercamiento para visitas turísticas a la ciudad condal. El espectáculo que se le ofrecía, al ver desde varios kilómetros de altura una de las ciudades que lo vieron crecer, y que se hacía pasando casi con cámara lenta por los varios monumentos de la ciudad, le recordaba de paso momentos de su infancia.

Después de desembarcar se dirigió a buscar las maletas que había facturado. Él no era de facturar maletas, más bien de lo mínimo indispensable, precisamente para no esperar en la cinta hasta que llegasen los equipajes. Para él eso era tiempo perdido. Pero debido al evento deportivo al que iba, había tenido que facturar un par de maletas enormes, con todo lo necesario.

A Jean, nunca le gustó la nueva terminal del aeropuerto de Barcelona. Nunca había entendido por qué tenían que llamar a la nueva terminal T1 y a la vieja T2, cuando ya la vieja se llamaba T1… ¿Por qué tenían que cambiar el nombre? Lo encontraba una absurdidad. Sin hablar de la arquitectura y la decoración al estilo futurista que, allá por los años setenta, el arquitecto Ricardo Bofill se había sacado de la chistera. Ese futurismo retro nunca le ha gustado. Esa mezcla entre pasado y futuro no iba con él. O era futuro, o era pasado. No lo entendía y ni siquiera buscaba entenderlo. Pero tampoco era su problema.

Sus maletones fueron unos de los primeros en llegar en las cintas de equipajes. Una vez cargados en un carrito junto a su mochila con el ordenador, se dirigió hacia la salida del espacio restringido. En la sala de espera se encontraba su chófer, que le haría compañía hasta su destino. En París tenía a Patrick que habitualmente le esperaba, y en la ciudad condal se había encargado María de conseguirle un chófer para llevarlo hasta Lloret.

Un hombre de unos sesenta años, con un cartel en la mano en el que ponía “Señor De La Cruz” le esperaba en la puerta.

—¿Señor De La Cruz? —dijo el chófer, con aire servicial. Iba vestido con traje, buena presencia y muy cordial.

—Sí, ¡buenos días!

—Déjeme que le lleve el carrito. Sígame por favor —le pidió, cogiendo el carrito con las maletas y acelerando el paso para ir delante y el cliente pudiera seguirle.

—Ha tenido un buen viaje? —siguió con tono de voz amable.

—¡Sí, gracias! Fue un viaje perfecto, como siempre. ¿Está muy lejos el coche? —le preguntó al chofer.

—Aquí mismo, caballero. Está aparcado en la zona VIP.

Desde el asiento posterior del Mercedes Vito, un monovolumen con cristales tintados y asientos de piel empezó a devolver todas las llamadas y los mensajes recibidos en la hora del vuelo de Madrid a Barcelona, entre los que estaban las llamadas de los varios negocios que tenía Jean, y una llamada perdida de su madre. Eso le sorprendió. “¿Por qué me llama mi madre un jueves? ¿Qué habrá pasado?”, se preguntó antes de devolver la llamada.

—*Allô! Maman, comment ça va?* —le preguntó en francés a su madre, que era originaria de un pueblo cercano a la capital francesa.

Había vivido desde los veintidós años en España junto a su marido, el padre de Jean. Después de una vida acomodada en la capital española, había tomado la decisión de volver a su tierra natal, después de la muerte del compañero de toda una vida. Echaba de menos su tierra, sus parientes, sus paseos por Montmartre en medio de la bohemia y de los artistas, pero también los quesos artesanales que solo encontraba en una quesería pequeña del barrio Saint-Germain-des-Près. Cuando consiguió recuperar todo esto volviendo a París, se dio cuenta que lo que ahora echaba de menos, era a su hijo. El destino había planificado que junto a Claudia recuperaría a su hijo, teniéndolo en la misma ciudad.

—Bien, cariño y tú, ¿cómo estás? —preguntó su madre.

—*Très bien.* Estoy en Barcelona, que voy a Lloret de Mar, a uno de mis rally-s.

—Ya… —contestó la madre, algo preocupada.

—¿Qué te pasa, *maman*?

—Nada, cariño… Simplemente quería hablar contigo, el sexto sentido, nada más —añadió intentando parecer tranquila—. No sé por qué, esta mañana me he despertado pensando en ti y con ganas de hablarte.

—*Maman,* no te preocupes, estoy bien, y nos vemos la semana que viene —acabó tranquilizando a su madre y recordándole cuánto la quería. La conversación duró un par de minutos más, hablando de futilidades y del tiempo que hacía en la capital francesa. Cuando colgó, pensó de nuevo que, normalmente su madre le llamaba el fin de semana. Era muy raro que lo hiciese durante la semana, para saber cómo estaba. Eso le extrañó, pero le duró poco. Con la mirada perdida que tenía fuera de las ventanillas del Mercedes, se apresuró a seguir devolviendo las llamadas que había recibido.

El viaje de hora y media hasta Lloret se le pasó rápido, pasando de conversación en conversación, durante todo ese tiempo. Sin embargo, de lo mejor se dio cuenta al final. Escondido en medio de muchos mensajes de WhatsApp se encontraba el más importante de todo el día, lo que le hizo preguntarse cómo no lo había visto hasta entonces. Era un mensaje de Claudia:

“Hola, mi amor, espero que el viaje haya ido genial.
Mañana llego a las 12:00.
Tengo muchas ganas de ti.
Mi cuerpo necesita otra dosis de lo que me diste en Paris.
Te amo. Te amo. Te amo.
Y cómo te echo de menos…
Nos vemos mañana en nuestro hotel.
Bisous”.

Jean se preguntó cómo fue posible que se le escapara antes este mensaje… Se apresuró a contestar para decirle que estaba bien, que la echaba mucho de menos y que quedarían en el sitio que habían acordado.

Ya estaba delante del hotel en Lloret de Mar. Todo el equipo se alojaba en el mismo hotel, uno de cuatro estrellas donde, obviamente había cogido una suite junior para esos días. El chófer se apresuró a bajarle las maletas del maletero del coche y llevarlas hasta la recepción. Jean se llevó el periódico y la mochila, y mientras bajaba del Mercedes y vio el ajetreo de mecánicos que entraban y salían del hotel, le vino un flash en mente, una idea coma un recuerdo.

En su retina reapareció esa persona inquietante que lo estaba observando a la salida del hotel en París. Ese personaje que le había alarmado por la forma de mirarle y por cómo iba vestido. Estaba seguro de haberlo visto en otra ocasión, pero no conseguía recordar dónde. Hacía ya una semana de eso, ¿por qué le vino ahora otra vez el recuerdo y no antes? ¿Porque volvía a encontrarse delante de un hotel, o era un presentimiento? No se lo explicaba. Podía ser un *déjà vu,* o incluso eso, un presentimiento.

Pero llegaba tarde como siempre en su vida, por su agenda siempre tan ajetreada, y ahora tenía que centrarse a sus próximas actividades.

Reflexionó y se tranquilizó. No tenía que preocuparse por el hombre misterioso de París, volvería a aparecer solo cuando tenía que hacerlo.

11

Jueves, 15:00
Lloret de Mar,
25 horas antes de la hora cero

La abarrotada agenda de ese fin de semana acababa de empezar.

Una vez instalado en su suite, Jean había bajado rápidamente para comer algo muy ligero con su copiloto. Manel era su Escudero fiel desde hacía ya muchos años. Habían llegado a un punto de fusión que no lo había conseguido con ningún otro en toda su carrera como piloto aficionado de rally. La simbiosis que se necesita entre estas dos figuras tiene que ser directamente proporcional a la velocidad y a los tiempos que se quieren marcar en una carrera. Si se quiere ganar ese tipo de competición, no debe existir ninguna duda sobre las instrucciones que da el copiloto, que representa los ojos del piloto detrás de las curvas. La incolumidad del vehículo está primero en las manos del copiloto y después en la ejecución del piloto.

Manel tenía una experiencia intachable y juntos habían ganado tres campeonatos de Europa de rally, en las categorías en las que se han presentado. Manel Fontainebleau era un hombre metódico, disciplinado y muy calculador, pero la virtud que más le gustaba a Jean era que, pasase lo que pasase, sabía mantener la calma y transmitirle lo mismo a su amigo. Era un hombre de media estatura, con barba curada, uñas y manos cuidadas, pelo oscuro, corto y con alguna mecha blanca. Era el director de la contabilidad en una multinacional de su pueblo. El único defecto que Jean le encontraba era que fumaba. Le reventaba. Las discusiones habituales que tenían procedían siempre de lo mismo, de que Manel fumaba.

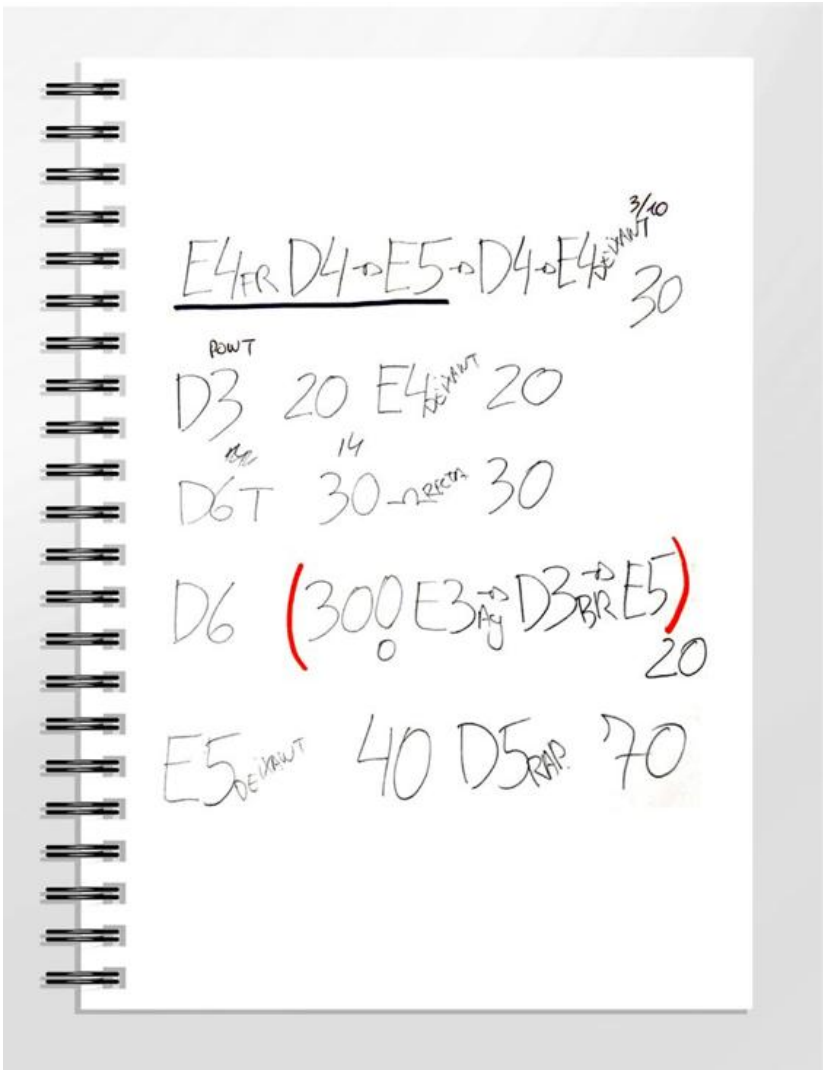
“¿Cómo es posible que un deportista como tú pueda fumar? Y con lo que te cuidas…”

“Jean, céntrate en conducir e ir más rápido. Déjame en paz”, le contestaba.

Ese jueves habían quedado al mediodía para comer en el

restaurante del hotel y repasar la ruta de los tramos especiales. Querían dedicar toda la tarde del jueves a las notas del rally, una cosa que era habitual en los pilotos profesionales.

Las notas consistían en indicaciones y anotaciones que los tripulantes del coche tomaban en los reconocimientos de los tramos donde iban a realizar la carrera. Estos reconocimientos pueden ser llamados inapropiadamente entrenamientos, aunque no lo son, ya que se tienen que realizar con un coche de calle y respetando las normas de tráfico, por ser en carretera abierta.



Notas de Manel

Estas anotaciones son dictadas por el piloto y anotadas por el copiloto, e indican características o inconvenientes de la carretera, como por ejemplo el tipo de curvas a la derecha o izquierda, la distancia entre ellas, si son más o menos cerradas e identificándolas con una puntuación del 1 al 6, si hay túneles, puentes, rasantes, tipo de superficie y su estado: asfalto, tierra, gravilla, nieve, hielo, frenadas, etc.

Manel ya tenía todas las notas de los tramos que iban a realizar en los días siguientes. Sin embargo, querían realizar una pasada por cada tramo, para confirmar que estuvieran correctas, para ver que no hubiera cambios, y, sobre todo, para repasarlas conjuntamente. Era importante para ellos que lo tuviesen todo controlado, porque la velocidad que cogía el Porsche GT3 Cup era lo suficientemente alta como para ser precavidos.

Habían acabado de comer y se dirigían hacia el coche que la escudería había alquilado para hacer ese día la vuelta de los tramos especiales. Durante la comida se habían puesto el día sobre lo que habían hecho desde el último rally hasta entonces y cómo veían el evento.

Hacía ya bastante tiempo desde que Manel se había dado cuenta que Jean tenía dos personalidades. Había dos hombres en él, uno era el compañero divertido y hablador del día a día, el otro era el hombre concentrado, callado meticuloso y serio cuando conducía. El mismo hombre, entrando en el coche se transformaba. O eso era lo que Manel pensaba. Jean cambiaba hasta el punto de que ni siquiera hablaba dentro del coche, simplemente comunicaba con signos por el nivel de concentración que tenía.

Una vez subidos al coche de alquiler, se dirigieron al tramo de Cladells, un tramo muy ratonero que estaba cerca de San Hilari Sacalm. Luego pasaron el tramo de Osor, hasta llegar a la Bisbal del Emporda, después de Gerona, para hacer el tramo de la Santa Pellaia. Por último, pasaron por Cassa de la Selva en dirección a Gerona, tomaron la Nacional 2 hasta la fábrica de Bi Century donde empezaba el tramo que conducía hasta Madremaña y la ermita de la Mare de Déu dels Ángels, más conocida como la subida Els Ángels.

Este tramo le gustaba especialmente a Jean. Era una carretera a la que dominaba, con alguna curva muy abierta que tomaba de lado con el Porsche derrapando, para dar más espectáculo a la multitud que iba a verlos en los bordes, y porque las características de la carretera eran adecuadas a su coche.

Empezaron por la subida de Els Ángels de forma normal, como si todo hubiera estado en orden. Jean no se había dado cuento de su estado emocional, que le había hecho subir al coche de pruebas más tenso de lo habitual. Sin embargo, Manel sí se había dado cuenta. Lo

notaba más rígido, más inseguro, como si los pensamientos que le atormentaban le hubiesen enturbiado la vista. Eso lo mantenía inquieto, pensando que, si eso le transmitía Jean respetando la velocidad, no podía ni imaginarse cómo actuaría con las velocidades de vértigo que alcanzaba su Porsche.

Una vez subidos hasta la cumbre de la carretera donde estaba la ermita, empezaron a bajar en dirección a Madremaña. Allí, en esa carretera que tan bien conocía Jean, en una curva muy acentuada se equivocó. Hizo un error banal en una frenada, invadiendo el carril contrario. Solo los reflejos de piloto y la experiencia que tenía le salvaron de caerse por el barranco.

Se aterrorizaron. Los dos se habían visto en el barranco, y Jean, después de ese percance transmitía una expresión de susto que Manel no había visto antes en él. Jean tampoco se esperaba de él mismo un error de esa magnitud. Jamás había cometido algo de ese tipo. Empezó a sudar y a sentirse incómodo al volante, incluso inseguro. Entonces decidió primero bajar la ventanilla para que le diera el aire. Sin embargo, a cabo de un kilómetro se dio cuenta que no era suficiente y optó por parar en un espacio donde podía bajar y tomarse un momento de descanso. Salió del coche y se apoyó con las dos manos en el capó.

—¡Joder! ¿Qué ha sido eso? —le preguntó el copiloto bajando del coche y acercándose— ¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien —le contestó, jadeando y sudando.

—¡No, no lo estás! ¡Yo nunca te he visto así! —dijo levantando la voz por culpa de la adrenalina.

—Bueno, estoy pasando por un momento de cambios en mi vida, como te decía mientras comíamos —empezó a excusarse.

—¿Hace falta que te explique lo que hubiera pasado a toda velocidad, con una distracción así? —preguntó Manel, preocupado.

—Lo sé, lo sé —contestó cubriéndose la cara con las dos manos.

—Joder, Jean, ¡yo también estaré en ese coche mañana! Y tengo hijos…

—Lo sé tío, lo siento. Por favor, no te enfades, ya es bastante duro.

Se quedaron por un momento en silencio, reflexionando. El copiloto se fue tranquilizando paulatinamente.

—Sí, pero… —se interrumpió pensando—, aunque tengas muchos cambios en tu vida, te veo demasiado afectado. Jean, hace casi diez años que corremos juntos, pero ¡jamás te he visto así!

—Bueno, es que nunca me he sentido así —contestó, exculpándose y dándose cuenta de que su compañero tenía razón con lo que decía. Se subió y se sentó en el mismo capó del coche y se quedó con la mirada perdida en el cielo. Empezaba a tranquilizarse, a profundizar en su interior y explicarle a Manel lo que estaba sintiendo.

—Contigo tengo confianza. Hay dos cosas que me están perturbando. Una es mi situación personal, que me está llevando más dolores de cabeza de lo que me esperaba —empezó a sincerarse, mirándole ya más tranquilo. El otro le estaba escuchando atentamente, como un buen amigo—. He tenido una discusión muy intensa con mi socio. Me ha perturbado. No me gusta pelear con nadie. Me gusta la paz. Quiero estar lejos de las personas que provocan malas vibraciones.

—Entiendo —dijo Manel sonriendo y le puso una mano en el hombro.

—Pero es que hay algo más —añadió y se puso más pensativo, bajando la mirada al suelo, como si lo que iba a decir fuera más importante, pero al mismo tiempo algo que no comprendía—. Hoy, desde que he llegado tengo un presentimiento, como un mal presagio. Hay algo que me está perturbando constantemente desde que he tocado tierra en Barcelona. No sé qué es. Es inexplicable. Es más, nunca me ha pasado esto. —Dejó de mirar al suelo y fijó la mirada en su compañero de aventuras—. Es tremendo, no sé cómo explicártelo, me siento muy incómodo. Casi me avergüenzo de lo que te voy a decir, pero es lo que siento. Es una sensación… No, es como una intuición qué me dice que no corriera este fin de semana. ¡No soportaría que algo saliera mal por mi culpa! ¿Me estoy volviendo loco?

—¡Jaja! —rio su compañero para bajar la tensión del momento y desdramatizar el momento de sinceridad—. Desde luego que tú no estás loco.

—Es que no sé cómo explicarlo, Manel. ¿Tú me entiendes?

—No lo sé, no sabría decirte. No creo ser la persona más adecuada para entenderte y ayudarte en esto.

—Es como una presión en el pecho. Angustia. Ansiedad. Como… como si una vocecita, la consciencia me estuviera lanzando mensajes de no correr este rally.

—¿Es posible que te estés haciendo una película? ¿Que estés mezclando el estrés con los miedos? —cuestionó Manel, intentando dar una interpretación lógica, como era habitual en él.

—No lo sé, tío, no sé qué decirte. —Jean movía la cabeza como si no lo estuviera entendiendo—. ¡Espera! Puede que lo tenga —dijo, reanimado, como si hubiera tenido una iluminación—. Manel, ¿te acuerdas de Senna? El 1 de mayo del 1994, el día que murió en el circuito de Imola.

Ayrton Senna fue un piloto de automovilismo. Tres veces campeón del mundo de Fórmula 1, Senna es considerado unos de los pilotos más rápidos y legendarios de todos los tiempos. Murió en el circuito italiano de Imola, en un fin de semana trágico. Durante la misma

carrera había sufrido un accidente mortal otro piloto, en el día del entrenamiento. Ayrton, durante todo el fin de semana tuvo un mal presagio. Temía que algo iba a salir mal, algo en su interior le dictaba que no participara en esa carrera. Sin embargo, hizo caso omiso a su presentimiento y murió ese domingo en la carrera.

—Sí, ¿y qué tiene que ver?

—Pues, Ayrton Senna, durante todo ese fin de semana dijo que tenía una sensación rara y que su equipo lo veía extraño, distante, pensativo. Se cuestionaba si tenía que correr en esa carrera. Puede que me esté pasando lo mismo.

—¡Jajaja! ¡Qué peliculero eres! —exclamó Manel empezando a reír para quitar hierro al asunto—. ¿Realmente te crees como Ayrton Senna? ¡Escúchame! Seguramente estás cansado por el viaje, por la rutina, por todos los compromisos que tiene tu agenda y tu vida. Mira, vamos a hacer una cosa. Lo dejamos aquí. Nos vamos directos al hotel, te vas un rato al spa, te tranquilizas y mañana arrancamos el rally, descansados. ¡Escúchame, no le des más vueltas! —Manel le miró a la cara e intentó cruzar la mirada con él, para ver si lo ha entendido bien —. ¿Qué te parece?

—Sí, puede que tengas razón, estoy muy nervioso. Vamos al hotel.

—Conduzco yo hasta el hotel. Siéntate en el asiento del copiloto y descansa. Disfruta del paisaje —le recomendó hablándole cariñosamente y subiendo al coche por la puerta del conductor.

En el viaje de vuelta, Jean estuvo en el lugar del copiloto mirando por la ventanilla. Con la mirada perdida y sin hablar. Estaba rebobinando lo que le había pasado pocos minutos antes. Estaba pensando en meterse en el spa y tratar de restarle importancia a la situación. Pero, aunque él estaba dispuesto a tranquilizarse, la sombra de ese pensamiento le seguía acechando en la cabeza. Esa sensación, esas dudas no eran normales en él. La pregunta que le taladraba el cerebro como un mantra era: ¿y si no debía hacer este rally?

12

Jueves, 15:00
Hotel, Lloret de Mar,
28 horas antes de la hora cero

Había llegado al hotel. El mismísimo emperador acababa de llegar. Por desgracia, ese año volvió a ir al mismo hotel y lo esperaban. El personal del hotel ya lo conocía y como consecuencia, allí estaba. Su reputación le precedía. Era el elemento distorsionador de todo el hotel. El huésped menos deseado de todo el año. Para el hotel, el rally era como agua de mayo en la temporada baja, una bombona de oxígeno para llegar hasta el verano, cuando volverían los turistas y la temporada alta.

El equipo del hotel hablaba de huéspedes en general, habitaciones en concreto, y de exigencias o peculiaridades de cada posible cliente, sin entrar en nombres. Menos que con él, porque cuando llegaba Marc Nerón, nadie quería atenderle ni ser el responsable de su habitación o de su servicio.

Llegaba como de costumbre a media mañana del día anterior al evento. La secretaria llamaba varias semanas antes para indicar todo lo que quería Marc en la habitación, y sobre todo lo que no quería. Cuando las estrellas de la música o del cine pasaban por ese hotel, eran mucho menos exigentes de lo que era ese ser despreciable. Después de tantos años que iba allí, los del personal, con pitorreo se decían entre ellos: «¡Cuidado, que viene Madonna, nos va a revolucionar a todos!»

Había llegado con un vuelo privado, y del aeropuerto hasta el hotel, con un BMW serie 7 con cristales tintados y chófer. Hasta que el conductor o alguien del personal del hotel no le abría la puerta, él no bajaba del coche. Era el déspota, su majestad el rey Nerón.

Bajaba del coche con una actitud que le hacía parecer el dueño del mundo. Grandes gafas negras de último modelo, traje negro hecho a medida con camisa blanca y corbata, siempre impecable como el

príncipe de Gales. Delgado como un poste de telefonía, no porque hiciese deporte, sino por la constitución heredada de su familia.

Con cuarenta y dos años, afeitado perfectamente como todos los días, llevaba bigote para parecer mayor y como costumbre copiada de su padre. Con un rostro alargado y ojos pequeños, tenía un corte de pelo peculiar, por los laterales el pelo era muy corto, sin embargo, el tupé lo tenía largo y tirado hacia un lado, siguiendo el remolino natural de su cabello. Siempre bronceado y con relojes carísimos, cada día uno diferente. Hasta que hablaba, Marc era una persona elegante y con mucho estilo, uno de los hombres más guapos y más atractivos que se podía alguien imaginar. En el momento que empezaba a hablar, toda su elegancia y belleza se esfumaban como una gota de agua en medio del desierto.

—Pero qué mierda es esta? —preguntaba al botones nada más entrar en su suite presidencial, viendo la televisión que estaba colgada a la pared—. ¿Pero tú te crees que esta es una televisión?

—Sssí, parece —contestaba balbuceando el pobre chaval, víctima de la novatada que había recibido al ser encargado del check-in del emperador.

—Esta es una televisión de solo 50 pulgadas —siguió Marc, sorprendido y defraudado—. ¿Pero dónde he acabado, en el tercer mundo? ¿Vosotros, los de Lloret de Mar, no sabéis que existen televisiones de 80 o de 100 pulgadas?

El joven botones, con el rostro de todos los colores, ya no sabía qué hacer, si dejarle las maletas e irse, o directamente ponerse a llorar.

—¡Venga! ¿Qué haces allí parado? ¡Déjame las maletas allí! ¿Qué pasa, es tu primer día o qué? ¡Espabila niño! —Indignado, Marc le señaló dónde dejarle las maletas y marcharse sin ningún tipo de propina—. ¡Ya te puedes ir!

No había acabado el botones de cerrar la puerta, que Marc ya estabas llamando a su secretaria. Sin saludar ni decirle cómo había ido el viaje, entró a piñón a lo que acababa de ver:

—Gloria, es la última vez que vengo a este hotel. Ya te lo había dicho el año pasado, pero tú has insistido en que volviese en este hotelucho de mala muerte.

— Marc, ¿ya has llegado? ¿Qué tal el viaje? —le contestó la secretaria, ya acostumbrada a sus caprichos de niño—. ¿Qué pasa esta vez?

—¿Que qué pasa? ¿Tú te crees que me han dado la suite presidencial y tiene una televisión solo de 50 pulgadas? —exclamó, indignado, mientras apartaba la cortina con la mano y miraba afuera —. Encima, me la han dado sin balcón, y para rizar el rizo, me han enviado al botones que acaba de empezar ayer, un niñato que casi ni

sabía hablar.

La secretaria esperó un momento antes de contestar, como si estuviera haciendo otra cosa más importante que escuchar sus quejas, y cuando se dio cuenta que había acabado, le contestó:

—Marc, cada año me dices lo mismo. Y yo, cada año te contesto que no hay un hotel mejor que ese. No te preocupes, que me lo anotaré y el año que viene llamaré personalmente al director para indicarle tus necesidades —le soltó la mentira del día, simplemente para que se quedara tranquilo. La secretaria y el déspota tranquilizado se despidieron, casi sin dejarse tiempo de contestar.

Marc abrió las maletas para empezar a cambiarse, quitarse el traje y ponerse ropa para ir a comer y después a entrenar. Pero las sorpresas para él no habían acabado. La ropa de marca que había indicado que necesitaba para esos días, no estaba completa. Y él no estaba acostumbrado a que las personas no hiciesen lo que les mandaba, o qué no lo hiciesen de la forma en la que él lo quería. Y como todo lo resolvía gritando, eso lo iba a resolver exactamente de la misma forma. Cogió el teléfono y llamó para quejarse de la maleta que le habían preparado.

—¿Has controlado lo que nuestro personal doméstico ha metido en mi maleta? —empezó a gritar, casi a ladrar como un perro rabioso, tal como lo hacía de costumbre—. ¿Le indicaste lo que yo te dije que necesitaba?

—Sí, Marc, se lo dije y lo repasamos varias veces para que tuvieras todo lo que me habías indicado —dijo una mujer con voz tranquila y serena, al otro lado del teléfono—. ¿Por qué, qué es lo que pasa?

—Falta toda la ropa de entreno. Conoces la importancia que le doy a la vestimenta correcta y adecuada al momento. Lo primero es la elegancia. Me parece mentira que después de tantos años viviendo juntos, seguimos con estas tonterías.

Al otro lado, la mujer se quedó callada, con ganas de contestarle lo que realmente pensaba, pero no era el momento de decírselo. Tenía que aguantar la compostura pocos días más. Como decía su madre, la venganza se sirve como plato frío.

—¿Te das cuenta de que tu gestión del personal es pésima? Le dices cosas que al final no hacen y tampoco lo revisas. Y fuiste tú quien dijiste que querías controlarlo. —En ese momento Marc miró hacia arriba y moviendo un brazo como si estuviese teatralizando la llamada, porque cada excusa era buena para reprochárselo—. No estabas conforme como yo trataba a nuestro personal doméstico, ¿y qué hiciste tú?, coger el mando del control y ya ves lo que pasa, un error tras otro. Ni las maletas sabe preparar… tú personal. ¿Sabes una cosa? ¡Eres un desastre! —concluyó subiendo el tono.

En ese momento, la mujer, sin ganas de contestarle, pero con la

firme decisión de no escuchar más sus caprichos, actuó de la única forma posible en ese sentido, le colgó el teléfono.

—¿Hola? ¿Sigues allí? ¡Hoolaa! ¡No me lo puedo creer!

Furioso porque efectivamente le había colgado, se quedó mirando la pantalla de su iPhone que no le mentía, Claudia le había colgado. Acabó de deshacer las maletas y se cambió con lo que pudo. Bajó a comer junto a su copiloto y posteriormente, como la mayoría de los pilotos, se dedicó toda la tarde del jueves a entrenar.

Nunca le había pasado. El resto del día le quedó ese pensamiento. Claudia, después de haber cometido ese error, no había pedido disculpas admitiéndolo, y encima le había colgado. Empezó a sospechar que algo estaba cambiando en su mujer. Y peor aún: ¿cuánto tiempo le quedaba?

13

Jueves, 20:30
Hotel, Lloret de Mar,
19 horas antes de la hora cero

Como agua de mayo. El spa había sido su paliativo. La única medicina que él necesitaba era Claudia, pero en su ausencia tenía que conformarse con el balneario. Era un espacio ganado al parking subterráneo, de techo bajo, pero muy bien cuidado. El olor a incienso que desprendía inevitablemente inundaba toda la planta baja. El decorado oriental y la música casi de meditación hacían que entraras en un mundo paralelo y que te olvidases del estrés del día a día.

Había ido muchas veces a disfrutar y relajarse en ese espacio del hotel, pero nunca lo había necesitado tanto como esa tarde. Había conseguido distenderse. No como un día normal, no como el efecto que habitualmente le hacía perder la noción del tiempo dentro de una sauna o un burbujeante jacuzzi. Por supuesto que no era un día normal. Él lo sabía. Se había dado cuenta al aterrizar esa misma mañana en el aeropuerto de Barcelona. Pero el plan seguía. Confiaba en que el plan superior que tenía que llevar a cabo le devolvería la tranquilidad y el equilibrio que necesitaba.

El entreno de la misma tarde había ido peor de lo que él se hubiera imaginado. La felicidad y la esperanza de los cambios que le estaban esperando, se le habían convertido en un fantasma para el futuro y una niebla en el presente. La misma niebla que le opacaba la visión, le confundía la realidad y le distorsionaba la carretera que tenía delante.

Conducir era una de sus pasiones, desde la infancia, cuando su padre le acompañaba. Pero ese fin de semana no lo estaba disfrutando, todo lo contrario, se estaba convirtiendo en algo forzado. En medio del calor de la sauna, reflexionaba. Se planteaba si tenía que seguir. Si lo hubiera dejado, si hubiera abandonado el rally, tampoco habría pasado nada.

Se cuestionaba continuamente cuál era la mejor opción para él, y

de consecuencia también para Claudia. Si le hubiera pasado algo, no se lo hubiera perdonado en toda la vida. Estaba intentando descifrar los mensajes que le enviaban esas sensaciones. A lo mejor solo estaba enloqueciendo, o era por miedo, el temor a perderlo todo. Después de haber luchado tanto en su contra, esa sensación volvía a adueñarse de él. Se lo cuestionaba. Cuanto más lo cuestionaba, más se confundía a sí mismo.

¿Y si fuera un mensaje de mi padre desde el otro lado, para decirme que no corriese este fin de semana?, se preguntaba de una forma casi mística, en medio de tanta relajación oriental del spa.

Las ideas más disparatadas le venían a la cabeza. Puede que sea solo el miedo, el miedo a perderlo todo, seguramente es normal en este momento de mi vida, intentaba razonar y convencerse a sí mismo.

Pero ¿y sí Nerón me ha hecho vudú?, le vino de repente a la cabeza.

Jean ya había empezado a superar ese momento y después de las preguntas trascendentales y muy profundas, había empezado a bromear sobre el tema. ¿Te imaginas que ese cabrón me hubiera hecho algún hechizo raro?, seguía dándole vueltas por la cabeza, ya en tono desenfadado y bromeando solo sobre la situación. El efecto del spa estaba dando sus frutos. Pero el tiempo ya se había acabado, tenía que marcharse del spa, arreglarse e ir a la cena con el director deportivo de su escudería.

Jean corría con la escudería Porsche Aolar Racing Team. Era una de las escuderías más importantes de España, afincada en Marbella. Todos los ricachones del puerto Banús que querían correr y ganar con coches de la marca Porsche, se dirigían hasta la localidad de Marbella, donde Bruno había montado su empresa. Bruno Malatesta era el dueño y director deportivo de esta emblemática escudería y una de las personas con más experiencia en Porsche-s de carrera de España, y posiblemente de Europa.

La historia de Bruno era muy peculiar. Venía de una familia italiana, el padre comisario de policía en la zona de Modena, era muy famoso por haber resuelto casos muy importantes y mediáticos relacionados con la mafia en el norte de Italia. La madre era médico en el Hospital General de Modena. Había nacido en Modena, tierra de motores y de ingenieros. Cuna de Enzo Ferrari y de su legendaria fábrica de automóviles.

El papá de Bruno quería que él fuese también policía. Lo llevaba con él en muchas ocasiones en su infancia y adolescencia, en los casos más interesantes, para qué viera y aprendiera el oficio que hacía su padre y cómo se resolvían los casos. Esto lo hacía con la esperanza que en el hijo se despertara el inspector de policía que a él le hubiera gustado. Bruno nunca se vio en la policía. Lo más parecido a eso era

que hubiera podido conducir el coche patrulla a toda velocidad y con las sirenas en marcha. El resto, para él sobraba.

Ya desde la adolescencia se había despertado en él un alto interés para los coches. Pero el punto de inflexión que tuvo fue a los diecisiete años, cuando su tío Claudio lo llevó a dar una vuelta por la campiña de Modena con su Porsche 993 turbo, de color rojo. Desde ese momento, lo único en que pensaba era en los Porsche-s. Una pasión desmesurada que le llevó a investigar todo lo que podía sobre esta marca, a pasar horas y horas en los talleres mecánicos para aprender la mecánica por su cuenta y sin pagar.

Hasta que, llegado a los veinte años, decidió ir a Alemania a seguir su camino en Stuttgart, cuna de los Porsche-s. Desde ese momento, la vinculación que tuvo con ese mundo le llevó hasta España y a montar su propia escudería con coches de carrera. Para Bruno, el Porsche no era un coche, sino una religión, una forma de pensar, una manera de vivir y de entender la vida, hasta el extremo de crear una frase: “Un Porsche es como un diamante, es para toda la vida”.

Bruno era una buena persona. Disfrutaba viendo a los demás corriendo y disfrutaba también arreglando y dándoles vida a los coches que prefería. Tenía casi cincuenta años, mucha adrenalina había pasado por sus venas, pero a pesar de su edad, se mantenía en forma como un piloto. Era uno de sus mantras, el cuerpo tenía que estar siempre activo para afrontar mejor los retos del día. De la misma manera cuidaba a todo su equipo de la escudería.

Alto y atlético, su cuerpo era envidiable cuando se ponía la camiseta blanca ajustada que le marcaba los abdominales. Desde que su pelo había empezado a ser más canoso que negro, había empezado a llevarlo más corto, lo que le confería una fisionomía de la cara más alargada. La barba la llevaba siempre cuidadosamente descuidada solo de dos días. Esta, también canosa, bajaba desde una sonrisa preciosa que habría hecho de él un modelo para anuncios de pasta de dientes. Sin embargo, ese no era su camino.

Bruno y todo el equipo de la escudería habían llegado en dos momentos diferentes, ese fin de semana. La parte del equipo con el coche, el tráiler y la autocaravana, habían llegado el miércoles para dejar el Porsche GT 3 de Jean dentro del parque cerrado, el mismo día. El resto del equipo, junto al director, habían llegado el jueves por la mañana en avión desde Marbella, para empezar a alojarse y a prepararlo todo. Era una tradición que la noche del jueves, Bruno y Jean cenasen juntos. Era el momento cuando podían sentarse tranquilamente y ponerse al día de todo lo que había pasado en sus vidas desde la última vez que se habían visto.

Jean vivía en Madrid, sin embargo, había ido hasta Marbella a contratar la escudería de Bruno, por el grandísimo lazo de amistad

que tenían y que venía de mucho tiempo atrás, cuando aún corría con su padre. Bruno y Jean eran como hermanos. Bruno Malatesta le había sacado de muchos apuros, igual que un hermano mayor, o como uno de esos hermanos que te da la vida, que no viene de la familia, sino que aparece en tu camino como un ángel de la guarda, pero terrenal. El cariño y el respeto entre ellos era mutuo.

Esa noche del jueves habían quedado para cenar en el restaurante del hotel a las 8:30. Con solo verse, se dieron un abrazo prolongado, como si hubiesen pasado años sin verse.

—Te veo muy bien, hermano —le dijo Jean a Bruno—. Bueno, como siempre. Estás hecho siempre un figurín. ¿Qué haces para mantenerte tan bien?

—*Fratello,* siempre me ves con buenos ojos —le contestó, contento de verle, y siguió con un fuerte acento italiano que nunca había conseguido eliminar—: Ya sabes lo que hago, trabajar, y ahora alguna cosa más. —Le guiñó el ojo con complicidad y los dos empezaron a reír a carcajadas. Después añadió:

—*Dai*, venga, sentémonos.

—Siempre vas con tu camiseta blanca —le dijo Jean apuntando con el dedo a su ropa—. Yo creo que nunca te he visto con otro tipo de atuendo en medio de los rally-s.

—Bueno es fácil, ya sabes que dedico poco tiempo a vestirme. Por cierto, ¿cómo está Catherine?, esa santa madre que tienes. Porque, mira que soportarte a ti y a tu padre por tantos años… Madrid debería hacerle un monumento, o por lo menos poner su nombre a una calle.

—Sí, tienes razón, es una santa —contestó Jean afirmando con la cabeza y mirando hacia abajo, sintiéndose culpable de haberle hecho pasar por muchas, a su madre—. Bueno, ya sabes, desde que mi padre ha muerto, ha vuelto a vivir a París, donde aún le queda algún pariente. A cada dos semanas estoy en París y voy a verla. Está estupendamente bien. Sinceramente, creo que nos va a enterrar a todos. Tiene un cuerpo envidiable.

—Por favor, dale muchos recuerdos de mi parte —le respondió, un poco melancólico—. Me acuerdo mucho de tu madre, es una gran persona. ¿Cómo lleva el cambio a París?

—Yo la veo muy bien, ya te dije. Incluso te diré más, creo que tiene algún amiguete que la frecuenta —añadió con voz pícara y volvieron a reír con complicidad.

—Tu madre es una persona muy especial y la recuerdo siempre con mucho cariño.

—Bueno, ¿y tú qué me cuentas? El último día me hablaste de una chica de Mijas, a la que estabas conociendo —preguntó Jean con un toque de confabulación.

—Bueno, sí, nos estamos conociendo, pero la chica tiene un

defecto, no le gustan los coches.

Jean empezó a reír y le preguntó:

—Y eso es un defecto? ¿Por qué, tú no tienes ninguno, cabrón? A lo mejor, incluso te viene bien encontrar una chica a la que no le gusten los coches, así te desprendes de este mundo por algunas horas al día.

—Puede que tengas razón… Sabes, nunca me había parado a pensarlo de esa forma.

El tema le incomodaba, Bruno tenía rasgos de tortuga, cuando llegaba la hora de hablar de sus intimidades. Aunque con Jean tenía una confianza extrema, rápidamente volvía a meter la cabeza en su caparazón.

—Por cierto, he visto antes a Manel —cambió rápidamente el tema, Bruno—. Le he visto preocupado, me ha explicado lo que ha pasado esta tarde y me ha hablado de un "Efecto Senna". ¿Estás bien? ¿Tengo que preocuparme por algo?

Jean suspiró profundo y esperó unos instantes antes de empezar a hablar, ya que no sabía cómo enfocar el tema solo. Podía mentir a muchas personas, podía esconderles sus sentimientos, sus miedos o sus inquietudes. Pero a Bruno no, a él no se los podía esconder. Con él tenía la complicidad y la confianza de estar hablando a un hermano mayor.

—Desde que he llegado esta mañana, tengo una mala sensación en el cuerpo. Y lo peor de todo es que no sé explicarlo. Es como una gran tormenta interna, no sé si son miedos o premoniciones, pero me están llevando a la locura, si es que no estoy loco ya —le contestó, preocupado y en búsqueda de una opinión ajena. Con detalles, le explicó lo que le acababa de pasar por la tarde, el susto que se llevaron, Manel y él, y que no fue capaz de conducir el coche de vuelta al hotel, porque estaba muy alterado. Le explicó ese sentimiento y hablaron de lo que le pasó a Senna, que él no sabía muy bien.

—Te entiendo… más de lo que crees —dijo Bruno apoyando la mano sobre su hombro. Empezó a tranquilizarle, a hablarle con esa dulzura con la que se habla a un hermano menor, a una persona querida que necesita un apoyo moral—. En alguna ocasión, a mí también me ha pasado, y en otras ocasiones lo he visto en muchos pilotos a los que he seguido. Es más habitual de lo que crees, Jean. He visto personas de carácter muy duro, llorando como unos niños desconsolados antes de una carrera importante, por lo mismo que dices tú. Lo puedes llamar miedo al escenario. Lo puedes llamar síndrome del impostor. Lo puedes llamar normalidad en nuestro mundo. Aparte de estos miedos, ¿hay algo más que te puede turbar en esta etapa de tu vida?

—Bruno, a ti te lo puedo explicar —dijo y esperó unos segundos para encontrar las palabras adecuadas. Mirando hacia el techo, continuó—: Tengo un problema con mi socio. Quiero vender la sociedad a un fondo de inversión americano, pero él no quiere. Está a punto de sacar la patente de una aplicación que ha conseguido de forma fraudulenta. No quiero tener nada que ver con eso. No quiero saber más de la empresa familiar, ya bastante he aguantado sus gilipolleces. Quiero vender mi parte para ir a vivir a París. ¿Me entiendes?

—Sé que eres buena persona, Jean, coma era también tu padre, si no, no estaría aquí en este momento y no sería amigo tuyo. Te entiendo perfectamente. Entiendo que es un momento difícil y una situación que tendrás que resolver. Pero ¿sabes cuál es la buena noticia? —soltó empezando a sonreír, mirándole con cariño y esperando levantarle el ánimo.

—A ver, sorpréndeme.

—La buena noticia es que "el efecto Senna", como le dices tú, es debido a las preocupaciones que tienes en el trabajo. No te preocupes. Ya verás que, al empezar la carrera, todo se quedará atrás. Confía en mí, lo veo cada día. Cuando te metes el casco, la mente se pone en modo carrera y el resto desaparece. Estás solo tú y la carretera. Estás solo tú y las notas de tu copiloto. Estás solo tú, tu Porsche y el disfrute de la velocidad.

Jean había recuperado la sonrisa. Había soltado la mochila y todo el plomo que llevaba en el cinturón. Se había animado como por arte de magia. Toda esa niebla de preocupaciones en la que se había sumergido desde que estaba en Lloret, se había disipado. Bruno era así, casi mágico. Ese era el efecto que provocaba en él. El efecto de un hermano, casi el de un psicólogo, y a veces también de un coach. Se daba cuenta cuánto le quería y qué fuerte era la amistad que les unía. Al mismo tiempo, como se encontraba en medio de esa situación tan peculiar, se dio cuenta que le gustaría pasar más tiempo junto a su hermano mayor.

—Me alegra ver que tu cara ha cambiado. No tiene nada que ver con la de hace un cuarto de hora —le dijo Bruno cambiando el tono y empezando a buscar la parte positiva de la noche—. ¿Y qué, no tenemos ninguna buena noticia para celebrar, ya que hemos pedido champagne?

Jean se puso rojo como un tomate.

—¡Ah, sí, sí que la tenemos! —añadió Bruno alegrándose—. Esa es la cara que me gusta de ti. ¡Venga, venga, detalles, por favor, sé rico en detalles! ¿Qué ha pasado?

—Bueno, vamos a ver… ¿Te acuerdas de Claudia, de la que siempre te hablo y a la que nunca consigo presentarte?

—Sí, por supuesto que sí. Ya sé quién es, me has hablado muchas veces de ella, pero también siempre te he dicho que es una chica peligrosa. Parece mentira, con todas las mujeres que hay en el mundo… y tú te quedas con la de tu peor enemigo. *Mamma mia!*

—Lo sé, soy consciente. Pero la gran noticia es que queremos dejar nuestras vidas pasadas de un lado. Claudia quiere divorciarse de Marc e irnos a vivir los dos a París, en poco tiempo.

Bruno saltó en una celebración como si le hubiera tocado la lotería:

—¡Bravo! Es una grandísima noticia. Perdona que rectifique, esta sí que es la noticia de la noche —le dijo con una sonrisa de oreja a oreja, levantando la copa de champán—. Permíteme brindar, ¡por ti, por Claudia y por vuestra nueva vida en París!

Los dos hermanos brindaron por el futuro que les esperaba. La felicidad se apoderó de la mesa y de la conversación que vino después. Los posibles falsos presagios se habían disipado por las buenas noticias que el horizonte llevaba.

Pero la sombra de los problemas seguía allí, o mejor dicho en otra mesa. En la otra punta del restaurante en el que estaban brindando por su futuro, se encontraba Marc Nerón, observándoles de una forma intimidatoria. No se conseguía entender qué tenía en esa cabeza maquiavélica, pero la mirada que lanzaba contra los dos amigos no presagiaba nada bueno. La envidia por la felicidad que desprendían era como un cuchillo en el costado de Marc. Observó rabioso cómo estaban riendo, luego, de una forma provocativa levantó su copa de vino tinto y mirándolos, les dijo:

—¡Vamos a ver quién se va a reír en la línea de llegada!

14

Viernes, 04:00
Parque cerrado, Lloret de Mar,
12 horas antes de la hora cero

La noche parecía calma. Una como otras en el paseo marítimo. Sin embargo, solo lo aparentaba. El momento más oscuro de la noche es justo antes del amanecer, de igual manera que el más tranquilo es antes de empezar la tempestad. La borrasca la llevaría un joven discípulo fiel a su maestro. Los coches dormían en batería delante del mar. La humedad estaba creando un rocío salado que empezaba a cubrir todos los coches en el parque cerrado. Las palmeras, como torres de vigilancia, pareciendo que con sus ramas estuviesen protegiendo los vehículos durmientes.

Las pequeñas olas que dulcemente entraban en la arena rompían el silencio, creando el único sonido que atravesaba la noche. Todo callaba. Todo estaba en silencio. El ambiente taciturno dejaba dormir a los huéspedes, como para contrarrestar el enorme estruendo que el evento deportivo iba a provocar al día siguiente.

Todas las calles estaban vacías. A esas horas, nadie se atrevía a desafiar el silencioso ambiente que reinaba sobre la ciudad. Nadie. Excepto dos personas. Alex no había pegado ojo esa noche. No podía poner un despertador para que le despertara a las 4:00 de la mañana. Se había quedado en vela como un centinela, como un soldado obediente que hacía guardia en su torreta. Un disciplinado recluta que cumplía los órdenes de su superior para un bien mayor.

Llevaba tanto tiempo preparando ese día, que, aunque hubiese querido, no habría conseguido pegar ojo. La excitación mental y la adrenalina en el cuerpo le habían jugado una mala pasada. El carrusel de pensamientos era continuo, pero eran dos los que lo dominaban. El primero, que no podía fallar a su mentor. El segundo, y no menos importante, el que, por primera vez en su vida se sentía útil para algo, hacía parte de una familia, de una organización, incluso de una misión

y de un bien superior. Y que, sobre todo, alguien de la importancia de su mentor había confiado en él y en su éxito, con una confianza ciega.

Había aprovechado el tiempo repasando todas las cosas que tenía que hacer, meditando para tranquilizar la mente y visualizando numerosas veces el cometido que iba a ejecutar en pocas horas. Se había vestido con un tejano oscuro, una sudadera totalmente negra, con capucha, y una pequeña mochila del mismo color de la noche, llevando dentro todo lo que necesitaba. Estaba listo.

—No voy a fallar —susurró con rabia su lado oscuro como para convencerse, delante de la puerta, antes de salir.

—No lo hagas, por favor, quédate en la habitación —replicó el lado sensato.

—¡Cállate, niñato, no fastidies esta noche! ¡Es que no se te puede llevar a ninguna parte!

Una vez salido del hotel sin que nadie le viera, ni siquiera el personal del mismo establecimiento, se dirigió hacia la entrada del parque cerrado. Iba caminando casi agachado para crear la mínima contaminación visual. Vigilando que nadie apareciese por medio de la plaza de delante del ayuntamiento, la misma que daba a la fachada del hotel.

Parecía que todo estaba en orden para empezar con el plan. El guarda había cumplido a rajatabla con lo acordado. Alex, ubicado delante de la entrada del parque cerrado a las 4:00, distinguió la silueta de Dennis justo al otro lado del aparcamiento. Se aproximó a saltar la franja que delimitaba el espacio y en ese preciso momento, el cuerpo empezó a fallarle al discípulo. Le había empezado a reaccionar de una manera que no había previsto. Se había preparado todo, pero no se esperaba que su cuerpo empezase a reaccionar de una forma tan extraña. Presentaba signos de tener vida propia y de no responder a los intentos de tranquilizarse. La ansiedad y la tensión se estaban apoderando de su cuerpo por momentos. Nunca le había pasado eso.

—No, ahora no, esto no lo necesito —se decía a sí mismo, intentando recuperar el control y haciendo largas respiraciones. Los minutos pasaban. Se encontraba delante de la zanja, con ansiedad y con el tiempo que le apremiaba para qué llevase a cabo la operación. Empezó a sudar, primero las manos, luego la frente. El aire de mar que venía desde la playa era húmedo y frío, sin embargo, él estaba plantado allí como si fuera una estatua y sudando a mares. Había considerado muchísimas variables, hasta la más inverosímil, todas las que se podía imaginar, menos esta. El tiempo seguía pasando, hasta que, a cabo de unos minutos de pleno descontrol, volvió a conectar con los mandos de control y dominar esa tensión nerviosa que le había podido. Agitó la cabeza de un lado a otro repetidamente.

—¡Vamos, joder, tenemos que seguir el plan! —se animó hablando

consigo mismo.

Con un salto parecido al de un jaguar, brincó encima de la zanja. Se encontraba en el parque cerrado. Su tensión estaba alta. Se acercó al coche de Jean que, tal como se esperaba, estaba cerrado. Los mecánicos de Bruno Malatesta tenían orden expresa de dejarlo siempre cerrado. No tenía llave, un mecánico recién llegado no podía acceder a la caja fuerte donde estaban las llaves. Miró a su alrededor por si alguien le estuviera viendo. No había nadie.

Se quitó la mochila y extrajo un artilugio a infrarrojos. Un dispositivo diseñado para hacer explotar un punto vulnerable de la alarma del coche, que se hacía pasar por una llave real. Lo acercó al Porsche 911, lo activó, seleccionó el modelo a expugnar y empezó a trabajar. Mientras el dispositivo estaba encriptando el código, el discípulo seguía mirando a su alrededor, cauto de no ser visto por nadie.

—¡Venga, vamos!

Al cabo de unos minutos, el coche se abrió. Volvió a colocar el artilugio en la mochila, y con mucha precaución abrió la puerta del copiloto y entró en el coche, cerrando la puerta detrás. Sacó su arma, un MacBook portátil y un cable especial. El portátil estaba encendido preparado para descargar el siluro informático. Alex metió la mano por debajo de la guantera, encima de los pies del copiloto. Notó la centralita y ayudado por un destornillador, desenroscó el tornillo que la sujetaba al chasis y la estiró hasta la altura de sus rodillas. Conectó a la centralita el cable del portátil.

—Hecho, ya está enchufado —dijo, satisfecho, el pequeño saboteador.

—Ahora te toca a ti, a ver lo que sabes hacer.

El MacBook empezó a cobrar vida, el programa en la pantalla había detectado la placa base del Porsche y empezó a actuar. Apareció una sucesión rapidísima de números y letras en la ventana del programa. La rapidez era la palabra clave. El sistema, igual a un depredador, con una velocidad trepidante, había detectado la presa y le estaba inyectando el veneno, para que en el menor tiempo posible la pudiera soltar, como si no hubiera pasado nada.

* * *

11:11

Madrid,

una semana antes

El maestro había convocado al discípulo. Tenía que entregarle el material más importante de su misión. Para eso habían quedado en un bar de carretera donde nadie les podía reconocer.

—Alex, sabes que confío en ti.

—Lo sé, maestro. Le prometo que haré todo lo necesario para no defraudarle.

—Estoy convencido, si no, no estaría aquí. Lo que tienes que hacer es pensar en tu familia. Piensa en todo lo que he hecho por ellos. ¿Habrá sido en vano?

—¡No, maestro, no! —replico Alex con la cabeza agachada y alargando el cuello como si se lo tuviesen que cortar.

—Es muy sencillo lo que tienes que hacer, lo he estudiado en los mínimos detalles — empezó el maestro a exponerle el plan, indicando con un bolígrafo Montblanc en un mapa—. Aquí, en Tordera, tendrás que verte con el agente de seguridad, ya sabemos quién será el que le toque supervisar esa noche el parque cerrado. Una vez que le hayas sobornado para qué, ni más ni menos, mire hacia el otro lado, tienes que entrar rápidamente en el espacio de los coches, acceder por la parte del copiloto y conectar este ordenador. Antes del salir de la habitación esa noche, tendrás que encender el MacBook, asegurarte que esté al cien por cien de batería y dejar abierto este programa, con el cable enchufado, listo simplemente para que conectes la placa base del coche de rally. ¡No tienes que hacer nada más! ¿Está claro?

—¡Sí, maestro, está clarísimo!

—Una vez que tú hayas colocado de esta manera el ordenador, él se encargará de descargar en el sistema operativo del Porsche un troyano qué reestablecerá unos determinados valores —añadió el maestro mirándole fijamente para ver si realmente lo había entendido.

—Maestro, ¿qué es un troyano? —preguntó el discípulo, avergonzándose de no saberlo.

—Joder, Alex, ¿no sabes qué es? ¿Pero en qué mundo vives? Es un virus informático que no se detecta y que hace estragos en un sistema operativo —le contestó, algo molesto, pero consciente de que el chico tenía que entender lo que iba a hacer.

—¿Y cuál será el efecto de este virus?

—Jean no detectará nada hasta el momento adecuado. He conseguido que este programa se conecte solo cuando el coche pasa de

los 180 km por hora. Hasta ese momento, el piloto no detectará absolutamente nada. Es un coche exactamente igual a los demás. Sin embargo, en el primer trayecto de la tarde, cuando el vehículo superará esa velocidad en el tramo Sant Feliu de Guixols hacia Tossa de Mar, en la recta de las Salinas, allí empezará la fiesta.

Alex se rio de una forma malvada, casi diabólica y dijo:

— Y luego qué pasará?

—¿Luego? Luego se encenderá la traca final —dijo con sorna—. Una vez que se conecta el troyano, el vehículo solo seguirá incrementando la velocidad, se desconectará el embrague, el freno y la posibilidad de cambiar marcha. Todo electrónico… ¡TODO DESCONECTADO! —decretó el maestro, luego se acercó el puño a la parte izquierda de su cuello, sacó el pulgar y lo pasó de la izquierda hacia la derecha, haciendo el gesto de la muerte.

* * *

04:10

Parque cerrado, Lloret de Mar,

12 horas antes de la hora cero

El troyano se estaba descargando. El maestro le había asegurado que tardaría pocos minutos, pero se estaba alargando. Llevaba más de cinco dentro del coche. Se iba asomando por la ventanilla del piloto para ver si se acercaba Dennis, el encargado de la vigilancia, antes de lo previsto. El mismo al que pocas horas antes había encontrado en la cafetería de Montse. A cambio de un sobre hinchado de dinero, le dejaba entrar y manipular uno de los coches custodiados por la empresa que representaba.

El MacBook se había parado, algo iba mal. En el fondo no era tan fácil como decía el mentor. No era solo enchufar y… listo. No veía a Dennis y pensó que, al no verlo, tenía que encontrarse lejos. Empezaba a preocuparse, temía no tener el tiempo suficiente para que el MacBook descargase el fichero infectado. De repente se había encasquillado, el reloj de arena se había parado. El portátil

funcionaba, pero el programa para descargar el troyano se había parado. "¿Y ahora qué hago?", se preguntó.

No estaba preparado para esa variable, los inconvenientes le desestabilizaban. Oyó gritos, voces que venían desde la plaza, a poca distancia. Eran jóvenes que volvían de una fiesta. Unos pocos turistas ingleses pasaban justo en ese momento cuando él estaba en dificultad. Cuando llegaron cerca del coche, se agachó para no ser visto. El programa seguía inmóvil. No sabía qué hacer. Los turistas pasaron de largo, no se dieron cuenta del saboteador que estaba en el coche. El guardia seguía fuera de su radar y eso le hacía incrementar la ansiedad.

Volvió a colocarlo todo y a pensar qué hacer. Lo más sencillo y que podía servir, era forzar el apagado del programa, reiniciar el ordenador y volver a intentarlo. Eso le llevaría unos minutos extra, pero tenía que probarlo.

Estaba reiniciando el programa. Las gotas del rocío bajaban por el cristal, asustándolo a cada una que se movía. Ya lo tenía, volvía a iniciar el proceso.

—¿Qué pasa si lo he puesto dos veces? ¿Funcionará igual? —se dijo en voz alta.

No había sido preparado para saber qué hacer delante de esa situación. La improvisación tomó el control.

—Vamos, vamos —le decía al ordenador, como si eso le hubiera hecho que fuese más rápido. Mientras tanto, Dennis había aparecido en el radar. Estaba llegando, tenía que pensar que haberle dejado más de un cuarto de hora había sido suficiente, pero no. Y de repente, clin, la barra de descargas se había completado. Estaba al cien por cien.

Finalmente, la descarga se había realizado correctamente. Rápidamente, procedió a desconectar la placa base del cable y girar el desconectador de batería colocado en el centro del salpicadero del coche. Volvió a colocarla dentro la centralita, fijándola con un pequeño destornillador portátil. Con sumo cuidado se deslizó fuera del coche. Había cumplido la misión de la noche. Probablemente, Dennis lo estaba viendo, pero no le importaba. Miró por la plaza y a la carretera si venía alguien. Una vez comprobado que no venía nadie, procedió a saltar la verja para salir de la zona supuestamente protegida, y de la misma manera en la que había salido, volvió a entrar en el hotel sin ser visto.

Empezó a sentir placer, alivio y gratificación por lo que acababa de hacer. Eso podía llegar a ser adictivo para él. Un chute de dopamina se acababa de liberar por el cuerpo del saboteador. Se sentía bien, como nunca se había sentido. Se sentía muy bien, inconsciente de lo que acababa de hacer. Su acción llevaría consecuencias, seguramente unas trágicas consecuencias para muchas personas. Pero esto a él no le

importaba. Solo le importaba haber cumplido la misión, o eso creía. Tenía el afán de quedar bien delante del maestro de allí a unas horas, cuando iba a llamarle. ¿Tenía que informarle de que, quizás el troyano no estaba bien descargado? ¿Que había tenido un problema informático? Era una decisión difícil, eso podía provocarle un enfado monumental al maestro. Aun así, tenía tiempo para decidir si explicárselo, o bien guardarlo para él.

15

Viernes, 07:00
Hotel, Lloret de Mar,
9 horas antes de la hora cero

La plaza de delante del hotel ya era un bullicio. Paulatinamente, la vida estaba volviendo a las calles. Mecánicos, policías, personal de seguridad y personas de la organización estaban saliendo del hotel y empezaban a dar vida a los espacios donde se iba a producir el rally, dentro de pocas horas.

Era un bonito día de sol en Lloret de Mar. El fresco de la noche seguía dominando el ambiente, hasta que el sol iba a ganar totalmente el protagonismo en el cielo. El mar estaba en calma y de un precioso azul matutino. Perecía presagiar un maravilloso día para disfrutar de la Costa Brava y de la velocidad. Todos se estaban despertando para preparar el evento que tanto habían esperado.

—Hoy va a ser un buen día para llegar el primero —dijo Jean mirando fuera por la ventana, mientras aún se estaba quitando las legañas. Se había acostado tarde la noche anterior. Había alargado bastante la sobremesa con Bruno. Habían afrontado problemas, retos y el futuro mismo. Era algo habitual para los dos que esa noche se fueran a dormir más tarde de lo normal.

Los deportistas profesionales, la noche anterior a una prueba muy importante, a las 10:00 de la noche estaban ya durmiendo. Uno de los factores más importantes para un buen rendimiento el día de la competición era haber dormido por lo menos ocho horas. Sin embargo, Jean y Bruno, el primer día que se veían solían ir a dormir muy tarde por todo lo que tenían que contarse el uno al otro.

Se había despertado a las 7:00 de la mañana. Mucho más tarde de su hora habitual. Tenía dos horas antes de presentarse en el restaurante del hotel para desayunar con Manel y realizar un rápido briefing del día que le estaba esperando.

Solía hacer su rutina mañanera todos los días. Pasase lo que

pasase, aquel día no podía ser menos. Más corto de lo habitual, pero, aun así, quiso meditar, leer un rato y, sobre todo, hacer un poco de deporte. Ya había entendido que el cuerpo, la mente y el alma tenían que coexistir en un espacio saludable y en equilibrio. Cuando estas tres partes, o incluso cuando solo una de las tres no estaba cuidada, su rendimiento como deportista o empresario bajaba en picado.

Una vez acabados sus hábitos programados y una buena ducha, se dirigió al restaurante del hotel, que estaba ya lleno de alboroto. Había personal de los equipos, pilotos y algún mecánico rezagado que se había dormido.

—¡Mira! Ya tenemos a nuestro sensitivo —le dijo Manel, que ya estaba sentado a una mesa, repasando los papeles.

—Hola, crack —le contestó enérgicamente—. ¿Hace mucho que estás aquí?

—Más o menos, una hora. Quería repasar con calma todos los tramos de hoy —contestó enseñándole todos los papeles que tenía delante.

—Voy a coger algo y vengo —dijo Jean dejando las llaves magnéticas de su habitación encima de la mesa en la que Manel tenía sus apuntes. Una vez que había cogido huevos rotos, una tostada con tomate y una buena taza de café, volvió al lado de su copiloto.

—¿Qué tal has dormido? —preguntó Manel levantando la mirada de sus papeles.

—A pesar de que he dormido poco, como un angelito. Ayer, con Bruno, nos alargamos la cena y nos fuimos a dormir bastante tarde. Menos mal que no se nos ocurrió tomar alguna copa, si no, ahora estaría con un dolor de cabeza que no aguantaría.

—Pues, me parece un poco raro, porque normalmente, cuando te juntas con él siempre cae alguna copa. Ese era mi temor de anoche. Cuando os juntáis, soléis liarla —dijo y se rio con complicidad.

—Sí, solemos liarla, pero ayer fue un día extraño, ya lo sabes.

—Sí, desde luego. Quería preguntarte cómo te encuentras. ¿Sigues con la misma sensación? —inquirió Manel, preocupado por su amigo y piloto. Había dormido poco esa noche, pensando en qué consecuencias podiera traer esa sensación que tenía Jean.

—La verdad es que estoy mucho mejor. Gracias. Me ha hecho bien el spa y la conversación con Bruno. Y tú, ¿has dormido bien?

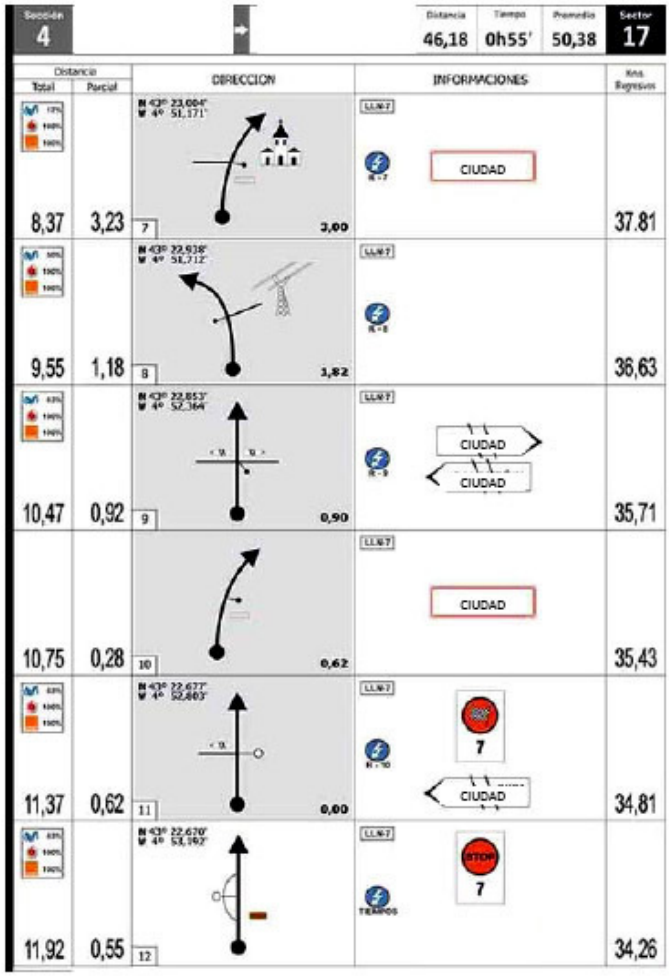
—Tuve una noche movida y ansiosa. Me ha costado mucho dormir —comentó, quitándole importancia al asunto—. Bueno, te dejo desayunar, dentro de media hora tenemos el briefing de los pilotos y antes quiero enseñarte unas cosas.

El francés acabó su desayuno completo pero saludable y junto a Manel, repasaron la agenda del día y las dificultades que se iban a encontrar en las pruebas especiales del rally. A las 9:30 todos los

pilotos que quedaban en el restaurante se iban dirigiendo hacia la planta inferior donde, los que habían organizado el rally, y que dormían también en ese hotel, habían dispuesto una sala como central de mando y espacio para las reuniones con los pilotos.

Jean y Manel sí dirigieron hacia la planta baja para encontrarse con Bruno. El director deportivo de su escudería se había levantado bastante antes y había ido a repasar las tareas más importantes con su equipo.

La organización había convocado a todos los pilotos en la sala, al lado del cuartel general del rally. A las 9:30 empezaba el briefing. El director del evento saldría a explicar los puntos más importantes y los posibles cambios que había podido sufrir el itinerario. El día anterior, la organización entregaba el Road Book a todos los copilotos. Un pequeño librito que cada evento deportivo entrega a todos los concursantes.



Road book

Mediante una secuencia de viñetas, en este se indicaba qué carretera tenía que recorrer el coche para llegar a los tramos especiales cronometrados del rally. También aparecían límites de velocidad, posibles peligros o percances, signos de identificación de carreteras por las que iban a pasar y todo tipo de información que necesitaban los copilotos para indicarles la ruta correcta a los pilotos. Manel lo había recibido el día anterior y lo había estudiado por la noche y por la mañana, antes del desayuno.

Los que no se presentaban al briefing del viernes por la mañana,

recibían una multa. La sala estaba completa. Todos los pilotos estaban presentes, también su majestad Marc Nerón.

—¡Señores, buenos días! —empezó con tono solemne el director del evento—. Es un placer para nosotros volver a Lloret de Mar, para celebrar un año más nuestro rally en este maravilloso escenario de la Costa Brava. Como es habitual y por tradición, hay que celebrar esta reunión para recordar las peculiaridades y las instrucciones de este evento. Pero, antes que nada, os damos las gracias a vosotros, los pilotos. Sin vosotros, este evento no sería posible. Me gustaría hacer hincapié en que después del apartado 3 del Road Book que os hemos repartido ayer, hay un nuevo apartado sobre las reglas de comportamiento de un *gentleman driver*. Sí, es verdad que nunca hemos tenido problemas, pero este año hemos querido añadir esto para que todos lo podamos tener presente. Además, este año hay muchos más concursantes que en los anteriores eventos.

Como decía, me gustaría hacer hincapié en el punto 4 de esta lista, al que considero el más importante y que se refiere al buen comportamiento del *gentleman driver* —añadió el director del evento, después hizo una pausa e intentó conectar de forma visual con toda la plantilla que tenía delante, para dar más peso a lo que iba a decir a continuación, casi como para crear más suspense—. El Fair-Play, el juego limpio, la deportividad. Desde la organización creemos que es el punto más obvio, pero al mismo tiempo el más importante.

Es importante respetar a nuestros compañeros, igual que nosotros queremos que los demás nos respeten. Quiero hacer una mención especial al público. Debido al creciente nivel que está teniendo este rally, cada día hay más público por los tramos, mirando los coches que pasan. Nuestro equipo que gestiona el público hará su labor, pero a veces el público se mueve, por eso os invito desde aquí a ir con cuidado en las curvas donde hay mucha concentración de gente. También quiero mencionar que en la página 34 del Road Book hay un error en la viñeta 3. Mis compañeros os pasarán una hoja, sustituyendo esa viñeta.

Desde la organización creo que ya lo hemos dicho todo, lo importante ahora es disfrutar y pasarlo bien en este maravilloso rally. En cualquier momento, si tenéis algún problema o alguna duda, yo estaré aquí durante todo el rally, en el cuartel general. Espero que todo vaya bien y os deseo ¡suerte y un feliz rally!

El director, que era una persona sensata, con mucha experiencia en rally-s, como cada año, les había mencionado a los concursantes los puntos más importantes y les había dado las últimas recomendaciones. Llevaba camisa a cuadros, arremangada en cualquier estación del año, tanto si fuera invierno o verano, tenía una larga barba y ese día se había puesto unas gafas cuadradas.

Como ese momento era el único en el que todos los pilotos tenían la obligación de encontrarse en la misma sala, se esperaba de ellos máxima atención. Sin embargo, a pesar de las últimas recomendaciones del director, dirigirse a Marc Nerón era como hablar a una pared. Al final de la reunión, a pesar de estar en puntos opuestas de la sala, para salir, Nerón tenía que pasar justo por delante de Jean.

Como dos gallos, se pusieron uno delante del otro, con actitud desafiante.

— De La Cruz, ¿has venido otro año a perder? Podías haberte quedado en casa.

—Con lo bien que estaríamos sin ti… ¿Has venido a tocar lo que no suena?

A unos pocos centímetros del francés, el emperador se rio en su cara.

—Yo que tú, iría con cuidado con los animales en Cladells —le dijo a Jean en tono burlón.

—Con lo único que tengo que ir con cuidado, es contigo.

Todos los pilotos de la sala se habían parado a ver la pelea de los dos gallos. Estaban en silencio para escuchar el nuevo episodio.

—¡Nos vemos en la carretera! Cierra el aire de tu coche, porque vas a comer mucho polvo hoy —soltó Marc y se giró para salir, antes de que el otro le respondiera. Le dio la espalda, cuando de repente Jean lo empujó por detrás. Marc se giró con una cara de satisfacción y disfrutando de la escena.

—¡Ven aquí que te doy yo de comer algo! —exclamó el francés enseñándole el puño derecho.

—Vale, vale, vale, ¡ya está bien, chicos! —intervino Bruno separándolos, como un profesor a dos adolescentes rebeldes—. Otra vez estamos con las mismas. Nerón, vete, por favor. ¿Por qué no te vas donde está tu equipo?

Bruno Malatesta ya estaba cansado de esa situación. Siempre le tocaba hacer de mediador entre ellos dos. Nerón y De La Cruz eran como dos piedras duras que sacaban chispas al chocar entre ellas. Marc se alejó caminando al revés, y mirando a Jean le señaló con el dedo diciéndole:

—¡Nos vemos en la pista, te espero allí!

—¡A ver si demuestras allí los huevos que crees tener! —le contestó Jean, que no quería quedarse sin palabra delante de su rival que, sulfurado aún más, salió por la puerta de la sala murmurando. Lo seguía su copiloto, que estaba ya acostumbrado a esas situaciones.

—¡Ya basta! —decretó Bruno, muy enfadado—. ¡En cada rally lo mismo! ¡Siempre el mismo teatrillo! ¿Pero qué os creéis, que estáis en un patio de colegio? ¡Joder, parece mentira que teniendo los dos unos

40 años, tuviese que venir alguien a mediar entre vosotros y a separaros! ¡Sois ridículos y patéticos!

Bruno tenía razón, en cada rally se repetía la misma escena. Jean se proponía no reaccionar más, pero cada vez que Marc le daba una oportunidad, era el primero en saltar. Se avergonzaba de sí mismo y de su lamentable actuación. Cerró los ojos y movió la cabeza de un lado a otro, decepcionado y disconforme con lo que acababa de hacer.

Los tres componentes del equipo AOLAR salieron de la sala del briefing y se dirigieron hacia sus camiones, donde el resto del equipo y los mecánicos estaban esperando. Cruzaron la plaza de delante del ayuntamiento y pasaron por delante de su coche, al que los mecánicos, de forma excepcional le estaban quitando el rocío, para conferir el brillo que se merecía el Porsche de la escudería.

Una vez pasada la plaza, Bruno siguió el paso, pero girándose hacia Jean le preguntó:

—¿A qué se refería Marc con "Cuidado con Cladells"?

—Es una larga historia —contestó Jean, todavía un poco molesto.

—Bueno, tenemos tiempo de aquí hasta los camiones. Creo que eres suficientemente inteligente como para poderlo resumir en pocas palabras.

—El año pasado, el jueves por la tarde, cuando Manel y yo nos fuimos a hacer entrenamiento con el coche de alquiler, nos salió de repente un jabalí delante y, para evitarlo salí en el borde de la carretera donde había gravilla. Íbamos un poco rápido porque ya conocíamos ese tramo y… como dije, nos salimos de la carretera. Con toda la mala suerte, nos quedamos con dos ruedas en una cuneta y no conseguíamos salir. No pasaron más de dos minutos y, cuando estábamos los dos valorando la situación para ver cómo salir de ella, pasó Marc, que también estaba haciendo entrenamiento. Se paró, bajó la ventanilla y, con todo el morro del mundo nos preguntó si necesitamos ayuda. En ese momento, el ingenuo de mí le dije que sí, que la necesitábamos y si nos podía ayudar…

—Y entonces, ¿qué hizo Marc? —preguntó Bruno.

—Tuvo los santísimos huevos de decirnos algo así como "Bueno, tampoco es tan urgente, que os ayude el siguiente, nosotros tenemos prisa". ¿Eso dijo, Manel?

—Sí, exacto, no te equivocas —respondió el copiloto.

—Y eso hizo, se fue y nos dejó allí —acabó Jean.

—*Porca miseria!* No sabía nada. Y entonces, ¿cómo sacaste el coche de allí? —preguntó Bruno, que se había quedado perplejo.

—Pues, tuvimos suerte. El siguiente coche que pasó fue el de Ramón Vidal, y ya sabes cómo es él, se desvive por los demás. En ese momento estaba haciendo entrenamiento con Imma, su copiloto. Pararon, cogieron una cuerda y nos sacaron de la cuneta —concluyó

Jean.

—Bueno, ¿has visto?, tampoco era una historia tan larga —le contestó Bruno.

Los tres componentes del equipo ya habían llegado donde estaba la base de los tráiler-s. El equipo de mecánicos los esperaba. Había gente nueva, pero todos estaban ajetreados con sus tareas para dejarlo todo preparado. Entre los nuevos había un chico que destacaba por algo raro. Jean no sabía exactamente por qué, pero vio en él algo que no le gustaba. No sabía si era por su cara o por su actitud, sus movimientos, la energía que desprendía, u otra cosa. No se lo explicaba. Pero había algo en él que le llamaba la atención, a diferencia del resto del equipo.

—Bruno, ¿quién es ese mecánico nuevo?

—Se llama Alex. Ahora te explico.

16

Viernes, 10:00
El parque de mecánicos, Lloret de Mar,
6 horas antes de la hora cero

El parque de mecánicos se estaba llenando con los pilotos que volvían del briefing. El espacio donde los equipos guardaban los tráiler-s de apoyo, también era conocido como «Asistencia». Allí empezaba a crearse un ruido que delataba que en breve empezaría el rally. Era el momento de repasar los últimos detalles con los mecánicos y la estrategia que se iba a adoptar durante el día. Se decidía qué neumáticos poner, cuánta gasolina había que llevar a la salida y cuánta más añadir a la mitad del día. Los pilotos y los copilotos tenían que hidratarse bien antes de la salida y comprobar que en el coche se hallaba todo lo que necesitaban.

Los primeros curiosos y aficionados empezaban a asomar la nariz por la zanja e intentaban descubrir detalles sobre pilotos, patrocinadores, organizadores y todo lo que era referente a ese mundillo.

Junto a Bruno Malatesta, los tripulantes del Porsche rojiblanco ya habían llegado a su zona. En ese momento, cuando llegaron y Jean se percató de que había un nuevo membro en el grupo, fue cuando le preguntó a Bruno quién era ese chico. Había algo inquietante en ese componente del grupo, que le llamaba mucho la atención.

Después de arreglar unos detalles urgentes con el jefe de equipo, Bruno volvió a Jean para contestarle a la pregunta que había quedado abierta.

—Es un aprendiz de mecánico. Viene muy bien referenciado por una escuela de Madrid. Es muy metódico, quiere saberlo todo. Lo curioso es que, a pesar de que nosotros teníamos el cupo cerrado —añadió Bruno acercándose a la oreja del piloto y bajando la voz—, insistió tanto en venir con nosotros, que al final tuve que aceptarlo. Además, se paga él mismo todos los gastos. Ha insistido hasta que ha

conseguido que le dijéramos que sí. ¿Por qué lo preguntas? ¿Qué has visto?

—No lo sé, hay algo en él que no me acaba de convencer ni de gustar.

—No vuelvas con los presentimientos, Jean. Al final tendré que llamarte "*The mentalist*" —añadió Bruno riendo. El grupo continuaba con sus labores mientras ellos dos estaban hablando del nuevo mecánico.

Cuando faltaba media hora para la salida del primer coche, Jean llamó la atención de todo el equipo y le pidió que se acercase a él. Era habitual que el primer día de rally, antes de salir, como un buen líder y para animar a todo el grupo de la escudería, pronunciara siempre unas palabras. Eran palabras alentadoras. En todos esos años habían conseguido mantener una plantilla fija, formada por supuesto, por apasionadas al motor y más en concreto a los Porsche-s, pero sobre todo habían mantenido el buen ambiente de trato y crecimiento personal, con el ejemplo que conseguían dar, tanto Bruno como el piloto.

Esos detalles, esa cohesión que habían conseguido con ese equipo humano habían marcado la diferencia entre ser uno de los muchos equipos que se jugaban los primeros puestos, y los que tenían presupuestos estratosféricos para ganar.

En el caso de Bruno, lo que marcaba la diferencia no era el presupuesto, era la pasión con la que su equipo afrontaba todas las pruebas que el destino le ponía en las carreras y en la vida. Todos los mecánicos que se iban, se iban a equipos oficiales. Eran los mismos que a cabo de unos años llamaban a Bruno diciéndole que los años que habían pasado con él fueron los mejores. Esas llamadas eran la confirmación. Los mecánicos solían decirle antes de irse: "Nos acordaremos de ti, no por lo que nos dijiste, sino por cómo nos has hecho sentir".

—¡Venga chicos, acercaos, por favor! —decía Jean a todo su equipo—. Cinco minutos y os dejo volver a vuestras tareas.

Todos vinieron delante del líder, expectantes y ansiosos por escuchar las palabras de ese día. Alex, el intruso, también estaba, pero detrás en la última fila. Porque tenía que estar allí para pasar desapercibido, no porque quería escucharlo.

—¡Amigos! Llevamos muchos años peleando juntos. Y ya solo por eso os doy las gracias. ¡Gracias por haberme seguido hasta aquí! ¡Gracias por haberme entregado vuestros corazones en cada carrera, en cada problema! Hemos superado miles de pruebas que el destino nos ha puesto delante. Situaciones que han demostrado nuestra unión, nuestro tesón. Las mismas qué han demostrado hasta qué punto eran profundas las ganas de conseguir nuestro objetivo.

Podríamos ser un equipo como otros, pero no lo somos. Podríamos pasar desapercibidos, con resultados mediocres. Sin embargo, no somos ese grupo de personas. Nosotros somos una piña. Somos una familia. Hermanos que aborrecen la normalidad. Somos piedras preciosas que empezamos a brillar justo cuando empieza la oscuridad. Desprendemos luz propia. Cuando aparecen los problemas es cuando este grupo brilla por la cohesión y la voluntad que tenemos por desmarcarnos. Por eso no somos un grupo cualquiera. Por eso vamos primeros en la clasificatoria europea. ¡Y justamente por eso, este fin de semana vamos a ganar!

Jean iba poniendo más pasión y subiendo el tono de voz progresivamente mientras seguía con su discurso. En este tiempo, unos participantes a la escena que estaban en los espacios colindantes empezaban a reír, como si eso fuese una película. Otros miraban envidiosos, por no formar parte de eso.

—¡Ganar! Una bonita palabra, pero al mismo tiempo estéril. Es nuestro objetivo, pero, queridos amigos, eso no es lo más importante. Lo más importante es que el domingo por la noche vayamos a acostarnos pensando que hemos dado el máximo de nosotros mismos. Tenemos que acostarnos pensando que hemos dado mucho más de lo que creíamos capaces de poder dar. Tenemos que acostarnos pensando que hemos hecho todo lo que estaba en nuestras manos para que este equipo pase a la historia.

Porque solo entonces hemos ganado, cuando tenemos la conciencia tranquila de haber superado todas las pruebas que nos ha puesto el destino. Cuando estamos convencidos que hemos sabido afrontar esas pruebas de la mejor manera posible.

Estamos a un paso de la victoria, estamos a un paso de entrar en la historia, por conseguir ser campeones de Europa por quinta vez. Es un acontecimiento que nunca se había producido. Y esto no lo consigue un piloto solo. Esto lo consigue un privilegiado. ¡Sí, un privilegiado por estar rodeado de compañeros que miran por el bien del equipo, antes de mirar por el propio bien!

Imaginaos dentro de unos años, cuando miraréis a vuestro pasado con satisfacción. Entonces sentiréis la gloria en vuestra alma, por haber entregado vuestro corazón en esta aventura. Miraremos el pasado hasta ahora, que es nuestro presente, para conectar con estas emociones de confianza, integridad y responsabilidad.

Señores, aquí delante os lo reafirmo: si hemos llegado hasta aquí, si estamos a un paso de hacer historia, es gracias a todos vosotros. Y de la misma manera que hemos llegado hasta aquí, os pido un último esfuerzo, os pido el último paso hacia la leyenda, os pido con el corazón en la mano ¡que os divirtáis! Que hagáis todo lo que habéis hecho hasta ahora, ni más ni menos. Que podamos disfrutar y brindar

cuando nuestro Porsche vuelva a pasar por la línea de llegada.

Ahora cerrad todos los ojos. Bruno, tú también, por favor. Tenéis que teletransportaros al momento de hace ocho años. Entrando en el taller de Marbella, éramos individuos casi sin experiencia ni armonía entre nosotros. Un colectivo de solistas. Durante estos años, todas las pruebas que nos ha puesto la vida nos han fortalecido. Los innumerables problemas que hemos encontrado en nuestras vidas nos han fusionado como colectivo y han creado una orquestra. Bruno, nuestro director, ha conseguido empujarnos hasta llegar a nuestra mejor versión. Esto es un equipo, juntos mejoramos cada día para un bien común.

Seguid con los ojos cerrados. Ahora imaginaos que estáis en vuestro lugar preferido, con las personas a las que más queréis. Conectad con esa emoción. Respirad el perfume que os envuelve. Sentid la sensación que os da la satisfacción de estar allí. Visualizad qué haríais. Pero lo más importante de todo, quedaos con la emoción de haber conseguido el objetivo de vuestra vida, que hace ocho años solo era un lejano deseo casi inalcanzable. Disfrutad de ese momento, porque falta muy poco para que estéis allí.

Ahora abrid los ojos y decidme —empezó a gritar—: ¡quien de vosotros quiere estar en ese sitio donde acabamos de estar, que levante la mano y diga YO!

Todos sus mecánicos levantaron el brazo derecho soltaron en un rugido:

—¡YOOO!

—¿Quién de vosotros quiere hacer historia ganando cinco títulos? ¡Que levante la mano y diga YO!

—¡YOOO!

—¿Quién de vosotros está dispuesto a darlo todo este fin de semana del 2005? ¡Que levante la mano y diga YO!

—¡YOOO!

Jean, emocionado y con los ojos brillantes por las palabras y la energía que se había desprendido, se acercaba al final de su discurso.

—Así que juntemos nuestras manos como si fueran nuestros corazones. Ponedlas todas en círculo, con los puños, y gritemos por la última vez y la más importante de este año, todos juntos. —Los mecánicos, Manel y Bruno se juntaron en círculo en torno al francés y cuando el piloto dio la orden, todos juntos como un ejército, siguiendo a su conquistador gritaron:

—3, 2, 1… ¡A TRIUNFAAAR!

Finalmente, cerraron el discurso del líder con un grandioso aplauso. Ese era Jean. Ese era un auténtico líder. Ese era el espíritu sincero de un conquistador de corazones. Si hubiera vivido siglos atrás, o incluso milenios, quizás Jean habría sido un rey justo,

encabezando un ejército de luchadores y vencedores.

Todos los participantes a esa pequeña conferencia épica habían estado boquiabiertos, intentando empaparse del espíritu de su líder. Entre ellos, una cara sobresalía por detrás, con una expresión de desacuerdo camuflada en una falsa sonrisa. Una cara que desentonaba dentro del equipo, una cara nueva e inquietante, pero que no había pasado desapercibida al que estaba en frente. Jean se dio cuenta y quería seguir con las preguntas hasta averiguar de dónde había salido ese mecánico.

17

Viernes, 10:30
Parque de mecánicos, Lloret de Mar,
5 horas antes de la hora cero

El sonido de los aplausos y los chillidos del equipo rompieron el ambiente que envolvía el parque de los mecánicos. Explotó la gloria y el entusiasmo. Había sido lo que necesitaban. El equipo siempre precisaba unas palabras de ánimo y de carga de parte de su líder. Esas pocas palabras llenas de sentimiento que acababa de soltar Jean, iban a marcar un efecto en ellos durante todos los días del rally.

En caso de que el coche hubiera tenido cualquier tipo de avería, el equipo estaba dispuesto a trabajar para él toda la noche, sin pegar ojo si fuese necesario. Si se hubiera quedado sin gasolina en un punto remoto de la geografía de Gerona, estaban tan eufóricos como para llevarlo a cuestas. Estaban dispuestos a hacer cualquier cosa por su piloto, incluso pisar sobre brasa ardiente. Esa era la actitud que necesitaba el equipo para ganar ese rally. Esa era la actitud adecuada, la que debía tener delante de todos los retos que la vida le ponía delante.

Pero había un individuo que estaba allí solo porque tenía que estar. Ni lo sentía, ni quería realmente estar allí. Era el camuflado, el saboteador, Alex, el discípulo, el caballo de Troya enviado por el mentor. Jean se había percatado de la presencia del intruso. Con solo verlo se había dado cuenta que ese tipo no pegaba nada en medio de su equipo. Incluso por algún momento llegó a pensar que Bruno Malatesta le quería plantear un juego, como ese en el que se buscaba al intruso con la camiseta a rayas blancas y rojas y sombrero. Pero la realidad era muy diferente.

—Oye, ¿estás seguro de este tío? —insistió el piloto.

—¿Por qué?

—¿No has visto qué cara ha puesto durante mi discurso?

—La verdad es que no. Estaba concentrado en lo que estabas

diciendo —contestó el italiano, sintiéndose fuera de juego—. Excelente discurso, por cierto. Uno de los mejores.

—Este tío no me gusta. ¿Me oyes? ¡Ese tío no me gusta para nada! —insistió sin que el sujeto se enterara de que estaban hablando de él. Jean era consciente que no podía imponer su voluntad en la empresa del italiano, pero no se quedó tranquilo.

—¿Te importaría que hablara con él?

—En absoluto —contestó Bruno.

Se encontraban a poca distancia del joven infiltrado. Jean se apartó del director y fue a buscar a Alex. El chico estaba encargado de comprobar la presión de los neumáticos de reserva. Centrado en su misión, se vio interrumpido.

—Hola, ¿Alex? —preguntó con cariño.

—Sí.

—¿Qué tal? Soy Jean. No nos conocemos.

El joven no respondió, simplemente dejó lo que estaba haciendo y le enseñó una sonrisa falsa. El francés, que de tonto no tenía un pelo, se percató de su falsedad.

—Me comentaba Bruno que has insistido entrar en nuestro equipo. ¿Por qué has elegido nuestra escudería? —le preguntó con ánimo de encontrar la verdad.

El joven se sintió como en un interrogatorio, pero lo peor era que no lo tenía preparado. De su mentor no había recibido indicaciones sobre cómo responder en una situación así. Invadido por sus tics, respondió:

—No sé, era una de las mejores. Para aprender. Después del colegio tenía que entrar en alguna. —Levantó los hombros en un gesto que quería decir que le daba igual si era una escudería u otra.

—Entiendo. ¿Y qué te motiva a estar con nosotros?

—Buenos, no sé, vuestros coches, seguramente —soltó lo primero que le pasó por la cabeza. A Jean no le gustaba nada lo que estaba escuchando, aun así, mantuvo la compostura.

—¿Dónde te ves dentro de cinco años?

El joven se quedó inmóvil mirando al preguntón. No sabía qué responder, no tenía ni idea de lo que podía ser su vida en unos días, en cinco años le parecía un viaje en el tiempo. Además, si lo hubiese sabido, desde luego no se lo habría dicho a él.

—Uf, pues ni idea. A lo mejor en las veinticuatro horas de «*Le Mans*» —respondió y se sorprendió él mismo de la respuesta, como si fuese la mejor de su vida.

—¡Qué interesante, Alex! Bueno, no quiero robarte más tiempo. Nos veremos estos días —dijo Jean y se alejó con su mejor sonrisa falsa.

“No creo que nos vamos a ver mucho estos días”, pensó el joven

saboteador.

Jean estaba pensando en unos detalles: si el joven era de Madrid, ¿por qué se fue hasta Marbella a buscar trabajo, cuando en la capital hay muy buenos equipos? Aunque le gustaran los coches de allí, su actitud era muy extraña en el momento de su discurso, y falsa cuando se le acercó a preguntar. Su primera impresión del nuevo miembro del equipo no estaba mal encaminada, en definitiva, ese chico no le gustaba.

Mientras se dirigía hacia el copiloto, Bruno Malatesta se le acercó y preguntó:

—¿Entonces? ¿Qué te ha dicho?

—Bueno, ahora vamos con retraso. ¿Qué te parece si te lo explico esta noche?

—Sí, sí, claro.

—Manel, por favor, ¿podemos repasar el trayecto de hoy? —preguntó Jean a su copiloto que estaba sentado al lado de una mesa delante del tráiler de los mecánicos, fumando un cigarrillo y mirando los papeles y el Road Book.

—¡Claro! Ven, siéntate aquí a mi lado y te explico. En diez minutos tenemos que ir al coche y ponerlo en marcha para que se vaya calentando el motor. A las once y un minuto saldremos del pódium, después de Marc Nerón.

Nuestra primera etapa será Sant Feliu de Guixols, donde empieza la primera prueba especial hasta Tossa de Mar. Llegados a esa población, iremos a Sant Hilari Sacalm, donde será nuestra segunda prueba especial, Cladells. Al final de esta seguiremos unos pocos kilómetros por una carretera, hasta la tercera prueba especial, Osor. Acabada esta tercera, habremos completado la primera vuelta del primer día. Entonces volveremos a Lloret de Mar hasta la asistencia y, de vuelta haremos el mismo trayecto, para la segunda pasada del día. ¿Sí? ¿Lo tenemos claro? —preguntó Manel mirando al piloto a los ojos —. Ves, están aquí, este es el mapa con las pruebas especiales del día de hoy.

—Sí, está todo claro. Podemos ir.

Los dos automovilistas se levantaron, recogieron sus cosas y se despidieron de la parte del equipo que se quedaba en la asistencia. Un par de mecánicos veteranos y Bruno, junto a los dos protagonistas se fueron hasta el parque cerrado para arrancar el rally. El coche ya había sido secado del rocío a la primera hora de la mañana. Los patrocinadores querían que estuviera siempre impoluto, igual que estaba Bruno.

Marc Nerón ya se encontraba en su coche, con el motor en marcha, en una posición delante de ellos. Él salía primero. Jean y Manel en segunda posición, ya estaban arrancando el motor para calentarlo. Se

ubicaron detrás de Marc.

El rally arrancó a las 11.00 en el momento que el director del evento con su camisa a cuadros levantaba la bandera catalana y daba la señal de arranque de la competición, invitando a Marc a salir, para bajar del pódium con su Porsche GT 3 negro mate. En ese momento subió en el pódium amarillo de la organización el Porsche rojiblanco. La música estaba a todo volumen, el presentador del evento anunció el número del vehículo y el nombre de los participantes. Para entretener al público que ya abarrotaba todas las calles de Lloret de Mar para ver pasar los coches, durante el minuto reglamentario que el coche tenía que estar en el pódium, repasó todos los logros y victorias del entrañable piloto.

El director de la carrera apoyaba la bandera catalana encima del vehículo con la mano izquierda y la derecha se la dio a Jean para saludarle.

—Mi querido amigo, ¿cómo estás? ¿Estás listo para este maravilloso evento? —le preguntó el director.

—Yo he nacido listo, listo para correr —dijo Jean sonriendo y bromeando con el viejo amigo de la federación.

Pasado el minuto reglamentario de espera entre coche y coche, el director levantó la bandera y dio la señal a Jean para que pudiera arrancar su rally. El piloto le saludó dándole las gracias, volvió a poner la mano en el volante y poco a poco bajó la pendiente del pódium, intentando no rascar la parte frontal del Porsche, debido a su mínima altura.

Una vez que estuvo alineado con el suelo, empezó a acelerar durante los 200 metros de carretera cortada que llevaba desde el podio hasta la primera rotonda, delante del paseo marítimo lleno de público que quería escuchar el sonido de los coches. En estos 200 metros, para satisfacer el hambre de velocidad del público, los pilotos aceleraban todo lo que daban sus coches.

Cuando el francés notó que la bestia parda se encontraba con las cuatro ruedas en el asfalto, empujó con el pie hasta el fondo el pedal del acelerador. La inyección de gasolina empezó a inundar los seis pistones del coche y el turbo acabó haciendo el resto de la magia. Los caballos desbocados se soltaron de una forma abrupta en los neumáticos posteriores aún fríos. El bólido patinó unos segundos coleteando, hasta calentarlos lo suficiente para seguir recto. El sonido de los 520 caballos de la bestia, que salía por los dos ojales, hizo un estruendo espantoso que se amplificó aún más al dar con la parte derecha de los edificios. El público que llenaba las calles estaba en ovación por la acelerada de Jean. Los niños con el pecho apretado por la ola del estrépito quedaban con las bocas abierta delante de tanto ruido.

Los doscientos metros se redujeron en un suspiro. El bólido dejó una estela de aplausos, admiración y desconcierto a su paso. El fragor del potentísimo coche de rally hizo vibrar todos los cristales de los edificios y los corazones del público. En la rotonda, la policía municipal le dio paso a subir la calle principal de Lloret, para seguir con las indicaciones de su Road Book.

Jean empezó a correr hacia su objetivo tan anhelado. El mal presagio seguía con él, no había desaparecido. Volvió a notarlo, era como un pájaro negro carroñero, apoyado en su hombro. Paulatinamente, empezó a sentir la presión en el pecho. La ansiedad había vuelto. Con esa sensación no iba a disfrutar del evento. ¿Valía la pena seguir en esas condiciones? Jean acababa de iniciar el rally de Costa Brava, ignorando que corría hacia su destino.

18

Viernes, 11:05
Parque de mecánicos, Lloret de Mar,
5 horas antes de la hora cero

El Porsche del equipo había arrancado el rally. La tranquilidad empezaba a reinar otra vez en el parque de mecánicos. Todos sabían lo que tenían que hacer para preparar dentro de unas horas el recibimiento del coche antes de la segunda vuelta de la tarde. Había mecánicos que se tomaban un respiro, se sentaban delante del mar descansando unos minutos, contemplando el espectáculo de la Costa Brava. Otros, frenéticos para llegar a tiempo, estaban con las misiones atribuidas de Bruno Malatesta. Este, como buen director de equipo, se encontraba dentro del tráiler del piloto, a la mesita, repasando papeles y correos electrónicos en su portátil.

Ese era su momento de descanso, pero lo aprovechaba para adelantar las tareas. Era un hombre previsor y muy metódico, como deberían ser todos los gestores de equipos. Cuando había tomado la decisión de fundar su propia escudería, Bruno dejó de ser mecánico. Por consecuencia, tenía menos contacto con la parte mecánica de los coches, para poder dedicarse plenamente a su actividad como empresario. Un camino de situaciones por resolver, de gestión de equipo y, sobre todo, de soledad.

En medio de lo que estaba realizando en su despacho móvil, entre contestar a un correo u otro, apareció una visita inesperada. Por la puerta se asomó Alex, con mala cara. Tocó el marco de la puerta abierta como para pedir permiso de entrar o de hablar.

—¿Se puede? —preguntó el joven con voz dolorida.

—¡Dime! —contestó Bruno levantando la vista. Entonces vio al joven mecánico con una expresión rara, por lo que dedujo que le pasaba algo—. ¿Estás bien? Tienes mala cara.

—No me encuentro muy bien, jefe. Creo que por algo que he cenado anoche —le contestó, molesto y llevándose la mano derecha al

estómago—. ¿Me permite ir un ratito a estirarme en la cama? Creo que si descanso un poco me va a pasar.

—¡Sí, claro! No te preocupes, ahora estamos tranquilos —le dijo con voz paternal—. Intenta estar aquí antes de que volviese el coche. Puede que te necesitemos.

—¡Muchas gracias, jefe! —contestó con actitud sumisa y se giró para bajar las escaleras del tráiler.

Por supuesto que Alex estaba fingiendo. Si eso hubiera sido una película, tenían que haberle entregado el Oscar a la mejor interpretación. Claro que estaba bien, solo necesitaba tiempo y lo había conseguido sin despertar sospechas. Necesitaba tiempo para desaparecer de ese lugar y volver antes de las cuatro de la tarde, hora a la que el Porsche entraría en el parque de mecánicos para las posibles labores de mantenimiento. Alex había creado su coartada para las siguientes horas, diciendo que estaría en su habitación, pero necesitaba volver mucho antes del retorno del vehículo.

Se dirigió al hotel con paso sostenido, pasando desapercibido. Entró en el hall saludando a la chica de la recepción y se dirigió a su habitación. Allí se cambió de ropa quitándose el mono de mecánico y poniéndose indumentaria cómoda. Cogió su pequeña mochila negra y se dirigió al ascensor. Bajó hasta el parking para no pasar por la recepción y entró en su Ibiza de alquiler. Había arrancado la segunda parte del plan que había orquestado su mentor. Él era un simple títere, pero uno que estaba cumpliendo a rajatabla el plan. Lo estaba consiguiendo.

La segunda parte del plan consistía en atar los cabos sueltos. El efecto colateral de sus acciones merecía la confianza y el respeto de su mentor. Allí estaba para concluir ese encargo tan importante que le había dado. Y para que el plan se llevara a cabo, tenía que hacer cosas que nunca se hubiera planteado hacer. “Pero eso pasa cuando estamos debajo de un paraguas que se llama un bien superior”, le repetía siempre su mentor. Él era un simple anillo en una cadena de acontecimientos. En caso de deshacer ese anillo, la cadena se podía romper o incluso desaparecer.

—Por favor, no vayas, retrocede, estás a tiempo —le insistía su lado bueno y sensato.

—¡No, cállate! Despierta, ¿no ves que ya llegamos? —gritaba Alex para que se callara ese lado incómodo que de vez en cuando salía a la superficie—. Tenemos que cumplir con nuestro cometido.

—Tu madre no estaría contenta si te viera haciendo esto —seguía insistiendo su lado bueno. Cuando este brotaba en medio de tanta maldad, involuntariamente, Alex movía la cabeza realizando círculos en forma de ocho como si intentara callarlo, o que esa voz desapareciera de su cabeza para siempre.

—¡No hables de mi madre! ¡CALLATEEE! —gritaba para contestar —. ¡No sabes nada de mi madre!

El mentor era muy consciente de su doble personalidad. Precisamente esa había sido la principal razón por la que lo había elegido. Ese punto de inestabilidad mental que le llevaba a la locura, pero que también hacía de él una pieza de ajedrez fácil de mover e incluso de teledirigir.

Ya había hecho ese camino. Lo conocía porque el día anterior lo había realizado en otra misión totalmente distinta. Esta vez lo hacía para borrar las huellas. Esta vez el camino se había hecho mucho más largo y él iba a hacer una cosa que nunca había hecho. Como consecuencia, la ansiedad volvía a jugarle una mala pasada, como en la misma madrugada. Pero tenía que seguir, Tordera estaba muy cerca.

El día anterior, después de la reunión en la cafetería con el guardia de seguridad, le había seguido hasta su casa para ver dónde vivía. No había sido algo impulsivo o fútil, era fruto de un preciso plan maquiavélico, estudiado hasta en los mínimos detalles. Saber dónde vivía el guarda era importante para ese día. Para el día después del sabotaje del coche. Era muy importante para el plan.

Había marcado la dirección de la casa en el mapa de papel que tenía en el coche. Las órdenes precisas del mentor eran de no tener ningún tipo de aparato con geolocalización por GPS. Eso quería decir que no podía tener ningún Smartphone, ni un GPS como tal. No podía dejar huellas por las que se pudiera determinar su posición en ciertos momentos.

Esa estrategia pasaba por buscar uno de los viejos mapas que se abrían en forma de acordeón, como los que usaban sus padres cuando iban de vacaciones. Paciencia y mucha búsqueda necesitó Alex para encontrar uno de esos de la marca Michelin. Un viejo mapa donde aparecía la provincia de Gerona y toda la Costa Brava.

Tenía que eliminar las huellas. El día anterior había dejado las referencias y los puntos en el mapa para volver a la casa de Dennis. Una vez aparcado el coche a un par de calles antes, en la misma urbanización, se acercó caminando. El corazón le empezaba a latir cada vez más intensamente, cuanto más se acercaba a la casa. E igual que el corazón, la conciencia empezaba a despertarse en su interior. Le cuestionaba si estaba haciendo lo correcto.

La moralidad, lo poco del sentido de la moralidad que le había quedado en su interior estaba provocando un efecto parecido al de una pelota en una piscina. Cuando coges en una mano una pelota de plástico hinchada y con toda la fuerza intentas sumergirla lo más posible, ésta, cuanto a más profundidad se encuentra, más quiere liberarse, porque el oxígeno la empuja hacia fuera. En el momento que

la sueltas, cuanto más profundo es el agua, mayor será su velocidad en salir a la superficie, creando un efecto rebote.

Su moralidad estaba haciendo lo mismo. La señal evidente de esto era el espejo que tenía en el cuerpo. Empezó a sudar, primero en las manos y después en la frente, de donde las gotas le bajaban hasta las mejillas. Acababa de darse cuenta de que en eso era un auténtico novato.

Justo por detrás de la casa de Dennis, entró por el jardín de una forma furtiva, para que nadie lo viese. Se asomó por la ventana y vio a Dennis aún con el uniforme de trabajo con el que acababa de llegar a casa después del largo turno nocturno. Estaba preparándose algo de comer antes de meterse en la cama. De la cocina salía olor a bacon y huevo. El guardia era un hombre triste, igual que la casa en la que vivía, abandonada a la merced del tiempo.

La moralidad de Alex se había aliado con su lado bueno y le frenaban el ímpetu de llevar a cabo la misión que el maestro le había ordenado cumplir. Pero le seguía pesando más la responsabilidad de la misión y lo que el maestro había hecho por él.

Dennis había acabado de prepararse el almuerzo. Había sacado una cerveza de la nevera y se dirigió hacia la mesa para sentarse a comer con calma. Encendió la televisión y sintonizó las noticias. Alex esperó a que empezase a comer. El sonido ambiente era lo suficientemente alto como para que pudiera colarse por una ventana abierta sin que lo oyera el dueño de la casa.

Alex seguía sudando, como si hubiera hecho un sprint. Extrajo de su bolsillo dos guantes negros de látex e introdujo las manos en ellos. La ventana era alta y le costó entrar, pero en esos momentos agradecía todo el deporte que hacía cada día. El olor a bacon era cada vez más fuerte. Dennis estaba disfrutando de su plato preferido. Entre bocado y bocado levantaba la cabeza para ver la televisión que le estaba entreteniendo.

El joven depredador ya estaba dentro. Miraba a su alrededor estudiando la zona. La disposición de la cocina, eventuales situaciones críticas y posibles salidas. La cerveza se había acabado, pero Dennis seguía comiendo. De pronto se levantó para coger otra cerveza de la nevera. El discípulo se escondió rápidamente, agachándose detrás de un mueble de la cocina. “Casi me ve”.

El guardia abrió la nevera y extrajo otra lata de cerveza. La abrió y empezó a beber. Era el mejor momento del día. Una vez cumplido su trabajo, estaba disfrutando de su cerveza antes de irse a dormir. Normalmente eran dos, pero en los días duros, hasta cuatro cervezas se bebía. Era el momento para la evasión, para buscar el punto de borrachera que lo desprendiera del mundo en el que vivía y al que no quería. El alcohol cubría su infelicidad. Dennis miraba la televisión, de

espaldas a la cocina. El frescor del líquido gaseoso refrescaba una garganta avariciosa. Eso le hacía sentirse bien. Era lo único que le aislaba del mundo.

* * *

Martes, 11:05
Finca de caza del mentor, Toledo,
meses antes de la hora cero

—Nunca tienes que perder la lucidez. Siempre concentrado.

—Sí, mi mentor.

—Tenemos un plan estudiado hasta en los mínimos detalles, pero el caos siempre puede coger las riendas de la situación.

—¿El caos?

—La imprevisibilidad de las cosas. Algo puede salir diferente a lo planeado, pero tu habilidad y tu preparación tienen que suplirlo. El caos, en ocasiones te sorprenderá.

—Entiendo. ¿Pero entonces, qué quieres que haga?

—Responder al caos con su misma moneda. Tienes que ser implacable.

Los dos se encontraban en una habitación húmeda de la finca de caza, en el subsuelo. El lugar parecía un fortín de guerra. En las paredes estaban colgados en orden y perfectamente limpios los rifles de caza. Sin embargo, detrás de las tablas donde estos estaban colgados, había un lado oscuro. Cuando se abrían las puertas de madera, se entraba en el cuarto de los juguetes, que era doble de grande, comparado con el otro.

La habitación de la guerra. Las cincuenta sombras de Grey en versión militar. Bombas, rifles de asalto, rifles de francotirador, ametralladoras, pistolas de todos los tipos, un viejo sidecar con fusil, cuchillos, entre muchas más cosas. Colgadas en las paredes aparecían fotos y símbolos nazis, vestimenta de la segunda guerra mundial y otros artilugios que Alex no sabía qué eran. En esa habitación, el mentor le trataba como un padre. No le gritaba, le explicaba. En su

lugar preferido parecía otra persona. Conocido como un déspota, en esa finca sacaba su esencia, tanto la buena como la mala.

Estando apoyados los dos en una mesa de madera llena de armas, en el medio de la habitación, Alex se sentía como un niño en una feria. Disfrutaba de lo que estaba viviendo, unos días con el padre que nunca había tenido y aprendiendo sobre armas. Cuando una persona te transmite con pasión su conocimiento sobre cualquier tema, eso cala en tu interior. El discípulo empezaba a transformarse, algo en su interior estaba despertando. El lado más escondido, que nunca deberíamos despertar. La Caja de Pandora nunca se debería abrir. Sin embargo, el mentor se la acababa de abrir de par en par.

—Para tu primera misión te llevarás solo este material. Una pistola Beretta con silenciador, por si acaso te hiciera falta, unas granadas, explosivo plástico con temporizador y este cuchillo de asalto.

—¿Un cuchillo?

—¡NO! Este es el cuchillo táctico *Shark*. Te puede servir en situaciones límites. Está tan afilado que puedes cortar un árbol.

—Es verdad, para el día del guardia. Sí, ahora me acuerdo.

—¡Exacto! Mañana practicaremos en el campo de tiro con todas estas armas y también con el cuchillo. Abriremos un cerdo entero, ya verás, es como cortar mantequilla.

Los ojos de Alex brillaban como brillaba también la limpia hoja del puñal.

* * *

Era el momento. Era el momento propicio para atacar. Otro momento tan perfecto no se le hubiera presentado. Alex sacó de su mochila el cuchillo de asalto. Se levantó en un movimiento a ralentí, como un jaguar a punto de saltar sobre su presa. Agarró con fuerza el cuchillo en la mano derecha. Hizo dos pasos hacia delante para tener la presa al alcance de su brazo. Seguía sudando, ansioso. Los dos individuos estaban de pie en medio de la cocina. El guardia, ignorando que tenía al joven chacal detrás suyo, bebía tranquilo su última cerveza.

El otro estaba listo, como un muelle a punto de saltar. Listo para atacar. Una gota de sudor le atravesó la fruente. Calibró la altura y la posición horizontal de la hoja. Dennis acabó de beber, bajó la lata

vacía y notó algo en la espalda. Primero no entendió qué era, luego sintió como algo le penetraba en el cuerpo y a continuación, un agudísimo dolor le atravesó el pecho. Intentó gritar, pero no le salió ni un hilo de voz.

El chacal había empujado el puñal hasta el fondo. De una forma precisa, casi milimétrica, la hoja del cuchillo entró horizontalmente, entre la cuarta y la quinta costilla. Un corte casi limpio. La fuerza junto con la punta y el borde cortante habían seccionado parte de una costilla. La posición exacta para perforar justamente el pulmón. Dennis no soltó ni un solo susurro. Era el golpe maestro de un aprendiz chacal. El maestro le había enseñado múltiples opciones para múltiples situaciones. Ese era el más difícil pero el más efectivo.

Dennis se quedó sin aire, no entendía qué le estaba pasando. Dejó de oír la televisión. El dolor inmenso provocado por el objeto punzante le había invadido todo el cuerpo. Asfixiado, se agarró el cuello con las manos como si quisiera sacar sus propias palabras con ellas. El dolor atroz se convirtió en desgarrador. La sangre empezó a salir. Los ojos se pusieron rojos y a punto de salir de las órbitas. Alex se dio cuenta de lo que acababa de hacer y con la boca abierta soltó de golpe el cuchillo e hizo un paso atrás. “Lo he conseguido”.

La víctima se giró en un acto reflejo para entender lo que estaba pasando. Sin aliento, pero con las últimas fuerzas consiguió darse la vuelta. El cuchillo seguía clavado en el pulmón. La expresión de la cara reflejaba todo el dolor que sentía. La sangre ya le había llegado a la cintura. La mirada perdida por el sufrimiento se convirtió en una expresión de sorpresa al ver al pequeño chacal con las manos ensangrentadas. Con el último momento de lucidez que le quedaba, había entendido lo que acababa de suceder.

Todo estaba perdido. Había sido responsable de cavar su propia tumba. Había aceptado un trabajo fácil y demasiado bien remunerado. Eso le había llevado a su fin. Las fuerzas estaban cediendo. Empezó a dejar de ver. Nunca se hubiera imaginado ese final. Las rodillas le cedieron y cayó al suelo. Por pocos instantes consiguió apoyarse en una mano. Luego cedió y se tumbó en el suelo. La sangre empezaba a derramarse por todo su cuerpo y luego a tintar el viejo suelo de la cocina.

Alex aún no creía lo que acababa de hacer. Respiraba ansiosamente. Empezaba a oler a sangre, como una barandilla de hierro oxidada.

Dennis estaba con espasmos. Los últimos pensamientos fueron para sus hijos. Los momentos felices pasaron por delante de él como una película. La sangre le llegaba a la mejilla, el cuerpo se movía como si fueran las últimas convulsiones. Como un pez fuera del agua en los últimos coletazos. Con la boca abierta, los ojos desorbitados y la cara

de color azul por la falta de oxígeno. La visión se le fue hasta que todo se puso gris. Asfixiado, se quedó inmóvil. La sangre seguía saliendo, desangrándole el cuerpo poco a poco.

Alex, con la mano ensangrentada, estaba de pie, rígido, boquiabierto, incrédulo de lo que acababa de hacer, de lo que había sido capaz de hacer. Era el único espectador de esa macabra escena que le había dejado sin aliento, tal como a su víctima le había dejado de latir su maltrecho corazón. Dennis había muerto.

Pasaron unos minutos hasta que Alex fue capaz de reaccionar. Nunca había matado a nadie y nunca había visto un cadáver, todo en el mismo día. De golpe, la sangre en su mano lo arrastró otra vez a la realidad, en esa cocina donde el chacal que tenía dentro había brotado de una forma inaudita e inesperada. Progresivamente, los oídos volvieron a percibir el volumen de la televisión. Tenía que seguir. No podía quedarse allí.

Pensó en qué tenía que hacer, cuál era el siguiente movimiento y llevarlo a cabo. Dejó de mirar a su víctima que estaba en el suelo y miró sus manos. Lo primero que tenía que hacer era limpiar sus guantes y el cuchillo. Se acercó al cadáver sin dejar huellas de sangre con los zapatos. Extrajo el puñal con dificultad. Impulsivamente se fue a la pila y tiró un chorretón del líquido verde de lavar platos encima de los guantes y de la hoja ensangrentada. Frotó hasta que se quedaron perfectamente limpios. Después los secó en un paño de cocina.

El ansia se había esfumado. Empezó a sentir en su cuerpo algo sorprendente. Algo que no se esperaba. Algo más peligroso que todo lo que acababa de hacer. Empezaba a sentir placer por lo que acababa de cometer. Eso le encantaba y le asustaba al mismo tiempo. Vencieron las ganas de disfrutar del momento. Sacó de su mochila el artilugio para vapear. Empezó a fumar de una forma compulsiva, disfrutando del humo con sabor a Coca Cola y de la dopamina que estaba recorriendo por todas sus venas. Se sentía el dueño de la vida y de la muerte. Eso empezaba peligrosamente a gustarle.

Se dirigió al comedor, después a la entrada, apartó las cortinas para ver si alguien podría haber visto la matanza en la cocina. Vía libre. Delante de la casa no había nadie, solo casas vacías por la hora del mediodía. Seguía fumando, disfrutando de ese pequeño momento de placer. Pasados unos minutos, se dio cuenta que tenía que volver rápidamente al hotel y después a su puesto de trabajo. Iba justo de tiempo y se apresuró a salir por la misma ventana, con sumo cuidado para no dejar huellas en el marco.

El discípulo había conseguido cumplir también esa misión. Se sentía orgulloso de lo que acababa de hacer. Con el Seat Ibiza blanco de alquiler se dirigió a toda velocidad hacia Lloret de Mar, donde

tenía que seguir con normalidad su día de trabajo. Su coartada.

Se sentía orgulloso de haber cumplido la misión. Lo único que ahora le importaba era el momento cuando el maestro iba a llamarle para informarle de la noticia. Ese era el mejor momento del día, cuando su maestro le acariciaba el alma diciéndole lo bien que lo había hecho. Esperaba esa llamada. Para eso, y para saber cuál tenía que ser el siguiente movimiento en el tablero de la partida.

19

Viernes, 11:00
Lloret de Mar,
5 horas antes de la hora cero

El estruendo del Porsche sonaba por toda Lloret de Mar. Las calles hacia la salida de la ciudad, con los edificios en los dos lados hacían de caja de resonancia. De los ojales de la bestia salía el sonido de los quinientos veinte caballos enjaulados debajo de su capó. El piloto, consiente de ser un espectáculo, quería satisfacer a todas las personas que habían acudido a verle pasar. Donde mayor era el número personas que se encontraban en los bordes, más subía las revoluciones de la bestia parda, para ofrecerles espectáculo.

El público, expectante por ver los coches pasando por su ciudad, coloreaba y tapizaba todas las carreteras. Los niños, cogidos de las manos de sus padres, levantando el dedo hacia los coches que pasaban y gritando: ¡Mira, papá, mira qué bonito! Los policías municipales cortaban el tráfico para dejarlos pasar con preferencia. Era una fiesta.

—Jean, ahora, a la rotonda coge la segunda salida a la izquierda, y después de la gasolinera la primera a la derecha —indicaba Manel observando el Road Book.

Eran una flecha de tecnología y de tradición. El sol, ya alto en el cielo, empezaba a calentar ese precioso día de primavera. Las curvas iban pasando rápido. Para ahorrar tiempo, Jean, respetando las señales de tráfico, iba adelantando todos los coches que se encontraba por delante. Para él era un juego de niños. La diferencia de potencia entre el coche que llevaba entre manos y los que se encontraba por las carreteras, era tan abismal que, sin despeinarse iba adelantándolos a todos. Tenía muchos kilómetros antes de llegar a San Feliu de Guixols. Originariamente puerto de pescadores y manufactureros de tapones de corcho, era el pueblo situado antes de la prueba especial.

Con el paso del Porsche por las calles de bajada, las personas iban aplaudiendo a los concursantes del rally. Habían llegado al punto del

control horario del primer tramo especial. Por la tarde, a cabo de unas cuatro horas, tenían que volver a estar allí para hacer la segunda pasada. Tenían delante el tramo más bonito de todo el rally, Sant Feliu a Tossa de Mar.

Después de haber esperado el turno, empezaron el tramo tan deseado y que tanto le gustaba a Jean, que disfrutaba de esas curvas a cien metros de altura y con el mar de fondo. Se sentía libre. Se sentía un centauro con su Pegaso alado. El primer tramo especial de la mañana había pasado sin percances y disfrutándolo. Ya se dirigían hacia el segundo de la mañana, que era Cladells. Pero Jean no se esperaba lo que la mente estaba a punto de recordarle.

—Ahora toma la salida a la derecha —indicó el copiloto señalando con el dedo—, Santa Coloma norte. Pasa por delante de la gasolinera Agip y gira otra vez a la derecha.

Hacía muchísimo tiempo que no escuchaba esa palabra. Jean ya no estaba acostumbrado a ver gasolineras de esa marca. Prácticamente ya no existían en España. Pero en ese momento, en medio de esas montañas de la provincia de Gerona, la mente descubrió un lejano recuerdo olvidado en un cajón de la memoria. Le vino como un flash. Como un rayo. Le acababa de electrocutar un recuerdo de su adolescencia. ¿Por qué me viene ahora este recuerdo?, se cuestionó.

Era increíble cómo de un elemento tan aparentemente insignificante, podían despertar momentos tan bonitos y encadenados a lo que estaba ocurriendo en ese momento de su vida.

* * *

Sábado, 17:30

1990, Firenze, Italia,

carrera histórica Mille Miglia

—Son cincuenta y cinco mil liras, setenta litros del surtidor número cuatro —dijo el dependiente de la gasolinera al joven Jean.

—Puede añadirme también *due bittiglie di acqua ¿per favore?* —contestó, chapurreando el italiano.

—Sí, te las cobro aquí y las coges de esa nevera de la derecha.

—*Ah, ok, pertecto, grazie* —contestó mientras sacaba un billete de cien mil liras italianas.

El dependiente de la gasolinera le devolvió el cambio con billetes y monedas y añadió:

—Aquí tienes el cambio. ¿Estáis corriendo la *Mille Migla*?

—Sí, venimos de España y estamos luchando por los primeros puestos —contestó Jean sacando su mejor sonrisa y feliz porque le había preguntado.

—Enzo Ferrari decía que es *"la corsa più bella del mondo"* —dijo orgulloso el dependiente, y Jean, joven y aún inexperto contestó:

—Puede ser, no tengo ni idea, pero de momento me está encantando —y añadió mirando afuera por la ventana—: Bueno le tengo que saludar, con mi padre vamos un poco tarde. *Grazie e arrivederci*—se despidió del dependiente, cogió las botellas de agua de la nevera y tropezó con un pequeño cartel en el suelo que ponía *Gelati Algida,* de color blanco, indicando que en la nevera del lado de las botellas había helados para comprar. Volvió a colocar el cartel en su sitio y salió del establecimiento.

Notti magiche inseguendo un goal

Sotto il cielo di un'estate italiana

E negli occhi tuoi voglia di vincere

Un' estate, un'avventura in più…

Saliendo de la tienda de la gasolinera Agip, se dio cuenta que la música que estaba escuchando dentro, también se escuchaba por los altavoces de la parte externa de la gasolinera. Era la canción del momento, la canción más escuchada y más vendida del 1990. «*Un' estate italiana*», cantada por Gianna Nannini y Edoardo Bennato en la celebración del mundial de fútbol que se jugaba en Italia ese mismo año, unos meses después de la prueba automovilística en la que estaban corriendo.

—Papá, ya está pagado, voy a hacer esa llamada y vuelvo —dijo Jean a su padre.

—¡Date prisa, hijo, ya vamos tarde! —contestó su padre, preocupado.

El joven se acercó a un teléfono público, introdujo unas monedas y formó un número de teléfono que tenía apuntado con rotulador en el dorso del pase plastificado que le acreditaba como piloto participante en el evento deportivo.

—Jurgens, ¿eres tú?

—Sí, Jean. ¿Qué ha pasado? —contestó sorprendido el alemán.

—Estamos parados en una gasolinera después de Firenze, tenemos un problema con el motor.

—*Madonna Santa!* ¿Habéis tenido un accidente? —preguntó, preocupado.

—No, no, simplemente ha empezado a dar problemas.

—Ok, menos mal. ¿Y cuáles son los síntomas? ¿Qué hace el coche?

—El coche va con menos potencia como si funcionaran solo tres cilindros de los cuatro —añadió Jean los síntomas, para ayudarle al alemán en diagnosticar y entender qué le pasaba a su Porsche.

—*Scheisse!* —gritó el alemán—. ¿Podéis llegar hasta el punto de encuentro de Modena, en la fábrica *Scaglietti*?

—Vamos más lentos, pero yo creo que podemos llegar, lo vamos a intentar. —El joven Jean se armó de valor y le contestó—: Nos vemos allí en un par de horas.

Colgó el teléfono y se dirigió rápidamente hacia el Porsche donde le estaba esperando su padre con el motor encendido, listo para salir y abandonar la estación de servicio.

—¿Se lo has dicho? —preguntó el padre.

—Sí, nos esperan en Modena —contestó, preocupado.

—Sí o sí, tenemos que llegar a ese punto. Ya verás como ganamos la carrera, Jurgen es un fuera de serie. Arreglará el coche para los últimos kilómetros —contestó intentando tranquilizar al joven y convencerse a sí mismo. Llevaban varios años preparando esa carrera. Habían conseguido comprar el Porsche 356 Monoreja del 1952, restaurarlo y prepararlo para las carreras más bonitas del mundo. Cualquier piloto soñaba competir en ese evento por lo menos una vez en la vida. Si además añadías que como copiloto tenías a tu hijo, era un regalo divino.

La carrera original había durado solo hasta el 1957, cuando la policía italiana acabó suspendiéndola por el accidente más mortífero hasta entonces. El piloto y playboy más famoso de la época, el español Alfonso De Portago murió saliendo de la carretera y llevándose a su paso a decenas de personas del público. En los años ochenta volvieron a recuperarla cómo carrera de regularidad. Habían transformado a la que era originariamente de velocidad en carretera abierta, en una de regularidad. Esto representa un tipo de competición de automovilismo en la cual los coches deben realizar un recorrido en un tiempo, lo más cercano posible al establecido por los organizadores.

Era la Meca de los pilotos. Una vez en la vida tenían que hacerla. Pero había dos inconvenientes: el primero era el coste para poder participar; el segundo, que tuvieras un coche lo suficientemente atractivo para que la organización te admitiera. El padre de Jean había conseguido un coche tan bonito, que consiguió ser aceptado el primer año. No era fácil y no era para todos. Además, Jesús, el padre

de Jean había conseguido que fuese Jurgen en persona quien le restaurara el Porsche y le hiciese la asistencia mecánica durante la Mille Miglia. Ni más ni menos que el mejor especialista en Porsche-s clásicos, de Stuttgart. Un auténtico honor. Una de las últimas veces que este buen hombre participó personalmente en esa carrera.

Los dos componentes de la familia De La Cruz, con su 356 se estaban dirigiendo de Florencia hasta Modena, pasando por Bolonia, para llegar al punto de encuentro donde intentarían arreglar el problema que estaban sufriendo con el motor. Iban más lentos de lo que habían previsto, pero esperaban conseguir llegar.

Estaban cruzando una carretera en pleno seno de la Toscana, el *Passo della Raticosa*. El convoy de coches clásicos, casi uno detrás del otro, pasaban por hileras interminables de cipreses autóctonos de la Toscana. La campiña, con sus dulces colinas de prados interminables, evocaba las mejores postales que el mundo recibía de los turistas que pisaban esas tierras. Esa campiña tan bonita había removido la conciencia del padre de Jean para que entrara en un momento íntimo que él lo recordaría y lo llevaría dentro de sí para toda la vida.

—Jean, ahora que eres joven, descubre el mundo y explora el universo femenino —decía Jesús, en medio del sonido del motor del Porsche que funcionaba a tres cilindros—. Pero cuando seas lo suficientemente grande como para sentar la cabeza, busca una compañera de vida. No una novia, esas van y vienen, ni una esposa. Un anillo al dedo no hace el compromiso. Me refiero a una mujer con la que cogerte de la mano y afrontar juntos la montaña rusa que es la vida. Una mujer que, en el momento que te pase algo, quieras que esté al lado de tu cama cuando te estés recuperando. Que sea la única mujer con la que quisieras tener hijos. Esa es una compañera.

El joven estaba escuchando sus valiosas enseñanzas y sin comprender del todo lo que le decía, iba grabando en su mente esos bonitos recuerdos de ese día, que serían unos de los mejores recuerdos que guardaría de su padre.

—Sí, papá, pero aún es muy pronto —contestó el joven copiloto.

—Lo sé, hijo, pero yo no viviré toda la vida. Además, te digo otra cosa, una vez que tengas tu familia, intenta vivir cerca de tu madre. Eres muy importante para ella.

—Ya lo sé, papá, me lo dices casi todos los días, eres un pesado.

—Tienes razón, pero el día que recuerdes estas palabras, entonces me sentiré orgulloso de habértelas repetido tanto, como para servirte de algo. Y déjame que te diga una última cosa, Jean —concluyó el padre ese momento de intimidad entre ellos—: cuando conduzcas, siempre mira hacia delante, que nada te distraiga en los laterales y escucha siempre tu interior. Es muy importante. A mí me ha salvado de unas cuantas.

Jesús se giró y miró a su hijo con una sonrisa de complicidad. Esa foto, esa imagen de su padre conduciendo y girándose hacia él con esa sonrisa, la recordaría toda su vida.

Consiguieron llegar a Boloña y después hasta Modena, en el punto de encuentro con Jurgen y su equipo. En el parking, dentro la fábrica de *Scaglietti* había muchos equipos que daban soporte a los coches que competían en la Mille Miglia.

Jesús identificó en medio de tantas personas el punto de encuentro dónde estaba Jurgen y su furgoneta color pitufo, una Fiat Ducato con el techo blanco. Aparcó al lado de la furgoneta y enseguida llegaron dos mecánicos con experiencia para abrir el capó y ponerse de inmediato manos a la obra para encontrar dónde estaba el fallo. Un tercero, un joven de prácticas, ayudante de mecánico, apareció con una garrafa de gasolina para llenar el depósito.

—Cómo estás, Jesús? ¿Cómo va el coche? —le preguntó Jurgen para tener más datos.

—El coche ha ido bien hasta llegar a Firenze, cuando ha empezado a fallar en el centro y desde entonces nos está dando este problema —respondió Jesús, preocupado por no poder llegar a la meta.

—¿Has notado algo antes de que apareciera este problema?

—Nada, simplemente empezó a hacerlo —se lamentó Jesús por no poderle dar más detalles.

—No te preocupes, vamos a solucionarlo, mis chicos son los mejores —le tranquilizó el jefe del equipo. Los mecánicos veteranos empezaron a desmontar partes del coche para intentar encontrar el fallo.

—¡Eh, tú, Bruno! ¡Pásame la llave de 13! ¡Rápido! —gritó un mecánico veterano.

—¡Voy! —respondió con prontitud el joven que se llamaba Bruno. Soltó la garrafa de gasolina con la que estaba repostando y se dirigió hacia la furgoneta para encontrar la llave.

—¡Aquí la tienes!

—Creemos que lo que falla es la bomba de gasolina. En la furgoneta, en el armario negro de la derecha, en el tercer cajón, hay piezas de recambio para este coche. Coge una bomba de gasolina nueva —le dijo con autoridad el jefe de los mecánicos, al joven Bruno.

Después de unos veinte minutos, los mecánicos ya habían cambiado la bomba y el filtro de gasolina del caprichoso Porsche, pero el vehículo seguía dando el mismo fallo con el que había entrado en el parque de asistencia. Los mecánicos ya no sabían qué hacer. Pensaban haberlo arreglado todo. Estaban perdidos. El 356 no podía seguir así, el motor se habría esforzado demasiado para llegar hasta Brescia.

Jurgen ya estaba desesperado, era el coche que él había preparado, y los mecánicos contratados no sabían arreglar el fallo del motor.

Hasta que al humilde joven Bruno se le encendió una bombilla en la cabeza. Pidió a sus compañeros que le dejasen un minuto para averiguar sobre una corazonada que tenía. Durante los veinte minutos que el coche estuvo parado, estuvo mirando de detrás de los dos mecánicos veteranos qué hacían y que no hacían. Bruno tenía una conexión inexplicable con los coches. De la misma manera que hay personas que tienen conexión con los caballos, Bruno conectaba de una forma inconsciente con el coche.

—¿Me permiten un minuto, para mirar una cosa? —preguntó con humildad a los dos mecánicos. Los veteranos, con cara de póker que ya no sabían qué hacer, miraron a su vez a Jurgen antes de darle la autorización. El jefe de equipo los miró con cara de desesperación y les dijo:

—De perdidos, al río. Dadle un minuto al chaval.

Los dos mecánicos veteranos se apartaron con caras de enfrentamiento y desafío.

Bruno se acercó rápidamente y tiró cuatro escupitajos a los cilindros aún calientes. Tras el contacto con el cilindro caliente, empezaron a evaporarse. Uno de ellos se quedó inalterado.

—*Eccoló, l' ho trovato!* —dijo Bruno en su lengua madre.

Rápidamente, sin perder ni un segundo, consciente de que había hecho un paso, pero que tenía que administrar muy bien el minuto que le habían dado, agarró el cable de la bujía y lo desconectó por ese lado.

—¡Jesús, por favor, ¿puedes ponerlo en marcha?! —gritó el joven Bruno al piloto.

Jesús se apresuró a entrar en el coche y rápidamente lo puso en marcha. Al vehículo, que seguía funcionando a tres cilindros, no le llegaba electricidad a la extremidad del cable que había extraído el joven mecánico.

—¡Vale, vale! ¡Apaga el motor, Jesús, gracias!

Bruno volvió a conectar el cable a la bujía y corrió como un loco hacia la furgoneta y saltó dentro como un canguro. Raudo, agarró dos objetos y volvió a salir. A la vuelta, delante del motor, sacó el primer objeto, que era un conjunto de tiras metálicas de precisión de varias dimensiones, que servían para medir la distancia entre elementos.

Desmontó la tapa del alternador que daba chispa a las cuatro bujías, sacó las varillas metálicas y procedió a introducir la más adecuada en el conector del cilindro que fallaba, hasta encontrar la varilla que entraba perfectamente. Sacó el segundo objeto, unas tenazas con las que cortó la varilla a la altura correcta. Sacó la varilla y le dio una forma de L, después volvió a colocarla, clavándola para que no se moviese. A continuación, colocó la tapa del alternador y se dirigió de nuevo al piloto:

—¡Jesús, dale otra vez!

El piloto entró en el coche y volvió a arrancar. La magia se había producido. El motor volvió a sonar como tenía que hacerlo. El pistón que había dejado de funcionar volvía a cobrar vida como por arte de magia. En ese momento empezó a cobrar vida la leyenda de Bruno.

—¿Quién es este chico? —preguntó Jesús.

—Un chaval que vino en mi taller hace unos meses y me dijo que estaba enamorado de los Porsche-s y que quería aprender —contestó Jurgen, tan contento como si el joven le hubiese caído del cielo.

—Este tío es muy bueno —sentenció Jesús, satisfecho del resultado.

—Es más, este chaval tiene una conexión particular con los coches. ¡Nunca he visto una cosa así! ¿Pero sabes cuál es su defecto? ¿Su único defecto? —preguntó resignado el alemán.

—No, sorpréndeme —dijo Jesús, ansioso de saber cuál era la respuesta.

—¡Es italiano, no alemán! —le contestó, riendo.

—¡Gran fichaje! —Los dos explotaron en una sonora risa, después el alemán le cerró la puerta a Jesús para que siguiese su carrera.

—¡Vamos, Jean, que llegamos tarde! —le gritó a su hijo por la ventanilla.

Jean, boquiabierto por lo que acababa de hacer el joven mecánico, se le acercó rápidamente y le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Bruno. Bruno Malatesta —contestó orgulloso de haber llamado la atención del joven copiloto y acercándole la mano para estrechársela.

—Jean De La Cruz —se presentó, aceptando la mano a la que le dio un fuerte apretón. Mirándolo a los ojos le dijo—: Gracias, Bruno, nos has salvado la carrera.

Rápidamente, Jean entró por la puerta del copiloto y el Porsche 356 arrancó y se dirigió a toda velocidad hacia la salida del parque de mecánicos, dejando al joven Bruno en su momento de gloria.

En la Mille Miglia del 1990, en el parque de asistencia de la legendaria fábrica *Scaglietti,* nació una amistad que perduró por muchos años entre Jean y Bruno. Esa amistad se convirtió en una hermandad. Gracias a la intervención de Bruno, el equipo De La Cruz con el Porsche 356 llegó tercero sobre trescientos treinta en esa edición de la Mille Miglia, entrando en leyenda.

Esa proeza de que Bruno actuara por una intuición, le allanó el camino para convertirse en uno de los mejores mecánicos de Porsche-s de toda Europa. Acababa de nacer su mito.

* * *

Viernes, 15:30
Lloret de Mar,
5 horas antes de la hora cero

Jean estaba parado con su Porsche GT 3 antes de la salida de Cladells, la segunda prueba del día. Como siempre, callado y casi inexpresivo hacia su copiloto durante los entrenamientos y sobre todo en las carreras. La concentración para él lo era todo. Pero pasar por delante de esa gasolinera Agip, le había despertado esos recuerdos tan buenos que tenía de su padre.

Y es justo ahí, veinte años después cuando todo cobra sentido. Justo en ese momento, a través de sus recuerdos, la voz de su padre atravesó el tiempo, devolviéndole significado a su destino. Claudia, sus futuros hijos, su vida juntos… Su compañera de vida. Era ella, siempre lo había sabido. En ese preciso instante, su padre se hizo más presente que nunca. Sus palabras, sus consejos habían vuelto a él.

"Gracias, papa, por esos momentos. Creo que nunca te lo dije".

Pero esa sensación de que algo iba mal seguía perdurando en él. Era como si en el coche se hubieran encontrado tres: Manel, Jean y el mal presagio. Este le decía que no tenía que correr ese rally. Era la misma sensación que le decía su padre, de mirar adelante, pero siempre escuchando su interior. ¿Era eso, a lo que se refería su padre? ¿Precisamente por eso le habían llegado los recuerdos de su padre? ¿Quería que no corriese ese rally?

Era difícil que escuchar esa sensación extraña. Había demasiado en juego. Tenía que seguir, en pocos minutos, el director de carrera le daría paso para empezar la segunda prueba especial del día, Cladells. Era tarde para tomar decisiones, tenía que seguir.

20

Viernes, 11:30
Cladells,
5 horas antes de la hora cero

—Tres, dos, uno, nnyyyeeeeeeeeeee…

Luz verde. Había arrancado el segundo tramo especial, Cladells. Un tramo corto, nervioso y a veces traidor. Cladells, en origen era una carretera que llevaba a pueblos de montaña pasando a través de unos bosques. A mediados del siglo pasado había sido asfaltada, pero seguía siendo estrecha, comparada con las carreteras de ahora. El espectáculo era idílico, por la vegetación de los bosques de las gabarras, parecían pasar por una zona de los Alpes, o incluso Escandinavia, no en la Costa Brava.

El Porsche respondía bien. Los descomunales neumáticos posteriores, ya calientes agarraban de una manera impecable los quinientos veinte caballos en las curvas ratoneras. La carretera, que aprovechaba tramos muy antiguos de los caminos de los mineros de la zona, pasaba por primitivos puentes de piedra sobre lechos de ríos.

Rimbombante. El ruido provocado por el Porsche en medio de los bosques era descomunal. Parecía un sonido de guerra. Los espectadores ansiosos por ver pasar los primeros concursantes, como escucharon el grito de guerra del Porsche que iba acercándose, quizás se imaginaban una escena como en la película «El Señor de los anillos» cuando venían los orcos en son de guerra.

Hacía justo un año desde que en los entrenamientos le había salido un jabalí delante, que le llevó con el coche a la cuneta. Pasando por el mismo punto, le vino un momento de duda al trazar la curva. Sin más consecuencias. Pero el mal presentimiento que le había acompañado durante el fin de semana le seguía como una sombra fiel.

—Derecha cuatro, cincuenta metros izquierda, dos, atención gravilla, no recortes, a cien metros puente estrecho.

Exacto como un reloj suizo, Manel iba cantando las notas de lo que

tenía que hacer el piloto como si fuera una máquina de gran precisión.

—Atención, muro a izquierda, a cincuenta metros derecha, tres, a veinte metros izquierda, cuatro, a ciento cincuenta metros, atención derecha, dos, a cincuenta metros derecha, seis y fin.

Habían llegado al final del tramo. Los tiempos de Marc y Jean eran prácticamente idénticos, se estaban jugando el rally por décimas de segundo, como en la Fórmula 1.

Faltaban pocos kilómetros de distancia y venía el tercer tramo especial del día y el más complicado, Osor. Era parecido al anterior, siguiendo en medio de los bosques, pero con la peculiaridad de dirigirse hacia el norte, lo que le confería cierto nivel de complejidad por la humedad del suelo. El asfalto deslizante, combinado con la estrechez de la carretera, le hacía ser una peligrosa pista de patinaje. En ese tramo, los coches de rally con enormes neumáticos estaban en desventaja. Pero el equipo AOLAR superó con creces también esa prueba.

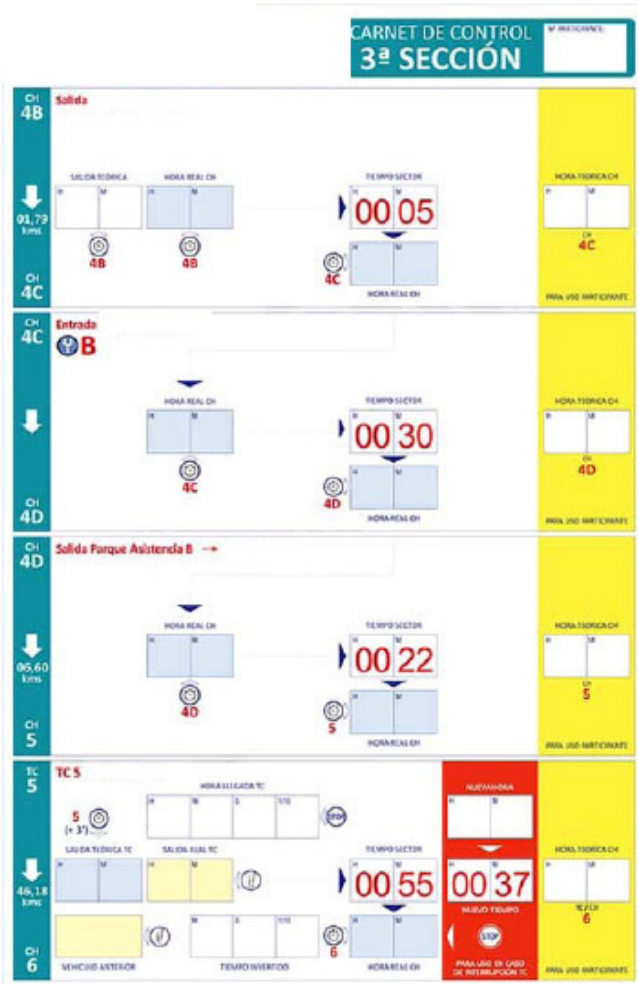
—¡Bravooooo! —gritó Manel al piloto, con una sensación de alivio, justo después de pasar por la línea de la meta—. ¡Gran trabajo!

Pero como era habitual en Jean, no quería que Manel le hablase más de lo estrictamente necesario, para no distraerle de la conducción del coche. Jean era tajante, pero eso le había venido del corazón a Manel, seguramente para animarle, debido a la tensión que notaba en él ese fin de semana. Jean se giró por un instante y miró al copiloto como para regañarle, pero su mirada quedó difuminada por la visera oscura de su casco.

—¿Cómo vamos? —preguntó Manel a los de la organización en el control de paso, entregando de forma reglamentaria el Road Book, que era el carnet de ruta, un documento que entregaba el copiloto a los organizadores, al inicio y al final de cada tramo especial. En él quedaban reflejadas las horas en las que el participante se ha presentado.

—Solo te puedo decir que en este tramo habéis tardado dos segundos y tres centésimas menos que Marc. ¡Enhorabuena! —dijo el encargado del tramo.

—*Wow!* Muchas gracias, vamos a seguir.



Carnet de ruta o control

Manel recogió el carnet de ruta sellado que confirmaba que habían pasado y le hizo la señal a Jean para tirar adelante. Treinta minutos después, el coche entraba en el parque cerrado, después del Porsche de Marc. La bestia negra se fue hacia el lado izquierdo, donde estaban los mecánicos que la esperaban. Entrando en el parque cerrado, Jean giró a la derecha, donde su equipo estaba ansioso por acordarle asistencia. Llegaron con el coche en el área reservada por unas vallas que creaban un perímetro de trabajo visible para el público, pero no accesible.

Los mecánicos aparecieron como hormigas y de una forma sincronizada y organizada empezaron a dividirse entre ellos las misiones programadas por Bruno.

—El coche va como la seda, ¡bravo, Bruno! —dijo Jean saliendo del coche, todo sudado.

—*Vaccaboia!* Menos mal, porque con lo que hemos trabajado la semana pasada, solo faltaba que no vaya bien —contestó Bruno, ayudando a Jean a salir del coche.

—Seguimos perdiendo muchos segundos por las enormes ruedas traseras de esta bestia, en los tramos más ratoneros y especialmente en los más húmedos —dijo Jean, cerrando la puerta y señalando con el índice derecho los neumáticos.

—Te entiendo, pero no podemos cambiar el tamaño de las ruedas traseras, tendrás que ser más preciso y delicado —le respondió Bruno Malatesta, negándose a la absurda petición del piloto—. Jean, escúchame, tranquilízate, te veo agitado, nosotros nos ocupamos del coche. ¿Por qué no entras en él autocaravana, te sientas, te lavas la cara y comes algo? Te hemos preparado lo que más te gusta, lo tienes allí dentro.

—¡No tengo hambre! —contestó, eufórico—. Cogeré un agua y caminaré un rato al lado del mar.

Con la orden de Bruno, el equipo introdujo un gato hidráulico debajo del morro y levantó casi un metro la parte frontal del coche, después introdujo dos caballetes y retiró el gato dejando el Porsche a la altura de medio metro. Acto seguido, introdujo el mismo gato por la parte trasera en el centro del motor y dejó el coche a medio metro con otros dos caballetes, también en la parte posterior. Unos mecánicos del equipo quitaron los neumáticos y controlaron las pastillas de freno y miraron a que todos los sistemas funcionasen correctamente. Otros abrieron el capó para controlar los niveles y para ver si había algún posible problema en el motor.

—Chicos, el cristal está lleno de mosquitos. Por favor, limpiadlo —dijo Bruno, pero vio que todos los mecánicos estaban ocupados con tareas. En ese momento se dio cuenta que Alex no estaba.

—Pero ¿dónde está Alex? —preguntó levantando la voz para que todo el equipo lo oyese, preocupado porque el joven aún no había vuelto del hotel. Todos los componentes del equipo levantaron la cabeza para mirarlo, pero nadie sabía dónde estaba.

—¡Estoy aquí! Fui a buscar el limpiacristales y papel —dijo Alex apareciendo por detrás del camión, con todo lo necesario para limpiar el parabrisas, justo a tiempo.

El discípulo lo había conseguido, le había dado tiempo a cumplir con las órdenes del maestro, llevar a cabo la segunda fase de la operación y volver justo a tiempo para ayudar al equipo con el coche

de carreras.

—¡Venga, venga, vengaaa! —exclamó Bruno mirando al pequeño aprendiz—. ¡Alex, dale caña! Cuando habrás acabado, comprueba la presión de las ruedas.

—Estás mejor? —preguntó Manel con voz preocupada al piloto, que había vuelto de su corto paseo—. Nunca te he visto tan nervioso. No pareces tú.

—Sí, tienes razón —respondió intentando justificarse—. Desde ayer estoy muy nervioso, ya sabes por qué.

—¡Eh, lo has hecho fantástico hoy, vamos primeros! Simplemente tienes que seguir así —dijo Manel sentándose al lado de su amigo y con su mano derecha buscando el contacto físico con el brazo izquierdo de Jean, para incrementar la fuerza del mensaje—. ¿Estás listo para ganar este rally?

Jean levantó la cabeza y mirándole a los ojos a su copiloto, cerró el puño derecho y como el luchador que era, le respondió:

—¡Ya lo sabes, yo he nacido listo!

—¡Entonces vamos!

—¡Vamos a ganar por lo que hemos venido luchando desde hace muchos meses!

El tiempo se había acabado. Arrancaba la segunda parte del día. Los mecánicos lo tenían todo a punto de poder montar en el coche. Todo comprobado y limpio.

Los dos centauros subieron y encendieron el motor de la bestia. Los mecánicos quitaron las vallas, le abrieron paso en medio de la multitud y el Porsche reanudó su carrera. Salió del parque de mecánicos y se puso en posición detrás de Marc, esperando las 16:01 horas para salir del pódium.

Lloret de Mar estaba abarrotada de público. Por la mañana habían madrugado muchas personas de diferentes puntos de la región para venir a verlos, pero no era nada comparado con la multitud de gente que estaba presente en ese momento. La afición hacia los motores siempre había sido muy presente en Cataluña. El público quería oír los motores, quería ver pasar los coches de rally a toda velocidad, quería espectáculo, quería oler el neumático quemado, quería oler la gasolina… Y Jean estaba dispuesto a darle todo eso.

Con todo ese público que había venido de lejos, no podía fallar. En cuanto su Porsche bajó paulatinamente del pódium para que no tocara el fondo, liberó los quinientos veinte caballos de potencia entre los edificios que hacían de caja de resonancia. La aceleración fue tan potente y gustó tanto al público, que explotó en una ovación general. Eso era espectáculo. Eso era un rally. Eso era pura pasión por los motores.

Manel y Jean volvieron a hacer la misma ruta que acababan de hacer por la mañana. Llegados a San Feliu de Guijolls se pusieron en cola detrás de Marc para tener el momento establecido para la salida del tramo hasta Tossa de Mar. El coche esperaba las 16:31 horas de la tarde, del viernes del rally.

—Manel, tengo que hace pipi, he bebido demasiado antes en el parque de mecánicos —le comentó el piloto mientras se desabrochaba los cinturones de seguridad de los seis puntos de anclaje reglamentarios.

—Sí, vete tranquilo, tenemos casi diez minutos de espera.

Jean salió del coche y se metió en el bosque en la parte izquierda de la carretera. Caminó entre los árboles hasta desaparecer. Era muy vergonzoso, no le gustaba hacer sus necesidades en medio de la naturaleza donde incluso le podía ver alguien. Manel sabía eso. El tramo estaba repleto de personas que querían ver los coches al salir, y para que el piloto encontrara un poco de intimidad, obviamente, tenía que entrar bastante en el bosque. Pero estaba tardando mucho, casi demasiado, y Manel lo quería tener todo controlado. Por eso, cuando Jean, de vez en cuando iba a hacer sus necesidades, le ponía muy nervioso. Cuando faltaban dos minutos para presentarse al control horario, Manel se giró a la izquierda del coche y dijo:

—¡Uf, por fin, ya está volviendo! ¡Ahora empieza la fiesta!

21

Viernes, 16:30
Sant Feliu de Guixols,
hora cero

Jean se acercaba desde el bosque. Apareció de entre los árboles, con su mono de carreras blanco y el casco con la visera tintada. Se abrió paso entre la multitud expectante por verle salir. La gente que, educadamente se apartaba para dejarle espacio, se giraba molesta, pero cambiaba por completo su actitud cuando veía que era uno de los pilotos.

—¡Dale caña! —gritaba algún espectador.

—¡A ver como ronca tu Porsche! —decía otro.

—¡Ánimooo!

La expectación era máxima. Pasada la barrera de público, se encontró con el precioso Porsche delante de una postal digna de «*The National Geographic*». La silueta del coche pintaba unas hermosas líneas sobre el horizonte que dividía el cielo del mar. Delante tenía el maravilloso mar turquesa de la Costa Brava. El piloto se paró en seco para contemplar ese espectáculo, como si no lo hubiera visto nunca. El telón del escenario era el Mediterráneo. Un paisaje idílico. Las montañas a su espalda y de frente el mar. Pero la contemplación del escenario fue interrumpida por una voz:

—¡Vamos, Jean! ¡Nos queda solo un minuto! —gritó Manel desde la ventanilla, sorprendido de tanto retraso del piloto.

Se apresuró. Corrió alrededor del vehículo para entrar lo antes posible. Abrió la ligerísima puerta y se coló dentro del habitáculo. Cerró la puerta con fuerza, abrochó los cinturones de seis puntos del asiento de carreras, puso la bestia en marcha y se colocó a un palmo detrás de Marc. La luz de freno en forma de arco le destellaba en la visera.

Marc había arrancado y pronto desapareció tras las curvas.

* * *

El Porsche blanco y rojo se coloca debajo de la carpa amarilla.

Luz verde.

Arranca en el tramo especial. La bestia empieza a volar a toda velocidad.

Parece querer huir de la carpa amarilla.

Primeras curvas.

Perfectas.

Manel, la máquina suiza, contando las curvas insuperablemente.

Concentración máxima.

Aceleración.

El corazón en un puño.

El Porsche coge las curvas, trazándolas con experiencia.

El piloto apura las marchas, estrujando el potente motor.

En cada acelerada, el coche recibe un tremendo empujón.

En cada acelerada, los dos ocupantes reciben un tirón hacia atrás.

Encolados a sus asientos.

El coche pinta las curvas.

Roza las rocas.

Roza el muro.

Traza las curvas como un pintor.

Llega al primer rectilíneo y alcanza los 150 kilómetros por hora.

Aminora la velocidad, se abre a la izquierda.

Cierra la curva a la derecha.

Acelera todo lo que dan los 500 caballos.

Piloto y copiloto, pegados a los asientos.

Los dos tienen dificultad para respirar, por la fuerza.

Parece ir todo bien, hasta cuando Manel le advierte de la siguiente curva.

El enorme empuje lleva hasta rebasar los 200 kilómetros por hora.

El piloto nota algo.

Manel repite más alto que ¡se aproxima una curva!

¡Tiene que frenar!

Manel se asusta, se gira para ver qué está pasando.

La sorpresa de lo inesperado lo flagela.

El piloto está en dificultad.

La bestia no responde.

Los pies del piloto golpean el tablero de los pedales.

Manel entiende que algo no va bien.

Nunca había pasado por una situación así.

Ni siquiera se acuerda si le habían enseñado cómo reaccionar ante algo así.

El instinto toma el control.

Si ese fuera un caza, habría tirado de la anilla para ser expulsados.

Pero es un coche de rally, no un avión.

Las circunstancias son diferentes.

Suelta a los pies el Road Book y cruza los brazos.

Se prepara para el impacto inminente.

Cierra los ojos.

Que sea lo que Dios quiera.

Aguanta la respiración.

El coche empieza a chocar como si fuera una pelota de Pintball.

¡BUM!

Primero, un violentísimo impacto por la derecha.

Es como si se hubieran equivocado al cruzar por el paso de trenes y uno les había arroyado.

¡TRASCH!

Otro golpe por la izquierda.

Luego el copiloto empieza a perder la noción del espacio y del tiempo.

El vehículo inicia una serie de vueltas de campana.

¡BAM! ¡BAM! ¡BAM!

Se arrastra por el asfalto.

¡Zzzzzzzzzzz!

Finalmente acaba su vuelo y quedando apoyado en el muro de la derecha.

* * *

Manel de despertó a cabo de unos minutos.

Le pitaban los oídos.

Veía con dificultad, los golpes habían sido descomunales. El coche había perdido piezas por todos los lados, dejando una estela de trozos

y surcos en el asfalto. El Porsche estaba destrozado y el asfalto llevaba cicatrices profundas de la pelea que acababan de tener.

Percibió un olor a gasolina.

El público se veía acercándose.

Los coches de seguridad salieron del toldo amarillo.

Manel abrió los ojos. El parabrisas estaba hecho añicos.

El sol alumbraba. Vio el mar.

No entendió en qué posición estaba el coche.

Pasaron minutos. Manel empezó a comprender dónde estaba y qué acababa de suceder.

Le invadió un fuertísimo olor a gasolina.

Se liberó del cinturón.

El piloto seguía inconsciente, quizás él se había llevado los peores golpes.

No consiguió liberarle.

Se arrastró fuera del coche.

La cabeza le estallaba.

En el momento cuando Manel salió del coche, sucedió lo que ni por asomo se había esperado. El vehículo empezó a tambalearse, jugando con su contrapeso. Intentó agarrarlo por el posterior maltrecho por los golpes, pero no tenía de donde cogerlo. El enorme alerón había desaparecido, junto a los soportes.

El peligroso balanceo se convirtió en un juego mortífero hasta su caída por el barranco. Los dedos de Manel se deslizaron y se le escapó el coche, con su amigo dentro. Bajaba resbalando sobre la roca que era cada vez más vertical. Hasta chocar con el fondo del acantilado y encenderse, convirtiéndose en una bola de fuego.

Manel se dio cuenta que al salir del coche cambió el equilibrio y arrojó abajo el coche con el piloto dentro.

No se lo podía creer. Eso superaba con creces las peores pesadillas que podría haber tenido un copiloto.

Cuando los responsables de la organización que gestionaban el tramo se dieron cuenta de lo que acababa de suceder, pararon la salida de los concursantes. Cogieron el coche de seguridad que tenían al lado de la carpa amarilla y salieron a toda velocidad hacia el lugar del accidente.

—¡Central! ¡Central! ¡Se ha producido un accidente! ¡El participante número 25, Jean De La Cruz ha tenido un accidente y está en llamas! ¡Hemos interrumpido el tramo y nos dirigimos hacia allí detrás de la ambulancia! —gritaba el responsable del tramo por medio de la radio, avisando a la central de la organización en Lloret.

—¡Entendido! ¿Hay que avisar a los bomberos? —contestaron desde la central.

—¡Sí, estamos viendo mucho humo! ¡Hay que neutralizar el tramo!

A unos pocos minutos del accidente, el coche de la organización y el equipo de emergencia ya estaban en el lugar del suceso. El director se lanzó del coche para ver en qué condiciones estaba el vehículo arrojado por la ladera. Le seguía la chica de apoyo de la organización, que conducía el coche.

Los enfermeros de la ambulancia dejaron en medio de la carretera el vehículo con las sirenas encendidas. El que conducía siguió al director y se apresuró a valorar los daños del concursante. El otro ocupante de la ambulancia, una enfermera, se apresuró hacia el copiloto para valorar su estado físico, y sobre todo psíquico.

Manel, de rodillas encima del muro, miraba el coche de su amigo y gritaba frases inútiles y descompuestas, pidiendo a los equipos de emergencia que le ayudasen.

Ya no se podía hacer nada. El coche era una bola de fuego al lado del mar. Ni siquiera podían acercarse con un extintor. Estaba en el fondo del acantilado solo accesible con una grúa o desde un barco. Manel se había salvado por milagro. Seguramente el destino tenía otros planes para él, ese día no tenía que morir.

La chica de la emergencia se acercó al superviviente, no era la primera vez que se encontraba en un acontecimiento límite como ese. Sabía cómo reaccionar, había estudiado y practicado el protocolo de emergencia. Primero, se le aproximó con movimientos lentos para no asustarle, luego intentó conectar con él. Al principio, de forma física, alargando una mano y buscando una conexión, luego intentando provocar un cruce de miradas directas.

Después de haberle tocado, el copiloto seguía en su estado alterado, desorientado.

—Soy Raquel, del equipo de Emergencias. Está usted a salvo, todo ha pasado. Ya hemos llegado para ayudarle.

—¡Por favor, a mi amigo, ayudadle a mi amigo! —empezó a gritar cada vez más desesperado—. ¡Por favor, haced algo! ¡Es mi amigo, tenéis que salvarle! ¿Pero por qué no hacéis nada?

Manel se encontraba en pleno brote de una crisis de pánico. Estaba temblando, respiraba difícilmente con sensación de asfixia y lo peor de todo, en medio de tanta confusión tenía una sensación de irrealidad provocada por lo que estaba viviendo, entre una pesadilla y un choque de trenes.

—Hemos venido para ayudarle, tranquilícese.

Los organizadores que le miraban con aire perdido no podían y no sabían qué hacer. La expresión era de absoluta impotencia. No sabían qué decirle al pobre copiloto.

—¡Por favor, señor, míreme! —decía la enfermera.

—¡Está allí, bajad y ayudadle! ¡Ese es también mi coche, yo iba allí dentro!

—¡Señor, míreme! —le pidió la mujer y se colocó delante de él, agarrándole por los hombros—. Usted se ha salvado, ¿entiende lo que le digo?

Mientras la chica intentaba tranquilizarle a Manel, los responsables de la organización no sabían cómo afrontar la situación. Estaban sobrepasados por el suceso. Sus ojos perdidos delataban que toda la preparación que les habían dado había sido inútil. No existía un protocolo para esa situación. No era posible tener preparación psicológica para una situación así. Nadie tenía una imaginación tan maquiavélica como para imaginar semejante catástrofe.

—Siéntese, por favor. ¿Quiere que le traiga algo?

Manel se dio cuenta que ya no se podía hacer nada. Se quitó el casco, el sotocasco, y se sentó al lado del vehículo de la organización. Una vez sentado, empezó a hacer respiros cortos y rápidos, como si tuviera un ataque de ansiedad.

—Tome un poco de agua —le ofreció el otro enfermero.

—Respire profundamente. Ya ha pasado, no se preocupe.

El director de tramo se acercó y sin darle tiempo a recuperarse, le pidió que le explicara qué había pasado.

—No lo sé, no lo sé, no me acuerdo.

—¿Ha cometido un error?

—No lo he podido salvar, no ha sido culpa mía.

Se encontraba en estado de shock, ni él sabía lo que estaba respondiendo.

—¿Habéis tenido un problema con los frenos?

—¡Ya está bien! Aléjese, por favor —dijo el enfermero que se llevó al director hacia un lado.

—Lo siento, no podía salvarle, no me he dado cuenta de que el coche estaba en equilibrio. Estaba desmayado. Desde dentro no conseguía liberarlo. Lo siento de verdad, lo siento, no sé qué he hecho. He salido para ayudarle, pero no imaginaba que el coche caería —gritaba sin sentido aparente.

—Está bien, tranquilícese, ahora le llevaremos al hospital. ¿Siente usted algún dolor agudo?

Manel, sentado sobre el asfalto y apoyado con la espalda en la rueda del coche de la organización, estaba en pleno estado de confusión. Cualquier cosa que le hubieran preguntado no habría sabido contestar. El pobre copiloto se había dado cuenta que antes del accidente, algo había dejado de funcionar. Al coche le había pasado algo. No entendía nada. No estaba con la mente como para entender nada. Lo único que había comprendido era que se había salvado. Eso era un milagro. Y que el piloto, su compañero de tantas aventuras, había muerto.

Los equipos de emergencia tenían una misión clara, tranquilizar al

superviviente. Si la vía tradicional con psicología no hubiese servido, le habrían inyectado un compuesto ansiolítico. El cuadro era claro. De la misma manera que estaba sentado, podía saltar en un ataque de pánico y en una fuga desordenada. La psicología humana es tan compleja, como variada en sus respuestas a los accidentes.

—Ahora vuelvo, quiero llamar a la central —le dijo el director a su ayudante para que se quedara cerca del superviviente.

El hombre se alejó y desde su teléfono móvil hizo una llamada. Mientras formaba el número de teléfono, desde el inicio del tramo empezaron a escucharse las sirenas de los bomberos, que en vano se estaban acercando. Ya nada estaba en sus manos, el destino se había encargado de todo. Había actuado de manera que todas las acciones de los equipos de emergencia no tuvieran efecto sobre su voluntad.

—¿Central? Soy Juan, el responsable del tramo de Tossa. Llamo para informar que el tramo está neutralizado. Repito: el tramo está naturalizado.

—¡Por favor, informe del accidente!

—El copiloto está a salvo, está en estado de shock, pero no está herido. El coche ha acabado quemado, acantilado abajo. Necesitamos una grúa para sacarlo, a 100 metros de la carretera. Por favor, avisad al servicio de grúas y a los Mossos d' Esquadra. Los bomberos están llegando, pero no van a poder hacer nada. Enviamos el copiloto al hospital para que le hagan un chequeo general.

—¿Y el piloto? —preguntaron preocupados desde la central.

Juan se quedó en silencio, emocionado, no quería dar esa noticia a la central.

—Está muerto. Sigue dentro del coche en llamas.

No recibió respuesta de la central, estaban todos sin palabras.

—Por favor, avisad el equipo que está en el parque de mecánicos.

22

Viernes, 17:00
Lloret de Mar,
media hora después del accidente

—¡Dios bendito! —dijo el director del evento, después de colgar la llamada de Juan.

No se lo podía creer. La conversación que acababa de tener con el responsable del tramo de Tossa de Mar lo había dejado perplejo. Dudaba en creérsela. Se quedó en blanco y con la mirada perdida por unos instantes. Estaba seguro de lo que acababa de escuchar, pero, aun así, no podía creérselo. Un participante de su rally había muerto carbonizado.

Todos los componentes de la sala de operaciones del rally en la planta baja del hotel habían dejado de hacer lo que estaban haciendo, para escuchar la llamada desde el altavoz del jefe. Lo estaban mirando. El director en el centro, con el móvil en la mano, la boca entreabierta, mirando a sus compañeros, pero sin verlos. Digiriendo la noticia.

Se quedó callado. La sala entera estaba en un silencio sepulcral.

¿Qué pasa cuando un tsunami te lleva de repente?

¿Cuál es la sensación que te queda?

El director había sido embestido, derrumbado por completo por una ola más grande que él. La única respuesta que pudo tener fue el silencio, ese silencio que estaba vibrando con fuerza, pero no tanto como la desesperación. El grito ensordecedor de la exasperación resonaba en la habitación, tanto que los cristales temblaban. La respiración de Jusep se había desacompasado, se estaba entrecortando.

Pasaron largos momentos de mutismo. Nadie se atrevía a decir nada. Si hubieran podido elegir, se habrían quedado en ese momento de silencio perpetuo. Tenían miedo de romperlo y volver a la realidad. El ambiente estaba tan tenso como la cuerda de un violín.

El director, con la mirada perdida, miró a su alrededor como buscando una respuesta, que alguien le dijera que había sido una broma pesada. O incluso que alguien le pudiera despertar de esa situación que jamás se hubiera imaginado vivir.

Después de unos interminables minutos, reacciono.

—Ha muerto… De La Cruz ha muerto —dijo mirando a sus compañeros y dejándose caer en la silla que tenía detrás, en un desplome de fuerzas y en una caída desconsolada, deseando que lo tragara la tierra. Dejó el móvil sobre la mesa, casi lanzándolo. Se juntó las dos manos tapándose la cara en un acto involuntario, como quien quiere esconderse de la realidad. Como si quisiera evadir de lo que le acababa de pasar a su rally. Como si quisiera esconderse de lo que había sucedido.

—¡Jusep! Jusep, ¿qué tenemos que hacer? —preguntó María, la segunda a bordo, la única persona con coraje y que reaccionó ante esa situación.

El director volvió de su absorción.

—¿Qué quiere que hagamos ahora? —Se giró a la derecha donde estaba María y la miró—. ¿Eh?, a ver…

Y se quedó de nuevo en silencio.

La situación era nueva para él. Le costaba razonar, centrarse para decirle qué tenía que hacer su equipo. Hasta que encontró un momento de lucidez y contestó:

—Primero, tenemos que avisar a su equipo. Manda a alguien a explicarle a Bruno Malatesta lo que ha pasado.

Ni siquiera había acabado de hablar el director, que María mandó a un chico joven, recién entrado en la organización:

—Franky, por favor, coge el patinete y vete rápidamente al parque de mecánicos. Busca el equipo Aolar y comunícale con tacto al director deportivo lo que acaba de suceder.

—Claro, María, voy enseguida —dijo y salió de la sala como una saeta para cumplir la misión.

—¿Qué más, Jusep?

—Luego tenemos que llamar a los Mossos d' Escuadra para informarles de lo sucedido. Es probable que ya tengan constancia, pero también les tenemos que avisar nosotros. Por último, pedir el servicio de una grúa de gran tonelaje para sacar el vehículo carbonizado —acabó muy lentamente, en pleno efecto del shock.

—María, ¿te puedes encargar?

—No te preocupes, para esto me tienes —contestó prontamente, y en el momento cuando tuvo claros los siguientes pasos a seguir, se puso en marcha para organizarlos.

La experiencia del director era larga como la vida misma. Había sido piloto, mecánico, ayudante de la organización, enfermero y todo

tipo de facetas que las situaciones requerían y que sacaba con el arte de la improvisación. Pero nunca en su vida se habría imaginado flagelado por un suceso así, y menos aún, comunicar esos órdenes que jamás hubiese querido dar.

El joven emisario salió a la máxima velocidad, a todo lo que rendía el patinete eléctrico. Iba sorteando los mecánicos que encontraba en su camino. En un par de minutos se plantó en el parque de mecánicos, dónde el equipo de Jean estaba reposando después de la parada en boxes de su vehículo. Franky llegó hasta las vallas estirables que estaban colocadas delante del espacio delimitado y soltó el patinete eléctrico para no perder ni un segundo más.

—¿Dónde está el director deportivo? —preguntó a los mecánicos sorprendidos por esa rápida entrada en escena.

—Está dentro. ¿Qué necesitas? —le contestó un mecánico.

—Necesito hablar urgentemente con él. Tengo un mensaje del director de la organización.

El mecánico viendo una sospechosa emergencia en los ojos del chaval, entendió que era una noticia urgente y probablemente importante. De una forma inconsciente, el joven emisario había transmitido que no llevaba buenas noticias.

El mecánico se apresuró a entrar dentro del tráiler a buscar a Bruno.

—Bruno, disculpa que te moleste. Ven, creo que ha pasado algo —le dijo, con cara de preocupación.

—¿Qué sucede?

—No lo sé, hay un chico de la organización que quiere hablar contigo. No creo que sean buenas noticias.

Al escuchar esas palabras alarmantes, Bruno dejó lo que estaba haciendo y salió preocupado para hablar con la persona que le estaba buscando.

—¿Dónde está? —preguntó saliendo del tráiler.

Los mecánicos que estaban presenciando la escena le señalaron a Franky.

El destino, ese día se lució. Primero en desviar el trascurso de la historia de esa forma tan violenta, y segundo, en enviar a Bruno un mensajero inexperto y con el tacto de un elefante. Las noticias de ese calibre tienen que ser comunicadas con suma delicadeza. Sin embargo, el destino actuaba sin miramientos y Bruno iba a recibir los golpes por partida doble.

—Soy yo —dijo el joven, tímidamente.

—¿Qué ha pasado?

—¿Es usted el director deportivo del concursante número veinticinco, Jean De La Cruz?

—¡Sí, soy yo! —respondió, ansioso y siguió, levantando la voz—:

Pero ¿qué ha pasado?

—Lo lamento mucho, de verdad…

—¡¿Quieres decirme de una vez qué pasa?! —le gritó con todo el carácter que tenía, presagiando que la noticia no era buena, pero que prefería que se la dijera de golpe.

El joven emisario suspiro, se armó de valor y casi cerrando los ojos soltó:

—Vuestro coche ha sufrido un accidente. Ha salido en el tramo de Sant Feliu de Guixols. El piloto ha muerto carbonizado. ¡Lo siento!, pero no sé decirle nada más.

Bruno no daba crédito a lo que acababa de escuchar. Primero empezó a negar con la cabeza como si dijera que no se lo creía. Eso, a él no le podía pasar. Jean era demasiado buen piloto como para que le pasaran esas cosas. Luego vio que el chico llevaba una acreditación en el cuello y que no podía haberle gastado una broma. Además, se le veía sincero y consternado por lo sucedido.

Después de unos instantes de recibir la noticia, Bruno empezó a hiperventilar y a sentirse mal. No podía ser. Se negaba a la evidencia. Creía estar viviendo una pesadilla y esperaba que alguien de su equipo le despertase de esa situación irreal que jamás se habría imaginado vivir.

Poco a poco, la idea estaba calando en él. Bruno no podía respirar, tenía un vacío en el pecho, una presión que le aplastaba. La presión se convirtió en dolor. Luego en dolor profundo. Un dolor que le aplastaba. Cuando en la vida te aparecen estas noticias, la respiración cambia, el estado anímico cambia, todo tu interior se trasforma.

La flagelación le había provocado un fuerte rebote emocional. Se sentía desubicado, mareado por el dolor, como recién salido de una centrífuga.

Perdió las fuerzas y el mecánico que le había informado de la presencia del joven emisario le cogió antes de que se cayera. A Bruno le habían cedido las fuerzas del cuerpo. Todos los mecánicos se acercaron para sujetarlo y hacerle aire. La consternación se apoderó de los ánimos de todo el equipo. Los mecánicos más sensibles empezaron a llorar, desconsolados. Los más valientes se quedaron sin palabras, aturdidos por el mazazo que acababan de recibir. Bruno, el que peor había recibido la espeluznante noticia estaba sentado en el suelo, con dos mecánicos que le hacían aire.

Nadie. Nadie está preparado para una noticia de tal envergadura. Nadie debería recibir una noticia así. Porque, aunque Bruno y Jean no eran hermanos de sangre, el destino los había convertido en hermanos de vida, para separarlos después de la peor manera posible.

* * *

La música era cada vez más potente.

Era una noche especial, todo el equipo vestido de fiesta en el privado del Ocean Club. Los mecánicos, en camisa y corbata, disfrutando del momento como los mejores huéspedes. Se sentían importantes en medio de la fiesta. Para Bruno y Jean, sí que lo eran, sin ellos no habrían ganado el título europeo de rally ese año. La canción preferida de los dos protagonistas empezó a sonar, como un himno a la victoria. Parecía que el DJ había sentido la necesidad de ponerla. Era *Seven Nation Army*, de *The White Stripe*.

La canción de la selección italiana, cuando ganó el mundial en 2008. Con las primeras notas se miraron a los ojos y empezaron a gritar. Saltaron encima de las butacas y con las copas de champagne en la mano empezaron a cantar a grito liberador.

Era uno de los momentos más bonitos de sus vidas, nacido espontáneamente por la casualidad de que el juego del destino en ese momento era benévolo.

Abrazados, cantando, se sentían vivos, agradecidos a la vida por conocerse. Habían pasado por momentos duros, pero la unión fraterna de ese momento los había unido aún más.

Era una noche memorable. Bailaron hasta la luz de un nuevo día. Felices, juntos, embriagados de vida. Inconscientes que precisamente esa noche se convertiría en uno de los recuerdos más bonitos de su vida. Si lo hubiesen sabido, seguramente lo habrían saboreado mucho más.

La música, la felicidad, el champagne, los mecánicos y el mar como testigo. El escenario atemporal que marcó un antes y un después.

* * *

—Siento decírselo, señor Bruno, pero el director del evento necesitaría

verle en la sala de mando del rally —añadió el joven emisario, con voz muy baja para que no molestara demasiado.

Bruno quedó callado. En ese momento no sabía ni dónde estaba.

—No te preocupes, en un rato vamos, gracias —contestó Pedro, la mano derecha de Bruno.

Franky, que ya había cumplido con la misión, con cara de circunstancia recogió su patinete eléctrico para volver al cuartel general de la organización.

Después de unos minutos, Pedro preguntó:

—Bruno, ¿cómo te encuentras?

—No puede ser, no tiene sentido…

—Deberíamos ir hacia la sala para averiguar qué ha pasado.

—Sí, tienes razón, pero dame un par de minutos más.

Todo el equipo de mecánicos se encontraba alrededor de Bruno, cómo sí su presencia alrededor le ayudase. Bruno Malatesta se sentía arropado por su equipo. Para muchos de ellos había sido casi como un padre. En ese momento sentía que todo lo bueno que había intentado hacer para su equipo y para cada uno de ellos, con cada historia diferente que tenía, intentaban devolvérselo. Se sentía afortunado por las personas que tenía a su alrededor.

Pero la tristeza le ofuscaba la vista. La noticia le había caído como un jarro de agua fría. Le había partido el alma. Era como si le hubieran cortado todas las extremidades a la vez.

Era un tormento. El suplicio de perder a un hermano era desgarrador. No daba crédito a lo que estaba pasando. Tenía la sensación de estar viviendo una pesadilla. No creía que eso le pudiera pasar a él. Esperaba en vano que el despertador sonase y se despertara en su cama de Marbella delante del mar, en un día tranquilo y soleado. Esperaba que sonara, pero no lo hacía. Eso parecía real. Sus compañeros de aventuras estaban allí a su lado, desvaneciendo la idea de que podía ser solo un mal sueño.

Nunca se había planteado cuánto le quería a Jean, simplemente le quería como un hermano. Pero ahora que se daba cuenta que no le volvería a ver, el puñal atroz que le estaba partiendo en dos la caja torácica le llevaba a la realidad, y supo que nunca más podría decirle realmente cuánto le quería.

El destino, muchas veces es así. Nos lanza mensajes, pero no sabemos escucharlos. El día que nos damos cuenta, ya no hay vuelta atrás, ya no podemos demostrar a las personas cuánto las queríamos, ni cuánto nos importaban, ninguno de los sentimientos que teníamos hacia ellas.

No era justo, ¿pero que era justo en ese momento?

Primero, la vista de Bruno se enturbió por las lágrimas, después por la angustia que estaba probando.

—Tenemos que ir, Bruno —le recordó Pedro.

El macabro espectáculo que habían dado había sido visto por los equipos colindantes del parque de mecánicos. Estaban todos alrededor de su espacio. No decían nada, simplemente se quedaban callados a su alrededor como en un acto solemne. Era su manera de acompañarlos en el sentimiento.

—Sí, de acuerdo, vamos —contestó Bruno.

Los mecánicos le ayudaron a subir, aguantándole por los brazos y uno de ellos le acercó un pañuelo para que se pudiera secar las lágrimas.

—Chicos, tranquilos, voy yo con Bruno, vosotros quedaos aquí —pidió Pedro al resto de equipo.

Bruno y Pedro empezaron a caminar hacia el cuartel general del rally. Mientras salían del perímetro cerrado con vallas, los mecánicos se iban apartando y abriendo camino, como a Moisés para pasar en medio de las aguas. Todos querían acercarse a Bruno, unos para decirle alguna palabra de consuelo, otros para darle una palmada sobre la espalda, que le infundiera ánimo.

—¡Ánimo, Bruno!

—¡Ánimo, venga, tú puedes!

—Lo siento, Bruno, todos estamos a tu lado…

Todas las personas querían demostrarle afecto en ese momento tan difícil.

Bruno era una leyenda. Todos querían trabajar con él, todos le tenían respeto. Y justo en momentos como ese es cuando se da uno cuenta del postureo, o de si realmente los demás lo aprecian y están a su lado.

El discípulo había pasado desapercibido. Cuando se había presentado el emisario, en lugar de acercarse a escuchar la noticia, hizo unos pasos hacia atrás. Él ya sabía qué había pasado. La personificación del caballo de Troya del mentor, lo tenía todo programado. Cuando todos los mecánicos habían arropado a Bruno, él y su babosa alma de chacal se habían apartado hacia un lado, con una cara casi inexpresiva. En su interior, el pequeño sicario estaba celebrando de la forma más mezquina. En su interior estaba creciendo esa vena que poco a poco se estaba apoderando de él. Había conseguido matar al guardia, es decir, eliminar el único cabo suelto que quedaba. El troyano informático introducido en el Porsche había actuado a la perfección. El plan había salido perfecto. Ahora faltaba solo un detalle: informar al maestro.

Aprovechando el momento que estaba viviendo el equipo, mientas Pedro y Bruno se dirigían hacia el cuartel general y el resto estaban sentados, consternados y sin prestar atención a dónde podía estar él, desenfundó su Nokia analógico y procedió a llamar a su maestro.

—Maestro, ¡lo hemos conseguido! —comunicó, orgulloso, con gozo y satisfacción.

—¡Explícame qué ha pasado! —contestó su mentor al otro lado del teléfono.

—Esta mañana he borrado las huellas de ayer por la noche. Paso número dos completado satisfactoriamente. Además, acaban de confirmar que el pájaro se ha incendiado y la tripulación quedó atrapada y carbonizada. Maestro, el plan está teniendo éxito.

—¡Excelente! ¡Enhorabuena, mi pequeño saltamontes! Veo que tanta dedicación que he puesto en ti ha valido la pena.

Alex acababa de recibir la recompensa más valiosa que podía tener en la faz de la tierra. Se acababa de hinchar como un zepelín y estaba navegando a la altura de la satisfacción plena. Esa era la llamada perfecta. No podía pedir más a la vida. El lado bueno de Alex se estaba evaporando como agua en el desierto. Para acabar de gozar esa llamada, empezó a fumar de una forma compulsiva con su aparato.

—¡Mi discípulo, mi pequeño orgullo personal! Te voy a decir qué tienes que hacer ahora.

—¡Claro, mi maestro! ¡Dime, lo que necesites!

—Quédate dentro del equipo como si no hubiera pasado nada. Yo te iré comentando los próximos pasos —concluyó el maestro, y con estas palabras colgó la llamada.

El pequeño saboteador se quedó unos minutos más vapeando con la mano izquierda, y con la mano derecha seguía manteniendo el Nokia enganchado en la oreja, como si estuviera alargando aún más ese momento de gloria. Como para seguir gozando de esas palabras de recompensa, después de tanto tiempo de preparación.

Después de unos minutos, Alex volvió junto al equipo como si no hubiera pasado nada. Seguía con esa cara de circunstancia, casi ajeno a la desgarradora noticia que acababa de destrozar al equipo.

Mientras tanto, Bruno estaba llegando al centro de mando de la organización.

—¿Qué querrá decirme el director? —dijo Bruno a Pedro mientras estaban caminando.

El mundo se te puede caer. Puedes perder el norte, quedarte sin punto de referencia en tu vida. Es algo que te puede descuadrar y en ciertos casos no te das cuenta hasta qué punto, cuando la herida aún es fresca.

En una décima de segundo, tu centro de gravedad se ha movido. Es como si la manzana de Newton te golpeara dejándote trastornado. Pierdes tu bastón, tu apoyo, te tambaleas ante la vida. Te das cuenta de lo frágiles que somos, como mangas del viento. Vacilamos por la vida como borrachos sin rumbo.

Todo se nos puede cambiar en un instante, absolutamente todo está a la merced del destino y del cambio. Pero eso no es lo importante, lo importante es haber bebido del cáliz de la vida hasta la última gota antes que los vientos cambien.

23

Viernes, 17:30
Lloret de Mar,
una hora después del accidente

Bruno dirigió hacia el hotel, a la central operativa de la organización. El trayecto le pareció ser en un suplicio, como un recorrido sobre brasa ardiente. El mismo recorrido que nunca quisiéramos hacer. Cargaba con la flagelación de la responsabilidad del suceso. Necesitaba más información. Había recorrido la misma distancia innumerables veces, pero ese día, el mismo trayecto parecía no tener fin.

Le estaba esperando Josep, el director del rally.

Una dicotomía le estaba afligiendo. Por una parte, quería saber qué había pasado realmente, quería detalles, necesitaba detalles, su lado gestor y organizador quería saber dónde se había equivocado para que su trabajo llevara a esa situación. Por otro lado, por la parte de amor que le tenía a Jean, prefería no saber nada. Hubiera preferido meterse en una cama bajo sábanas y aletargar como un oso en hibernación.

Esas dos fuerzas chocaban en su mente, pero ganaba la responsabilidad. Ganaba el sentido del deber. Era el momento de dar la cara. Era el momento que se hiciese luz sobre dónde y cómo había sucedido.

Quería saber cómo estaba Manel, el copiloto. El joven emisario no había hablado de este. ¿Se encontraba bien? ¿Se había olvidado de él? ¿Estaba muerto él también?

Bruno Malatesta era una persona fuerte, había pasado por muchísimas situaciones difíciles en la vida hasta la edad que tenía. Pero, aun así, en esos momentos necesitaba que le acompañase su mano derecha. Llegaron delante de la puerta del cuartel general y los dos, de forma instintiva se pararon antes de entrar. ¿Era el miedo a enfrentarse a la cruda realidad?

—Tú primero. Estoy a tu lado —dijo Pedro.

—Gracias, lo sé —contestó mirando hacia el suelo. Después entró por la puerta y en el mismo instante que los de la organización lo vieron, se creó un silencio sepulcral.

—Por fin estás aquí —le dirigió la palabra el director.

Bruno y el director se acercaron uno al otro y se dieron un abrazo de complicidad. Ese abrazo fraternal se alargó, porque Josep quería transmitirle todo su respeto y el pésame a través de él.

—Ven, por favor, siéntate —le dijo el director, indicando hacia dos sillas que estaban apartadas del resto de equipo.

–¿Qué ha pasado? ¡Por Dios, dime qué ha pasado! —pidió el italiano, mirándolo con los ojos rojos.

—Bruno, de momento tenemos poca información. Sabemos que Manel está bien y en este momento está de camino al hospital, en ambulancia. Sabemos que Jean sigue dentro del vehículo carbonizado. En breve llegará una grúa telescópica para subir el vehículo quemado hasta la altura de la carretera.

—¿Manel está bien? —le interrumpió.

—Sí, ya te dije. Por las noticias que nos han enviado, parece que Manel simplemente sufre un shock post traumático, nada más —dijo el director, tranquilizándole y siguió—: No sabemos aún qué ha provocado el accidente. Estamos esperando una llamada de nuestro encargado de tramo, para hacernos una primera reconstrucción de los hechos.

—Pero ¿cómo se ha podido salvar Manel y Jean no? —preguntó sin entender la dinámica del suceso.

—De lo que hemos conseguido reconstruir, en base a lo que nos ha dicho Manel, se ve que el coche ha rebotado primero contra la pared y el muro de contención. Después dio varias vueltas de campana y acabó en equilibrio encima del muro que hay entre la carretera y el barranco. Cuando Manel salió del coche, este se desestabilizó y cayó hasta el fondo del acantilado.

Bruno no daba crédito a lo que estaba escuchando. Le parecía todo un sueño, seguía con la esperanza que ese despertador sonara y lo despertara de esa pesadilla. Su respiración seguía siendo difícil, la ansiedad le gobernaba. El dolor seguía mezclado con la sangre, en el pecho seguía clavado el puñal de la noticia. A medida que el director le daba más detalles, más se le clavaba.

—¡No entiendo nada! —dijo Bruno después de un momento de silencio—. ¿En qué punto ha ocurrido?

—Justo al inicio del tramo.

—El peor sitio. *Madonna Santa!*

—Ahora hemos llamado a los Mossos d' Escuadra para informarles del accidente, hemos neutralizado el tramo y mis compañeros están haciendo el seguimiento por un lado del rally que va adelante, y por

otro lado del accidente.

—¡Me da igual el resto del rally! —empezó a gritar y echando la culpa a quién tuviese delante—. ¡Necesito ver el coche! ¿Dónde está?

A la merced de la ira no entendía quién estaba de su lado y quién no pintaba nada en esa crisis. Todos los de allí estaban en la misma situación, como espectadores de un suceso en el que nadie quería haber participado. Pero en ciertos momentos, las circunstancias que nos pasan nos ofuscan la realidad y nos hacen perder la serenidad, impidiéndonos ver quién está del mismo lado con nosotros.

—¡Jusep, no me lo puedo creer! ¡Necesito ver el cuerpo!

El director se quedó boquiabierto delante de la reacción de Bruno, embestido por su negación.

—Vamos, Bruno, es mejor que nos vayamos —dijo Pedro interviniendo entre los otros dos—. Venga, vamos, Bruno, aquí ya no podemos hacer nada.

Bruno se levantó y miró a los ojos al director, negando con la cabeza:

—Disculpa, Josep, estoy confundido. Por favor, mantenme informado de cualquier cosa.

Los dos componentes del equipo AOLAR volvieron hacia el parque de mecánicos donde estaba el resto del equipo y su tráiler.

Bruno pensaba en la dinámica del accidente. Le costaba entender qué era lo que le había pasado a su coche. Necesitaba reflexionar. Necesitaba calmar la mente y poner en un papel, o mejor aún, en una pizarra, las posibles ideas y la información que tenía.

—¿Pedro?

—Sí, dime.

—¡No entiendo nada!

—No te preocupes Bruno, yo tampoco.

—Necesitamos ver el coche, pero antes tenemos que sentarnos en el tráiler y con calma repasar la información que tenemos.

Mientras volvían caminando hacia el parque, y en medio del bullicio de los mecánicos inconscientes de lo que acababa de suceder a su coche, volvió a pensar en su amigo Jean. Recordar que ya no podía volver a verle le removía el puñal que tenía clavado en el pecho. Le había fallado. Se dio cuenta de que le había fallado a la persona y a la promesa más importante de su vida. La promesa que le había hecho al padre de Jean.

* * *

09:30

2001, Madrid,

departamento oncológico, Hospital Quirón

—¡Gracias por venir a verme, Bruno! No sabes cuánto te lo agradezco —le dijo Jesús, emocionado.

—No hay de que, Jesús. ¿Cómo no iba a venir? Eres como un padre para mí.

—Siempre has sido muy agradecido con mi familia.

—No, no, de eso nada. Tu familia ha sido siempre generosa conmigo, y yo encontré en vuestra casa un hogar.

—¿Te acuerdas del día en que nos conocimos? En esa Mille Miglia del 1990, cuando nos salvaste de una retirada segura.

—Cómo si pudiera olvidármelo… Eso fue el principio de mi carrera. Esa intuición me abrió las puertas de todo lo bonito que vino después. Y tú siempre me has apoyado.

Bruno se emocionó recordando cómo se habían conocido, pero más aún, porque esa había sido la última conversación que habían tenido. Los médicos le daban pocos días de vida. El feroz cáncer fue detectado demasiado tarde y lo comió por dentro silenciosamente.

Estaban solos en la habitación del hospital privado. Siguieron varias horas recordando todas las carreras que vinieron después de la que hizo que se conocieran. Pasaron de las lágrimas a las risas, recordando anécdotas y victorias. Para Jesús, Bruno era como otro hijo. Le había ayudado a poner en marcha su escudería en Marbella. La confianza entre ellos era mutua y absoluta.

—Bruno, eres para Jean como el hermano mayor que nunca ha tenido. Él te quiere con locura. Pero me gustaría pedirte un último favor. Solo uno.

—Por favor, Jesús, dime lo que sea. Estaré encantado de cumplirlo.

—Bruno, cuida de Jean, por favor. Yo ya no lo podré hacer dentro de poco. Le queda su madre, pero no es lo mismo. Vigílale, aconséjale y sobre todo apóyale, lo necesitará. Tanto dentro como fuera de las carreras. ¡Prométemelo!

—¡Te lo prometo, Jesús! Estaré siempre a su lado.

Después de haber prometido lo que le había pedido, automáticamente, Jesús se sintió más liberado, más ligero y tranquilo para poder dejar ese plano terrenal, sabiendo que había dejado un ángel de la guarda a su hijo, en sustitución a él.

Esa fue la última vez que se vieron. Pero esa conexión que mantuvieron en las pocas horas en la habitación del hospital les conectó a un nivel superior al resto de mortales, y le acompañaría a Bruno el resto de su vida.

* * *

17:30

Lloret de Mar,

viernes, una hora después del accidente

—Intentemos concentrarnos —le dijo Bruno a Pedro.

Se encontraban en el despacho de dentro del tráiler. Pedro, con un rotulador en la mano, apuntaba en la pizarra todo lo que Bruno le iba diciendo.

—Es todo tan raro, Pedro… No lo entiendo. ¡No entiendo nada! Desde que nos lo ha explicado Josep en su sala, hay cosas que se me escapan. Pero vamos a apuntar. Primer fallo posible, que Manel, el copiloto, se haya distraído y se haya equivocado en cantar una curva. Por ejemplo, cantar una curva a la derecha súper rápida, es decir, a la que puedes tomar sin levantar el pie del acelerador, cuando en realidad era una derecha 4, o sea, una curva a la derecha donde tienes que levantar el pie del acelerador y pisar el freno para poder cogerla.

Pedro empezó a apuntar en la pizarra la posibilidad de un error del copiloto.

—*Vaccaboia*! Todo esto no tiene sentido sin ver el coche —decretó Bruno y se quedó en silencio.

—Manel no es un novato, es un tío experimentado —apuntó Pedro.

—Exacto, es un error posible, sí que lo es. Pero Manel es un tío profesional, no creo que se haya podido equivocar de esa forma. De esa posibilidad no estoy seguro, pero la dejamos apuntada como primera opción.

Bruno estaba pensando, pasándose las palmas de la mano por la cara. No conseguía pensar con claridad, todo era demasiado fresco. Se daba cuenta que todo podía ser pura imaginación y teorías abstractas.

El dolor seguía ofuscándole la vista sobre la realidad como en una noche de niebla.

—Segunda reflexión: el accidente se produjo después de una recta. Es muy complicado tener un accidente en una recta. Aquí va la segunda incongruencia.

Pedro se giró y apuntó en la pizarra la segunda teoría descabellada.

—Pedro, ¿y los frenos? ¿Qué te parecen los frenos? —reflexionó en voz alta.

—También puede ser una opción, Bruno, por lo que, creo que no hay que descartarla a priori —puntualizó su mano derecha.

—Apunta posible fallo de frenos. Y aquí va la tercera incongruencia. Porque eran nuevos, llegados hace dos semanas de Stuttgart, autoventilados, cerámicos, pastillas nuevas, líquido de freno nuevo, de altísima temperatura y con solo pocas horas de conducción.

Pedro se giró y apuntó el tercer punto, que podían ser los frenos.

—No lo veo claro. Nada está claro.

Bruno se sentía frustrado, perdido, abatido. Le vino la sensación de que estaba perdiendo el tiempo con esa estúpida pizarra. Tenía que ver el cadáver de su amigo y el coche, no estar allí sentado.

—¿Qué piensas, Pedro?

—Estoy más confundido que antes.

—Lo único que veo son ideas descabelladas, ordenadas numéricamente en la pizarra, una más improbable qué otra, sin fundamento —concluyó Bruno.

Quedaron varios minutos en silencio pensando en todo lo que habían apuntado en la pizarra, rebobinando lo que le había dicho el director del evento, y lo único que sacaron en claro fue que les faltaban muchos datos. A Bruno le quemaba la responsabilidad. No quería estar perdiendo el tiempo en esa oficina a esperar a que las cosas sucediesen, él era un tío de acción, que hacía que las cosas pasasen.

—Pedro, nos vamos al punto del accidente.

La inconformidad se había apoderado de él, por lo que se llevó a Pedro, su mano derecha, y se fueron a hacer una inspección in situ, en el punto del accidente. Había demasiados cabos sueltos. Y, sobre todo esa responsabilidad que tenía sobre su hermano menor era aplastante. Si él era responsable de ese error, se haría cargo y pagaría por ello. El honor que tenía por la responsabilidad hacia ese piloto iba por encima de su honor y su nombre.

Estaba a punto de iniciar su propia aventura para averiguar qué había pasado en esa carretera. Se puso la chaqueta de cuero negro con la marca Porsche y, al llegar a la puerta, antes de bajar las escaleras se giró hacia Pedro y le dijo:

—Coge las llaves del Taycan.

24

Viernes, 18:00
Lloret de Mar,
dos horas después del accidente

Bruno Malatesta no era consciente a lo que iba. Se había llevado todo lo que necesitaba desde la oficina de su tráiler. Sin embargo, la conciencia de lo que podía enfrentar la había dejado dentro, en un cajón bien cerrado.

Antes de marchar, como buen líder que era, había reunido a todo el equipo de mecánicos y les había explicado algún detalle más sobre el accidente. Todos sus chicos, en un círculo delante de él, conmovidos y consternados por la situación en la que estaban. No podían hacer mucho más de lo que estaban haciendo. Los ánimos que se habían hundido no se recuperarían en mucho tiempo. Tenían orden de ir recogiendo todas las cosas para volver a casa antes de lo previsto.

Las caras de los mecánicos lo decían todo. Eran un reflejo de sus almas, de la situación complicada que estaban viviendo y de su total incomprensión.

Bruno y Pedro, una vez organizados los chicos, se dirigieron otra vez hacia el hotel. Allí, en el parking subterráneo les estaba esperando el coche para dirigirse al punto del accidente.

—¿Qué piensas encontrar allí? —preguntó Pedro, preocupado.

—No lo sé. Pero necesito ver el coche y el lugar del siniestro. No tengo ni idea, pero seguramente encontraremos más detalles que al quedarnos dentro de nuestro tráiler.

—Desde luego que te entiendo. Esperemos llegar para ver el coche.

—Por eso mismo nos tenemos que apresurar.

Llegados al hotel, entraron por la recepción y allí accedieron al parking subterráneo. Caminaban con paso sostenido, pero a cada dos metros se veían parados por mecánicos y compañeros de equipo para hablar con ellos. Todas esas personas a las que no les habría gustado estar en su situación y que daban su sentido apoyo a compañeros de

mil aventuras.

Accediendo por las escaleras al aparcamiento subterráneo, se dirigieron justo a la derecha donde estaban los coches eléctricos cargándose. Allí lo vieron. Color verde guisante metalizado, casi fosforito. Con los adhesivos de patrocinio de la empresa de Real Estate de Jean, AOLAR Patrimonios. Era una maravilla. Un conjunto de tecnología, rapidez y deportividad. Con unas líneas aerodinámicas estudiadas, parecía una flecha verde lista para saltar a la velocidad, lista para saltar al hiperespacio.

Bruno no podía dejar de pensar en lo que acaba de suceder, pero el Porsche Taycan siempre le llevaba a un estado de ánimo diferente. En ese momento, a pesar de la situación tan complicada, se dejó ser transportado fuera de la realidad y sintió otra vez esa vibración por lo deportivo. Aunque duró poco, el Taycan le había teletransportado por unos segundos, haciéndole olvidar por qué se encontraba allí.

—Venga, conduce tú. Yo no puedo, necesito pensar —le dijo Bruno dirigiéndose hacia la puerta del copiloto.

Con el mando a distancia, Pedro abrió las puertas y desconectó el cable con el que esa furia verde se estaba cargando. El Porsche Taycan Turbo S era un modelo que la casa constructora les había dejado para aprobarlo. Uno de los coches eléctricos más rápidos y deportivos que se habían construido, y se lo habían dejado como imagen representativa y para ponerlo a prueba. El equipo AOLAR se lo llevaba a todas partes.

Bruno, incluso lo utilizaba como coche de día a día. Se había enamorado de ese coche. El tacto del volante. La conducción precisa y suave. La trayectoria fina que te transmitía. La confianza en conducirlo. La perfección de los internos acabados en piel. La pantalla táctil sincronizada con su móvil. Eran las emociones que la furia verde le transmitía. Pero esos coches le daban algo más. Era increíble como los Porsche-s, desde que tenía diecisiete años y subió al primero y algún año después empezó a conducirlo, siempre le habían transmitido dos valores sobre todos los demás: el primero era la deportividad en la conducción; el segundo era la facilidad de conducirlos. Cuando probabas uno de esos bólidos deportivos por primera vez, te parecía haberlo conducido toda la vida.

Salieron silenciosamente del parking del hotel y se dirigieron hacia Tossa de Mar. Esperaban que los dejasen entrar en el sentido contrario del tramo. Sin embargo, cuando llegaron allí, la organización y los Mossos d' Escuadra lo tenían cerrado, se tenía que dar toda la vuelta por respetar el flujo normal del sentido del tramo.

Por lo tanto, desde Tossa tuvieron que dar toda la vuelta y hacer la misma ruta que habían hecho los coches de rally. Primero subieron hasta Vidreras y posteriormente bajaron a Sant Feliu y de allí tomaron

la entrada en el tramo del accidente.

Después de la catástrofe, la organización anuló ese tramo y desviaron a todos los concursantes al siguiente tramo especial, por una ruta alternativa. Las unidades de emergencia habían tomado el control de la zona y hasta dentro de muchas horas no volverían a abrirlo al tráfico.

Mientras recorrían esas carreteras de la provincia de Gerona de un punto al otro de la Costa Brava, inevitablemente, Bruno aprovechaba que Pedro conducía el coche, para mirar fuera por la ventanilla. No miraba el paisaje, los campos verdes o la mancha mediterránea. Su mirada estaba perdida, iba hacia su interior. La mirada de Bruno se cuestionaba el presente, pero le había arrastrado al pasado. Inevitablemente, esa situación lo había llevado hacía nueve años atrás, cuando Jean le hizo la propuesta que cambió sus vidas.

* * *

20:00

Puerto Banús, Marbella,

«Ocean Club Marbella»

—¿Por qué me has llevado hasta aquí? —preguntó Bruno.

—Porque desde hace mucho tiempo quiero hacerte una propuesta. Además, este me parece el sitio perfecto —contestó Jean, mostrándole con el brazo el mejor club de playa de esa zona. El turquesa de la piscina que tenían delante chocaba con el azul eléctrico del mar y el azul intenso del cielo. Los barcos de anónimos millonarios estaban parados justo delante para ver el espectáculo.

Modelos en traje de baño se encontraban en el centro de la piscina bailando y animando el ambiente. Alrededor de la piscina, la farándula veraniega cobraba vida. En los sofás, la gente tomaba champán francés con los amigos, riendo y disfrutando del verano. Las palmeras que rodeaban el recinto eran como espectadores privilegiados que observaban el acontecimiento.

El frescor que ofrecía la piscina, ellos no lo podían disfrutar.

Vestidos con pantalón largo y camisa para la ocasión, se arrepentían de no llevar traje de baño para paliar el calor sofocante de agosto.

—Hace ya varios años que mi padre ha muerto, y desde que nos conocimos hemos tenido mucha conexión —comentó Jean, dejando de mirar el espectáculo que tenía a su alrededor para entrar en el corazón de su discurso. Miraba a Bruno a los ojos, con sentimiento.

—Sí, es verdad, siempre hemos tenido una conexión especial.

—Casi de hermanos. Bueno, yo te considero como un hermano mayor —añadió Jean—. Ese hermano que siempre he deseado y que al final, la vida me lo ha sacado en el camino.

Los dos sonrieron, con una expresión de complicidad.

—Quiero correr el campeonato europeo de rally —dijo de repente Jean, con un gesto de sorpresa—. Y me gustaría hacerlo junto a tu equipo. Si quiero hacer esto, lo quiero hacer contigo. Para darle una paliza a Marc, para ir hasta el fondo y por supuesto, ya que lo hacemos, para ganar. ¿Qué te parece? —concluyó, con los ojos brillantes de ilusión.

—*Wow!* Sería una gran responsabilidad para mí. Necesitaremos bastante presupuesto para lo que quieres hacer tú, y un equipo muy bien preparado —le contestó Bruno pasándose la mano por el pelo, abrumado por la propuesta.

—Lo sé, lo sé, necesitaremos muchas cosas. El dinero no es un problema. Quiero el mejor coche, el mejor copiloto, el mejor equipo y, por supuesto, el mejor director deportivo.

—Gracias por confiarme este proyecto súper chulo.

—Entonces, ¿aceptas?

—¿Cómo podría decir que no?, si tú ya sabías que iba a decir que sí. Si tienes que hacer esto, lo vamos a hacer juntos. Y como dijo Yoda en «*Star Wars*»: "No se vale intentarlo, o lo haces, o no lo haces, pero no lo intentes". ¡Nosotros lo vamos a lograr! —exclamó Bruno, y los dos acabaron en una risa de complicidad—. ¡Tenemos acuerdo!

—¡Geniaaaaal! —gritó Jean a pleno pulmón y todo el Beach Club se giró como para ver a quién le había tocado la lotería.

—Te propongo un brindis. —Jean cogió la botella de champán y llenó primero la copa de Bruno y después la suya—. Por nuestra amistad y por el nuevo proyecto juntos.

—Estoy un poco abrumado, ya no te lo puedo negar.

—¡Vengaaaa, nos lo vamos a pasar en grande! Vamos a ir a todos los rally-s de Europa, va a ser muy divertido.

Ese brindis llevaba de forma intrínseca un acuerdo de vida y de responsabilidad, la responsabilidad de tener un coche de 500 caballos siempre a la última y en perfectas condiciones para correr en las peores condiciones que se podían encontrar. Era un brindis de gozo, pero también del compromiso con su deber como director deportivo.

Ese encuentro acabó a altas horas de la mañana. Hablaron de detalles de futuro, de vida personal y de muchas más cosas. Esa visita de Jean a Bruno marcó un punto de inflexión en sus vidas, cuando el piloto había entregado en las manos del italiano su futuro como deportista, pero también como un hermano menor.

* * *

Llegaron a la carpa amarilla donde iniciaba el tramo.

El revuelo de las personas marcaba el nerviosismo post accidente. Dos agentes de los Mossos mantenían alejado el público y los curiosos que habían acudido allí por chafardear. La muchedumbre creaba una burbuja de personas antes de la carpa. Parecía que estuviera allí una Rock Star firmando autógrafos. El Taycan se adentró en medio del trajín y accedió a la carpa donde estaba Juan. Los agentes detuvieron el coche verde, pero el director del tramo habló con ellos, explicándoles a quién pertenecía y convenciéndoles a que lo dejasen pasar.

Una vez aparcado el coche detrás de la carpa y del cordón de seguridad, Bruno bajó, se acercó al jefe de tramo y recibió su más sentido pésame.

—Muchas gracias por tu apoyo, Juan —contestó Bruno—, pero me gustaría ver el punto exacto del accidente.

—Ya se han llevado el coche —le informó.

—*Puttana miseria*! Quería verlo. —Bruno dejó de mirar a la cara al jefe de tramo y miró hacia la carretera por la que había pasado su coche de rally—. ¿Te importaría que viésemos el punto exacto del accidente?

—En absoluto, Bruno. ¡Sígueme! Te llevó hasta allí.

Bruno y Pedro subieron al Taycan y siguieron el vehículo de la organización hasta el kilómetro dos, donde había sucedido el desastre.

25

Viernes, 18:30
Sant Feliu de Guixols,
dos horas después del accidente

El lugar estaba sumergido en silencio. Era la calma después de la tormenta. El silencio, un tirano despiadado, había bajado en ese lugar como una manta, como una niebla de febrero. Parecía irreal, espectral. Como si todo el espacio de alrededor del accidente hubiese bajado sus decibelios en signo de luto. El único suave y casi incómodo sonido que partía en dos el silencio era el mar. De una forma tímida, casi intentando no molestar, sus olas chocaban contra las rocas.

El sol había sido uno de los pocos testimonios de lo que acababa de suceder. Allí arriba estaba, impasible, casi indiferente.

La carretera estaba vacía. Todo el público que había venido a disfrutar del espectáculo había sido desalojado. Desierta. Vacía. Reservada.

Los únicos vehículos que circulaban eran, el Taycan verde en el que iban ellos dos y el coche de la organización. Se estaban aproximando lentamente al lugar de los hechos.

¿Estás preparado?, se cuestionaba mentalmente Bruno. Pero la continua respuesta que se repetía era ¿quién lo estaba? ¿Quién está preparado para afrontar ese tipo de situaciones? Simplemente se tienen que afrontar de la mejor manera posible, con la actitud y la obligación de resolverlas y la responsabilidad de entenderlas.

Entraron en la primera recta que duraba unos 200 metros, luego vino una pequeña curva a la derecha y la segunda recta.

—Esta es la recta de la que decía la organización —comentó Pedro.

Bruno Malatesta se había dado cuenta que ese era el tramo más rápido de todo el rally. Casi 500 metros rectos, partidos solo por una curva rápida. El coche podía llegar a tener allí una altísima velocidad.

Al final de la segunda recta, la terrible curva. Había unas marcas, Bruno las vio enseguida. Después de estas se vio el tramo de carretera

donde se habían producido, primero las vueltas de campana y posteriormente la caída. El punto se intuía fácilmente. Al lado estaba colocada una grúa de gran tonelaje que cortaba la carretera y que apenas cabía allí. Esta había servido para subir el coche del barranco. Era un tipo de grúa que sirve también para levantar los tráileres volcados en autopistas. Delante de ese coloso encontraron una ambulancia, tres vehículos de los bomberos, dos patrullas y una furgoneta de atestados de los Mossos d' Escuadra y un coche con sirenas, posiblemente de la organización. El coche de Juan, que los escoltaba, se paró en el punto del accidente, justo antes de ese convoy.

—Aparca aquí mismo, Pedro, y déjame bajar.

El coche se detuvo en el lado izquierdo, donde menos podía estorbar el Taycan. Bruno, ya con el cinturón desabrochado a toda prisa, bajó rápidamente.

El jefe de tramo aparcó y como un macabro guía le enseñó la zona.

—Ha sido aquí, Bruno —indicó Juan con la mano izquierda.

Bruno no hablaba, simplemente se limitaba a escuchar, a ver y a entender. Movía la cabeza a la derecha, de donde había venido el coche, escuchaba los detalles, la información que Juan le aportaba, lo que sabía. Una vez acabado lo que ya se conocía, Juan empezó a especular sobre cómo habría podido transcurrir la mecánica del suceso.

Bruno se giraba a la izquierda, luego otra vez a la derecha. Mientras tanto, se acercó a ellos Pedro, escuchando lo que estaban diciendo. Bruno intentaba comprender lo sucedido con la información del responsable de tramo, pero no le cuadraba. Lo estuvo mirando, hasta que decidió prescindir de su explicación. Empezó a mirar la carretera del tramo.

La voz de Juan iba bajando de intensidad poco a poco e iba desapareciendo. Bruno estaba en una burbuja, como si hubiera ido atrás en el tiempo. Habían desaparecido todos. Hasta que la sombra fantasma del coche de Jean apareció por la curva. Iba rapidísimo, demasiado rápido para realizar ese giro. Bruno se sentía teletransportado al espacio tiempo del accidente. La misma sensibilidad que tenía para hablar con los coches y saber dónde estaba el problema, acababa de sorprenderle en el momento, con esa capacidad innata.

Estaba abrumado por la visión.

El fantasma del coche procuró hacer la curva de la mejor manera que pudo. Pero la habilidad del piloto pareció fallar e hizo que fuera recto, directo hacia abajo, al barranco. El lado derecho del coche chocó con el interno de la curva, catapultándolo por el lado izquierdo y dando vueltas de campana como la pelota de un Pinball, por los extremos de la carretera. Bruno lo tenía delante, estaba realizando esa

contorsión delante de él. Lo estaba viendo. Podía sentir los golpes que estaban recibiendo los ocupantes del coche, su angustia, la rapidez de las preguntas que les pasaban por la cabeza, hasta que ambos se desmayaron.

El pobre Porsche estaba perdiendo piezas, a más vueltas que hacía, más trozos dejaba en su trayectoria. Cuantos más choques sufría, menos reconocible era.

El fantasma acabó la carambola encima del muro. La enorme pelota de Pinball se había parado en el peor punto posible, justo para que el destino hiciese bajar al componente del vehículo que aún no tenía previsto su fin. Estaba planeado que bajara. Destino caprichoso, sabio e imprevisible.

Bruno dejó a su interlocutor, al que ya no escuchaba y se desplazó unos pasos adelante.

La sombra del coche estaba delante de él, en su mente lo podía casi tocar, en su intuición casi podía sacar a los dos tripulantes. Pero solo era eso, una premonición, una visión que no le permitía cambiar el pasado.

El coche estaba destrozado y la gasolina de competición salía a chorros. Bruno, incluso podía oler la gasolina.

El maltrecho Porsche había perdido su elegante silueta, era casi irreconocible. Había resistido la jaula de seguridad, pero no había sido suficiente.

El destino había despertado a Manel. Bruno lo veía moverse hasta que instintivamente abrió su puerta con dificultad y consiguió salir. Podía tocar a Manel. Pero el destino necesitaba solo eso, que bajara del coche. El destrozado coche de rally empezó a tambalearse.

¡NOOOOOOO! Bruno hizo un paso adelante, como si pudiera cogerlo y aguantarlo para que no cayera en el barranco. El corazón le dio un vuelco. El coche empezó a bajar sin que pudiera hacer nada. Le latía fuerte el corazón, empezó a jadear y casi le dio una taquicardia. Se emocionó sobremanera, hasta que llegó el punto de romper la conexión que su especial sensibilidad había creado con el trágico suceso. Podía ver, podía sentir, casi podía tocar aquella absurda tragedia.

El Porsche había desaparecido. Ya no estaba. No se sentía bien. Una mano le tocó el hombro. Empezaba a oír una voz lejana que cada vez era más intensa. Hasta que la escuchó claramente.

—¡Bruno! Bruno, ¿estás bien? ¿Te encuentras bien? —Juan se estaba preocupando por él y le tocaba para hacerle reaccionar.

—Sí, sí, estoy bien, gracias —respondió mirando al suelo, intentando comprender él mismo cómo se encontraba y qué le acababa de suceder realmente—. Muchas gracias por tu tiempo. Pero, con tu experiencia, ¿qué crees que pudo haber sucedido?

Bruno dejó de mirar la carretera, se giró y le miró a la cara con seriedad, porque necesitaba sinceridad de su parte.

—Bruno, nunca he visto algo similar —respondió, mortificado por no poder darle una respuesta satisfactoria—. Llevo muchos años en este deporte, pero nunca he presenciado algo así.

—¡Disculpe! —Uno de los Mossos d' Esquadra intervino y se dirigió a Juan—: Necesitamos hablar un momento con usted.

—Claro, ahora vengo —le dijo al agente, se giró y pidió perdón por interrumpir la conversación—: Discúlpame un minuto, Bruno.

—Si no te importa, nos quedamos por aquí mirando.

—Sin problemas, el tiempo que necesites —le contestó Juan mientras se giraba para seguir al agente.

Bruno miró a su mano derecha, suspiró y le preguntó qué pensaba de todo aquello.

—Extraño, como accidente. ¿Te parece que hagamos la reconstrucción al revés? — propuso el segundo a bordo.

—Por favor, me parece muy interesante.

Pedro pasó a analizar en voz alta el lugar donde se había quedado el coche accidentado y por donde había bajado.

—Ves, aquí hay señas en el muro, donde aterrizó antes de bajar. Si seguimos los arañazos que el coche ha dejado en el asfalto, podemos retroceder casi reconstruyendo la trayectoria —dijo Pedro, y como un perro de trufas, bajó la nariz y apuntando con el dedo, siguió la posible trayectoria.

—¡Mira cómo ha quedado el alerón! —Recogió del suelo la plancha de fibra de carbono casi irreconocible.

—Sigue.

—Antes chocó contra esta pared —siguió, parándose delante del muro de roca viva que estaba a su izquierda. Continuaron recogiendo piezas y llegaron como Pulgarcito siguiendo las migas, hasta la primera curva, allí donde empezó todo.

—Aquí. Aquí es donde aparece la primera señal. Donde el Porsche ha chocado por primera vez. —Pedro se puso de rodillas delante del trozo de roca extirpado por el primer violentísimo impacto.

—¡Mira, sigue aquí el color blanco y algo del rojo de la pintura! — exclamó Pedro.

—¡Fíjate hasta donde ha sido proyectada la roca después del primer impacto! —comentó Bruno, sorprendido—. Tiene que haber sido descomunal.

—Bruno, desde aquella recta, el Porsche tiene que haber llegado a casi 200 km/hora —le dijo Pedro y se puso de pie. Miró la recta anterior a la curva y se pasó las manos por el pelo como signo de desesperación—. Es un auténtico milagro que no ha llegado directo al barranco.

—Pero, hay algo que no me cuadra de todo esto —dijo Bruno tapándose la boca con una mano—. ¿Qué más ves, Pedro?

—No sé… —añadió y se giró como buscando lo que Bruno ya había visto—. ¿A qué te refieres?

—Ven conmigo.

Bruno se llevó a su Whatson a los cincuenta metros antes de la curva.

—¿Y ahora qué ves?

Pedro miró hacia la derecha, de donde había venido el coche. Después miró a la izquierda, la curva.

—No sé, lo siento jefe, no veo nada. ¿Qué debería ver?

—Ok. Imagínate que eres piloto, llevas un bólido de 500 caballos y llegas a una curva a 200 km/hora. ¿Sí?

—Sí. —respondió Pedro.

—Hasta aquí, ya lo sabemos. Ahora concéntrate, imagínate que tu copiloto te canta una nota equivocada. —Bruno parecía el profesor que quería que su alumno llegase a la solución, y Pedro, el alumno que tenía que aprender—. Por ejemplo, en lugar de una derecha cuatro te canta una derecha seis. ¿Qué haces?

—Confío en las indicaciones de mi copiloto —respondió con voz de obviedad.

—Sí, en eso estamos de acuerdo —dijo Bruno y reduciendo la distancia se acercó a unos veinticinco metros de la curva—. Ahora, si fueras piloto y vieras que la curva que tienes a veinticinco metros es más cerrada de la que tu copiloto te ha cantado, ¿qué harías, Pedro? —preguntó levantando la voz por la obviedad.

—¡Frenaría! —gritó después de unos segundos de silencio y en ese momento la cara de Pedro se iluminó. Acto seguido, bajó la vista buscando en el asfalto—. ¡NO HAY FRENADAS! —concluyó gritando.

—¡EXACTO! No hay frenadas. No hay ni un solo centímetro de neumático en toda la recta, ni siquiera en la curva —señaló el investigador improvisado. Los dos se pararon y se miraron a la cara, luego Bruno rompió el silencio—: Pero esto lo hace aún más complicado. Ahora, también tengo que decirte que este es el único dato que tenemos.

Bruno se giró de golpe hacia el convoy de coches de seguridad y empezó a caminar hacia ellos.

—¡Ven, tenemos una conversación pendiente con Juan! —le dijo a su mano derecha.

Llegan delante de la furgoneta de la policía y Pedro le hizo una señal a Juan, para ver si podía preguntarle algo delante de los Mossos.

—Perdona, no quiero robarte más tiempo —se disculpó el italiano —, pero hay una cosa que no acabo de entender. Hemos venido casi dos horas después del accidente y ya no hay ni coche ni cuerpo de mi

compañero. ¿Cómo es posible tanta rapidez?

—Tenemos un protocolo de actuación en estos casos. Cuando hay un rally, todas las fuerzas de seguridad y los servicios de rescate tienen que estar atentos para acudir lo antes posible, para restablecer el tráfico en lugares remotos, difíciles o de alto tráfico —empezó a desarrollar el tema Juan—. Desde el 2017, con el famoso accidente Zimmerman, como organización se nos obliga a tenerlo todo coordinado para cualquier problema.

—Entiendo, por esto ha sido tan rápido. Ok, ahora entiendo. —Bruno se tocó la barbilla y siguió—: Pero lamento decirles que necesitaría ver el coche. Creo que hay unos puntos clave y unas preguntas a las que creemos que nos podría responder lo que queda del Porsche.

—Pues, hace unos minutos, justo antes de que vinieras, la grúa se lo llevó tapado, tal como marca la normativa —confesó lamentándolo el responsable del tramo.

—¿A dónde lo han llevado?

Juan miró al agente con más cargo entre los que estaban presente y preguntó:

—Chicos, ¿sabéis dónde lo llevaron?

—A la ITV de Gerona, la de Mas Xirgu, detrás de nuestra central. En ese polígono hay una nave donde depositamos los coche sellados e inmovilizados por el juez —le respondió el Mosso d' Esquadra directamente a Bruno—. Es fácil de localizar, lo puedes encontrar en Google.

—Entiendo, muchas gracias por todo —dijo Bruno, que ya se estaba marchando, pero se volvió hacia ellos y preguntó si sabían hasta qué hora estaría abierto.

—Hasta las 21:00, pero a usted no le dejarán verlo, necesita una autorización del juez —le informó el oficial.

—¡Gracias por la información!

Bruno se despidió de ellos volviendo a girarse y levantando el brazo derecho. Junto a Pedro, se alejó del grupillo.

—Tengo que ir a ver el coche, espero encontrar allí más detalles, no sé, algo, más información.

—¡Claro, jefe, vamos! —contestó eufórico Pedro, como si hubiera partido en una caza al tesoro.

—¡No, Pedro! No sé cuánto tiempo me llevará, ni si no va a ser todo en vano. Mejor vete al hotel y espera allí —le aconsejó agradeciéndole a su manera, apoyando su mano derecha sobre el hombro de Pedro—. Hoy ha sido un día largo y hay que descansar. Si te necesito, te llamo yo.

Acto seguido, Bruno llamó al responsable del tramo y este se les acercó dejando el grupito de agentes.

—¿Podrías hacerme un favor? —preguntó Bruno.

—¿Qué necesitas?

—¿Puedes dejar a Pedro en Lloret cuando vuelves a la base? Yo necesito ver el coche.

—Cuenta con ello. ¿Nada más? ¿Solo era esto? —se extrañó Juan, que se esperaba una petición mucho más importante.

—Nada más, de momento.

—Pedro, acabo unos asuntos urgentes y creo que en una hora nos vamos —le dijo al pequeño Whatson, luego se despidió de Bruno con una señal de la cabeza y volvió al grupo.

—¡Te mantendré informado! ¡Ciao!

Bruno Malatesta se subió al Taycan. En el momento de introducir la llave para arrancar se giró, miró por última vez el punto donde todo había acabado o quizás había empezado, y sintió un último escalofrío. Bajó la mirada, arrancó la furia verde y empezó su camino hacia el depósito judicial de los Mossos d' Escuadra. Mientras conducía, inició en su cabeza un carrusel de preguntas:

¿Valía la pena ir hasta allí?

¿Realmente había algo importante por descubrir?

¿El magullado y carbonizado Porsche podía darle alguna información?

¿Eran reales esas posibilidades, o era solo su desmesurado sentido de la responsabilidad?

Muchas preguntas y ninguna respuesta. La única certeza era que se estaba dirigiendo hacia su próxima casilla, como en un juego de ajedrez. Pero la incógnita era: ¿qué pieza representaba él en esa partida?

26

Viernes, 20:00
Comisaría de los Mossos d' Escuadra, Gerona,
cuatro horas después del accidente

Era un lugar aséptico. Las normas habían cambiado.

Antes, las comisarías de policía eran despachos construidos y decorados de forma caótica, beneficiando de recursos en base a las demandas. Dominaba la madera, los escritorios metálicos con grandes teléfonos encima y montañas de papeles. Las sillas de falsa piel y de respaldos bajos en los que los policías apoyaban sus americanas. Sillas que ellos reclinaban hacia atrás para quedarse a pensar.

De los techos colgaban neones, con una distribución improvisada por las varias redistribuciones que sufrían los despachos. En las paredes dominaban viejos tablones de corcho donde se colgaban con chinchetas ideas, noticias o comunicados internos. Incluso podías encontrar los mapas de la provincia y de la ciudad enganchados para tener referencias en las investigaciones. Los archivadores eran armarios metálicos con enormes cajones cuadrados que salían en horizontal, llenos de documentos o fichas. Cuando aún se podía fumar dentro y a veces el aire acondicionado no funcionaba, la única vía de salvación en verano eran los ventiladores.

Desde entonces, las condiciones de los espacios de trabajo de la policía han evolucionado, como el resto de la sociedad. La comisaría de los Mossos d' Escuadra en el polígono de Mas Xirgu de Gerona, era una de las más punteras de la provincia. Los miembros de las fuerzas del orden no podían personalizar sus espacios de trabajo debido a las normas internas del cuerpo.

El edificio era una estructura altamente eficiente, de cristal y hormigón. Grandes ventanales permitían la entrada de la luz natural. Dentro, grandes espacios iluminados, mesas y sillas modernas dominaban en las oficinas. Se respiraba orden, trabajo impecable y disciplina. Los ordenadores de pantalla fina acaparaban el

protagonismo de las mesas.

Eran las 8:00 de la tarde. En la comisaría de Gerona estaba a punto de realizarse el cambio de turno. Los agentes de día dejaban paso a los que les tocaba en ese momento hacer el siguiente turno.

La noche ya había bajado. El primer piso de la comisaría estaba iluminado con las grandes tiras de leds. Dominaba la calma y seguramente las ganas de poder ir a casa a descansar después de un largo turno. El gran espacio central en el que trabajaban los agentes tenía algún despacho en los laterales, dónde oficiales de mayor grado tenían su despacho aislado de los demás.

En uno de estos aún seguía trabajando el inspector Jordi Roca, un hombre íntegro y de modales firmes. Era un inspector muy respetado en el cuerpo. Se había creado un nombre a raíz de resolver varios casos sonados en la provincia. Como el asalto al furgón blindado de un famoso centro comercial después del Black Friday, el secuestro de Clara Altell, hija del dueño de una famosa clínica, o el atraco a punta de pistola y fusiles de asalto a la joyería más importante de Gerona, ejecutado por un clan de exmilitares soviéticos.

Un metro ochenta, unos cien kilos, brazos potentes y peludos. Cada día afeitado impecablemente. El pelo corto, casi de militar, le permitía ahorrar tiempo por la mañana. Era una persona muy práctica, pero, aun así, cada día se presentaba al trabajo con su camisa color azul que era parte de la dotación del Cuerpo al que pertenecía, su corbata y sus referencias de grado encima del hombro. Jordi imponía respeto por una gran seriedad en el trabajo y por su aspecto físico, parecido al de un armario.

Acababa de tener un día casi tranquilo, inesperadamente tranquilo. Estaba escribiendo un último correo electrónico para enviarlo, le faltaban pocas líneas para terminar y habría empezado la noche del viernes en familia. Cenar en el sitio favorito de su hija menor, el Konig, en la Plaza de la Independencia, comer su hamburguesa con queso manchego y patatas fritas, después de la sesión de cine. El viernes noche en familia era sagrado para ellos cuatro, los cuatro mosqueteros.

Jordi había conseguido llegar a ese grado por la dedicación que había entregado al Cuerpo de los Mossos d' Escuadra durante tantos años, e indudablemente, resolver esos casos le había ayudado a dar un empujón a su carrera. Pero su familia también era muy importante. Cuando Neus y él tuvieron las dos niñas, empezó a valorar más la familia y a dedicarle más tiempo.

Jordi no miraba las noticias en televisión, casi ni escuchaba la radio. Se enteraba de lo que pasaba en la actualidad por el periódico que leía por la mañana mientras se tomaba el café en la cafetería de al

lado de la comisaría. Una cafetería que estaba abierta las 24 horas del día, lugar frecuentado por las fuerzas de seguridad y por los trabajadores. Por la mañana, el ritual después de llevar a sus hijas al colegio era pasar a tomarse el café con leche y hojear el diario La Vanguardia.

—*Bona tarda, Jordi*! —dijo el intendente de la comisaría entrando en el despacho del inspector—. Ya no pensaba encontrarte.

—Pues ya lo ves, sigo aquí, pero estoy a punto de salir, tengo un tema familiar.

—¿Te has enterado de lo que ha pasado en Tossa?

—No. ¿Debería haberme enterado? —contestó Jordi, seco. Él ya se olía algo, si no, el intendente no estaría allí.

—Hubo un accidente mortal en el rally Costa Brava. —El intendente se quedó en el quicio de la puerta del despacho, apoyado en el marco, como si no quisiera estar allí para decirle a lo que iba.

—Me sabe muy mal, pero es lo que pasa cuando uno corre por la carretera —contestó Jordi, casi sin levantar la vista de su teclado, ocupado en acabar lo que estaba escribiendo y pensando en salir después como una flecha.

—Tienes que ocuparte de este caso.

—*No fotis Pere!* ¿No puedes dárselo a otro? —protestó, indignado. El intendente había captado de golpe la atención de Jordi y este, demostrando el enfado que acababa de coger, se empujó hacia atrás con las manos, tirándose con la silla móvil casi contra la pared. Y siguió muy molesto—: ¿Por qué, cada vez que en Gerona hay un marrón importante me lo cuentas a mí?

—Pero si esos marrones te han hecho ascender… ¿Qué más quieres?

—¡Cenar con mi familia y que no me toques los huevos!

—Lo siento, pero no hay nadie más a la altura de esta situación. Tienes que ocuparte tú —dijo el intendente cambiando la actitud de amistad a tajante.

Jordi giró la cabeza a la izquierda y miró fuera por la ventana, resoplando.

—Eres consciente de que me acabas de joder la noche que llevo planeando con mis hijas toda la semana?

—¿Crees que el muerto ha decidido morir por voluntad propia? ¿Crees que las desgracias vienen calculadas y los dañados lo han programado así? ¡Si no quieres sorpresas, ya sabes, significa que este no es tu trabajo! —le regañó el intendente como si fuera su padre, y acabó—: ¡Pero, si al final incluso te gusta!

Jordi sopló como un toro a punto de salir a la arena. Era su manera de mostrar inconformidad con lo que le estaba diciendo el superior.

—¿Qué tenemos que hacer? —preguntó, resignado.

—¡Sí, señor, esa es la actitud! —exclamó el intendente señalándole con el índice de la mano derecha, feliz de haber conseguido la última misión del día, encargarle la situación más difícil al hombre más indicado—. El accidente se ha producido a las 4:30 de la tarde, en el tramo de entre Sant Feliu de Guixols y Tossa de Mar. El vehículo, en este momento está en el depósito judicial, aquí al lado, bajo precinto judicial. El cadáver carbonizado del pobre piloto se encuentra en el obitorio de Salt.

Mientras escuchaba los detalles sobre el lugar y la situación del accidente, Jordi había sacado una libretita y un bolígrafo e iba apuntando todos los detalles que el oficial le estaba dando.

—Deberías pasar un momento por la ITV y echar un vistazo al coche. Y luego, lo mejor creo que sería que te fueras a Lloret, a ver cómo está allí la situación. Es un caso muy raro, pasa muy pocas veces, pero la nueva legislación internacional dice que cuando hay un accidente mortal en un rally, las fuerzas de seguridad regionales, en su caso, y si no las hay, las nacionales, deben hacer lo siguiente: punto uno, abrir una investigación sobre el accidente; punto dos, el rally pasa a ser supervisado directamente por la misma policía que ha abierto la investigación.

—¿Eso quiere decir que ahora somos nosotros los responsables del rally? —preguntó el inspector, sorprendido.

—Sí.

—¿Y qué pintamos nosotros en un rally? Ya bastante hacemos cortando las calles.

—Pasamos a tener el mando sobre esto.

—Pero si cogemos el mando sobre eso, también podemos… —Jordi miró a su alrededor como para coger tiempo y acabó—: Lo podemos suspender, ¿verdad?

—Efectivamente, Jordi, lo puedes suspender. Pero he tenido una larga conversación con los organizadores y con alguna eminencia de arriba, que no quieren que se interrumpa. Ya sabes, politiqueos de arriba. Lo único que me han dicho es que este rally tiene que seguir, porque es una prueba FIA, es decir de la Federación Internacional del Automóvil, y viene gente de toda Europa. Los de arriba y los de turismo no quieren que se interrumpa por este accidente.

—Es decir, tenemos la autoridad de tomar el mando y la ley dice que podemos hacerlo, pero los políticos no quieren que lo hagamos, ¿verdad?

—¡Jordi, no vuelvas con las de siempre, porque no puedes cambiar el mundo! Te pido por favor, que no me hagas responder a estas preguntas. Te he dicho lo que tienes que hacer. Es mejor para todos.

A Jordi ya le empezaba a parecer grande esa situación, como todas

las que le caían sobre la mesa.

—Escúchame, Jordi… —siguió el intendente que se había quedado delante de su mesa, apoyando los puños sobre la superficie plana al lado de su ordenador. Le miró a los ojos y empezó a hablar de una forma amable—: Es muy sencillo, un accidente al que el juez ya ha catalogado como tal. Envías unos agentes allí, te pasas un rato por Lloret y punto. No tienes que hacer nada más. Te aseguro que no te llevará más de dos horas esta noche y mañana te pasas un rato por allí, nada más, y todo irá como la seda. ¿Estamos de acuerdo?

—Sabes que me debes una, mejor dicho, otra… Y no pienses que me las voy a olvidar, tengo una libreta llena. Algún día, pienso cobrártelas todas de golpe.

—¡Me alegro de que te lo tomes así! Ya verás, será coser y cantar. Nos vemos mañana por la mañana. *Bona nit, company!*

Satisfecho, el intendente salió por la puerta y desapareció por las escaleras.

A Jordi, en lugar de saludarle, le salió de la boca de una forma espontánea un gruñido, como el de un animal al que acaban de apalear.

"Joder, siempre me caen a mí, y lo peor ahora es decírselo a mi mujer y a las niñas", pensó mientras acababa y enviaba el último e-mail. Después apagó el ordenador. Se sentía como un idiota. Cada vez que su intendente necesitaba algo, ni siquiera se oponía. ¿Cuántas veces se había dicho que tenía que aprender a decir no? No tenía por qué caer siempre toda la mierda sobre su mesa. Jordi ya empezaba a estudiar cómo podía compensar a sus niñas por lo que acababa de suspender.

—*Bon nit, Jaume!* —dijo Jordi por teléfono—. Acabas de entrar en el turno, ¿verdad?

—Sí, inspector. ¿Qué ha pasado?

—¿Te has enterado de un accidente en Lloret?

—¡Claro! Está en todas las noticias, ¿cómo no enterarme?

—Tienes que ir a Lloret de Mar. Sube a mi despacho y te lo explico mejor.

El inspector Roca dio disposición a sus mejores agentes de ese turno nocturno, para que fueran a Lloret de Mar a coger el mando de la situación y el mando de lo que quedaba del rally. Jaume, el hombre de confianza del inspector, tenía orden de informarle de cualquier suceso por pequeño que fuera, que fuese relacionado con el rally. Él tenía que quedarse en la sala de control del rally, monitorizando todo lo que pasaría a continuación. Le había transmitido la información sobre la facilidad del caso, que simplemente era un accidente, pero, aun así, el jefe quería que estuviesen allí presentes.

Jordi había dejado organizada la parte operativa, ahora le tocaba ir al depósito para echar un vistazo a lo que quedaba del vehículo carbonizado. Pero antes tenía que hacer la llamada más difícil de todo el día, posiblemente de la semana: llamar a su mujer para cancelar el plan. Hubiera preferido comer un sapo o haber recibido una patada en las joyas de familia, antes de tener que hacer esa llamada. Eso implicaba compensar a la familia, perderse el cine, perderse la hamburguesa y perderse el momento de intimidad con su mujer, que tenía todos los viernes por la noche, cuando volvían todos a casa.

Pero el destino no lo eligió él, que ni siquiera había conseguido desviar ese caso hacia otra persona. Cogió su americana, salió de su despacho y de la comisaría, y cuando estuvo delante de su coche se encendió un cigarrillo. Ese momento era uno de sus preferidos, el de disfrutar de un pitillo y un instante de calma antes de coger el coche. Pero esa vez no lo iba a disfrutar, simplemente era algo paliativo para la llamada de teléfono que tenía que hacer. Una vez encendido el cigarrillo, con una mano sacó el móvil, buscó en los contactos preferidos el nombre de su mujer y llamó.

—*Amor meu,* ¿ya estás llegando? ¡Qué pronto! —se extrañó su mujer, al otro lado del teléfono.

—Cariño… Uf… Lo siento, pero tenemos un cambio de planes.

27

Viernes, 21:00
ITV, depósito judicial, Gerona,
cinco horas después del accidente

El silencio ensordecedor del interior del Porsche eléctrico nublaba la mente de Bruno.

Por medio de las indicaciones de su GPS se dirigía hacia la nave que los agentes le habían indicado. Iba lento, más lento de lo habitual. Bruno Malatesta no era un tipo de correr, era una persona tranquila a la que le gustaba disfrutar del paisaje, de los motores, pero en la carretera respetaba los límites y las normas de tráfico.

Sin embargo, ese día era diferente, muy diferente. Iba lento porque necesitaba pensar, y conducir le ayudaba. Circulaba por el lado derecho de la autovía, los autobuses le adelantaban casi quejándose de su lentitud. La potencia que escondía ese coche bajo el capó, ese día no le hacía falta, no quería sacarla, casi parecía que fuese de paseo. En realidad, Bruno necesitaba hablar con alguien, explicarle sus inquietudes, sus dudas, sus preguntas, pero en ese momento no tenía a nadie.

Necesitaba respuestas, por eso se dirigía hacia el depósito judicial situado dentro del recinto de la ITV a ver el coche, que el juez había dado orden de mantener precintado.

Pero ¿realmente encontraría información valiosa en un vehículo en esas condiciones?, se preguntaba. ¿Qué podía encontrar en ese recinto?

Eran preguntas que se hacía en bucle. Habría podido ahorrarse de estar allí en ese momento, un sitio al que desconocía y donde no sabía lo que iba a encontrarse. Habría podido estar cómodamente en su habitación. La mente le estaba boicoteando. Ya se conocía. Había pasado miles de veces por esa emoción. Sabía que, si hubiera estado en su habitación llorando por su amigo, se estaría dando cabezazos contra la pared, con el deseo de estar en ese momento en el coche,

para hacer precisamente eso que iba a hacer.

Había algo en ese fin de semana y en ese rally, que le daba que pensar. Seguía presente una horrible impresión, que todo aparentaba ser de una forma, pero era realmente de otra. Jean y su sexto sentido. La premonición que había tenido y que seguramente él le había desdramatizado, le había aumentado la inquietud y la sed de verdad.

Todo era muy confuso. Un momento lo tenía claro y en otro tenía más dudas que al principio. Le venían a la mente posibles soluciones, teorías rocambolescas pero que su raciocinio rechazaba rotundamente. La incertidumbre y la confusión se habían apoderado de su mente. Lo único de lo que se daba cuenta y lo tenía claro, era que tenía que llegar a su destino. Seguramente habría sido inútil y era simplemente para saciar su hambre de verdad. Su intuición le decía seguir el hilo y tirar de él, algo le decía que tenía que llegar a ver el coche de Jean.

El Taycan verde seguía las indicaciones de Google para llegar a su destino. Era un coche que no pasaba desapercibido, y menos aún con el logo publicitario que tenía en los laterales, del equipo AOLAR. Por las calles por donde pasaba, las personas se giraban pensando que era un coche de rally que se había perdido, y no iban muy desencaminados.

Bruno llegó por fin al polígono industrial. La indicación no era bastante clara y después de varias vueltas en vano, sin encontrar la entrada de la nave judicial, entró en el parking aún abierto de la ITV, llamando la atención de todas las personas que estaban allí. El establecimiento abierto al público estaba a punto de cerrar. El personal se estaba preguntando quién era y qué quería el conductor de ese coche que venía a la hora del cierre.

Bajó de su silencioso Porsche y miró a su alrededor como buscando algo. Necesitaba orientarse. Bruno era un hombre muy guapo y bien vestido, que inevitablemente llamaba la atención. Desorientado, entró en la oficina de atención al público. Unas chicas jovencitas que estaban cerrando la oficina, cuando vieron entrar a ese hombre tan atractivo, no se quedaron indiferentes. Si Bruno hubiera llegado con un coche destartalado y hubiera sido un hombre del montón, las chicas de la oficina lo habrían echado de allí. Pero no fue así. Embaucadas por la elegancia del hombre maduro llegado con un Porsche, lo dejaron entrar y llegar hasta las mesas de atención al público.

—¡Buenas noches! Disculpen la molestia, estoy buscando el depósito judicial que debería estar por aquí cerca —empezó a hablar el italiano, con suma delicadeza y aprovechándose de su encanto.

—Sí, está ahí detrás —dijo una de las chicas, asombrada por la presencia del hombre, y se levantó para indicarle—. Si es rápido,

puede dejar el coche donde lo ha aparcado e ir caminando. Pero creo que ya no hay nadie allí.

—Muchísimas gracias, no se preocupe que será algo muy rápido. Me voy enseguida.

La muchacha que le había atendido, con los ojos dulces le despidió, pero siguió atentamente todos los gestos que el caballero hizo hasta desaparecer por la fachada.

El conjunto estaba formado por dos espacios, dividiendo la manzana en dos. La parte principal que ocupaba la mitad era un solar donde la ITV tenía su actividad habitual. Las oficinas y el taller de inspección técnica donde por un lado entraban y por otro salían los vehículos. La segunda mitad era una nave convertida en depósito judicial. A esta nave se podía acceder por dos lados. El más habitual, desde la ITV por medio de una garita donde había habitualmente un vigilante, y el otro acceso era un portón enorme que daba directamente hacia la calle, cerrado al público y por el que solo entraban los vehículos precintados.

Era una nave industrial que desde fuera daba la impresión de ser abandonada, de un color gris rata, con cristales en la parte superior, algunos rotos y llenos de telarañas. Se asemejaba más a la casa de la familia Adams, que a un depósito judicial.

Bruno había entrado por el lado de la garita, donde seguía aún el vigilante. Estaba de suerte, o eso era lo que él creía.

—¡Estamos cerrando! —dijo el vigilante, con cara de pocos amigos y con ganas de marcharse a su casa y empezar el fin de semana.

—Disculpe la molestia, pero vengo a ver un Porsche accidentado que viene del rally Costa Brava. Soy el director deportivo del piloto de ese coche —intentó explicarle con mucha calma y educación, haciéndole entender lo importante que era para él.

—¡Yo no puedo hacer nada! Está cerrado.

Bruno se armó de paciencia, se pasó la mano por el pelo y volvió a intentarlo.

—Entiendo que usted está cerrando, pero para mí es de suma importancia ver ese coche. Serán cinco minutos, se lo prometo. ¿Me puede abrir, por favor?

—¡Ni hablar, está cerrado! Además, necesitas un permiso judicial para entrar aquí dentro —siguió el vigilante, de manera tajante y sin intención de ceder. Lo estaban esperando en el bar para ver el partido.

—Escúcheme, no quiero ser pesado, pero es de vital importancia que vea por cinco minutos ese coche. De verdad.

—¿Y usted no me entiende, que me tengo que ir? Además, hay otro depósito judicial en Gerona. ¿Está seguro de que es este el correcto?

—¡Claro que lo estoy! Me han dicho los Mossos d' Escuadra que se presentaron al lugar del accidente, que lo han llevado aquí. Seguro

que es este —contestó Bruno, ya mosqueado.

—Pero yo llevo aquí todo el día y no he visto llegar ningún coche de rally.

Al escuchar esas palabras, Bruno se sintió perdido.

¿Y si no fuese ese el depósito donde estaba el coche de su amigo? ¿Y si realmente no estaba allí? ¿Había perdido el hilo que le llevaba a lo que necesitaba saber?

Bruno se quedó callado, ya no sabía qué decir. Entonces rebobinó los últimos momentos del lugar del accidente. Estaba seguro de que el agente le había indicado justamente este sitio. Pero chocaba con lo que decía ese buen hombre. ¿Le estaría diciendo esto porque quería deshacerse de él e irse a casa? ¿Le estaría mintiendo? Solo había una manera de averiguarlo.

—Caballero, por favor, ¿me puede dejar solo mirar un momento, sin entrar?

—Pero ¿usted es gilipollas o qué coño es? Le he dicho que necesita una orden judicial para entrar. Váyase usted por donde ha venido, o llamaré a la policía y le haré detener.

Por un momento se quedó sorprendido, no podía creer que el vigilante le estaba amenazando con llamar a la policía. Ese día, solo le faltaba eso. Estaba hablando con una pared que no estaba dispuesta a razonar.

Y cuando ya se había resignado para marcharse, algo sucedió.

—¿Por qué necesitaban llamar a la policía? —preguntó Jordi, apareciendo por detrás. Había escuchado los últimos momentos de la conversación de esas dos personas. El vigilante, desde la garita no lo había visto llegar y Bruno lo tenía a su espalda.

—¡Buenas noches, agente! —contestó el vigilante.

—¿Perdone? ¡Soy inspector, le agradecería un poco de respeto! ¿No ve los grados, o qué?

—Discúlpeme, inspector, no quería faltarle el respeto. Pero está aquí este tipo que pide entrar, haciéndome perder el tiempo.

Jordi, que había visto al hombre que tenía delante el vigilante, aún no se había detenido a mirarle bien. Se giró y miró de cerca al italiano. En ese momento, los ojos de Bruno se cruzaron con los del inspector. La intensa mirada que intercambiaron era parecida a la de dos máquinas fotográficas que a la vez se harían un flash. Los dos quedaron fulgurados. Los dos por razones diferentes, por su diversidad y por su carisma.

—¿Quién es usted? ¿Por qué quiere entrar en ese depósito? —preguntó el inspector.

Bruno estaba de suerte y lo había entendido. Se dio cuenta que, si conseguía convencer a la persona que tenía delante, podía dejarle pasar.

Se preguntó qué hacía un inspector de policía a las 9:30 de la noche en un depósito judicial, y más importante, ¿estaba allí por el mismo tema que estaba él? ¿Era una casualidad? Desde luego que lo iba a descubrir pronto, pero eso sí, tenía que jugar muy bien sus cartas.

Bruno permanecía en silencio, dando una imagen casi de estúpido. Los instantes que habían pasado desde la llegada del inspector se habían convertido en largos minutos para el italiano. ¿Podía confiar en él? ¿Podía ser sincero, o tenía que inventarse alguna mentira?

El tiempo apremiaba, tenía que decidir rápido, porque si no, habría perdido esa ocasión. Al final se decidió.

—Me llamo Bruno Malatesta, soy amigo íntimo y director deportivo de Jean De La Cruz. He venido con la esperanza de averiguar algo, pero no sé exactamente el qué, sobre el accidente que ha tenido esta tarde. Los Mossos d' Escuadra que retiraron el coche de rally del lugar del accidente, me indicaron que podía venir aquí a echarle un vistazo —le contó en tono muy servicial, casi le estaba suplicando. Solo le faltaba ponerse de rodillas y juntar las manos como delante de un cura, para pedir su perdón después de una confesión.

—Por favor, inspector, necesito su ayuda.

Jordi gruñó. Dejarlo pasar era ir en contra de la ley. Se quedó pensativo. Bruno le había llamado la atención porque parecía ser sincero. Tenía la corazonada que era una buena persona. El inspector era una persona inteligente. Reconocía sus debilidades y ese buen hombre que tenía delante le podía dar una visión diferente de la que podía tener el. Iba a ser rápido, simplemente era comprobar que había sido un accidente. Pero era ilegal, pensó rigurosamente.

Entonces le pasó de repente por la cabeza que también debería ser ilegal que un viernes por la noche él tuviera que estar allí y no con su familia. Ya se había decidido.

Dejó de mirar al italiano y miró al vigilante, delatando su decisión. Pero no sabía qué hacer con él. Mientras lo estaba mirando, pensaba que no podía hacerle partícipe ni testigo de lo que iba a hacer.

—Disculpe, ¿a qué hora acaba su turno?

—Señor inspector, lo siento mucho, pero no puedo dejarle pasar a ese individuo —empezó otra vez con la suya el vigilante, sacando pecho y marcando que allí dentro de la garita era su territorio y su jurisdicción.

—¡He sido directo y claro! ¡Por favor, le pido de no me haga perder el tiempo! ¿A qué hora acaba su turno? —repitió el inspector, que ya empezaba a mosquearse y su interlocutor lo había notado. Eso apuntaba a ser una lucha de machos Alfa si uno de los dos no bajaba el tiro.

—¡A las 9:30, señor! —contestó seco el vigilante.

—Bien. Son las 9:33, usted se puede marchar. Déjeme, por favor, la puerta de la nave abierta y cierre su garita. Veo que la puerta se puede abrir desde dentro, así que cuando habré acabado la dejaré cerrada.

Al vigilante, que sentía que le acababan de violar su jurisdicción, no le quedó más remedio que hacer lo que el inspector le había indicado y lo ejecutó refunfuñando.

Abierta la puerta de la nave, el inspector y el italiano se quedaron inmóviles, mirándole. El vigilante que se esperaba que entrasen, entendió que tenía que recoger sus cosas y marcharse. Una vez cerrado su espacio de trabajo, empezó a desplazarse en la dirección contraria a los dos invasores. Solo cuando salió del recinto de la ITV y Jordi escuchó que había puesto en marcha su coche, se movió. Cuando estuvo seguro de que el vigilante no podía volver, se giró delante del italiano y le dio la mano.

—Jordi Roca. Inspector jefe de la unidad de los Mossos d' Escuadra en Gerona dos. Encantado, y disculpe las molestias con este energúmeno.

—*Madonna Santa!,* muchas gracias —le dijo el italiano estrechándole la mano—. Usted ha sido mi única esperanza de esta noche.

—¿Le apetece acompañarme a ver el vehículo?

—Sí. Por desgracia estaré encantado de acompañarle. Si usted no hubiera aparecido, habría necesitado una orden judicial.

—¡Qué va! Ese individuo, lo que quería hacer era marcar su territorio, como una gata en celo. Llevaba bastante rato escuchando y me parecía surrealista lo que le decía este hombre —dijo el inspector empezando a sincerarse con el italiano. Después hizo el primer paso hacia la puerta, la abrió tirándola hacia fuera e invitó a Bruno a que entrara primero.

Con el primer paso, a Bruno le pareció entrar en un mundo paralelo. La nave industrial de principios del siglo pasado había sido reciclada como depósito judicial. El aspecto exterior de nave obsoleta y casi dejada no reflejaba lo que tenía dentro. El interior era aún peor. Las vigas superiores, una red de pequeñas vigas de hierro a dos aguas, aguantaban un techo que con la primera ojeada no parecía haber sido nunca restaurado. El depósito judicial parecía una mezcla entre un hangar de la Segunda Guerra Mundial y un laboratorio clandestino del Bronx de la ley seca.

El espacio, probablemente había sido una vieja fábrica de textiles a las afueras de Gerona dónde, en su época quizás habían trabajado centenares de personas. Cortando, cosiendo y empaquetando prendas de vestir.

El olor que desprendía ese lugar era a humedad intensa, a aire

cerrado, como si llevara mucho tiempo sin abrirse. Jordi entró detrás de Bruno y encendió las luces. Unos grandes focos que colgaban de las vigas de hierro se iban calentando y progresivamente iban iluminando el depósito.

El suelo estaba limpio y se veía que acababa de ser reconstruido. El espacio inmenso que tenía delante estaba lleno de vehículos. Algunos intactos, precintados y con dos dedos de polvo. Más lejos, eran más viejos y más mugre casi fosilizada tenían encima. Algunos, accidentados y con varias vueltas de cinta de los Mossos. Había furgonetas con agujeros, que parecían salidas de una escena de Hollywood o de un conflicto a fuego armado. Un pequeño helicóptero con las palas replegadas, posiblemente de los años setenta, olvidado. Para Bruno, era un espectáculo grotesco de vehículos abandonados. Además, se preguntó cómo era posible que tuvieran ese espacio habilitado para eso.

Jordi, después de haber encendido las luces se acercó a Bruno, que se giró con cara de circunstancia.

—Es lo que tenemos, el único espacio que nos han habilitado —dijo Jordi, como si tuviese que disculparse. Como cuando un huésped inesperado entra en tu casa y no tienes el dormitorio arreglado.

—¡Mira, está allí! —indicó el inspector, señalándole una grúa que estaba de cara delante del portón. Los dos empezaron a caminar hacia la grúa. El vehículo seguía encima de la plataforma, detrás de la cabina. El relicto apareció tapado con una lona de color plateado. Debajo se intuía una forma descompuesta.

Bruno se estremeció. Lo había pensado. Había imaginado ese momento durante todo el trayecto. Afrontar la realidad viendo lo que quedaba del coche. Ese maravilloso Porsche GT 3 que se había convertido en un ataúd para su mejor amigo. El corazón le dio un vuelco. Se paró, necesitaba un segundo para recuperarse.

Jordi entendió al momento cómo se encontraba Bruno. Hacía pocos minutos que se conocían, pero tuvieron una conexión inmediata. Había imaginado que perder a ese piloto tenía que haber sido un choque emocional muy importante para él. Trepó sobre la plataforma de la grúa y, con cuidado, destapó lo que quedaba del coche de rally. Consiguió apartar la lona y de golpe lo vieron. Estaba completamente carbonizado. De él seguía desprendiéndose un ligerísimo humo, como si acabara de bajar la temperatura de los materiales que habían llegado a temperaturas altísimas. La bestia ya muerta, seguía humeando. Por toda la nave se esparció un fuerte olor a caucho quemado, a neumático carbonizado. Era tremendo ese olor. Un olor a muerte, a desgracia, a cuchillo clavado en el pecho.

El vehículo se encontraba deformado, había perdido la silueta de un Porsche 911, podía parecer cualquier coche. La única forma que

había quedado era de la jaula de protección que había resistido perfectamente. El resto estaba totalmente carbonizado.

Bruno consiguió recapacitar. Había estado ausente por unos minutos, que para Jordi habían sido pocos. Entendía lo duro que tenía que ser lo que estaba sucediendo en su vida.

—¿Te encuentras bien? —preguntó el inspector—. Si necesitas más tiempo, no tengo prisa.

Bruno se aclaró la voz dando un golpe de tos y contestó:

—No, no, estoy bien. Llevo doce horas muy intensas.

—Me puedo imaginar por lo que estarás pasando.

Bruno asintió con la cabeza y se puso a revisar el coche.

—¿Le importa que le eche un vistazo detenidamente? —le preguntó al inspector.

—Por favor, todo suyo.

Bruno sacó el móvil del bolsillo y encendió la opción de linterna. Empezó a revisar todos los puntos críticos del coche. Primero la parte anterior, todo lo que quedaba de la dirección. De esta solo quedaba el brazo truncado a la altura de la salida del habitáculo, por uno de los primeros golpes. Luego empezó a mirar en el circuito de frenos. Las dos ruedas delanteras habían sido extirpadas por alguna vuelta de campana. Con la linterna intentaba mirar los encajes de las rótulas dónde la rueda se aguantaba en el chasis, pero todo esto ya no estaba.

Mientras que Bruno hacía la inspección de forma callada como si fuera una sombra, Jordi lo miraba por detrás con curiosidad y preguntándose qué estaba mirando y por qué. Él no tenía ni idea de coches. Todo le parecía complicado en eso de la mecánica. Solo sabía que el coche tenía marchas, unos pedales y un volante. No tenía ni idea de qué había bajo el capó, ni siquiera sabía que había que añadir aceite cuando el salpicadero lo marcaba. Él, simplemente echaba gasolina y cambiaba el coche cuando ya estaba muerto.

Bruno siguió mirando el habitáculo. El techo y las barras habían sido cortados como una lata de sardinas para extraer el cuerpo del piloto. Del interior no quedaba absolutamente nada, todo se había fundido por la altísima temperatura que había alcanzado en el momento del incendio.

Por último, se dirigió a la parte trasera. Las ruedas posteriores, milagrosamente seguían enganchadas. El neumático se había fundido, pero las llantas seguían enganchadas y con ellas los frenos. Empezó a eliminarlos y claramente aún se veían las pinzas agarrotadas a los discos de frenos cerámicos autoventilados, de última generación. A pesar de su experiencia, Bruno no conseguía determinar si los frenos habían podido tener un fallo.

Después de dar vuelta a todo y acabar con la inspección, el inspector, que se había quedado detrás mirando por encima de su

hombro la luz y todo en lo que esta se fijaba, se había dado cuenta que estaba buscando algo. Así que le hizo una confesión contradictoria:

—El juez ha clasificado el suceso como accidente.

El inspector, como buen líder que era, sabía interpretar la comunicación no verbal. Al decir esa frase, Bruno reaccionó de una forma clarísima. No compartía la misma opinión del juez.

—¡No estoy de acuerdo! Señor inspector no sé cómo demostrárselo, le estoy dando vueltas desde hace muchas horas, pero me jugaría lo que fuera, que esto no ha sido un accidente.

El inspector se lo imaginaba. Por una parte, se alegraba que estuviese Bruno, el experto en coches, para convalidar la teoría, y por otra parte le reventaba que eso no fuese algo más sencillo, algo como el que le había vendido su superior.

—Entiendo —contestó pasándose la mano derecha por la cara, cómo que sus peores presagios se estaban cumpliendo. Esa noche iba a ser larga.

—No encuentro ningún signo claro, pero tiene que entender que este coche ha pasado por los mil grados hace unas pocas horas. Toda traza o indicio ha desaparecido —dijo desconsolado, Bruno—. Pero me gustaría pedirle otro favor.

—Dígame.

—Soy consciente que me va a costar mucho, pero me gustaría ver el cadáver de mi amigo, si fuera posible —pidió el italiano mirando hacia el suelo.

—Uf… Bueno, la noche ya está perdida. ¿Es consciente que le va a ser muy duro?

—Lo sé, pero hice una promesa que tengo que cumplir.

—De acuerdo. Le propongo algo: ¿qué le parece si antes vamos a cenar y luego vamos al obitorio? Sabe, tengo la sensación de que esta noche va a ser muy larga.

Bruno, que no había comido desde el desayuno, en ese preciso momento se dio cuenta que tenía mucha hambre. Su cuerpo necesitaba carburante. También hubiera necesitado descansar, pero no era el momento para eso.

Caminando, se acercaron a los coches que tenían aparcados delante de la ITV.

—Si le parece, vamos a la cafetería de aquí al lado, la que está siempre abierta.

—Perfecto, le sigo.

Jordi Roca volvió a subir a la grúa, con la dificultad de sus zapatos de vestir con suela de cuero. Tapó de nuevo el vehículo con la lona, como si nunca hubiesen pasado por allí. El italiano estaba delante, mirándolo sin hablar, sin pestañear, viendo los últimos momentos del

Porsche tan querido. El inspector bajó de la grúa ayudado por Bruno, apagaron las luces y cerraron la puerta de la nave industrial reciclada a depósito judicial. Habían cumplido la primera misión.

El inspector conducía un Seat León blanco a cuatro puertas, que debía tener por lo menos veinte años. Algo destartalado, pero que funcionaba perfectamente.

Bruno Malatesta empezó a seguirle. Estaba alterado. Estaba aún más alterado después de haber visto lo que quedaba del coche. Tenía la imagen delante, no conseguía borrarla. Se sucedían las imágenes de la premonición que había tenido en el tramo del accidente y la imagen del relicto encima de la grúa.

Pensó que el hombre que tenía delante y que le estaba guiando, había aparecido como un ángel de la guardia en el momento adecuado. Seguramente si hubiese acompañado a Pedro, su mano derecha, hasta Lloret y después hubiera ido a Gerona, no se hubiera cruzado con el inspector. Esa no era una casualidad. Esa persona entendía que alguien desde allí arriba le estaba ayudando a través de ese guía que le había enviado justo cuando lo necesitaba. ¿Podía ser verdad? ¿Era posible que alguien desde arriba le enviara un sherpa camuflado de inspector?

Entonces pensó que todo podía ser.

28

Viernes, 23:30
Polígono industrial Mas Xirgu, Gerona,
siete horas después del accidente

Las comparaciones nunca son buenas, pero en ciertos casos son inevitables.

Representaban el Yin y el Yang. A lo mejor, por eso se habían sentido intrigados el uno por el otro en el acto. Había sido como un flechazo. Ese no sé qué, que te atrae en una persona y conectas, vibras.

El inspector había estado presenciando casi toda la conversación de Bruno Malatesta con el vigilante del depósito, sin que ellos se dieran cuenta. Había estado observando como Bruno había explicado de forma tranquila y delatando una personalidad noble. Eso, a Jordi le había favorecido en coger confianza con el italiano. Sin embargo, el director del equipo AOLAR solo necesitó una mirada para notar esa vibración que había percibido de Jordi, que le ponía al mismo nivel. Misteriosamente habían conectado y eso no se podía explicar con palabras, ni siquiera era racional. El tácito consenso hizo que cada uno de ellos encontrara en el otro un potencial aliado. La vida es sabia, y por supuesto lo había sido con ellos dos.

Bruno había seguido al inspector casi un kilómetro. Al final del corto trayecto entró por una rotonda, cogió la cuarta salida y entró a la derecha en un aparcamiento de una cafetería que estaba abierta. Se encontraba al lado de un supermercado y una galería de tiendas, que por supuesto estaban todas cerradas.

Bruno aparcó el Porsche verde fosforito al lado del Seat León del inspector. Después de pocos instantes, los dos bajaron. Se miraron y se dieron cuenta de sus grandes diferencias, empezando por los coches que conducían. Si el destino hubiera sido una persona, en ese momento, viéndolos, se habría puesto a reír. Definitivamente, eran el Yin y el Yang.

El inspector, formal, perfectamente vestido, utilizaba el viejo León simplemente como medio de transporte. Un coche era necesario, ni más ni menos. El Seat que el Cuerpo de policía le había entregado, no lo hubiera cambiado hasta que se hubiera muerto por exceso de kilómetros. El inspector tenía un móvil, una pistola, y de igual manera un coche. Todas ellas, herramientas que le servían para hacer su trabajo. Ni pasión, ni amor, solo herramientas.

Bruno había aparcado su Taycan justo al lado y la diferencia era profunda, casi abismal. No tenían comparación. Para Bruno, el Porsche era una religión, un modo de vida, casi una filosofía. A todo coche que no llevaba el símbolo del Porsche en el capó, lo respetaba, pero ni siquiera perdía el tiempo en mirarlo de cerca. Cuando descubrió la pasión que tenía para los Porsche-s, un día en el turbo 993 de su tío en Modena, entendió que eran como diamantes. La frase que más repetía era esa: "Un Porsche es para toda la vida". Diferencias abismales entre las dos personalidades, pero perfectamente complementarias.

—¿Qué es esta nave espacial? —preguntó el inspector girando en torno al Porsche como si fuese un nativo de África que veía por primera vez un tren a vapor—. ¿Os lo dan en dotación en la NASA?

Bruno hizo un guiño, una media sonrisa y le contestó que era un Porsche eléctrico, un Taycan Turbo S.

—Desconocía que Porsche hiciera coches eléctricos —dijo Jordi y lo miró haciendo una mueca con la cara, como una aparente media aprobación—. Desde luego que con este coche no pasas desapercibido. ¿Y va bien?

—Como la seda. ¿Quiere probarlo?

—No, yo paso de estas cosas. Tampoco creo que difiera mucho de mi coche, pero gracias.

Una vez admirados sus propios vehículos, los dos se dirigieron hacia la cafetería, el inspector abriendo paso porque conocía el camino. El edificio era bajo, solo de una planta. El restaurante, todo acristalado, tenía también una terraza exterior. Encima de la puerta de entrada, un cartel indicaba el nombre del establecimiento: «L' Entrama».

Justo después de entrar, a Bruno le vino la sensación de atravesar una cortina de olores. Empezó a notar un perfume maravilloso como de bacon con huevo, pero también de lomo recién pasado por la plancha. El que sobrepasaba a todos era del café recién hecho. Desde el desayuno no había introducido alimentos en el estómago, y ese abanico de perfumes que navegaban por el aire dentro de la cafetería, ya habían empezado a alimentarle.

—Esta es la cafetería que frecuentamos todos los del Cuerpo. Nos va bien porque siempre está abierta.

—*¡Bona nit, Marta!* —saludó el inspector a la responsable, nada más entrar por la puerta.

—¿Qué haces a estas horas? ¿Qué has perdido? —respondió, sorprendida.

—Mejor no preguntes. ¿Podemos cenar alguna cosita?

—Claro. Sentaos donde queráis, ahora vengo y os traigo la carta.

El inspector, hombre pragmático y de rituales, elegía siempre la misma mesa al fondo de del comedor, en la punta opuesta a la entrada, con la espalda hacia la pared, igual que «El padrino».

—Aquí tenéis la carta, chicos, podéis pedir lo que queráis —indicó la camarera.

El italiano y el inspector empezaron a revisar la carta y acabaron rápidamente debido a su hambre voraz. A pocos minutos se volvió a presentar Marta, después de una señal que le hizo el inspector.

—*Molt bè*, ¿qué os apetece?

—Una hamburguesa con doble de queso y una Coca Cola —indicó el inspector.

—¡Vaya!, lo de siempre, tú y tu fantasía. ¿Al punto, la carne?

—Si ya lo sabes, ¿por qué me lo preguntas?

—¡Mira que eres pesado! —Marta le miró con cara de pocos amigos, bromeando por la confianza que tenían. Luego se giró y le preguntó al forastero, con aire coqueto, pasándose la mano por el pelo —: Y usted ¿qué querrá?

—Para mí, un bol de quinoa, humus y pollo a la plancha. Creo que es el número catorce. Y un agua con gas, sin hielo y sin limón —contestó el italiano mirando a los preciosos ojos de la camarera.

—¡Perfecto! Pues, dadme unos diez minutos y os lo acerco todo —dijo Marta repasando con la mirada al italiano. Una vez acabado de pasar el pedido a cocina por medio de su pequeña tableta negra, se dirigió hacia la barra para preparar las bebidas.

—Nunca había visto así a Marta. ¿Es tu encanto italiano? —preguntó, serio, el inspector.

—Puesss, no lo sé —dijo tímidamente, Bruno—. No me he dado cuenta.

Después de unos segundos de circunstancia, el inspector le preguntó sin rodeos:

—Bruno, ¿qué hace usted aquí?

—Necesito respuestas, ya le he explicado por qué —contestó el italiano, afablemente.

—Me refiero a… ¿por qué no se ha quedado en Lloret de Mar, a esperar que les informáramos nosotros, las autoridades? —preguntó entrando directo en materia—. ¿Por qué está aquí a las 11:30 de la noche?

—Señor inspector, comprendo que sea usted muy pragmático y que

entienda solo lo que ve. Pero hay cosas que yo siento. Mi intuición me hace creer otras cosas, diferentes de las que aparentemente veo —añadió Bruno cerrando un poco los ojos y girando la cabeza como para ver la reacción de su interlocutor.

El inspector, abrumado por la respuesta que se temía, pero no quería, no se apresuró a hacer ningún juicio, ni siquiera a dar su versión, que aún no tenía. Sin embargo, empezó a hacer de abogado del diablo, preguntando al italiano y tirando del hilo como si fuera una madeja.

—Entonces, ¿qué es lo que siente?

—No lo sé… Realmente no lo sé. Tengo corazonadas y pocos datos. Creo que no puedo serle útil a usted, de momento —confesó el italiano.

—¿Qué le parece si nos tuteamos? —dijo el inspector para empezar a crear ese vínculo emocional necesario para que comenzaran a confiar el uno en el otro, y poder decir lo que realmente pensaban.

—De acuerdo.

—*Molt bé*. Dices que no lo sabes, ¿pero entonces, ¿qué es lo que sabes?

Bruno se sentía importante. Ya se había sentido así cuando Jordi mandó al vigilante a casa, pero eso podía haber sido algo efímero. En ese momento, cuando el inspector realmente quería saber lo que él creía, o mejor todavía, lo que había averiguado, le hizo sentirse útil.

—He realizado una cuidadosa inspección al lugar del accidente. Antes de ir a la ITV me pasé por allí. Para que no se me escapara ningún detalle posible, fui con el que es mi mano derecha. Con él hemos estado evaluando varias posibilidades, pero las más convincentes han quedado en estas.

Mientras Bruno empezaba a explicar sus teorías basadas en su experiencia, Marta se acercó a la mesa donde estaban los dos confabuladores, con la comida y la bebida.

—Aquí lo tenéis, chicos. Cualquier cosa que necesitéis, estoy detrás de la barra.

Una vez que se alejó la camarera y ya no lo podía oír, Bruno siguió con sus teorías:

—En primer lugar, puede que haya sido un fallo en las notas del copiloto. Es decir, que le indicara al piloto una curva rápida, en vez de indicarle una lenta.

—¿Qué son esas notas? —preguntó el inspector echando kétchup en el plato para acompañar a las patatas. Bruno, cuya cara era un poema que rezaba: "¿En serio, te vas a comer eso?", le contestó:

—Para aumentar la velocidad y la seguridad de un piloto, el copiloto, es decir el ocupante del coche que va por la parte derecha, va indicándole con qué curvas se van a encontrar durante el rally.

—Ni idea… No sabía ni que iban dos personas en el coche —dijo, entretenido con sus patatas.

—*Allora*, esta teoría no tiene mucho soporte, porque Manel, el copiloto de Jean, es realmente una persona súper experimentada. Conocía el tramo como a sus bolsillos y, además, si se hubiera perdido o no hubiera tenido claro qué curva iban a tener delante, le habría pedido que frenara, o incluso que clavara las ruedas. ¿Me sigues?

—Sí, hasta aquí te sigo. Entiendo lo que me estás diciendo, aunque no conozco nada de ese mundillo. Me parece muy interesante. Por favor, sigue.

—*Bene.* La segunda teoría son los frenos. En el depósito, controlando lo que quedaba del coche, por los manguitos y los discos de freno, dentro de lo que pude darme cuenta, tuve la sensación de que estaban bien. Hay que considerar que eran nuevos, de hace una semana. Brembo, la mejor marca del mercado en frenos de competición nos acababa de enviar los últimos modelos de frenos cerámicos autoventilados. Lo mejor del mercado, lo más puntero. Los montamos cuidadosamente y fuimos a probarlos esforzándolos. Es decir, los frenos estaban perfectos, por lo que no creo que el accidente haya sido provocado por ellos.

—Bien, ¿qué más?

—Tercera teoría: puede que fuera por culpa de la velocidad. Me refiero a que el coche se encontrase a una velocidad demasiado alta para la curva que iba a tomar. Pero si fuese por eso, tendríamos unas claras y nítidas evidencias de una clavada de frenos antes de la curva, y éstas no están.

—¿Me estás diciendo que en la curva no hay marca de freno? —dijo el inspector mientras masticaba su hamburguesa, disfrutando de su cena, con los bigotes sucios de mostaza.

—Exacto. Uno de los puntos más importantes que quería ver en el lugar del accidente era cómo y dónde estaban esas marcas que me esperaba encontrar, pero efectivamente, no estaban.

Jordi lo estaba escuchando y quedó sorprendido. Era algo que, para él, tenía que haber sido normal, ni siquiera se lo había cuestionado.

—En este momento, mis compañeros están elaborando un informe con los detalles del accidente. Mañana, a primera hora tendremos el atestado. Allí habrá mucha información que nos podría servir… Al menos, eso espero.

—No estoy tan convencido que nos pudiese ayudar.

Bruno, se quedó unos segundos pensando, mirando el techo, después siguió:

—La cuarta teoría podría ser sobre el piloto. El piloto podría haberse equivocado conduciendo. Es algo habitual, todos nos

equivocamos, pero Jean tenía una intachable carrera y con muy pocos errores de pilotaje. Nunca había tenido un accidente. Por lo tanto, mi intuición me hace descartar también esta opción.

—Por favor, come, estás hablando solo tú y no estás comiendo —le recordó el inspector, indicando el plato que tenía delante.

—Sí, sí, ahora empiezo. Lo mío es frío, no te preocupes. Así que tenemos muchas teorías, pero pocas certezas. ¿Y sabe cuál es el punto más complicado de esto? —preguntó el italiano empezando a comer su ensalada de quinoa.

—No, pero me da la sensación de que me lo vas a explicar.

—El gran problema es que el accidente se ha producido a gran velocidad. Lo más extraño de todo esto es que, en ese punto del trayecto del rally, el coche no debía haber llegado con esa velocidad. Tenía que haber ralentizado antes bastante, como para poder hacer la curva. Y aún más raro es que no hayan clavados las ruedas, dándose cuenta de que estaban expuestos a un accidente.

Bruno, mientras le explicaba todas sus teorías y las pocas certezas, estaba comiendo y repasándolo todo en su cabeza, para ver si tenían sentido o no lo tenían. Si se había olvidado algún detalle, o lo había dicho todo. A pesar de su experiencia, pensaba si no se le había escapado alguna evidencia que hasta el momento no conseguía ver.

—Entiendo tu implicación emocional en este suceso, pero, de todas formas, sigo creyendo que fue un accidente fortuito. No tenemos indicios de que haya podido ser… —dejó un momento de silencio y concluyó— …otra cosa. ¿Me explico?

Bruno asintió con la cabeza y se sintió impotente. Solo tenía entre manos las ideas, las intuiciones, pero ningún tipo de prueba.

—¿Qué crees que debería hacer? ¿Ir al juez y decirle que tenemos una corazonada? Se va a reír en mi cara.

—Sí, te entiendo perfectamente —contestó Bruno, pero sin ser del todo convencido—. Lo que yo necesito es que entiendas una cosa, que va por encima de todo esto.

Jordi lo miró a los ojos con extrema curiosidad y le hizo un gesto para que se lo contara.

—Jean era mi hermano menor. Mejor dicho, como mi hermano menor. Voy a luchar para aclarar los entresijos de toda esta situación, por él. Se lo debo, y se lo debo a su padre. ¿Me comprendes?

Jordi contestó sorprendido:

—Creo que es la primera vez que veo algo así. Nunca me ha pasado esto. Pero haré todo lo posible para que podamos rascar un poco más y que tú te puedas quedar tranquilo.

—¡Gracias! Te lo agradezco de corazón.

Después de acabar con esa conversación empezaron a hablar de futilidades para conocerse un poco mejor, hasta que los dos acabaron

sus platos. Tomaron café y entre ellos pareció nacer una amistad. No una amistad al uso, sino un vínculo personal suficientemente fuerte como para estar disponible el uno para el otro si lo necesitaban, para las próximas horas. Esa cena les ayudó a entenderse entre ellos, a pesar de todas las evidentes diferencias.

—Pago yo —dijo Jordi al italiano, delante de Marta.

—*Aspetta,* ¿pagas tú o el presupuesto de la policía? —preguntó Bruno poniendo la mano encima de su cartera.

Jordi y Marta se echan a reír por la pregunta del italiano.

—¡Ojalá me pagaran las cenas cuando estoy de servicio!

—Entonces me encargo, pago yo —decidió Bruno y sacó una tarjeta de su cartera para dársela a la camarera.

—*Un piacere, bella ragazza!* —dijo en italiano y Marta le hizo un guiño.

—Que tengáis una plácida noche. Espero veros por aquí muy pronto —contestó la mujer mirándole a los ojos al que acababa de pagar.

Jordi, algo celoso de lo que acababa de presenciar, le dijo en broma a Bruno:

—¿Ves? No sé qué le hacéis a las mujeres, vosotros, los italianos.

Jordi era de pocas bromas, pero esa noche era diferente. Había utilizado como gancho emocional las risas. Entendía que para el italiano ese día había sido muy duro y quiso aligerar la noche. Una vez que se despidieron de la camarera, se dirigieron al parking donde tenían los coches, a la espera del siguiente movimiento nocturno en el tablero de ajedrez.

29

Sábado, 00:00
Aparcamiento de la cafetería,
ocho horas después del accidente

El parking estaba vacío. Solo quedaban los coches del inspector y del italiano. La soledad había bajado en el polígono industrial tan concurrido de día. Hacía frío. El aire fresco de la noche era una buena medicina para despejar ideas y sacudirse el calor de la cafetería, para recuperar el estado de alerta.

El aparcamiento estaba iluminado por farolas, igual que Jordi había sido iluminando esa noche de la tristeza y las preguntas del italiano. Para Bruno, todo era muy raro. Echaba de menos a su padre, el famoso inspector Malatesta de la comisaría de policía de Modena. El mismo que había resuelto tantos casos mediáticos y había salvado a tantas personas. Echaba de menos llamarle, esas conversaciones largas y tendidas de sobremesa. Llamadas de consejos de vida y recuerdos de niñez.

"Ojalá estuvieras aquí. Seguro que me ayudarías con toda esta situación complicada", pensaba recordándole.

Su padre siempre estaba allí para lo que necesitara. Aunque desde cuando Bruno Malatesta se fue a vivir a Stuttgart para aprender y emprender su camino, la relación con su padre se había enfriado. El progenitor le decía que tenía agallas y olfato para ser un buen inspector de policía. Pero la vida es mucho más compleja de lo que nosotros queremos. La vida es mucho más de lo que queremos para nuestros hijos. Ellos tienen que seguir sus instintos, sus caminos.

La vida es un camino hacia la felicidad, con rumbo a la plenitud. Es cosa nuestra de disfrutar del camino o esperar a conseguir el objetivo para ser felices. Aquel aparcamiento mal iluminado estaba siendo testigo mudo de la ausencia de su padre, con el que tanto había disfrutado y al que tanto quería.

Bruno pensaba que la vida lo había puesto delante de algo muy

curioso. Tuvo que morir su mejor amigo y encontrarse en una situación límite como la que estaba viviendo, para darse cuenta cuánto quería a su padre y cuánto le echaba de menos. Desde luego que la vida es muy curiosa.

Nos tiene que poner delante situaciones límites para hacernos entender mensajes que con situaciones más livianas no entenderíamos. "¿Era eso lo que tenía que aprender de esa situación? ¿Había algo más que aprender de eso? Si teníamos que llegar a esa situación, ¿cómo fue posible no entender esto antes?"

Eran todas preguntas que le venían a la mente al forastero de la cafetería. Momento catártico de fugaz lucidez.

—Te importa que fume un cigarrillo antes de irnos? —le preguntó Jordi.

—Claro, por favor.

—¿Quieres uno, me acompañas? —preguntó invitándole con el paquete abierto.

—No gracias, no fumo.

Jordi hizo una mueca, extrajo un cigarrillo de la cajetilla y se dio cuenta de la diferencia que había entre él y el hombre que tenía delante. Por el hecho de que uno fumaba y el otro no, en el aspecto físico, en el tipo de comida que pedían, en el coche, y seguramente en todos los factores que aún no había encontrado ni conocido.

—Siempre pienso en dejar de fumar —dijo el inspector mientras se encendía el cigarrillo.

—Y, ¿qué te detiene? —se atrevió a preguntar el italiano.

—¿La costumbre? ¿El placer? Realmente no lo sé. Puede que sea un vicio placentero del que me cueste desprenderme.

Bruno era una persona con una vida muy saludable. Había aprendido ese estilo de vida siendo mecánico de alto rendimiento, en las competiciones que hacía con la marca Porsche de manera oficial. Entendiendo la diferencia entre el rendimiento de un mecánico normal y un mecánico que cuidaba tanto de su forma física como de su salud mental. Jordi ya sabía cuál era la opción saludable, pero no le apetecía cogerla y a Bruno tampoco le apetecía discutir esa noche sobre fumar o no fumar.

A Jordi le gustaba hacer llamadas de teléfono mientras estaba fumando. Aprovechaba el momento de antes de meterse en el coche para hacer un pitillo y una llamada.

—Bruno, discúlpame, pero tengo que llamar a unos compañeros —comentó el inspector mientras se sacaba el teléfono del bolsillo. Buscó un número en los contactos y apretó el botón verde para iniciar la llamada a uno de sus compañeros, que ya estaban instalados en el centro de mando del rally, en Lloret de Mar. Ya llevaban buen rato allí y quería saber cómo estaba la situación.

—Jaume, *bona nit*.

—*Bona nit*, inspector.

—¿Cómo está el patio? —dijo el inspector refiriéndose a cómo se encontraba la situación en el rally.

—Como nos ha indicado, nos hemos instalados en la sala de control del rally. Después del accidente todo fue como programado, no hubo ulteriores percances. Jefe, aquí está todo tranquilo.

—Excelente. Entonces ¿no hace falta que vaya allí? ¿No ha pasado nada?

—Efectivamente, jefe, no hace falta venir, está todo bien —acabó la frase el agente, entonándola arriba, como si quisiera hacerse remarcado en el silencio de alrededor.

—¿Pero?

—Nada, jefe, un detalle de nada, ya lo tenemos controlado —confirmó el agente para tranquilizarle, dudando entre decírselo o no. Pensaba que era algo insignificante.

—Bueno, ¡pero dímelo de una vez, parece que tienes miedo! —le pidió el inspector, que ya empezaba a tener curiosidad.

—Nada, simplemente nos hemos encontrado con que el guardia de vigilancia del parque cerrado de los coches, es decir donde los coches de rally se guardan durante la noche para el día siguiente, no se ha presentado. Hemos preguntado a la organización, a su empresa y nos han confirmado que es una persona muy diligente que nunca llega tarde. Sin embargo, hoy no ha venido y eso nos ha extrañado mucho —dijo con la voz algo titubeante—. Pero no se preocupe, ya he puesto a uno de nuestros agentes en su lugar para suplirle. ¡Todo controlado!

—¿Y te parece poca cosa ese detalle? —respondió sorprendido el inspector.

A Bruno, que no podía saber sobre qué hablaban, le extrañó el tono del inspector y se giró para mirarlo. Había estado pensando y rebobinando los hilos de la conversación que acababan de tener dentro de la cafetería. Esperaba, pensaba y razonaba en silencio, ausente a la conversación entre los dos policías.

—Jefe, ¿está allí?

—¡Sí, sí, estoy aquí! Oye, Jaume, una pregunta: ¿por casualidad sabes si este guarda es el mismo que tenía el turno ayer por la noche?

—Sí, jefe, lo hemos preguntado y, efectivamente, ayer estuvo en el turno de noche.

—Entiendo. Jaume, hazme un favor, llama a la central y solicita que una patrulla se dirija a la casa del guarda, para comprobar si todo está bien. Simplemente una visita de cortesía, nada más. Que alguien de la zona vaya ahora mismo. Cuando tengas noticias, llámame enseguida.

—Cuenta con ello, jefe, ahora mismo me encargo y le mantengo

informado.

Los dos se despidieron por teléfono y el inspector se acercó lentamente a Bruno Malatesta, con aire misterioso después de la llamada. De forma prudente, quería transmitirle ciertos aspectos de la llamada que acababa de tener. No estaba seguro de ello, podía ser un error, una falsa alarma o incluso una falsa pista, pero con la larga experiencia que tenía, no quiso abandonarla a primera instancia.

—El guardia que vigila el parking nocturno de los coches de rally, esta noche no se ha presentado. Bueno, puede que no sea nada, pero de todos modos he enviado una patrulla a su casa para asegurarnos. Te lo repito, lo más seguro es que no sea nada, o puede que algo de tu teoría tuviese fundamento.

—¿El guarda? ¿Qué tiene que ver? —respondió sorprendido el italiano.

—No lo sé, ya veremos. Pero de momento es una pista.

El olfato profesional del inspector se había activado. Con lo poco que sabía del caso, su perspicacia había visto un peón anómalo en el tablero de ajedrez, que no tenía que estar allí. Había encontrado un fallo en Matrix. Quiso averiguar para salir de dudas, y ojalá que el compañero de la noche estuviera equivocado.

La aventura nocturna continuaba. Aquel italiano cosmopolita le acompañaría a presenciar el cuerpo del piloto carbonizado. Subieron a sus propios vehículos y se dirigieron hacia ese lugar, donde les esperaba un tremendo y grotesco encuentro.

30

Sábado, 01:00
Obitorio, Salt,
nueve horas después del accidente

Difícil, esa era la palabra que definía la situación en la que Bruno iba a encontrarse. Nadie te prepara para ver un cadáver. No hay un curso, un libro, una conversación que te pueda preparar para ver un cadáver encima de una fría mesa de acero inoxidable. Hay situaciones en la vida para las que no estás preparado, o crees no estarlo, hasta que el destino te las pone delante y tienes que afrontarlas, por narices. Situaciones positivas o negativas. Situaciones constructivas o demoledoras que, cuando las tienes enfrente, te remangas el carácter y las afrontas, pase lo que pase.

A Bruno, nadie la había preparado para eso. En doce horas, su vida se había desmoronado y tuvo que afrontar unos momentos más difíciles e intensos que nunca. Nadie está preparado para ir a un obitorio.

Aparcaron delante de la instalación municipal. Todas las luces estaban apagadas, menos una en la entrada, como si alguien les estuviera esperando. El frío se había apoderado de su ánimo y de la noche. Una ligera niebla había bajado como un telón encima de la ciudad. Perecía hecho adrede, como si el destino hubiese querido que el momento que estaba por venir tuviera su teatralización, su ambiente adecuado. Que el aspecto de la ciudad fuera igual que el estado de ánimo de Bruno.

Desde luego que a él no le faltaba valor, incluso inconciencia. Se había atrevido a ir a ese sitio con el inspector, pero realmente no se había dado cuenta de lo que le esperaba y que encontraría allí dentro, hasta que estuvo delante de la puerta, antes de entrar. La fachada era estéril. Un edificio triste, gris, seguramente como tenía que ser. Con pocas ventanas y a esa hora sin visitas.

—¿Estás preparado? —preguntó el inspector, preocupado de lo que

iban a hacer—. ¿Estás seguro?

Bruno dio un profundo suspiro y contestó:

—No, pero tenemos que entrar.

El inspector había quedado con el responsable nocturno del obitorio para poder acceder al depósito de cadáveres. Era una petición excepcional para una situación excepcional. Jordi era una persona que no solía pedir favores, más bien los hacía, pero cuando pedía uno, todo el Cuerpo de policía hacía lo imposible por cumplirlo. El chico que le estaba esperando en el obitorio, lo estaba haciendo fuera de su horario de trabajo. Porque también él, como muchos otros, le debía mucho a Jordi Roca.

—Bona nit, inspector —dijo el joven.

—¿Cuántas veces te he dicho que me llames Jordi? Te debo una —dijo con una tímida sonrisa y haciendo un geste casi cariñoso. Bruno se sorprendió. Era la primera vez que veía sonreír a su compañero. No se lo imaginaba hacer eso por alguien, menos aún en el puesto de trabajo.

—No me debes nada, Jordi. En el mejor de los casos, te debo yo una menos.

—Pasamos hacia el depósito. ¿Puedes esperar media hora?

—Claro, no tengas prisa, puede ser incluso una hora. Te espero aquí.

El inspector le regaló otra sonrisa a su interlocutor agradeciéndole, e hizo una señal a Bruno para que lo siguiera. Empezaron a recorrer un pasillo de color ocre, triste como todo el sitio en el que se habían metido. Bruno Malatesta se daba cuenta que eso era verdad, iba hacia uno de los momentos más tristes de su vida. Le seguía al inspector por inercia, porque tenía que hacerlo, pero no quería. Incluso su mente le estaba boicoteando, le estaba diciendo que no tenía por qué hacerlo, que no hacía falta. No hacía falta ver el cadáver. ¿Por qué se había metido en ese fregado?

Pero la sensatez y el sentido de responsabilidad prevalecieron sobre los otros pensamientos. Con solo pensar en todo lo que había movido el inspector para que estuviesen dentro de un obitorio a la una de la noche, no podía echarse atrás. El pasillo era largo, interminable. Olía a lejía, a minuciosa desinfección. Parecía el olor de un quirófano.

Bruno no emitía sonido alguno, sus zapatillas Adidas eran silenciosas. Sin embargo, los zapatos negros del policía con sus suelas de cuero sonaban de una forma estremecedora en ese pasillo, como una marcha fúnebre. Era un momento nefasto, un momento para olvidar. Un mal trago que seguramente dejaría huella en él, igual que toda la situación en la que estaba absorbido.

Bruno le estaba agradecido al inspector. Si no hubiera sido por él, no habría podido entrar allí. El destino había movido las cartas de una

forma peculiar. Para saber por qué se habían encontrado, solo tenía que seguir caminando a través de esa noche que seguramente nunca olvidaría.

Jordi se paró. Se detuvo delante de una puerta al final del pasillo. Pasaron unos segundos, parecía como que se estaba dando tiempo, o quizás se lo daba a su acompañante. Era un momento difícil, Jordi sentía como el italiano estaba absorto en una sensación difícil de digerir. Después de esos instantes se giró, miró en la cara al italiano y le lanzó la pregunta:

—¿Estás listo?

Bruno lo miró a los ojos y asintió con la cabeza. Luego bajó la mirada al suelo.

El inspector abrió la puerta y entraron los dos en el depósito de cadáveres.

El lugar era un espacio enorme y poco iluminado, donde se respiraba muerte. Un entorno gris y triste.

Jordi iba encendiendo paulatinamente las luces, unos fluorescentes cuadrados que adornaban un falso techo. El suelo era verde, de una resina plástica como la de los parkings subterráneos. En la parte derecha, toda la pared estaba forrada por placas de aluminio. En la izquierda, unas puertas metálicas cuadradas cerraban las neveras donde se guardaban los cuerpos. Había muchas, en tres filas, una sobre otra, por toda la pared. El silencio estaba roto por el zumbido continuo de las máquinas refrigeradoras que mantenían los cuerpos a una temperatura controlada.

En el centro de la sala, tres mesas de acero inoxidable. Encima de cada una de ellas había una luz telescópica y una cámara enganchada al techo. Al fondo de la habitación, dos enormes puertas que parecían dos ascensores. Ninguno de los dos sabía a dónde se dirigían. Tampoco quería saberlo.

Bruno se sentía incómodo. Era la primera vez que entraba en una sala con esa función. Lo había visto muchas veces en la televisión, había leído muchas historias de thriller y de asesinatos en los libros. Pero nunca se hubiera imaginado que un día entraría en uno de esos sitios.

—Tengo que advertirte de algo —dijo el inspector girándose hacia su compañero—. Bruno, normalmente lo que se hace en el reconocimiento de un cadáver, es enfocar con una cámara en blanco y negro el cuerpo, y los familiares que se encuentran en otra sala lo miren en una pantalla. Esta es la praxis habitual. Viéndolo como en televisión, la impresión es menor.

—Comprendo perfectamente.

—Sé que eres una persona inteligente, pero antes quería preguntártelo: ¿estás seguro de querer verlo así, en directo y sin

filtros?

—Sí, lo estoy —dijo después de un suspiro—. Hemos llegado hasta aquí por algo.

Jordi abrió el WhatsApp y buscó el contacto de su amigo, el forense.

—El cadáver se encuentra en la celda B 4. B es la altura, y 4 es la fila. Fila 1, fila dos, fila 3, fila 4. Altura B, la del medio. Perfecto, ya la tenemos.

Era la primera vez que Jordi hacía eso, además, sin su amigo, el forense. Parecía estar jugando a la caza del tesoro, pero en ese caso era un juego macabro y sin premio.

Jordi cogió la palanca de aluminio y la tiró con fuerza para abrir la tapa. En el momento de abrirla se percibió un soplo de aire como si hubiera respirado el lóculo. Se había perdido la presión del aire del interior y el aire de la habitación había entrado. Como cuando se abre una bolsa al vacío. De la misma manera, al abrir esa compuerta salió un aire helado, mucho más frío que el de la noche en la que estaban y mucho más frío que la sangre que salía del corazón de Bruno. Un aire que te puede cortar en dos. Un viento que olía a muerte, a carbón, a fuego. Un remolino de aire que clavó aún más hondo el puñal en el pecho de Bruno.

Una vez abierta la tapa, el inspector agarró la base de la mesa extraíble que estaba dentro del lóculo con el cadáver encima, y tiró hacia fuera hasta que estuvo completamente extraída.

Allí estaba el cadáver. Guardaron un momento de silencio que se podía cortar con un cuchillo como la mantequilla. Para que el impacto se hiciera menos brutal, el destino había querido que el cuerpo carbonizado del piloto estuviese en una funda negra con cremallera.

Jordi se dio la vuelta, se puso en frente y Bruno se quedó por el otro lado del cadáver. Con la mano derecha pasó por encima de la funda negra y a la altura de la cabeza agarró el tirador del cursor de la cremallera. Se detuvo un momento, aguantándolo con el brazo suspendido en el aire. Levantó la cara y miró Bruno. Cuando este vio que se había parado y le miraba, hizo un gesto de afirmación con la cabeza, como para darle el permiso de seguir.

Con fuerza, el inspector abrió la cremallera de una sola tirada, desde la cabeza hasta los pies. El ruido estremecedor del cursor al desplazarse resonó en toda la sala, como las campanadas de una iglesia anunciando un funeral. La funda se abrió por la mitad, dejando a la vista el cuerpo carbonizado del piloto.

De golpe, la caja de Pandora se había abierto. Se hizo silencio y los segundos se arrastraban dejando en él marcas profundas. Bruno estaba sacudido sin piedad. La realidad tiraba de él como de un saco de patatas. El momento había llegado, delante tenía al que había sido por

tantos años su mejor amigo. En la peor de las posibilidades. El destino no había pedido permiso, simplemente no había sido clemente.

Eso era demasiado duro. Tener delante un cadáver carbonizado, con el olor que desprendía, a plástico quemado inhibido por el frío que conservaba el cuerpo, era algo muy duro. El piloto seguía con el casco puesto y con el mono de carreras. El atroz espectáculo que Bruno tenía delante le había bloqueado el corazón y todos los órganos internos, pero no el cerebro.

Tenía la sensación de que iba a desmayarse, sus fuerzas empezaban a ceder. Lo que estaba viendo era algo atroz, nunca había probado tanto dolor como en esos momentos. Se sentía como cuando iba a hacer las analíticas y le sacaban sangre hasta que se desmayaba. Después empezó a dejar de ver lo que tenía delante. Dejó de escuchar el zumbido de las neveras. Su mente le estaba traicionando.

Se vio inmerso en un gusano del tiempo, teletransportado en otros momentos de la vida. A algunos los interpretaba y a otros no los reconocía. Los recuerdos pasaban como diapositivas en medio de este túnel que corría a toda velocidad, primero a la derecha, luego a la izquierda, y así sucesivamente. No se lo explicaba, era como cuando dicen que mueres y te pasa toda la vida por delante. Le sucedía lo mismo, pero estaba sintiendo los sentimientos de otra persona, como si hubiera vivido los últimos momentos de la persona a la que más había querido.

Hasta que ese túnel acabó y se vio catapultado en ese terrible lugar y ese inapropiado momento. De repente volvió a oír el ruido de las neveras y a tener delante el cadáver. No se lo explicaba. Tampoco era el momento de preguntarse qué era lo que le acababa de suceder.

El plástico del casco se había fundido por la altísima temperatura que había cogido la combustión del coche, se veía fusionado con la cara del piloto y con la ropa. La estrecha franja que se veía a través de la visera fundida era negra. No se entendía si era frente, ojos o qué parte de la cara se entreveía. Bruno tampoco quiso pararse a entenderlo. El resto del cuerpo había perdido la forma debido a la altísima temperatura. Todo estaba cubierto por el mono, por los guantes y los zapatos. Todo quemado. El mono de carreras que inicialmente era blanco y rojo ahora era negro como el carbón.

Bruno seguía con los ojos desorbitados por él espectáculo grotesco que estaba viendo. Jordi se había dado cuenta que estaba empezando a respirar con dificultad y cada vez más rápido, con respiraciones más breves. El italiano estaba entrando en una crisis de ansiedad. Tenía que evitarlo.

—¡Eh, eh! —exclamó Jordi. Se le acercó, lo cogió por la espalda y lo apartó de delante del cadáver—. Respira, respira hondo conmigo. Inspiiiraa y expiiiraa… ¡Otra vez! Inspira, expira. Muy bien, así, sigue,

otra vez inspira, expira, ¡fantástico! —le dijo Jordi, que acababa de evitarle una crisis de pánico. Se quedaron varios minutos mirando hacia otro lado y respirando tranquilamente, hasta que Bruno se tranquilizó, volvió a sentirse más seguro de sí mismo y volvieron a lo que estaban haciendo.

—Ten, ponte estos —le dijo el inspector y le acercó un par de guantes de cirujano, de látex de color azul. Después, con una mano sacó el teléfono móvil del bolsillo del pantalón. Volvió a entrar en el WhatsApp donde tenía el mensaje de su amigo, que le había añadido un video corto. Antes de apretar el botón del play y ver el contenido junto con el italiano, quiso aclarar algo:

—Bruno, el cuerpo de tu amigo entró muy tarde —empezó el inspector de una forma pausada y tranquila, intentando advertirle de lo que iba a hacer en ese momento—. No obstante, le pedí a mi amigo que hiciese una rápida revisión antes que se fuera para el fin de semana. Es decir, le pedí que le echara un vistazo antes de esperar una autopsia. Esta la harán la semana que viene, debido a la naturaleza del accidente. ¿Te parece que miremos el video juntos?

—Claro. Muchas gracias por todas las molestias que… —conmovido, se quedó callado por unos instantes—, que te estás tomando.

—Vamos.

El inspector apretó el botón de play. Agarró el móvil con la mano izquierda a la altura de su hombro para que también el italiano pudiese ver y escuchar lo que su amigo, el forense iba a decir en esos pocos minutos de grabación. El video estaba grabado justamente en la misma sala donde se encontraban los dos en ese momento. Aparecía un hombre con barba escondida debajo de la mascarilla y traje blanco aséptico, para no contaminar el cadáver que tenía delante, y que se entreveía.

No era un selfie, alguien estaba sujetando su móvil y grabándole como si fuera su ayudante que le seguía los pasos. Era un hombre apacible, tranquilo, muy calmo y delataba una larga carrera en esa profesión. Eso daba tranquilidad a Jordi, porque, aunque él se hubiera hecho una idea por encima, normalmente su margen de error era mínimo.

—"¡Hola Jordi! ¿Cómo estás? He intentado hacer un pequeño análisis pre-necropsia de una forma muy acelerada, para satisfacer tu urgencia. Como podrás entender, este video no es oficial, solo lo hago para ti, en base a la apariencia externa y basándome exclusivamente en mi experiencia como forense. Todo lo que te voy a decir, tómalo como algo provisional".

Una vez que acabó de hablar el forense, la persona que le aguantaba el móvil empezó a quitarle del primer plano y pasar sobre

el cadáver carbonizado. Era exactamente igual a como lo tenían ellos delante. La misma posición, la misma altura y la misma camilla. Solo unas horas antes.

El forense, que llevaba unos guantes de látex de color azul, aguantaba unas pinzas muy finas y largas.

—"Como puedes ver, los restos mortales son totalmente carbonizados. Hay poco que señalar. El único aspecto que me gustaría remarcar es que todo apunta a que el deceso no se ha producido en el momento del accidente. Creo que, por cómo está el esófago, por unas señales internas observadas con una sonda telescópica, ha inhalado aire ardiendo cuando el coche se estaba quemando. Eso demostraría que no ha muerto por el impacto, sino quemado vivo. Con unos análisis sabremos en base a los niveles de adrenalina que tenía en la sangre, si estaba consciente o, al contrario, estaba inconsciente en el momento de la defunción. Pero en mi humilde opinión, el individuo no se ha enterado de nada. He observado que la caja torácica había sido aplastada por el fuerte impacto. El lunes sabremos la causa de la defunción con la extracción de los órganos y practicaremos el análisis de ortodoncia forense para confirmar la identidad".

En el video volvió a aparecer al médico forense.

—"Jordi, todas son suposiciones. Hablamos la semana que viene. Dales recuerdos a tus hijas y a esa santa mujer que tienes, y que aún sigue aguantándote. Espero que este video te haya podido servir de algo".

El forense acabó de hablar y la persona que le estaba grabando siguió hasta que él dijo "Vale, corta" y el video se acabó.

Bruno se encontraba más perplejo que antes. Los dos se miraron a los ojos como para buscar la complicidad del otro, porque habían entendido unos detalles importantes.

—Quieres que lo vuelva a poner? —preguntó el inspector.

—No, no hace falta.

El inspector cerró la aplicación de mensajes y se metió el teléfono en el bolsillo de la americana. Mientras tanto, el italiano, pensativo, miraba fijamente el cadáver.

—Me permites mirar una cosa? —le preguntó al inspector.

—Tú mismo.

Bruno palpó las manos del cadáver para ver si encontraba algún objeto metálico. El cadáver no llevaba ningún tipo de anillo. Entonces se acordó y miró sí el cadáver llevaba reloj. Lo inspeccionó con los guantes azul y se sorprendió al constatar que el piloto no llevaba ningún tipo de reloj. Eso le extrañó.

—Sabes sí es posible que le hayan quitado sus efectos personales? —preguntó Bruno.

Jordi movió la cabeza negando.

—Creo que no. Pero es muy tarde para preguntar eso a los forenses. Si quieres, mañana por la mañana lo podemos preguntar. ¿Por qué lo dices? ¿Qué es lo que te ha extrañado?

—Jean llevaba siempre puesto el Rolex Daytona de su padre. Normalmente lo llevaba también cuando corría, pero no estoy seguro si ayer lo tenía puesto. No sabría decirte.

Bruno se había quedado pensando. A lo mejor eso no tenía ningún tipo de importancia. O quizás sí. De todos modos, tampoco era algo determinante en ese momento. Un detalle inútil. Posiblemente, debido al fin de semana complicado que había tenido, se le olvidó el reloj en la habitación de hotel.

—Necesito tomar aire —dijo Bruno al inspector.

—Claro. Vete fuera, yo me ocupo de arreglar esto.

Bruno se quitó los guantes, apretó el pedal de pie abriendo la tapa superior del cubo de basura que tenía al lado y los tiró dentro.

Volvió a cruzar ese pasillo de color ocre que le había llevado a la sala de los cadáveres. Esta vez lo hizo al revés y en silencio. Sus zapatillas no hacían ruido. Tenía la mente en blanco y necesitaba aire. Apresuró el paso, estaba a punto de volver a entrar en un ataque de ansiedad. Al primero había conseguido evitarlo gracias a la rápida intervención del inspector, pero ahora no estaba, se había quedado atrás. Empezó a correr, el corazón aceleraba los latidos y cada vez más le faltaba el aire. Abrió la puerta del vestíbulo dónde estaba la persona que los esperaba, y sin prestarle atención, con tres pasos gigantes llegó hasta la puerta de acceso.

Por fin aire, por fin aire fresco. Empezó a respirar profundamente. Se dio cuenta que físicamente estaba bien, lo que sentía era el efecto del látigo emocional. Todo el malestar que no había manifestado delante del inspector y del cadáver, se estaba manifestando en el momento de salir del obitorio.

Respiró hondo. La ligera niebla que había bajado sobre la ciudad entraba en sus pulmones para santificarlos. Se desabrochó la chaqueta de cuero para contrarrestar el calor que le había entrado al correr hacia fuera. Poco a poco, la respiración se fue tranquilizando. Sentía como el frío y el oxígeno hacían efecto en su cuerpo. El pulso volvió a la normalidad. La respiración volvía a la cadencia normal. Ya se sentía mejor. Había sido muy duro para él. Habría sido duro para cualquier persona. Pero había hecho honor a su responsabilidad y a la amistad que había tenido con Jean, su piloto, su hermano.

Miró alrededor. La ligera niebla que escondía los edificios seguía decorando el paisaje en torno al obitorio. Habían pasado dos larguísimas pero fugaces horas en ese edificio. No habían conseguido gran cosa, solo detalles, matices que podían servir o no. Por una parte, se arrepentía de haber ido allí, pero por otra, creía que, si el destino

los había llevado hasta ese sitio, a él y al inspector de policía, era por algo. Y en eso, Bruno no se equivocaba. Sólo que él no lo sabía, aún era consciente.

—El agente me ha dicho que has salido corriendo. ¿Estás bien? —preguntó el inspector sorprendiéndole al llegar por detrás.

—Sí, sí, nada. Un momento complicado, pero ya estoy mejor, gracias.

El inspector puso la mano derecha sobre su hombro y le dijo:

—Lo que acabas de hacer es un acto de valentía. No todo el mundo hubiera aguantado lo que has aguantado tú esta noche. Puedes sentirte muy orgulloso de ti mismo.

Bruno no dijo nada, simplemente le enseñó una sonrisa forzada, casi falsa, sin dar valor a lo que acababa de decir el inspector. Creía que lo que acababa de hacer era lo que tenía que hacer, quitando todo el valor a su coraje.

Había sido una noche larga. Ya eran las 3:00 de la mañana, y era el momento de despedirse. Jordi tenía que volver a casa, a sus hijos y a su mujer. Bruno iba a coger el Tycan verde para hacer el camino de vuelta hacia Lloret de Mar, donde su cama de hotel le estaba esperando para concederle un poco de tregua. Eso era lo que pensaba Bruno, hasta que el inspector le dijo:

—¿Me esperas mientras me fumo el último cigarrillo del día? O, mejor dicho, el primero, por la hora que es.

31

Sábado, 03:00
Aparcamiento del obitorio, Salt,
once horas después del accidente

El inspector tenía dos vicios y uno de ellos no era sano. El primero era la adicción a llevar a su hija pequeña al cine. Era un cinéfilo apasionado, todos los viernes iban. Podía llover, podía nevar, podía pasar lo que pasase, pero él y su hija pequeña iban al cine. Ellos decían: "Quién nos quiere, que nos siga". Así que el resto de la familia tenía que hacerles caso y seguirles.

El otro vicio que tenía, también legal pero no tan benéfico ni sano, era fumar. Era la eterna excusa, salir de la comisaría e ir al parking a hacerse un cigarro. Era la excusa para hablar con los agentes de la comisaría que estaban bajo su orden. Jordi no fumaba cuando conducía, era demasiado estricto como para hacer dos cosas a la vez mientras controlaba un coche. Dos manos sobre el volante, la mirada siempre en frente y el móvil en modo avión. Eso sí, antes de entrar en el coche y muchas veces cuando salía, caía un pitillo. Daba igual la hora que fuese, la temperatura que hiciese e incluso si tuviera prisa o no. El pitillo era tradición, y las tradiciones hay que perpetuarlas y respetarlas.

Ese día no era de menos, era su debilidad, más aún si podía compartir ese ratito con una persona como Bruno. En el parking de delante del obitorio, estaban relajándose, disfrutando de la fresca y la tranquilidad del momento. También estaban comentando lo que acababan de vivir en el edificio de enfrente. Eso, a Bruno le había ido grande y a Jordi inesperado. Pero ya había pasado. La conversación estaba ya a punto de acabar, igual que el pitillo. Y ellos, a punto de despedirse e ir a descansar.

Pero de repente sonó el móvil de Jordi. Los dos se extrañaron por la llamada a esas horas, y se miraron a los ojos. Para Jordi, que recibía pocas llamadas incluso durante el día, a las 3:00 de la mañana era

algo extremadamente excepcional.

Sacó el móvil del bolsillo de la americana y miró la pantalla. Era un número interno, un número corto que utilizaban solo entre los teléfonos de los Mossos d' Escuadra.

—¡Qué raro, es un número corto! Es decir, un agente que me está llamando —dijo el inspector mirando a Bruno, con gesto de sorpresa en la cara.

Apretó el botón verde y dijo a secas:

—Roca.

—¡*Bona nit! ¿Es l' inspector? ¿L' inspector* Roca?

—Sí, soy yo.

—¡*Bona nit!,* inspector. Perdone por llamar a estas horas. Somos los agentes Martínez y Aiguafreda. Lamento molestarle a usted, pero creemos que, debido a la naturaleza de mi llamada, valía la pena despertarle —habló orgulloso de lo que iba a decir, pero también temeroso de haberle despertado.

—Estoy de servicio. ¡Dispara! ¿Qué ha pasado?

El agente Aiguafreda suspiró.

—Desde la central de Gerona 2 nos han enviado urgentemente a Tordera, a la casa del guardia que no se ha presentado esta noche a su puesto de trabajo, en el parque cerrado del rally Costa Brava.

—Sí, lo sé, os he hecho enviar yo —le interrumpió el inspector—. ¿Y bien?

—Pues, hemos llegado y hemos encontrado la casa abierta y al guardia.

—Entonces, ¿todo bien?

—Sí, todo bien, sí. Aparte de que el pobre hombre está boca abajo en el suelo de la cocina, en un charco de sangre y con una brecha en la espalda.

Sorprendido, Jordi miró alrededor sin ver nada, simplemente pensando. Dio una calada a su cigarrillo tan merecido de la noche y preguntó:

—¿Creéis que lleva mucho tiempo muerto?

—Creemos que lleva muchas horas, el gato está hambriento. —De fondo se oía un gato maullando.

—¡Vale, vale! Andad con cuidado para no tocar nada, para no contaminar la escena del delito. Llamad a la central, informad del suceso, y que envíen rápidamente los científicos a coger huellas y pruebas.

—¿Y qué hacemos con el gato?

—¡Que le den al gato, no me jodas! Os lo repito: ¡no toquéis nada!

Mientras seguía dando órdenes muy claras a los agentes de la casa del guardia, Jordi iba mirando también a su compañero, con aire misterioso, con ganas de explicarle algo que podía cambiarlo todo,

algo que podía girar el sentido de la noche.

El inspector colgó la llamada con sus compañeros. Se guardó el teléfono móvil en el bolsillo. Dio una última calada a su cigarrillo, lo apagó y lo tiró debidamente a una papelera al lado de la puerta del edificio. Se acercó al italiano y soltó la bomba:

—Puede que tengas razón.

Bruno, con cara de curioso y de no haberse enterado de la película, esperaba a que acabase su compañero.

—Los agentes que han ido a la casa del guardia, la han encontrado muerto, con una cuchillada en la espalda. Y apostaría que no se la dio el gato, al que encontraron hambriento. Mucha coincidencia ¿no crees? No sé si al final resultará que fue un accidente, o está relacionado con lo de tu amigo, pero desde luego que creo que hay que investigar en esa dirección.

Bruno Malatesta se había quedado sin palabras. No se imaginaba que podía torcerse tanto el accidente.

¿Qué tenía que ver el guarda con el accidente de su amigo? ¿Tenían relación? Y, sobre todo, ¿por qué tenía alguien que hacer callar a un guardia de seguridad?

Para Bruno era muy pronto para poder encajar todas las piezas del rompecabezas.

—¿Te apetece venir conmigo a la casa del guardia?

—Por supuesto. La noche no ha acabado.

El inspector y el italiano se acercaron a sus coches.

—Bruno, ¿quieres dejar aquí tu coche y venir conmigo en el mío? Así aprovechamos y vamos hablando hasta allí.

El italiano dejó la furia verde aparcada delante del obitorio y aceptó la propuesta del inspector.

Una llamada había cambiado por completo el rumbo de la noche. ¿Empezaba a salir algo de luz en esa obscuridad, o era una pista falsa? Pero era el único indicio que tenían hasta ese momento.

¿Una llamada destinada a infundirles esperanza, o a confundirlos y a complicar más el caso? Todo para averiguar, ni más ni menos. Solo quedaba una opción, tirar del hilo hasta conseguir llegar hasta la verdad.

¿Ha sido un accidente la muerte de Jean, o fue un asesinato?

32

Sábado, 03:30
Camino a Tordera,
once horas después del accidente

La peor decisión de la noche. Nunca se hubiera imaginado Bruno cómo estaría después de haber tomado esa decisión. Tenía que haber ido hasta la casa del guardia con su coche. Llevaban pocos kilómetros y ya empezaba a sentirse mal, con ganas de devolver. El inspector tenía una manera muy peculiar de conducir. Hacía movimientos bruscos e inexplicables de un lado a otro sin previo aviso, frenaba en el último momento entrando en las rotondas. La carretera estaba vacía, no se podía imaginar cómo fuese ese buen hombre conduciendo con tráfico. Desde luego que había sido la peor decisión de la noche.

Lo había pasado fatal en el obitorio, una de las situaciones más complicadas de su vida, que encogió todos sus órganos hasta crearle unas nauseas sin control, hasta llevarle casi a perder la consciencia. Pero ir de copiloto en el coche del inspector no se quedaba atrás. No se podía imaginar quién le había dado el carnet de conducir. Desde luego que el Cuerpo no. Por lo poco que conocía a los Mossos, eran personas a las que veías por la calle tranquilas y conduciendo de forma civilizada. Jordi Roca tenía que ser la excepción.

Eran las 3:30 de la mañana. La carretera estaba absolutamente vacía. La ligera niebla que había bajado en la ciudad de Gerona se estaba intensificando paulatinamente, mientras el vehículo se alejaba del centro. Las altas farolas que iluminaban la carretera empezaban casi a desaparecer, escondidas por la manta blanca de la noche. El frío seguía siendo punzante y, a Bruno, eso le había hecho bien al salir del obitorio para recuperarse, pero él era un hombre de calor, no soportaba el frío. Había ido a vivir a Marbella precisamente por el buen clima de esa tierra. El frío era una consecuencia colateral de salir de su tierra adoptiva.

El Seat León destartalado tampoco ayudaba con la situación. Ese

coche debía de tener por lo menos veinte años, aunque el inspector lo mantenía cuidado, dentro de lo que podía, con las revisiones en orden y todo lo que tocaba. Pero al pobre coche se le notaba que llevaba mucha carretera encima. Eso estaba pasando factura al italiano.

—¿Cada cuánto os cambian los coches? —preguntó tímidamente el italiano.

—¿Como dices? —se sorprendió el inspector por la pregunta que rompió la concentración que mostraba conduciendo, como si en ese instante se hubiera dado cuenta que tenía un pasajero al lado—. ¿A qué te refieres?

—Al Seat León en el que vamos. ¿Te lo entregó el estado? ¿Cada cuánto os lo cambian?

—¡Aaaah! —exclamó de repente, acabando de entender de lo que estaba hablando Bruno, como si hubiera recibido un cubo de agua fría en la cabeza. Se volvió a incorporar de golpe—. Cada tres o cuatro años.

—Pero este, tendrá por lo menos 15.

—Ya, pero ¿por qué cambiarlo si aún funciona? —contestó extrañado por su pregunta y odiando el consumismo de la sociedad en lo que se refería a coches—. Cuando caerá muerto, pediré otro.

La pregunta del italiano había roto el silencio que reinaba en el coche. Se tardaba casi una hora en llegar al pueblo de Tordera, donde se encontraba la casa del guardia. Hacía tiempo que el hielo se había roto entre ellos dos, por lo que empezaron a hablar de banalidades de la vida, lo que les ayudó a hacer más liviano el viaje hasta el destino. Hablando, y con la ventanilla bajada unos pocos centímetros para sentir aire fresco en la cara, Bruno Malatesta estaba recuperándose del mareo.

Las futilidades se vieron interrumpidas cuando Bruno soltó una bomba sobre la mesa.

—Tengo que explicarte algunas cosas.

—¿A qué te refieres? —contestó intrigado el inspector.

—Creo que es necesario que conozcas esta historia para seguir adelante con la investigación, y que veas que es muy probable que nada de esto fuera al azar. Que puede que no fue un accidente.

Con eso, Bruno consiguió atrapar el cien por cien de la atención del inspector. Esas eran frases misteriosas. El problema era que, cuanto más intrigado estaba el inspector, peor conducía.

—Quiero explicarte la siguiente historia: Jean quería ir a vivir en París con Claudia, la mujer a la que amaba. Llevaban varios años de relación, pero hace unos meses tomaron la decisión de formar una familia. No estaban decididos sobre la fecha, parecía ser algo muy repentino. Esto me lo explicó el jueves por la noche, cuando cenamos juntos. Me pilló de sorpresa hasta a mí. ¿Crees que esto pudo haber

influido en nuestra historia, Jordi?

—No, la verdad es que no lo creo, no sé qué decir —contestó el inspector extrañado y preguntándose por qué le decía eso. ¿Cómo podía influir una historia de amor en todo lo que ellos estaban investigando—? ¿Qué tiene que ver en esto, lo que me estás contando?

—Claro, tienes razón, no te he dicho el detalle más importante: Claudia es la mujer de Marc Nerón, el piloto que está ganando el rally Costa Brava. Sin Jean en la competición, va a ganar el campeonato de rally de Europa. Es su eterno rival ya desde que eran niños.

El inspector, sorprendido por lo que le acababa de explicar el italiano, empezó a sacar sus conclusiones y a reaccionar como poseído.

—¡*Ja, ho tenim!* ¡*Ja, ho tenim*! Entonces, está todo muy claro, acabo de verlo claro clarísimo. Marc Nerón, para vengarse de lo que le estaba haciendo su enemigo y porque le había puesto los cuernos, lo ha matado. Lo tengo clarísimo. Quería quedarse con su mujer, no quería perderla, aunque le era infiel. Y por supuesto, ganar el rally y ser el mejor. ¡Ya tenemos al asesino de Jean!

Bruno, mientras lo escuchaba, pensaba que todo eso no cuadraba, que eso no podía ser tan sencillo.

—¡¿Pero por qué no me has dicho todo esto antes?! —preguntó gritando el inspector, sin soltar el volante ni un segundo y sin mirarle a la cara.

—Jordi, por favor, entiéndeme. Es información extremadamente confidencial. No voy contándola por ahí a las personas, nadie lo sabe y tiene que quedar así —contestó como pidiéndole un favor—. Espero que entiendas que no puedo decir esto a todo el mundo. En las últimas horas has ganado mi confianza y he creído oportuno decírtelo.

Jordi se desinfló de golpe por la agresión verbal que le acababa de hacer el italiano, sin intención alguna.

—Hay muchas cosas que no cuadran —siguió Bruno—. ¿Qué tiene que ver él guardia con todo esto? ¿Por qué ha sido asesinado? ¿Sabía algo? ¿Qué era tan importante o comprometedor, como para ser asesinado? ¡No lo sé Jordi! No me acaba de convencer todo esto.

—*Res de res.* Ya tenemos el motivo, tenemos la cabeza, tenemos el lugar de los hechos. Creo que cuadra todo. Mañana por la mañana iremos a visitar a nuestro amigo Marc Nerón. Una bonita visita de cortesía. Le haremos unas preguntitas, vaya que sí.

—Jordi, no cuadra nada. ¿Qué tiene que ver en todo esto el guardia? —dijo, pensativo, mirando afuera por la ventanilla y disfrutando del aire fresco que le daba en la cara.

—Ahora lo veremos, pero yo creo que todo encaja —concluyó el inspector, convencido.

Estaban llegando Tordera. El viaje le pareció a Bruno más corto de lo que pensaba, aunque al principio le había revuelto todo el estómago. Había desvelado un secreto que le había entregado con tanta confianza su amigo Jean, el día antes de su accidente. Los remordimientos de consciencia lo estaban pinchando. ¿Había hecho bien en decírselo al inspector? ¿Tenía que habérselo guardado y respetar la intimidad de su mejor amigo? ¿Habría ayudado ese detalle, compartiéndolo con el inspector? Por un lado, la integridad de su amigo había sido violada, pero, por otro lado, pensó que lo había hecho con la mejor de las intenciones. Con el fin de desatar ese nudo investigativo en los que se encontraban totalmente sumergidos. Su intuición le decía que lo que acababa de hacer fortalecía la confianza entre él y la persona con la que el destino le había juntado. Aunque solo el tiempo lo demostraría.

Al llegar al pueblo donde se encontraba la casa del guardia, se dio cuenta que todo podía cambiar de un momento a otro. Las luces azules de los coches patrulla se veían a lo lejos.

Ya estaban cerca.

33

Sábado, 04:00
La casa del guardia, Tordera,
doce horas después del accidente

Las sorpresas no se habían acabado. Todo apuntaba a que esa noche les reservaba muchas más, pero no estaba dispuesta a soltarlas todas de golpe. Habría sido demasiado fácil y, sobre todo, muy poco divertido. Así que las soltaba a cuentagotas.

Entre el inspector y el italiano se estaba forjando la confianza, la misma confianza que no se compraba en ningún sitio, sino que se ganaba a pulso. El amor, la confianza, el respeto y muchos otros sentimientos de la gente siempre necesitan un ingrediente, el tiempo.

Sin embargo, la confianza que se había creado entre esas dos personas se basaba en las pocas horas que pasaron juntos desde que se conocían. Entre ellos, el tiempo, ese ingrediente necesario, lo habían compensado con la intuición.

El destino había orquestado que se conocieran, que sus caminos se cruzaran. Tenía pensado un plan mayor, que Jordi y Bruno desconocían totalmente. La venganza de la suerte había contratado a esas dos personas para devolver con intereses lo que alguien había perpetrado desde hacía meses. Feroz. Inteligente. Mezquino. El plan en el que se habían encontrado envueltos era todo eso.

Estaban fichados para crear la fuerza del rebote. La energía con la que la misma vida te devuelve todo cuando haces daño a las personas. Ellos no eran conscientes de estar involucrados en esto. Tampoco se sentían títeres de un poder superior. Tenían presagios, intuiciones, pero ni de lejos se podían imaginar quién les había fichado para ayudarles. La gran cuestión era si conseguirían ellos llevar a cabo lo que el destino quería que hiciesen.

Tordera estaba sumergida en la niebla. La homogeneidad cromática de la noche se veía rota por el artificial y chillón azul de las sirenas. La

bruma se había convertido en un conductor. La sombra azul se veía dos manzanas antes de las casas del guardia. La urbanización presentaba una imagen dantesca a esa hora. Cuanto más se acercaba el coche del inspector al punto de encuentro, más viajas y dejadas se veían las casas. La urbanización delataba una dejadez que uniformizaba las residencias de la zona.

Jordi aparcó detrás de una patrulla de los Mossos con las luces azules encendidas. No había ni un vecino que mirase por las ventanas. La soledad y la tristeza de esa zona era ensordecedora. Bruno Malatesta no estaba cómodo en ese lugar, se sentía desplazado, no por una cuestión de esnobismo, porque él venía de un pueblo humilde, sino porque notaba algo raro en el ambiente. Empezaba a estar cansado de tantos mensajes y tanta intuición, no estaba acostumbrado. De vez en cuando había sentido algo por el estilo, pero la insistencia que estaba notando en unas sensaciones que no dominaba, le estaba creando incomodidad.

Delante de la casa del guardia ya había llegado el camión de la funeraria, una furgoneta de la policía científica y una patrulla del Cuerpo de policía municipal.

—¡Vamos! —dijo Jordi después de apagar el motor del coche.

El investigador y el italiano bajaron del Seat destartalado. Como se había imaginado Bruno, el ambiente estaba muy cargado. La casa que tenían delante parecía casi abandonada. El jardín descuidado, con hierbas altas, la puerta de hierro oxidado, las fachadas de la casa, de un blanco sucio que delataba que hacía muchos años desde que habían sido la última vez pintadas. La niebla, la casa descuidada, el ambiente cargado, todo era para echarse a correr. Bruno no estaba acostumbrado a todo eso. Sin embargo, para Jordi, que ya venía con cierta experiencia en estas cosas a sus espaldas, era como ir a tomar un café.

Delante del edificio se encontraban los dos agentes que Jordi había enviado horas antes por puro instinto de momento, casi por una apuesta personal para convencerse de que había sido un mero accidente, nada más. Uno de ellos estaba hablando con la central por la radio, y el otro observando atentamente el coche que acababa de aparcar delante de la casa. Este último, viendo quién había llegado, se dirigió hacia la puerta del jardín para abrírsela al inspector.

—*¡Sis plau!* —dijo el agente a su jefe, mientras le hacía el saludo militar de respeto—. Soy Aiguafreda, yo le he llamado.

—¡Ah, sí! ¿Qué tal está el patio? —preguntó el jefe.

—La científica acaba de llegar y ha empezado con el protocolo. Estamos esperando al juez para ordenar el levantamiento del cadáver.

—Tenéis que avisar a la familia.

—Sí, se está ocupando la policía municipal.

—Desde que me habéis llamado, ¿habéis descubierto alguna cosa más?

—No, jefe, todo igual.

El agente acompañó a su superior hasta la puerta y este entró en el domicilio del guardia, que se encontraba abierto y vigilado por los agentes.

—Bruno, ¿quieres entrar con nosotros? —preguntó el inspector.

—Si no te importa… Siento la necesidad de venir contigo —contestó el italiano, como si algo le estuviera llamando desde dentro.

Entraros en el vestíbulo. El inspector y el agente cogieron el material de protección que los de la científica habían dejado en la entrada, para poder acceder a la cocina a lo que parecía ser el lugar del crimen. Primero se pusieron unos gorros para evitar que sus cabellos cayesen de forma involuntaria en medio del charco de sangre, luego unos cubre-zapatos y las batas de plástico blanco. Finalmente, se cubrieron las manos con unos guantes de látex. Mientras los policías se estaban vistiendo, el italiano también lo hacía, imitando cada operación que ellos hacían.

Una vez que los tres estuvieron vestidos como para entrar en un quirófano, el agente abrió paso para enseñar a los dos visitantes la escena del delito.

Bruno se sentía incómodo, todo eso le superaba. La mente le estaba boicoteando otra vez. Se preguntaba por qué estaba allí, él no era nadie para entrar en esa casa, tampoco habría descubierto nada, habría estado mejor en su cama, durmiendo. Pero si algo le había enseñado la vida, era precisamente eso, que sí el destino le había puesto en una tesitura, allí tenía que estar.

No obstante, era bastante duro. Ver dos cadáveres en un intervalo de pocas horas es algo muy duro. Y precisamente él, al que ni le gustaban siquiera las películas de miedo, ni de policías y criminales. Seguramente que la experiencia con su padre y la continua insistencia para que siguiera sus huellas había hecho efecto contrario en él, casi ignorando ese trabajo. Hasta esa noche, cuando se encontraba en los zapatos de su padre, investigando lo que él creía que podía ser el asesinato de su mejor amigo y viendo un cadáver tras otro. Una noche de niebla. ¿Quién se lo hubiera dicho?

Entraron en fila india, primero el agente abriendo paso, segundo el inspector y tercero, el invitado de honor. El agente había empezado a mencionar todo lo que habían encontrado y daba su opinión sobre las cosas. El inspector le estaba escuchando con atención. Sin embargo, el italiano estaba entretenido viendo la dejadez que había en esa casa. Parecía la casa de un soltero que no se cuidaba, sin una persona de apoyo que limpiara los muebles obsoletos y el resto de los objetos que allí se encontraban.

Para acceder a la cocina desde el vestíbulo de la entrada, se tenía que atravesar un pasillo que pasaba por delante de la sala de estar.

Llegado allí, Bruno giró la cabeza por curiosidad. En el interior dominaba el color ocre de un papel viejo casi despegado de las paredes, que delataba que hacía años que no se reformaba la casa. Una butaca de terciopelo marrón estaba puesta delante de la pantalla de televisión. Esta, de un tamaño considerable, parecía recién comprada y era lo más nuevo que había en toda la casa. La mesita de al lado de la butaca estaba repleta de túper-s, tenedores sucios y latas de cervezas vacías. En esa misma habitación comedor, la mesa estaba llena de trastos polvorientos, como si nadie hubiese limpiado por allí semanas enteras.

Siguieron por el pasillo decorado con cuadros de fotos de niños, con telarañas acumuladas encima, que recordaban una lejana felicidad que había existido quizás, en esa casa.

Finalmente entraron en la cocina. Allí había una mesa redonda a la derecha, una pequeña televisión colgada en la pared, a la izquierda la cocina de gas y en el fondo dos ventanas que daban luz al ambiente.

Justo en el centro, el cadáver del guardia, navegando en un charco de sangre seca que llegaba casi hasta la puerta de la entrada. El olor era terrorífico. A pesar del frío que hacía, el olor a muerte que te recibía como un guantazo al entrar, te hacía girar la cabeza en la dirección contraria al cadáver. El olor a óxido era tremendo, solo con mascarillas se podía aguantar. El italiano empezó a tener arcadas, la centrífuga de su estómago había recibido demasiadas vueltas esa noche. Se apartó de la escena para recuperarse sin que los demás se dieran cuenta.

El espectáculo era aterrador. Nunca había visto eso y nunca había estado en la escena de un crimen. Creía encontrarse en medio de una película, pero sabía perfectamente que no era cierto, eso era de verdad, como la vida misma. El espectáculo le había provocado una sensación de ahogo. Pero esa vez era diferente, a ese señor no le conocía, no tenía nada que ver ni con él ni con sus amistades, aunque eso no quitaba que era un hombre que había perdido su vida.

Dos personas de la científica estaban haciendo su labor alrededor del cuerpo. Una realizando fotografías desde todos los ángulos, y la segunda apuntándolo todo en una carpeta rígida. El agente que les había abierto paso se había puesto a explicar al inspector una posible mecánica del asesinato, que había deducido con su muy limitada experiencia.

—¿Lo ve, jefe? —decía indicando con la mano el cadáver. Habían llegado hasta el otro lado del cuerpo y desde allí seguía explicando—: El asesino tiene que haber entrado por la ventana, ha sorprendido a la víctima de espaldas y la ha apuñalado. Hemos realizado una

investigación rápida sobre la víctima. Resulta que se había separado de su mujer hace unos años y tenía problemas económicos. Existen a su nombre varias multas sin pagar y deudas con la hacienda. Y, sobre todo, hace un mes recibió una orden de alejamiento de su expareja. Si miramos la casa tal como está y esta información, no nos extraña que esté en estas condiciones.

—¿Habéis encontrado huellas? —se dirigió el inspector a los científicos.

—Es muy pronto, estamos en ello. Tendrás un informe mañana por la mañana —contestó el que estaba apuntando en la carpeta rígida.

—¿Habéis controlado si falta algo en la casa?

—Parece que no falta nada y tampoco está revuelta. El televisor está allí, no creo que le han robado nada —contestó el agente y lanzó su teoría sobre los hechos—: Yo creo que fue alguien a quien le debía dinero, o incluso la nueva pareja de su exmujer, si la tiene. A lo mejor era alguien a quien incomodaba, algún acreedor. ¿No os parece?

—Agente, gracias por su opinión. Su teoría del suceso…

—Un placer, inspector, es mi deber. Que sepa que estoy estudiando mucho para llegar a ser yo también inspector —le interrumpió el agente haciéndole la pelota.

—¿Me permite decirle una cosa? —preguntó el inspector, con una sonrisa en la cara.

—¡Claro, por supuesto! —contestó el agente, sonriente y esperando que le dijese que había hecho una excelente interpretación.

—¡No vuelvas a interrumpirme jamás! ¿Me has oído? ¡Jamás! —ordenó de manera tajante el inspector—. Y otra cosa, usted ha acabado aquí, ya puede volver a la entrada, a controlar el tráfico.

El agente pareció bajar de repente de un ring después de una pelea perdida. Con la cabeza agachada y sin atreverse a decir nada, volvió a su puesto.

—Bruno, ¿qué piensas? —le preguntó el inspector al italiano, con calma.

—No lo sé, hay algo que es tan evidente que no consigo verlo. ¿Y tú?

—No creo que haya sido alguien normal. Me refiero a que dar un golpe tan perfecto por la espalda, lo saben llevar a cabo solo personas que han pasado por formación militar. Alguien muy bien preparado, que no improvisa —explicó Jordi su teoría, mientras buscaba a su alrededor en la cocina algún detalle importante. —Esta no es la obra de una persona pasional. Tampoco es la acción llevada a cabo por alguien a quien se le debe dinero. Algo me dice que es obra de un sicario a sueldo. Además, nadie ha tocado nada de los efectos personales que este señor tenía. Por ejemplo, sigue con el reloj, la cartera sigue en el bolsillo de su pantalón y parece que a nadie le ha

interesado. Esa enorme televisión también podría haber sido muy golosa para un asesino improvisado o un ladrón. Pero necesitamos saber un detalle importante.

El inspector se acercó al de la científica con la carpeta y le preguntó:

—¿Tenemos la hora de la muerte?

—Creo que en un par de horas te la podría confirmar —contestó el de la científica.

—Hmm… —Jordi emitió un sonido gutural que delataba no estar conforme a esperar tanto tiempo.

—Jordi, ¿no hueles algo raro? —preguntó su acompañante—. Hay un olor muy raro en esta habitación.

—Sí, a sangre, a fiambre…

—Sí, eso sí, pero hay otro olor…

—Tienes razón! Vaya ambientador de mierda que utiliza este tipo, igual que el resto de esta casa. ¡Menudo guarro este! —se le escapó el inspector. No solía hablar de ese modo, pero el cansancio empezaba a desatar su verdadera esencia, a sacar su verdadero carácter, sin tapujos, sin restricciones, así como era él.

—No, es algo diferente, huele como a caramelo, incluso diría, no sé, ¿azúcar quemado?

Los chicos de la científica lo miraron como si hubiera dicho alguna estupidez.

—Me resulta familiar, pero creo que estoy tan cansado y confundido que no puedo recordar bien qué es y dónde lo he olido —acabó diciendo el italiano, que se había quedado en la cocina intentando descifrar qué era ese olor, pero debido a la hora y al cansancio emocional que había acumulado durante todo el día anterior y la noche, cuanto más se esforzaba en descifrarlo, más confundido estaba. El inspector se le acercó y le dijo:

—Aquí hemos acabado. Vamos un momento afuera. Nos vendría bien un poco de aire fresco.

Los dos retrocedieron pasando otra vez por el pasillo y acabaron quitándose la indumentaria protectora que les había dado la policía científica, para dejarla en el mismo vestíbulo por donde habían entrado.

—¿Cómo estás? —le preguntó el inspector.

—Tengo el estómago revuelto. Creo que se me ha cortado la digestión —contestó Bruno poniéndose la mano sobre el estómago—. Necesito algo para la digestión.

—Y yo necesito fumar. ¿Me acompañas? También necesito explicarte algo importante —añadió el inspector.

Los dos salieron al jardín. Bruno estaba preparado para escuchar cualquier cosa. Esa noche ya nada le podía sorprender.

34

02:00
Calle del Pedal, Vallecas,
una noche de julio, 1999

El calor era asfixiante. No conseguía pegar ojo. Ni siquiera el hecho de haberse duchado con agua helada que venía de la sierra le había quitado el calor antes de meterse en la cama. Su pequeña cama colocada justo debajo de la ventana. El pequeño mercado que tenía enfrente, en la calle, era un trajín continuo ya desde las primeras horas de la mañana. Y pensando en lo que le había costado dormirse, con esa ventana abierta… En casa no tenían aire acondicionado, la única manera de refrescar el aire en verano era abrir la ventana de noche. El viejo mercado era el teatro de miles de historias antes de dormirse. A todas las personas que pasaban les inventaba nombres e historias. La imaginación de un niño en las noches calurosas de verano no tenía límites.

El pequeño Alex vivía de sueños. Miraba fuera por la ventana, soñando con estar en otro lugar, viviendo otra vida. Pero la vida lo había puesto a pruebas en esa pequeña habitación de una casa en Vallecas. El pequeño Alex, que no conseguía dormir y estaba mirando fuera de la ventana e inventando historias, se había convertido en una bala perdida en el barrio. No sabía dónde ir, qué hacer con su vida, y casi no reconocía quién era su padre, por cómo había cambiado en los últimos años.

Vivía en una familia desestructurada. La madre, que intentaba llevar a casa un sueldo que ganaba limpiando escaleras de edificios, era una persona dominada por el miedo a eso en lo que se había convertido su marido. Ella una buena persona, que no se merecía vivir en esa situación tan desastrosa. Nadie se merece eso. Era una mujer dura, introvertida, poco cariñosa, pero que seguía adelante a pesar de todas las adversidades que tenía en su vida.

El padre de Alex era diferente. Había trabajado en numerosos

oficios, pero puntualmente, cada cierto tiempo le despedían por alguna razón. Él siempre lo justificaba con que eran trabajos mal pagados para lo que le hacían trabajar, invocaba una justicia salarial, decía que el dinero estaba mal repartido y que el estado tenía que ayudarle a sobrevivir. Realmente, su padre no estaba conforme ni con él mismo, y de consecuencia, ni con el mundo. Hasta que un día cayó en una trampa casi mortal, la del vicio de la ludopatía y del alcohol. Por separado, estos dos vicios son peligrosos, pero combinados son tremendos.

Su vida se había convertido en un coctel Molotov a punto de encenderse. Los dos vicios empezaron a crearle deudas, las deudas, más deudas, y la familia se iba desestructurando poco a poco.

Alex, cuando llegó a ser adolescente y empezó a hacer uso del don de la razón, se había dado cuenta de la situación que tenía en casa. Entendía todo lo que había hecho su padre y todo lo que no había hecho. Y el destino le dio una oportunidad que, tímidamente aprovechó.

Alex había entrado en un primer grado superior de formación profesional en mecánica de coches, en las afueras de Madrid. Podía combinar las clases de la mañana con trabajos de tardes para ayudar a la economía familiar. No sabía qué eran las distracciones, solo sabía estudiar y trabajar. Los fines de semana, cuando se quedaba en casa para descansar, se encaraba con la verdad, con las consecuencias de las deudas, con las consecuencias del ambiente familiar tóxico y con el padre que, a escondidas pegaba a su madre.

La combinación de los dos vicios, cada vez más acentuada con el paso del tiempo, había arrasado la economía familiar, la relación entre sus padres, y estaba a punto de destrozar el futuro de Alex. Las deudas habían calado en la economía familiar hasta llegar a un desahucio por impago de la hipoteca del piso.

Alex era un chico sumiso, trabajador, y que hacía pocas preguntas. Le había faltado cariño en toda su vida y, sobre todo, sus padres no le habían dado la atención que necesitaba de pequeño. Esa falta de pertenencia familiar en la que se encontraba de adolescente había sido el trampolín para lo que él esperaba. Haber vivido en una familia sin valores y sin una visión clara del bien y del mal, le convertía en un cebo perfecto para aves carroñeras.

Unos días antes del desahucio apareció una persona, alguien que había esperado el momento perfecto para aparecer. Alguien calculador, alguien que necesitaba un blanco fácil para tenerle atado moralmente y emocionalmente. Había elegido una escopeta de francotirador para encontrar a Alex. Conocía muy bien su historia, porque podía acceder a toda la información bancaria, económica, de hacienda, y cruzarla con los datos de la escuela de mecánica donde

Alex cursaba el grado superior.

El mentor había elegido acuradamente a su víctima. Tal como reza el refrán, “No todo el que te saca de la mierda es amigo tuyo”. El mentor le había conocido en las actividades que organizaba el colegio, las prácticas con coches reales. Como un ojeador en el mundo del futbol, iba a ver en persona a los chicos. Los miraba, los estudiaba, como si fuera un hobby, una necesidad. Apuntaba a varios, investigaba y elegía al más fácil de convencer, al más moldeable y manipulable.

El mentor había conseguido salvar la casa de sus padres, a cambio de tenerlo a su eterna disposición. Alex, con la posibilidad de poder salvar a sus padres del desahucio, había vendido su alma al diablo. Se había convertido en el discípulo perfecto. El collar moral que le acababa de instalar ejercitaba la fuerza más grande que podía ejercer sobre esa alma perdida.

Sin darse cuenta dónde se había metido, Alex había encontrado un falso padre, un estatus, alguien que le prestaba la atención que no había tenido de pequeño y, sobre todo, se sentía útil y participe en algo superior a él.

El mentor no tardó en empezar a pedirle favores, enviándole a realizar tareas turbias en lugares poco aconsejables. Sin embargo, él se movía perfectamente en esos ambientes. Las pocas veces en las que dudaba en hacer lo que le decía el maestro, cuando sus pocos destellos de conciencia de la moralidad le aparecían, éste le recordaba todo lo que había hecho por él, y todo lo que él tenía que hacer por devolvérselo.

Alex sabía que no estaba bien lo que le pedía hacer. Le costó mucho asimilarlo. Su alma se rebelaba cuando la mente ejecutaba. Con cada misión que pasaba, más se hacía sentir esa locura y dualidad mental que ya estaba desbocada. No estaba orgulloso de lo que hacía, pero pensaba en todo lo que el maestro había hecho por él, por su familia. Cada misión que le venía asignada levantaba más la barrera moral que tenía que traspasar.

* * *

Sábado, 05:00

Gimnasio del hotel, Lloret de Mar,
trece horas después del accidente

Como cada mañana, a las cinco le había sonado el despertador. Había aprendido el valor de la disciplina y de la rutina. Eso le hacía sentirse un hombre realizado. En su infancia había sido una bala perdida, pero el maestro le había dado una segunda oportunidad. Descubrir la metodología que podía utilizar cada día con su mente y con su cuerpo, le hacía sentirse realizado y contento consigo mismo. No había tenido nada de todo eso en su familia natural. Su mentor le había abierto un mundo de posibilidades, le había abierto un camino, un futuro y le estaba proporcionando lo que él nunca tuvo: seguridad y sentido de pertenencia.

Cada mañana se levantaba a esa hora, igual que los militares y los curas, él se sentía un soldado del ejército de su mentor. Daba igual si lo era o no lo era, él se sentía así.

Se había despertado con la alegría en el cuerpo, por haber cumplido hasta ese momento a rajatabla el plan, y de haberlo conseguido. Planificarlo no había sido fácil, encontrar todos los cables adecuados y atarlos de la forma que el maestro lo quería. Pero lo había conseguido y eso le daba la fuerza para seguir adelante.

Justo después de despertarse, practicaba estiramientos para despertar el cuerpo. Luego pasaba al gimnasio, donde hacía ni más ni menos que pesas. Quería mantener una fuerza física y una estructura potente para lo que le podía suceder en sus misiones y estar preparado para ello. Practicaba pesas de una forma irracional, como si hubiera pegado a personas con las pesas. Iba al gimnasio en las horas con menos afluencia, para que la gente no se fijara en su locura empleada en el entreno.

A las 5:30, Alex había bajado de su habitación al gimnasio del hotel.

—¡Más, máás, máááás! —gritaba subiendo y bajando las pesas.

—Amo, dame un poco de descanso, déjame beber agua.

—Eres una nenaza. ¡Vamooos! ¡Venga, una más! ¡Una máááás!

—No puedo, no puedo.

—¡Venga, sigueeee!

En los momentos de fatiga se manifestaba la dualidad de Alex. La personalidad dominante quería siempre más pesas y más ejercicio, contrastando con la parte más emocional y sensata, que intentaba salvaguardar el cuerpo y la mente.

De repente se escuchó el sonido del teléfono y Alex se paró como si le hubiesen apretado un botón. Había sonado la música que más le

gustaba. Toda su vida giraba alrededor de la melodía de ese antiguo móvil. Instantáneamente se sintió feliz. Ya no notaba el cansancio del ejercicio realizado en ese gimnasio de hotel lleno de espejos y máquinas para pesas. Todo su mundo giraba alrededor de ese sonido. Y solo una persona podía llamarle a las 6:00 de la mañana, el mentor.

Sacó el móvil de la bolsa de entreno, con la mano izquierda. Con la derecha cogió una toalla para manos que el personal del hotel había dejado encima de una mesa y, rápidamente se secó el sudor que salía de su cuerpo machacado. Iba a contestar, pero le gustaba retrasar un poco el placer, ese momento tan esperado del día, igual que cuando tienes delante el plato preferido, humeante, recién salido de la cocina, y te aguantas las ganas de disfrutarlo. Ese primer bocado, el primer contacto de ese magnífico bocado con las papilas gustativas de la boca, momento que alargas lo más posible.

—¡Mi mentor! —contestó el discípulo después de haber apretado el botón verde—. ¡Cómo me alegro de hablar con usted!

—¡Informe! —le dijo, directo y a secas por el otro lado del teléfono, el mentor.

—El plan se está cumpliendo tal como lo hemos planificado —contestó Alex, disfrutando de ese momento.

—En qué punto estamos?

—El paso uno y el paso dos ya están hechos. Está todo bajo control, mi mentor. No se tiene que preocupar de nada.

—¿Ha ocurrido? Quiero que me contestes rico en detalles.

—El primer paso se ha concluido perfectamente. Hubo accidente donde lo habíamos calculado. El piloto ha muerto carbonizado. Todo tal como estaba planificado.

—Efectos secundarios?

—No. El copiloto consiguió bajar antes de que el coche cayera al mar.

—Mejor para él.

Alex se sentía un profesional. Cuando le llamaba su mentor, tenía una parte de ego que crecía tanto, que se creía James Bond o Superman. Seguía teniendo ese signo de infantilidad que no había conseguido superar. Creía en los superhéroes, creía que el mentor era uno de ellos, y como consecuencia, él también tenía que ser uno de ellos, por estar en el mismo equipo. Se sentía por encima del bien y del mal, de la ley y de la justicia. En su vida no había existido justicia alguna, él se sentía como un elemento que la sociedad necesitaba. Igual que un superhéroe que había sido engullido por su propio personaje.

—¿Algún cabo suelto?

—No. Paso dos, también arreglado.

—¿Testigos?

—¡Nada, ninguno! —contestó Alex levantando la cabeza y sacando pecho. Como si fuese John Rambo informando al mismísimo coronel Sam Trautman—. Está todo bajo control.

—Ok. Puedes pasar a la segunda fase. Tienes que recuperar eso. La clave de Volta está allí. Ya sabes que sin eso estamos perdidos. Si no consigues recuperarlo, todo ha sido en vano. ¡Te lo repito: cuento contigo! —El maestro había hablado.

Alex se había fundido como un helado bajo el sol de agosto. No podía esperar más de su maestro que esas palabras. Eran su gasolina, la energía que necesitaba para cumplir con la misión. Estaba con las emociones a flor de piel. Parecía mentira que, a cabo de varios años, el maestro aún tenía el mismo efecto en él.

—¡Sí, maestro, puede contar conmigo! Permítame que aproveche para darle las gracias por esta oportunidad de devolverle algo de toda su generosidad y bondad.

—¡Déjate de tonterías, Alex! ¡Ejecuta! —ordenó, tajante, interrumpiendo lo que le estaba diciendo el discípulo y colgando después la llamada telefónica.

Alex estaba emocionado. Se dejó caer de rodillas y empezó a hablar raro, solo para él, como si hubiera dado las gracias a alguien, de una forma extraña. Era una mezcla entre meditación y rezo.

El maestro le había dado luz verde para seguir. Estaba agradecido, estaba impaciente para lo que le quedaba por hacer. Una vez acabado su extraño rezo, rápidamente recogió sus cosas del gimnasio y se dirigió hacia su habitación. Se sentía como un niño antes de ir al parque de atracciones. Se duchó y se vistió rápido. Antes de salir, delante del espejo, mirándose intensamente con un guiño de maldad, ya con la mochila con el material que necesitaba y las llaves del coche en mano, se dijo:

—¡Vamos a hacerle una visita de cortesía!

35

Sábado, 05:30
Casa del guarda, Tordera,
trece horas después del accidente

—Tenemos un problema —dijo el inspector entre calada y calada.

No era alentador escuchar a un inspector de policía del calibre de Jordi Roca, con tanta experiencia a sus espaldas, decir que tenían un problema, después de todo la noche que habían tenido. No era nada alentador.

Los dos agentes seguían en la puerta. Uno de ellos, el que había acompañado a su jefe y al italiano dentro de la casa, seguía fuera, con la cabeza baja y maltrecho emocionalmente. Hacía como que no los veía, seguía mirando su móvil, perdiendo el tiempo en las redes sociales.

La luz azul de las sirenas seguía tintando las fachadas de las casas adosadas que tenían enfrente. El silencio seguía reinando en esa urbanización. Todos los vecinos dormían plácidamente, ignorando lo que acababa de suceder en una de las casas de esa tranquila población. No eran conscientes de que al abrir las ventanas se encontrarían con el azul de las sirenas y la noticia de un misterioso asesinato.

Bruno Malatesta empezaba a notar los efectos secundarios de la falta de sueño. Seguramente, también el inspector empezaba a sentirse cansado. Los momentos que más cansancio le producían eran cuando veía las cosas más negras de lo que realmente eran. En los momentos más duros y más oscuros le venían a la mente las palabras de uno de sus mentores, Jurgen. Ejemplo de vida y como profesional. Siempre le repetía: “Cuando enfermas, vuelven los fantasmas del pasado”. Es decir, en los momentos de más cansancio o enfermedad, cuando tus defensas físicas y emocionales se reducen, aparecen los pensamientos que creías haber superado.

Todavía había niebla en Tordera. A esa hora de la mañana, era aún

más densa que cuando habían llegado. Los dos sabuesos no se habían dado cuenta, pero el cansancio que estaban acumulando, tenía en ellos el mismo efecto que el de la niebla en esa pequeña población.

El italiano había tenido una noche complicada. Se había metido el mismo en una lavadora de emociones e, involuntariamente había apretado el botón de centrifugar. La consecuencia, aparte del cansancio y de las sacudidas emocionales que acababa de recibir, era que salía con su ánimo electrocutado, como si estuviera bajo el efecto de un shock. Se esperaba de todo, pero también estaba dispuesto a todo, esa noche.

—Después de todo lo que ha pasado, creo que lo que vas a decir no puede ser peor.

Jordi estaba fumando como un turco. Cuanto más cansancio acumulaba, con más avidez fumaba. Estaba a merced de su vicio. Dio una calada profunda, como si eso le hubiera ayudado a pensar mejor y a preparar las palabras adecuadas para decírselas al italiano.

—No había pensado en un detalle importante —empezó a hablar el inspector, de una forma muy reflexiva—. La ley, en estos casos es clara, sin embargo, yo no lo había pensado. Ya sé que acaba de pasar todo esto y para ti no es nada fácil, pero tenemos que hacerlo.

El inspector terminó la frase, siguió mirando a su interlocutor y dio otra calada a su segundo cigarro en ese jardín abandonado. Bruno, con la mente que le funcionaba más lenta de lo normal, se quedó simplemente como un espectador, esperando a que acabase, y temeroso de lo que le iba a decir el inspector.

—La ley marca que en caso de accidente en el que los ocupantes resultan muertos y quemados en más de un 80% de su cuerpo, para su reconocimiento se exige una prueba de ADN.

Otro latigazo de la noche.

—¿Estás insinuando que tengo que buscar algo que contenga el ADN de Jean? ¿Estás bien de la cabeza? ¿Dónde encontraría eso? —soltó Bruno las preguntas una tras otra, cansado, sorprendido y casi indignado. Lo veía todo en negro, no sabía cómo podía ayudarle y le parecía todo sin sentido—. ¿Cómo te puedo ayudar yo en esto?

—No lo sé, Bruno. Por esto necesito tu ayuda. No tengo ni idea, por eso he salido a fumar, para despejarme la cabeza. ¿Cómo lo hacemos?

—¡No lo sé! ¡Aquí, el policía eres tú!

—A ver, déjame pensar —pidió el inspector, en el que el cansancio se notaba cada vez más. Se encendió el tercer cigarro y esa no era una buena señal.

—Necesitamos un pelo del cuerpo, un cepillo de dientes, una uña, un trozo de piel, no lo sé, algo por el estilo. ¿Tienes alguna idea de dónde podríamos conseguir algo así?

—¡No lo sé! —respondió cerrando los ojos con fuerza, como para poder pensar mejor.

—Por favor, Bruno es importante. Piensa un poco.

—No estoy seguro, quizás haya quedado algo suyo en el camión. Pero ayer no ha comido nada, estaba raro —añadió y se quedó pensativo, buscando alguna solución.

—Eso creo que podría servir, pero tenemos que buscar algo más seguro.

Guardaron unos momentos de silencio. Los dos sabuesos estaban forzando las neuronas a pensar.

—¡No, tengo una idea mejor! —Si Jordi hubiese sido una bombilla, habría iluminado todo el barrio—. ¿Y si entras en su habitación del hotel? Allí se podrían conseguir muestras de su cepillo o algún peine, o incluso, si no han cambiado las sábanas, algún pelo. ¿Podrías encargarte tú de esto?

—¡Claro! Yo me encargo —decidió el italiano, después de darse cuenta de la buena idea del inspector. No sabía por qué aún no había ido a la habitación del hotel. Tampoco tenía que encontrar nada allí, pero, aun así, él ni siquiera había pensado en ello. Desde luego que cuando tuvo la noticia del accidente, la última cosa en la que hubiera pensado era ir a la habitación del hotel y avisar a sus familiares.

—*Porca miseria!,* Jordi. No he avisado a sus familiares. De hecho, solo tenía a su madre.

Pensar en avisar a la madre de Jean le ponía aún más triste. Sabía que él había planeado ir a vivir cerca de ella en París, precisamente porque su padre se lo había pedido, y eso, a Bruno le estremecía el corazón. ¿Cómo podía avisar a esa pobre mujer que después de su marido, también había perdido a su hijo? ¿Era él la persona indicada para hacerlo? ¿Y en qué momento tenía que hacerlo? ¿Había un momento adecuado para eso?

La respuesta, fuese la que fuese, era dolorosa. Dolorosa para él, al tener que comunicarle a una madre la muerte de su hijo, dolorosa para afrontar lo que seguramente iba a ser uno de los momentos más duros por los que habría pasado en su vida.

Pensándolo mejor, decidido posponer esa llamada hasta tener un poquito más de información sobre todo lo que había sucedido ese día. Un día antes, el viernes, el día del accidente, ni siquiera había pensado en ello. Pero tenía que hacerlo, por duro que fuera.

A lo mejor tenía que admitir delante de la mujer que él y su equipo habían cometido un error de principiantes. Algún error mecánico que le costó la vida a su hijo. Quizás haya sido eso, un fallo mecánico, a secas. O, tal vez esa intuición, esa premonición que estaba teniendo fuera acertada y él tenía que informar a esa señora a la que tanto quería, que su hijo había sido asesinado. Pero, aun así, nada le eximía

de la obligación de investigar e ir hasta el fondo del pozo en el que se habían metido, hasta aclarar la situación. Por su amigo, porque se lo debía. Por sí mismo, para saber la verdad. Por la promesa que le hizo al padre de Jean.

Estaba cansado, demasiado cansado.

—Se encargará la policía de avisar a los familiares. Su madre, como está en Francia, seguramente recibirá una llamada del consulado español en París. —Oyó que le decía el inspector. Eso le estremeció aún más, no habérselo dicho él directamente. Pero, por otro lado, pensó que la formalidad de las instituciones lo habría hecho un poco más fácil, al saber de qué manera se tenía que informar de una desgracia como aquella, a una madre.

¿Y Claudia? también tenía que avisarla a ella?, pensó. Bruno nunca había hablado con Claudia. Aunque tenía la sensación de conocerla perfectamente, de toda la vida, por lo que Jean le había hablado de ella. De hecho, él ni siquiera tenía su número de teléfono y, lo último que le apetecía hacer era pedírselo a Marc Nerón. Solo faltaba eso.

Tenía que buscar otra manera de localizarla.

Se preguntó cuál era la llamada más dura que se tenía que hacer: ¿a una madre que acababa de perder el último miembro de su familia, o a una mujer que había perdido al hombre que amaba, ese que quería que fuese el padre de sus hijos en el futuro? Difícil, muy difícil de entender y decidir cuál de las dos era más dura. Ambas eran demoledoras.

—Ahora tenemos que conseguir una muestra del ADN de Jean. ¿Bruno? —dijo el inspector viendo que su compañero estaba ausente —. ¿Estás aquí?

Absorto en sus cavilaciones e intentando visualizar el futuro, fue arrastrado otra vez a ese momento, por las preguntas del inspector.

—Coge esto.

—¿Qué es?

—Son unas bolsas trasparentes esterilizadas que se usan para las pruebas biológicas. En este caso, para obtener una muestra de ADN. Todo lo que encuentres, lo pones por separado. Un objeto, un pelo, lo que sea, en una bolsa diferente.

—Entiendo.

—Coge esta también, es mi tarjeta. Tiene mi número de teléfono. Por las posibles dudas o cualquier cosa que querrás preguntarme.

Bruno asintió con la cabeza y guardó la tarjeta en el bolsillo del pantalón, junto con las bolsas de la científica.

—Aquí hemos acabado, deberíamos volver a Gerona —decidió Jordi.

—Sí, claro.

—Voy a entrar un momento para aclarar unos temas y nos vamos

enseguida.

—Yo te espero aquí fuera, prefiero el aire menos viciado.

El inspector Roca entró en la casa para hablar con los de la policía la científica y en pocos minutos volvió a salir. Intercambió unas palabras con los agentes dándoles disposiciones y después, junto a Bruno, se subió al coche y tomó la misma carretera por la que habían venido, en dirección a Gerona.

—*Vaccaboia!* —exclamó el italiano—. Son las 6 de la mañana. ¿Esto es normal?

—¿El qué? —preguntó el inspector, sorprendido.

—Que pase tan rápido el tiempo. Parece que haya volado esta noche. ¿Qué pasa, que los cadáveres absorben el tiempo a los vivos? ¿Por esto nos parece que pasa más rápido?

El inspector explotó en una carcajada sincera. Bruno aún no le había visto reír. Se quedó un momento pensando si realmente había dicho algo gracioso, luego se rindió él también a la risa, para quitarse de encima toda la tensión del día anterior y de la noche. No había sido nada gracioso, sin embargo, la tensión pareció aflojarse con sus carcajadas de risa.

Después de unos minutos, al salir de Tordera en dirección a Gerona, el inspector, que seguía conduciendo a su manera, le preguntó a su compañero:

—¿Me permites una pregunta, Bruno?

—Claro, dime.

—¿Cómo consigues aguantar toda la noche despierto, sin café, sin fumar, sin ningún tipo de vicio?

Bruno empezó a reír otra vez, por la gracia que tenía para él lo que acababa de preguntar el inspector.

—Estoy acostumbrado. Desde hace quince años participo como mecánico en carreras de 24 horas. Ya sabes, las 24 horas de Le Mans, en Daytona, etc. ¿Las conoces?

—Ni idea. No sabía ni que existieran. Mi hija es una enamorada de los coches, yo soy un negado. No sé de dónde le ha salido esa pasión que tiene. Por cierto, seguro que le encantaría conocerte, tenéis mucho en común.

—Me encantaría conocer a tu hija, una vez que habrá pasado todo esto.

El viaje de vuelta se hizo más rápido que el de ida. La niebla emocional y también la de la carretera estaban empezando a disiparse. El tráfico, que a esa hora empezaba a moverse como un oso después del letargo hibernal, era cada vez más presente.

Llegaron al parking de delante del obitorio, donde Bruno había dejado su Porsche Taycan. Bajaron rápidamente del coche, tenían

prisa y ganas de llegar a sus respectivos hogares. Necesitaban dormir al menos un par de horas y ducharse.

—Me encargo del ADN.

—Perfecto. Muchas gracias.

—Gracias a ti, por haberme escuchado.

—Hay otro tema que te quiero comentar, antes de que te vayas —dijo Jordi, recordando un detalle que necesitaba aclarar en ese momento—. ¿A qué hora sale el coche de Marc Nerón?

—Creo que a las 11:00. ¿Por qué?

—He pensado que tendré que hacerle un par de preguntas. ¿Te parece si a las 10:30 nos vemos en Lloret y vamos a hacer esto juntos? ¿Te sientes capaz de venir?

—Será un placer. A ver qué conseguimos sacarle a ese cabrón.

Los dos sabuesos, ya cansados por todo lo que habían vivido esa noche, se despidieron como viejos amigos. En doce horas habían creado y consolidado una relación de respeto mutuo. A esas dos personas completamente diferentes, con trabajos totalmente distintos y visiones del mundo opuestas, la ley de la atracción las había llevado a juntarse por un bien superior.

El destino les había proporcionado un aliado en la situación en la que se habían visto involucrados. Pero, aunque ellos creyeran que eso iba a menos y que lo peor ya había pasado, estaban muy equivocados. En ese preciso momento cuando, satisfechos de la noche que acaban de tener, pero cansados, el inspector se dirigía hacia su casa y el italiano hacia el hotel en Lloret, no eran conscientes de lo que iba a suceder de allí a pocas horas. Ignoraban que el destino tenía preparados fuegos artificiales para todos.

36

Sábado, 07:00
Lloret de Mar,
quince horas después del accidente

Nada era como antes. Nada podía volver a ser como antes. El mundo de Bruno había sido girado al revés, como un calcetín. Los puntos firmes que tenía en su vida habían caído como fichas de dominó. Él solo había sido un espectador de los acontecimientos que habían sucedido en las últimas doce horas, sin embargo, todo temblaba a su alrededor. Las columnas que sujetaban su vida se habían derrumbado, se habían hecho migas. Las personas a las que más había querido en la vida que él solo se había construido, ya no estaban allí y nunca volverían a estar.

Primero fue Jesús, el padre de Jean, al que había tenido la oportunidad de conocer, y el destino le había concedido el grandísimo privilegio de despedirse de él. Con Jean no fue así. Jean se fue sin más. Se fue y punto. El destino no fue tan clemente como con su padre, ni con él ni con las personas que tenía a su alrededor.

Bruno estaba derrumbado. Conducía casi sin rumbo, por inercia, casi sin pensar. Todo el rato la mente iba a su amigo, pensando en cómo lo había perdido en ese Porsche carbonizado. Pero también pensaba en Claudia, esa mujer que había luchado contra Nerón el tirano, para desligarse de él e ir a vivir con su amado en París. Pensaba que ella ya había perdido la columna que sostenía su vida, ese pilar de nombre Jean, con el que quería construir una nueva vida, un templo de alegría para los dos. Pensaba que ese desastroso acontecimiento, a ella también le había arrebatado el presente y el futuro.

Llegó a Lloret de Mar conduciendo de forma lenta. No tenía ganas de volver a ver esa población de costa. No tenía ganas de nada, menos aun de volver en el ambiente de los rally-s, donde todo el mundo le preguntaría, y por educación, él debería responder a preguntas

incómodas, que no le apetecía escuchar.

Bruno, como todas las personas cuando entran en un proceso de luto, no quería dar explicaciones, no quería aguantar a la muchedumbre, no quería soportar las incómodas preguntas y los chismorreos. Si no hubiera sido por lo que necesitaba Jordi para la prueba de ADN, habría vuelto directamente a Marbella. Necesitaba respirar y distanciarse de todo lo que estaba pasando. Pero el destino no quería eso. El destino tenía otros planes.

El Taycan verde no pasaba desapercibido, menos en Lloret, en un fin de semana de rally. La poca gente que había por las calles lo miraba como a alguien recién llegado de Hollywood. Nadie sospechaba quién era y lo que le acababa de suceder. Bruno amaba su trabajo, pero si hubiera sabido en algún momento que tenía que pasar por todo eso, quizás se habría hecho funcionario.

¿La gente no tiene nada que hacer a estas horas?, pensó. ¿No tiene nada mejor que mirarme? Esto no es normal.

Estaba tan cansado que cualquier cosa le molestaba, y se sentía tan irritado como nunca lo había estado. Irreconocible para las personas de su entorno. Nadie hubiera apostado que esa persona que veían en esas condiciones era Bruno.

Lloret estaba con aire de fiesta. El rally Costa Brava desprendía un aura de festividad que, aun sin querer verla, allí estaba. Había llegado al hotel. El parking subterráneo era la guarida del Taycan verde. Lo había aparcado al lado del acceso a los ascensores. En el lado derecho había espacio para los minusválidos y en el lado izquierdo para los vehículos eléctricos. Una vez estacionado a la izquierda, Bruno puso a cargar las baterías de la furia. Se dirigió a la puerta de los ascensores y subió una planta hasta la recepción. Detrás del mostrador había una chica amable, a la que ya había visto en los días anteriores, siempre con una sonrisa en la cara.

—¡Buenos días, caballero! ¿En qué puedo ayudarle?

—¡Buenos días! Soy Bruno Malatesta, huésped de la habitación 523 y gerente de Aolar Porsche Racing Team. He reservado cuatro habitaciones en este establecimiento —dijo Bruno, que ya transmitía cansancio a simple vista. Intentaba sacar un poco de energía, lo poco que le quedaba, y la mejor cara que podía, para hablar con la única persona que podía darle la llave de la habitación de Jean.

—Vengo de Gerona, de estar con él inspector Jordi Roca de los Mossos d' Escuadra. Necesito entrar en la habitación de mi piloto para encontrar una muestra de ADN.

La chica de detrás del mostrador se había quedado escuchando, con la cabeza ligeramente torcida a la derecha y con su sonrisa puesta, como si esa expresión fuera un tatuaje. Después de la explicación que le había dado, Bruno, se había quedado en silencio y ella permanecía

con la misma expresión, esperando saber que tenía que hacer. Estaba como embobada, más perdida que Bruno.

—Me ha entendido?

—Sí —contestó la recepcionista con su sonrisa de Joker.

—¿Me puedes dar una llave de esa habitación?

—No. No estoy autorizada. Lo siento.

De repente la sonrisa desapareció de la cara de la muchacha y entendiendo que no podía o no quería ayudar a ese huésped, siguió con sus tareas mecanográficas en el ordenador de la recepción.

—¿Que lo sientes? ¿Pero tú has escuchado lo que te he dicho? —levantó Bruno la voz, porque empezaba a molestarle la actitud de esa chica casi robotizada—. Necesito la llave, tengo que entrar en la habitación.

Había captado la atención de la chica y de alguien más.

La puerta de detrás de la recepción estaba abierta. El director del establecimiento había oído la conversación, y mientras Bruno le estaba explicando a la chica, él había averiguado quién era ese cliente.

—*Mr. Bruno, buongiorno!* Disculpe la negativa de mi compañera, pero en este hotel rigen unas normas muy estrictas —le dijo, intentando restaurar la cordura en esa situación—. Entiendo perfectamente su situación y he comprobado lo que nos ha comentado. En nombre del hotel, reciba usted el pésame para su piloto. Le vamos a hacer enseguida una llave para acceder a la habitación del señor De La Cruz. Disculpe las molestias. La habitación estará a su disposición el tiempo que la haga falta.

El director miró a la chica en los ojos para hacerla entender que tenía que entregarle la llave y que estaba autorizada. Luego se giró y volvió al mismo despacho de dónde había salido.

La chica, indignada y molesta por la intervención de su jefe, cogió una llave neutra de la caja, la introdujo en el aparato para codificarla, la extrajo después y la dejó encima del mostrador, cerca de Bruno, sin dignarse siquiera a mirar al huésped. Acto seguido, volvió a sus tareas dactilográficas y con cara indiferente, sin levantar la cabeza le preguntó:

—¿Algo más?

Bruno, que ya tenía bastante con ese pequeño numerito que había montado la recepcionista, cogió la llave y se metió en el primer ascensor.

Parecía la pasarela del tiempo. El ascensor que le estaba llevando al piso de la habitación de Jean, Bruno deseaba que fuera una pasarela hacia el pasado. El trayecto era igual de interminable, se le hacía eterno. Cinco pisos, solo cinco pisos y un deseo. Que todo volviera a ser como antes. Esa era la pasarela del tiempo. Estaba dispuesto en pasarla, hacer de malabarista y trapecista, pero quería que todo lo que

había pasado en las últimas doce horas se borraran como un mal recuerdo.

Deseaba despertarse, olvidar lo que había sucedido, volver a su vida anterior y recuperar al mejor amigo que la vida le había entregado. Deseaba despertarse y darse cuenta de repente que todo había sido un mal sueño. Lo deseaba con todas sus fuerzas, casi como ninguna otra cosa en su vida. Nada le parecía más importante que recuperar a su amigo y la amistad que habían tenido. Lo deseaba tan fuerte, que hubiera vendido su alma al diablo para recuperarlo. Sí, se lo había planteado. Había caído en la trampa de creer que algún tipo de hechizo le habría podido devolver a su mejor amigo. Hubiese hecho todo lo posible e imposible, hasta firmar un contrato en blanco con el diablo para volver a ver a su amigo vivo, aunque fuese solo por una vez.

"Imagínate que abres la puerta y lo encuentras allí", se dijo.

Bruno había pasado del deseo a la negación de los hechos. La falta de azúcares, el trastorno que había sufrido en las últimas horas y el cansancio, casi le estaban provocando delirios. Deseaba con todas sus fuerzas poder abrir esa puerta y verlo allí, haciéndole una broma, de mal gusto pero una broma, esperándole en la habitación como si todo hubiera pasado.

El ascensor se detuvo. Se abrieron las puertas, Bruno salió y se dirigió hacia la derecha, siguiendo las indicaciones que le llevaban a la habitación en la que estuvo Jean. Siguió recto. Faltaban pocos metros cuando volvió a pensar con todas sus fuerzas que, al abrir la puerta, allí estaría su mejor amigo esperándole como si nada. Ya quedaba poco y con cada paso que avanzaba, más real le parecía la posibilidad de encontrar a Jean allí, con un gorro de cumpleaños y unos confetis, como en la fiesta del fin de año. Allí, gastándole una broma de las suyas. Lo deseaba, lo deseaba con todas sus fuerzas y se lo estaba imaginando. Creía en ello. Le faltaban pocos pasos, casi tocaba el pomo de la puerta y sus percepciones empezaron a imaginar que desde la habitación salían ruidos, coma de una tele encendida o hechos por personas. Tenía que ser Jean. Tenía que ser él, esperándole.

Agarró el pomo de la puerta con la mano derecha, con la izquierda introdujo la tarjeta magnética y siguió oyendo ruidos desde dentro. Se encendió la luz verde y de golpe abrió la puerta, mientras esos ruidos persistían allí dentro. Quizás había una fiesta y era el momento de entrar para convencerse de que Jean estaba en ella. Tenía que estar allí. Su mejor amigo no podía haber muerto.

Pero al abrir la puerta, de repente los ruidos que su cabeza había imaginado se desvanecieron y solo quedó el silencio. La habitación estaba vacía. La cama hecha. Finalmente, entendió que su amigo Jean

no estaba. Se había dejado engañar por su subconsciente y por los efectos del cansancio. Las ganas de volver a verle a Jean le habían tomado el pelo.

Con las ilusiones perdidas, se fueron y las últimas fuerzas que tenía. Se dirigió al lavabo, sacó una de las bolsas estériles que Jordi le había entregado, e introdujo en ella el cepillo de dientes de Jean. Luego cogió el peine, extrajo cuatro o cinco pelos que estaban enredados en él y los introdujo en otra bolsa.

Volvió a la habitación y se fijó en que todo estaba perfectamente ordenado. Su maleta en su sitio, sus trajes en el armario, el ordenador en la mochila, al lado del escritorio. Desgraciadamente, todo estaba en orden. Desconsolado e invadido por la tristeza como rebote de las falsas esperanzas que se había creado en encontrarlo en su habitación, se sentó un momento en el sofá de la suite de Jean.

En este momento empezó a sentir el cansancio emocional y físico de las últimas horas. Había quedado a las diez y media delante del hotel para verse con Jordi. No quería dormirse, pero los párpados eran mucho más pesados que las fuerzas de no dormirse. Poco a poco se iban cerrando, hasta que el italiano se quedó inconsciente por el cansancio.

Allí estaba el héroe de la noche, el títere que el destino había necesitado para llevar a cabo su plan. Uno de ellos. Se había dormido como un niño en los brazos de su madre, en el sofá de la suite, a la luz de un día que se presagiaba muy largo. Bruno no lo sabía, pero lo que quedaba del día iba a ser mucho más intenso que la noche anterior.

37

Sábado, 08:30
Deposito cadáveres, Obitorio de Gerona,
dieciséis horas después del accidente

—Obitorio de Gerona. ¡Buenos días, le atiende Verónica! ¿En qué puedo ayudarle?

—¡Buenos días, Verónica! Soy de la empresa Extintores Felipe. Llevamos el mantenimiento de los extintores. Nos resulta que hace más de un año que no hacemos la inspección de los extintores en vuestra instalación. Tenemos a nuestro agente justamente en los alrededores. ¿Le importaría si viniese a hacer una rápida inspección?

—Espere un momento, por favor, no cuelgue.

A cabo de un par de minutos:

—Sí, ¿hola?

—Sí, le oigo, dígame.

—Sí, pueden venir. Hoy es un día tranquilo y no hay ningún problema.

—¡Estupendo! Avisaré a nuestro hombre que pase a hacer la revisión. ¡Muchas gracias por confiar en Extintores Felipe para vuestra seguridad! ¡Que tengan un feliz día!

* * *

Alex se estaba acercando a su objetivo. Iba de camino con su Seat Ibiza alquilado, pasando desapercibido. Tenía planes concretos de su

maestro por llevar a cabo y, sobre todo, sin cometer errores. El ansia que se le había presentado la noche del sabotaje esperaba haberla dejado atrás, solo en los recuerdos. Cada vez que hacía operaciones y le salían bien, ganaba más confianza en sí mismo. Cada vez que conseguía darle satisfacción a su mentor, adquiría más seguridad en su nuevo papel de sicario.

Entró en Gerona en pleno tráfico a las 9:00 de la mañana. Había tardado más de la cuenta, pero la persona a la que iba a ver ya no tenía prisa, le habría esperado, pasara lo que pasara. Había localizado el punto de encuentro hacía ya mucho tiempo por Google Earth. Había repasado ese camino innumerables veces, para respetar una de las normas básicas de su mentor: "Nunca uses un GPS, puede dejar rastro".

Había ido directo, sin equivocarse. Todo estaba encauzado. Aparcó en una calle paralela, a unos 200 metros de distancia. Abrió el maletero, cogió la caja de herramientas y se dirigió al punto de encuentro. Ni siquiera su madre le hubiera reconocido. Se había puesto una peluca de cabello natural, una barba postiza y unas gafas redondas de pasta negra con lentes neutras. Había adoptado un acento raro. El camuflaje era perfecto, a la altura de Arsenio Lupen. El pequeño Alex se estaba convertido en un sicario profesional. Se presentó delante del edificio, entró en el vestíbulo y se acercó a la ventanilla que había a la derecha, justo a la entrada.

—¡Buenos días! Soy Paco, de Extintores Felipe. —El joven sicario llevaba un mono gris de trabajo con el logo de esa empresa bordado en el pecho—. Aquí tienes mi identificación acreditadora.

—¡Hola, soy Verónica! Tus compañeros nos han avisado que llegarías —contestó y cogió la tarjeta plastificada de la empresa, con la foto del trabajador y los datos que coincidían con la supuesta llamada.

La chica observó un momento la tarjeta, sacó de un cajón un registro de entradas, apuntó los datos del chico, dio la vuelta al documento y le pasó el bolígrafo indicando donde tenía que firmar. Eso no estaba previsto. Alex no sabía qué hacer, dudó en si firmar o no. No tenía prevista esa situación y se quedó confundido. Los segundos pasaban.

—¿Algún problema?

Tenía que tomar una decisión, no podía levantar dudas a la chica, no podía hacer saltar la operación para una firma. Las huellas no eran un problema, el joven sicario aprendía rápido, había entrado con guantes negros de látex.

—Claro —dijo, mirándola con ojos casi poseídos.

Firmó en el registro con un garabato improvisado y la chica volvió a coger el bolígrafo. —Perfecto, ahora puede entrar. Muchas gracias.

—Gracias a ti. Ahora me pongo en ello, que tengo poco tiempo —contestó con calma y con una falsa sonrisa.

Para simular que sabía lo que hacía y para que su actuación fuera una obra maestra, empezó con el extintor del vestíbulo. Apoyó al lado de este su maleta de herramientas y sacó un martillo de silicona. Extrajo el extintor de la pared y empezó a darle golpecitos en sus laterales mientras que lo iba girando. Luego cogió un rotulador y apuntó en la etiqueta como si actualizara la fecha de revisión.

La actuación que estaba realizando la había visto en un tutorial de YouTube, y la verdad es que la estaba ejecutando brillantemente. Mientras que Alex estaba con su interpretación, Verónica, por mera curiosidad le observaba, comprobando qué era lo que normalmente hacían los compañeros de su empresa.

Acabado el control al extintor del vestíbulo, Alex sacó de su maleta un plano donde tenía marcada la ubicación de todos los extintores. De una forma suelta y con seguridad en sus movimientos, ingrediente imprescindible para su actuación, se dirigió hacia al final del vestíbulo, donde empezaba el obitorio.

Abrió la puerta del fondo, entró en el pasillo y la cerró detrás suyo. Se encontraba en un pasillo color ocre que aparecía en su mapa. Giró a la izquierda y enseguida llegó frente a una puerta. Extrañado, no entendía nada, porque esta puerta no tenía que estar en ese punto. Volvió a mirar el mapa y se dio cuenta que estaba al revés. Otro error de imprecisión como ese, y podía enviar la misión al traste. Eran las 9:43, era casi la hora. Se giró y delante de él estaba el mismo pasillo ocre. Alex no tenía ni idea que la noche anterior lo habían recorrido el inspector y el italiano.

Empezó a caminar. Llevaba unas zapatillas que no producían ningún ruido. Llegó hasta el final del pasillo color ocre que llevaba directo a la sala del depósito de cadáveres. La puerta que separaba los dos espacios tenía una pequeña ventana. Alex se detuvo para ver qué estaba haciendo el forense que se encontraba en la sala de los cadáveres. Justo en ese momento, el forense, un hombre alto, con barba, estaba cerrando una compuerta al final de la sala y después apuntaba algo en un papel que estaba justo al lado de la cámara frigorífica.

Era aún pronto, faltaban unos quince minutos para que el forense fuera a desayunar al bar de al lado. Aún no era el momento. Retrocedió tres pasos y entró por la primera puerta a la derecha, antes de la sala de los cadáveres. Era un pequeño despacho donde había un extintor. Empezó a realizar el mismo proceso que había realizado con el extintor del vestíbulo.

Pasaron los quince minutos, abrió un poco la puerta y apagó la luz para ver pasar al forense. Tenía que salir en cualquier momento, eran

las 10:05. El forense era un hombre de costumbres y muy metódico. Ese día se estaba atrasando. Cinco minutos de retraso querían decir que podía ser un marrón. Diez minutos, eso no pintaba nada bien. No tenía otro remedio que salir a ver qué estaba haciendo el forense para retrasarse tanto.

Abrió la puerta poco a poco y se dirigió hacia la sala. Cuando estuvo delante la puerta, se acercó a la ventana para ver qué estaba pasando. Entonces, precipitadamente se abrió la puerta hacia dentro y Alex se encontró de repente con el hombre justo delante. Tenía un aspecto cavernícola, la barba descuidada y un delantal ensangrentado. Alex estaba a punto de mearse encima.

—¿Quién eres?

—Aaaa, Paco. El deee… Extintores Felipe. Deedee… debería mirar el extintor que está aquí dentro.

El forense, extrañado por ver a un individuo desconocido y encima tartamudo, emitió un sonido bronco y se dirigió después hacia el vestuario para marcharse a desayunar.

Alex estaba sudando como un pollo. Le habían salido respuestas titubeantes y había vuelto a balbucear como cuando era pequeño. Pero al final había conseguido el objetivo, el florense se había ido y tenía la sala de los cadáveres solo para él.

—Venga, céntrate, tenemos poco tiempo —se dijo en voz alta para sacudirse el miedo que acababa de experimentar y espabilarse, porque el tiempo apremiaba.

El pequeño sicario entró en la sala de cadáveres, soltó en medio la enorme bolsa de herramientas y sacó el móvil. Entró en los mensajes recibidos en el Nokia y buscó el último de su mentor: “Nuestro amigo está en el B 4”.

Se apresuró a buscar el lóculo B 4. Sacó la camilla extraíble y abrió la enorme cremallera. “El amigo” estaba justo delante. El frío del lóculo salía como una ola expansiva. El olor a putrefacto empezaba a salir de debajo del caucho quemado. El cadáver seguía con el casco puesto. El forense aún no lo había tocado y esa era una ventaja notable para el plan.

Frío, sin inmutarse, no sentía nada. No veía que delante tenía un cadáver, el resultado de sus actos, veía una misión cumplida. Frío y despiadado. Alex se estaba trasformando, una metamorfosis en plena regla. Como llevaba ya puestos los guantes de látex, sacó unas tijeras y empezó a cortar la tira que sujetaba el casco al cráneo. Quitó el casco y lo dejó encima de la mesa extraíble. Después, con las mismas tijeras empezó a cortar el mono de carreras hasta la altura de la mitad del pecho. Apoyó las tijeras y con las manos separó el mono encartonado de lo que quedaba del pecho.

La sorpresa estaba servida. Estuvo varios segundos como

petrificado. El Santo Grial de la misión no estaba. Toda la operación que se había organizado y el plan maquiavélico del mentor que se había perpetrado, no había servido para nada en absoluto. El objeto no estaba. Apuró el tiempo, se lo estaba jugando todo. Tenía que encontrarlo. Miró hasta la zona de la cintura y un poco más, pero nada, simplemente no estaba. Había pasado el tiempo de seguridad y tenía que volver a poner el cadáver tal como tenía que estar. Pero él seguía buscando como si fuera hipnotizado.

Desde el pasillo empezaron a oírse pasos, pasos de zapatos de hombre en una caminata fuerte y rápida. Los pasos se acercaban, se hacían cada vez más fuertes. El pasillo hacía de caja de resonancia antes de la sala de los cadáveres. Alex seguía buscando, no podía fallar al mentor. Si su maestro le había dicho que estaba allí, entonces él tenía que encontrarlo. No se podía imaginar la opción de no encontrarlo y de defraudar a su salvador.

Empezó a sudar cada vez más, a medida que los pasos se hacían más intensos y retumbantes en el pasillo. Estaban a punto de entrar. Habían llegado tan cerca que se extrañaba que la puerta aún no se había abierto. El forense ya estaba delante de ella. Con la fuerza de un neandertal, la abrió hacia dentro y para su sorpresa se encontró a Alex dentro de la sala, sudando como un pollo. Con un martillo en la mano, dando golpecitos en el extintor que estaba colgado en la pared. La camilla extraíble en la que estaba el piloto carbonizado había sido colocada de vuelta en su sitio, tal como estaba antes.

—¿Qué haces, idiota? —gritó el forense sintiéndose como un animal molestado en su propia caverna—. ¡Vete de aquí, tengo que trabajar! Ven otro día.

Alex sudaba a mares y casi no podía creer que de verdad el forense lo echaba. Aprovechó y se marchó rápidamente. Por un lado, se alegraba que el florense le había mandado fuera de allí, porque de esa forma podía salir rápidamente del edificio. Sin embargo, por otro lado, pensaba que tenía que afrontar lo que venía después, en el momento de darle la noticia a su mentor.

Cruzó el pasillo, giró a la izquierda entrando en el vestíbulo y le dijo a Verónica:

—El forense no me ha dejado acabar, no le viene bien que siga trabajando ahora. Si te parece, informaré a la empresa que faltan solo un par de extintores y venimos otro día.

—Por supuesto, cuando os viene bien a vosotros. Lo siento, pero a veces tiene modales… extraños —dijo la recepcionista del obitorio, haciendo un gesto con la cabeza hacía donde se encontraba el forense.

—La empresa llamará para confirmar otro día. ¡Muchas gracias y feliz día! —saludó y desapareció por la puerta principal de la entrada.

Verónica se quedó con la palabra en la boca, ni siquiera le dio

tiempo de despedirse.

Alex salió rápidamente del edificio, bajó las escaleras y se dirigió caminando a toda velocidad hacia el coche. Abrió el maletero, dejó la caja de herramientas, se quitó el mono falsificado y lo tiró en la papelera más cercana al coche. Entró y se sentó en el asiento del conductor. Había realizado la misión, pero sin éxito.

Se quedó varios minutos delante del volante con el Nokia en la mano, antes de llamar a su mentor. Tenía que recuperar todas las fuerzas que necesitaba para llamarle y soltarle la noticia que no había encontrado lo que había ido a buscar.

De repente empezó a tener frio. En Gerona hacía un día soleado, pero por la humedad y el fresco de la primavera, se necesitaba llevar un buen abrigo. Y, además, la adrenalina de la acción que acababa de tener no dejaba de hacerle sudar al pobre sicario.

—Mi mentor, salgo ahora del obitorio —le dijo Alex, con temor a la siguiente pregunta.

—¿Y bien? ¿Ya tienes el Pen Drive USB?

Después de un instante de silencio, Alex le respondió que no.

—¿CÓMO QUE NO? —empezó a gritar el maestro por el otro lado del aparato.

Alex se sintió pequeño, parecía encogerse como una esponja seca, frente a los gritos del maestro. Cuanto más le gritaba, más pequeño se hacía y más se avergonzaba de sí mismo.

—¡Eres un inútil! ¡Un medio hombre! ¡Una escoria! ¡Un idiota! ¡I-DIO-TA! No puede ser que te encargo la misión más importante de tu vida y me falles de esta forma. ¿Qué quieres decir con que no?

—Eeeel cacadáver nonono llevaba pupuesto el Pepen Drive al cucucuello —apenas consiguió contestar Alex, balbuceando tal como lo hacía en su tierna infancia.

—¡ERES UN INÚTIL! Si te envío a hacer una cosa, solo una cosa, y no me la haces, me fallas. Eres una inútil. No me lo puedo creer. Tantos años preparándote y luego me fallas a la primera misión importante. No sé para qué te tengo. Al final tengo que venir yo a arreglar las cosas. ¡Esto es de locos! —le reprochó el maestro, que se había enfurecido como nunca.

—¡Escúchame bien! Vete a su habitación y búscalo allí. Que nadie te vea. Cuando la tengas revuelta como un calcetín y solo cuando lo hayas encontrado, me vuelves a llamar. Entonces cogeré mi avión e iré enseguida.

El mentor le colgó el teléfono. Alex, expuesto al desastre emocional, nunca se hubiera imaginado lo que le acababa de suceder. La debilidad apareció de golpe. El joven sicario que aparentaba ser un homicida frío y calculador, resultó ser un alma débil y sensible.

Empezó a llorar, desconsolado, como si hubiera perdido todo en su

vida. Efectivamente, había perdido todo lo que creía tener en ese mundo, la confianza de su mentor.

Necesitó más de veinte minutos para recuperarse. Después encendió el motor del coche de alquiler y paulatinamente, se dirigió otra vez hacia el hotel de Lloret, para entrar a buscar en la habitación que le había sido indicada. Confiaba en la providencia y en que en algún momento pudiera reconquistar la confianza que había perdido, no por su culpa.

El mentor ya estaba cumpliendo con lo que le había dicho a su discípulo. Dejó todo lo que hacía en ese momento, se dirigió hacia su chófer y, directos al aeropuerto. Iba a coger el avión privado de la compañía para dirigirse rápidamente al aeropuerto más cercano a Lloret de Mar, el poco transitado y casi abandonado aeropuerto de Girona. En menos de dos horas habría llegado a su destino.

38

Sábado, 09:00
Habitación de Jean, Lloret de Mar,
diecisiete horas después del accidente

—¡Bruno, está lista la pasta! ¿Vienes a la mesa? —gritaba la madre de Bruno desde la cocina.

La casa de la familia Malatesta estaba siempre ambientada por el sonido de la televisión del salón. Las horas de la comida siempre coincidían con el telediario del primer canal italiano, la RAI. El resto del día, cuando su madre estaba en casa y no trabajando en el hospital, ponía siempre culebrones italianos para romper el silencio y hacerle compañía.

La madre de Bruno no había recibido respuesta.

—¿Bruno? ¿Brunooooo? —La madre seguía sin tener respuesta. Extrañada, se acercó a su habitación.

Atravesó primero el comedor próximo a la cocina y luego fue hasta la mitad del pasillo, donde, a la derecha estaba la habitación de su hijo. La casa estaba amueblada con gusto. Habían elegido los muebles justo después de casarse, cuando tuvieron a Bruno. Las alfombras que cubrían los suelos daban un toque cálido a la vivienda y rompían la monocromática de la madera.

La puerta de su hijo estaba ligeramente abierta.

—¿Bruno? —dijo mientras abría lentamente la puerta, curiosa por entender por qué no había contestado.

Carla encontró a su hijo absorto en su mundo y aislado del resto. Estaba al fondo de la habitación, delante de la ventana, donde tenía un pequeño escritorio. Llevaba puestos unos enormes cascos de última generación, enchufados a un Walkman. La música iba a todo volumen. Mientras la estaba escuchando giraba las páginas de una revista especializada en Porsche-s. Despreocupado. Imaginándose dentro de ese mundo en el que las fotos de la revista le teletransportaban.

Su madre se acercó y le puso una mano en el hombro derecho. Bruno se asustó e hizo de repente un salto como un grillo, al percatarse de la

presencia de su madre.

—Vaccaboia, mamma! —gritó el chaval mientras se quitaba las auriculares—. Menudo susto me has dado.

—Bruno, la comida está lista, te he llamado varias veces —dijo la madre justificando la invasión de su campo.

—Va bene, ahora vengo.

Por curiosidad, su madre miró con atención la revista y le preguntó a su hijo, con cariño:

—¿Sigues con tus coches?

—Sí, mamma, he descubierto mi gran pasión —contestó, y se le iluminaron los ojos.

La madre lo miraba sonriendo feliz mientras le acariciaba la cabeza, pensando que su hijo había encontrado su camino.

—Venga, vamos a comer, tu padre estará a punto de llegar —le dijo y salió de la habitación. El joven, después de quitarse los auriculares y apagar la música, se dirigió hacia el comedor. Cuando estaba a la altura de la puerta de entrada, oyó el ruido de la llave que se giraba en la cerradura y luego la puerta se abría. Había llegado su padre para comer.

—Ciao, Bruno!

—Ciao, papá! —le contestó cariñosamente al saludo. El hijo se sentó a la mesa, donde la madre ya tenía la sartén con la pasta preparada. El padre dejó las llaves y la cartera en el mueble de al lado de la puerta de entrada, se dirigió a lavarse las manos y se sentó a la mesa con su familia. El plato estaba lleno.

Ese día, Carla había preparado un plato sencillo, había tenido poco tiempo para cocinar, se habían alargado las visitas en el hospital. La pasta del día era Fusilli al pomodoro con albahaca, queso Ricotta y Parmigiano Reggiano. Era uno de los platos preferidos de Bruno.

Las tradiciones eran importantes en esa familia. Una vez que estuvieron todos sentados a la mesa, los tres componentes de la familia se cogieron de la mano en un acto de pedir la bendición para la comida que iban a tomar. Acto seguido, empezaron a deleitarse con el plato.

Pasados unos cinco minutos desde que habían empezado a comer escuchando las noticias del telediario italiano, el padre rompió el silencio entre los comensales.

—Bruno, ahora que has pasado la selectividad, ¿has pensado qué quieres hacer con tu vida? —preguntó el patriarca, con voz autoritaria. Hacía tiempo que pensaba hacerle esa pregunta a su hijo. Necesitaba saber qué decisión iba a tomar para su futuro.

Bruno empezó a sentirse mal, la temperatura corporal aumentó de golpe, las gotas de sudor empezaban a bajarle desde la frente. La pregunta era sencilla, corta, y directa a la yugular. Aún con la boca llena de la pasta del día, tragó todo y empezó a hablar balbuceando.

—Sssí, yo… lo tengo… de… decidido.

El padre se quedó con los ojos como platos, ansioso de saber qué había decidido definitivamente su hijo. Estaba impaciente por tener la respuesta.

—¿Y bien…?

—Qui… quiero estudiar me… mecánica de coches de competición.

Bruno no era tartamudo, a menos que alguien le pusiera en una tesitura incómoda, o cuando sabía que iba a dar una respuesta que el otro interlocutor no quería.

—¡Nooo! —gritó el padre dando un fuerte puñetazo en la mesa, por desaprobar totalmente la decisión de su hijo—. ¡Tienes que hacer la escuela militar como he hecho yo! ¡Tienes que estudiar para ser policía, para llegar a ser un investigador como tu abuelo y como yo! ¡No voy a permitir que la tradición se rompa! ¿Me has entendido bien?

Bruno había dejado de comer. Sentía como una presión que le apretaba en los hombros. De repente se le habían pasado las ganas de comer la maravillosa pasta que con tanto cariño había preparado su madre.

—Desde que tu hermano se compró ese dichoso coche rojo alemán, esta casa se ha revolucionado —gritó el padre hacia su mujer—. Ojalá se hubiera comprado una bicicleta y nos hubiera dejado vivir tranquilos. ¡Mira, mira a tu hijo! ¡Ahora ha perdido el norte! ¿Qué va a ser de su vida? ¿Arreglará coches? ¿Va a ser un simple mecánico? ¡Menuda barbaridad! ¡En mi casa, esto no lo voy a permitir! —dijo, apuntando con el dedo índice a su hijo.

El comisario Malatesta había explotado. Cuando pasaba eso en la comisaría, todos huían. Sin embargo, algo iba a llegar al rescate del pobre Bruno. Sonó el teléfono. Una buena ocasión para calmar los ánimos. Su madre se levantó para ir al otro lado del comedor, donde estaba colocado el aparato, que seguía sonando con insistencia. Sonaba y sonaba. Bruno se preguntaba por qué no contestaba de una vez su madre. Sí, es verdad que de un lado al otro del comedor se tardaba algo en llegar. Pero esa vez se tardaba demasiado.

* * *

—Uy, me he dormido completamente —se dijo Bruno al despertarse en el sofá de la suite de Jean. Estaba empapado de sudor y confundido después de una hora de sueño profundo. Había soñado con uno de los momentos más duros de su adolescencia. El día anterior había sido tan

revuelto, que había movido el fondo de los recuerdos hasta la mismísima medula. El cansancio había podido con él. Se había dormido y el subconsciente había tomado el control de su cerebro y de los sueños. ¿Era una analogía? ¿Quería decirle algo ese sueño, o simplemente era otro momento difícil de su vida, como el que estaba viviendo?

El teléfono seguía sonando y Bruno se dio cuenta de lo cansado que estaba. Se sentía como anestesiado, como si se hubiese despertado de una siesta dominguera después de haber comido una paella pesada. Buscó en su chaqueta de cuero el bolsillo en el que estaba el teléfono. No había manera de encontrarlo y eso empezaba a sacarle de quicio. Menos mal que el que estaba intentando localizarlo era insistente. Por fin lo encontró.

—¿Sí?

—Bruno, soy Pedro. Buenos días. ¿Te he despertado?

—Bueno, más o menos.

—¿Estás bien? ¿Dónde estás?

—Uf, déjalo, ha sido una larga noche. ¿Qué pasa?

—Necesitaba hablar contigo para saber si podíamos recoger todas las cosas. ¿Metemos todo en el camión de la asistencia?

—Sí, sí, puedes ir recogiendo —le contestó Bruno y después se incorporó de repente, como si una idea que surgió en el momento le hubiera inyectado un chute de adrenalina—. ¿Estáis todos? Pedro, me refiero a si han venido todos los mecánicos esta mañana.

—Creo que sí. Bueno, no, van llegando poco a poco. Les dije anoche que podían dormir un poquito más. ¿Por qué, qué pasa?

Bruno se había recordado de un detalle. De golpe había atado cabos y una idea empezaba a girar por su cabeza.

—Pedro, una cosa, hazme un favor.

—Claro, jefe, dime.

—Cuando habrán venido todos, llámame.

—Cuenta con ello, jefe, luego te llamo.

—¡Gracias! Ahora voy a colgar, tengo que hacer una llamada urgente. Luego hablamos.

Bruno había tenido la iluminación del día. Ese lapso en el que había conseguido dormir, la escasa hora en la que estuvo con la cabeza torcida en el sofá de la habitación de Jean, había hecho despertar en su cabeza una idea alocada, pero que podía no serlo tanto.

Una vez que cortó la llamada con Pedro, buscó la tarjeta de visita que llevaba el número de teléfono de Jordi Roca y le llamó.

—Roca, dígame.

—Jordi, soy Bruno. Oye, perdona que te moleste…

—¡En absoluto! Dime, ¿qué pasa?

—¿Dónde estás?

—Estoy de camino a Lloret. ¿Tú?

—Estoy en la habitación de Jean.

—Nos vemos a las 10:30 en la salida del rally, ¿verdad?

—Sí, sí, me doy una ducha y nos vemos allí.

—Pero ¿estás bien?

—Sí, estoy bien. Lo que pasa es que me acordé de un detalle. Y, es más, ¡creo que acabo de entender algo!

39

Sábado, 10:00
Hotel, Lloret de Mar,
dieciocho horas después del accidente

Aún no estaba todo perdido.

Un tren emocional le acababa de arrollar. El dolor fue doble. El golpe en sí, por el error cometido y que aún no había entendido de dónde venía, y porque no se lo esperaba. De parte de la persona que le había sacado de la miseria más absoluta, eso no se lo esperaba. No le quedaba más remedio que seguir para recuperar la poca confianza que aún tenía con él.

Como bien dijo Albert Einstein: "Cuando pasa, el tiempo es relativo". En ciertas ocasiones, parece quedarse de repente parado, en otras pasa fugazmente. Para Alex, que se encontraba en el Seat Ibiza de alquiler, los minutos que habían pasado después de la llamada a su mentor, se habían convertido en una eternidad. Una eternidad de reflexiones, preguntas e inconformismo. Lo que sí veía claro, era que tenía que arreglar esa situación que se había torcido.

Había pasado media hora encerrado en el habitáculo de su coche, lamiéndose las heridas y reparándose como un coche accidentado. Pero ya estaba listo de nuevo para saltar a la acción. Como si hubiera saltado un muelle en su cerebro, se activó con energía, puso en marcha el Ibiza y se apresuró en salir del aparcamiento. Había perdido tiempo para resituarse y tenía todas las intenciones de recuperarlo.

Empezó a correr con el coche como un poseso. El Ibiza pasaba velozmente por las calles de Gerona. Una vez salido de la urbe, recorrió primero la autovía hasta el desvío hacia la C 63, a Lloret de Mar. Estaba desesperado. En su cabeza, Alex pensaba de forma errónea y tenía la sensación de que, cuánto más rápido se desplazaba hacia la nueva misión, antes recuperaría la confianza del maestro.

No estaba corriendo contra el reloj, sino contra sí mismo. Aunque no amaba lo que estaba haciendo, tenía que apresurarse lo más

posible. Se había instalado en el carril de adelantamiento de la autovía y había colocado el intermitente, como si quisiera devorar a todos los coches que tenía por delante. Cuando tenía delante un vehículo en su carril, de lejos empezaba a señalarle con ráfagas de luz para que se apartase. Los coches se retiraban hacia el otro carril, molestos por la conducción del discípulo con el pequeño coche a toda velocidad.

Solo había un radar antes de Lloret, pero eso no constituía un problema. El maestro estaba dispuesto a pagar todas las multas que fuera necesario pagar. Alex estaba intentando llegar lo antes posible, pero sin ser parado por la policía. Eso sí que habría sido un problema.

Los inconvenientes siempre estaban detrás de la esquina. Ese era uno de ellos. El plan no contemplaba errores, pero sí contratiempos. Debido a la naturaleza del plan y a los posibles cambios de rumbo, tener un coche pequeño, rápido, y que pasase desapercibido, era parte de la estrategia. Ese momento era un contratiempo donde le hacía falta ese vehículo rápido.

Alex estaba ansioso, iba fumando todo el rato con el artilugio electrónico que desprendía un humo blanco con sabor a Coca Cola. La niebla que se creaba dentro del habitáculo se veía disipada por las ventanillas que estaban ligeramente abiertas. Eso convertía el pequeño coche en una locomotora que desprendía humo a su paso.

El rally estaba a punto de empezar. Faltaba menos de una hora para que el primer coche, el conducido por Marc Nerón saliese de la carpa amarilla de la organización. Todos estaban por el parque cerrado donde se guardaban los coches, o por la zona de los mecánicos. Todos, menos una persona, que era Bruno Malatesta. Él estaba durmiendo en el sofá de la habitación de Jean.

Alex consiguió llegar a Lloret de Mar en un tiempo récord. Aparcó en el parking subterráneo del hotel. Se apresuró a cerrar las ventanillas. Dejó la maleta de herramientas de Extintores Felipe en el maletero y cogió solo su mochila. Cerró el coche y se dirigió hacia el ascensor. Su corazón volvió a palpitar fuerte. Aparecía otra vez esa ansiedad de las primeras misiones, pero esta vez ya no le hacía caso, se estaba acostumbrando a ella.

Empezaba a dominarla y a estar cómodo con esa ansiedad. De la misma forma, su lado bueno y sensato ya no aparecía. Se había apagado, desapareciendo como un ejército que desaparece después de haber perdido varias batallas seguidas. Alex no se daba cuenta, pero estaba siendo dominado por su lado oscuro y por la influencia de su mentor.

Entró en el ascensor y apretó el botón del piso XX. Se cerraron las puertas. Tenía que entrar en la habitación de Jean y rebuscar. No tenía la llave magnética de la habitación, pero llevaba consigo un aparato comprado en el Dark Internet, que abría las puertas de los

hoteles. Era una maravilla. Ese aparato alimentaba su ego por sentirse capaz de hacer lo que quisiera. En esos momentos se creía un agente del espionaje británico.

El ascensor se paró en la planta seleccionada. Se abrieron las puertas, él se giró a la derecha y entró en el pasillo por el que se llegaba la habitación de Jean. Tenía que estar vacía. O eso era lo que él se esperaba. Lo que no se esperaba era encontrarse dentro a un huésped inoportuno.

Había llegado a la mitad del pasillo y solo faltaban pocos pasos para llegar a la habitación de Jean, cuando la puerta de esta empezó a abrirse desde dentro. Invadido por el pánico, Alex no sabía qué hacer. Eso no estaba previsto. Eso salía de los planes y no habían contemplado esa variable. No podía permitirse la desgracia de ser descubierto y que alguien estropeara su plan.

La puerta se iba abriendo lentamente y vio la figura de Bruno. Por la velocidad con la que se estaba moviendo, parecía un oso perezoso. Pero ¿qué hacía Bruno allí?, se preguntó. ¿Había descubierto su plan? ¿Le estaba esperando? ¿Cuánto hacía que estuviera allí esperándole?

No entendía por qué ese hombre estaba en esa habitación. Se quedó bloqueado, sin saber qué hacer. Tenía que actuar rápido, pero no sabía cómo. Se encontraba en el pasillo, no había esquinas para esconderse detrás. Además, todo estaba tan iluminado que le podían descubrir simplemente pasando por allí.

Alex tuvo una corazonada, un pensamiento instintivo. Como llevaba en la mano el aparato para abrir las puertas del hotel, se giró a la izquierda y vio que justo al lado había una puerta con un cartel verde para ser arreglada. Introdujo rápidamente el artilugio en el lector de tarjetas magnéticas. Bruno ya estaba afuera de la habitación, cerrando la puerta y a punto de girarse hacia el joven chacal.

El aparato empezó a trabajar, los números en la pantalla empezaron a moverse como locos, hasta que a unos pocos segundos apareció un número fijo con una luz verde. La puerta se había abierto. Aunque no lo fuera, eso parecía magia. Ese aparatito le acababa de salvar toda la operación. Bruno se giró y solo vio una figura negra con una mochila, que entraba por la puerta de al lado y la cerraba rápidamente detrás. Alex estaba a salvo.

El italiano, aún medio dormido, no se había dado cuenta de lo que acababa de ver. Se fue hacia el ascensor para dirigirse hacia su habitación. El corazón de Alex palpitaba con violencia. Empezó otra vez a sudar, entrando en la habitación ya desalojada. Apoyado con la mochila contra la puerta, oyó perfectamente como Bruno iba pasando por el pasillo desde la derecha hacia la izquierda y se subió en el ascensor.

Esperó unos instantes y abrió la puerta paulatinamente, para

comprobar si el pasillo estaba libre. Salió de la habitación refugio y, comprobando que tenía vía libre, se dirigió a la habitación de Jean. Allí también colocó el aparatito en el lector magnético de la puerta y obtuvo el mismo resultado. La puerta se abrió.

La habitación de Jean estaba intacta. Limpia, con la cama hecha, como si nadie hubiera pasado por ella. Entonces, ¿por qué había ido Bruno allí? Esa pregunta le estaba taladrando la cabeza al joven discípulo. Se centró en lo que tenía que hacer. Puso la habitación patas arriba, como un diablo de Tasmania removió cada centímetro de las cosas que se encontraban en la habitación y del equipaje de Jean, para encontrar lo que estaba buscando. No se lo podía creer. Tampoco estaba allí. Tampoco en la caja fuerte de la habitación, que estaba abierta y vacía.

Alex estaba desesperado. Otro fallo en su misión. No podía creer que no lo había encontrado, ni al cuello del piloto carbonizado, ni en medio de sus pertenencias o en algún sitio de esa habitación. Hubiera preferido ser tragado por la tierra, antes de volver a darle una mala noticia a su maestro. Pero tenía que hacerlo. Su mentor le podía reprochar que no había conseguido lo que se habían propuesto, pero no podía acusarlo de falta de lealtad o de sinceridad en la relación discípulo-maestro. Tragó varias veces saliva y se concentró en la llamada que tenía que realizar en ese momento. Sacó el Nokia de la mochila y llamó.

—¿Y bien?

—Malas noticias, mi mentor, no lo he encontrado.

40

Sábado, 10:10
Hotel, Lloret de Mar,
dieciocho horas después del accidente

El inspector acababa de terminar la llamada y se había quedado con la intriga de saber qué era lo que Bruno había pensado, qué era lo que había despertado su curiosidad y activado sus ideas. Deseaba llegar cuanto antes porque había algo que le inquietaba y también le molestaba un poco. No estaba acostumbrado a obtener información a cuentagotas, los de su equipo ya sabían eso.

Cuando en inspector Jordi Roca pedía algo, se le contestaba. Cuando su equipo tenía información se la daba sin más, sin subterfugios. Él tenía un cargo y unas costumbres de obtener respuestas en el acto. Pero Bruno era diferente, no era de su equipo, era una persona con la que se había encontrado en el camino, para ayudarle con toda esa movida.

Bruno estuvo por un momento mirando el móvil. Se había quedado ausente. Si hubiese estado más tiempo así, le hubiera costado caro. Pero tenía que apresurarse, estaba ansioso de decirle al inspector qué era lo que había atado y acompañarle a tomar declaración a Marc Nerón. Sacudió la cabeza para reaccionar, para quitarse el letargo que le había procurado esa escasa hora de sueño.

Tenía que apresurarse. Miró con cara perdida toda la habitación, como si buscase algo. Hizo un escaneo general a su alrededor, para ver si tenía que llevarse algún objeto importante que le pudiera servir. Después de un último barrido visual a la habitación, pensó que ya podía marcharse. Puso el móvil en el bolsillo derecho y se dirigió hacia la puerta. Iba lento, muy lento, más de lo normal, estaba aturdido y se movía con la pereza de un oso.

Abrió la puerta lentamente, como alguien que no quiere molestar a nadie y casi con la extraña sensación de estar en un lugar en el que no le correspondía estar.

De igual manera cerró detrás suyo la puerta. Se giró y le sorprendió una persona que, rápidamente entró por una puerta a dos habitaciones antes de la que fue de Jean, en el lado opuesto del pasillo. Iba vestido de negro y llevaba una mochila a cuestas. Desapareció rápido, furtivamente, sin mirarle siquiera.

Bruno necesitaba un café. Mejor dicho, dos o tres. Necesitaba despertarse de un sueño que no había hecho más que empezar. Cogió el ascensor, bajó un piso y se fue directo a su habitación. Literalmente se tiró debajo de la ducha con agua fría, casi helada. A pesar del frío que hacía, le daba igual. Necesitaba despejarse. Después se secó y se lavó los dientes. Metió en una bolsa toda la ropa sucia que había llevado en las últimas 24 horas, la cerró y la dejó en la maleta. Se vistió con ropa limpia, sin prestar demasiada atención a lo que se ponía. El atuendo de aquel día no era importante, simplemente necesitaba vestirse rápido.

Estaba listo para salir.

Pero algo le llamó la atención y se acercó a la ventana. Necesitaba mirar, algo inexplicable le empujaba a hacerlo. Sentía algo extraño, como muchas de las cosas que le estaban pasando ese fin de semana. Con la mano derecha apartó la cortina blanca y allí delante lo tenía, el paseo marítimo de Lloret. Era un día precioso. Ni una nube en el cielo para entorpecer la caída masiva de los rayos del sol. Prometía ser un día largo y caluroso. Pero la parte climatológica, a Bruno le daba igual en ese sábado negro.

Vio la carpa amarilla con los altavoces por los que salía música. Los coches estaban en fila india esperando su turno para salir. En media hora iba a salir Marc Nerón, en la primera posición. Tenía poco tiempo. La mirada le fue al coche de detrás, un Skoda Fabia rally car, blanco y verde en la segunda posición.

24 horas antes, en esa misma posición estaba el Porsche blanco y rojo de Jean. Suspiró. Esa visión lo devolvió a la realidad, a la certeza de que no volvería a ver a su mejor amigo. El afán por saber y entender la verdad, por investigar a los culpables de ese presunto asesinato, le había distanciado de la realidad. Le había hecho casi olvidar el hecho en sí, que su amigo había muerto carbonizado. Dejó caer la cortina. Se desplazó rápidamente hacia la puerta y se precipitó a llegar a la planta baja del hotel.

Con Jordi Roca había quedado a las 10:30 en la sala de operaciones del hotel. El cuartel general del rally, la sala de máquinas donde todo se cocía. El mismo sitio donde las tropas del inspector habían tomado el control de todo y por supuesto la supervisión del rally.

Al entrar, Bruno se sintió desplazado, como un intruso al que nadie parecía haber invitado. Todo el mundo corría de un lado a otro, como

en la redacción de un periódico que estaba a punto de sacar la noticia del año. Los Mossos d' Escuadra se camuflaban en medio de los organizadores del evento. Los que llevaban uniforme se habían quedado sentados a unas mesas aparte. Los que iban de paisano trabajaban codo a codo con la organización. Bruno Malatesta sabía reconocerlos por la placa que les colgaba del cuello por una cadena metálica.

Se respiraba tensión. La organización no quería que se detuviera el rally, ni siquiera después del atroz accidente del día anterior. En una esquina de la sala, en la punta opuesta a esa por donde había entrado Bruno, había dos personas que estaban de pie con los brazos cruzados, hablándose cara a cara, apartadas de la actividad que estaban llevando todas las otras personas allí presentes. Una de ellas era Josep, el director del evento y la otra era Jordi Roca.

No lo habían visto entrar. Bruno, consiente del poco tiempo que le quedaban para tomarle declaración a Marc, se precipitó hacia el inspector, llamando la atención de toda la sala. De golpe todos se quedaron callados para ver qué estaba pasando. Bruno, vestido con una chaqueta negra de cuero, atravesó la sala casi corriendo, directo hacia el inspector Roca, el hombre que estaba al mando de la operación.

—Jordi, ya estoy aquí —le dijo, casi jadeando—. Nos queda poco tiempo, tenemos que irnos. *Buongiorno,* Josep.

—Bon día, Bruno.

—Sí, enseguida vamos —le dijo el inspector.

Bruno se sentía observado por todas las personas de la sala. En menos de un minuto Jordi acabó de hablar. Después apoyó el brazo sobre el hombro de Bruno para captar su atención y se fueron juntos hacia la salida. Todos los que se encontraban en la sala del operativo los siguieron con la vista, preguntándose quién era ese hombre al que llevaba el inspector con ese gesto de cercanía con la mano en el hombro.

Los dos sabuesos salieron del hotel con paso rápido hacia la carpa amarilla de la organización. En el punto de salida estaba el coche de Marc, esperando la luz verde.

Justo al pisar la gravilla de la plaza de delante del ayuntamiento, Jordi preguntó:

—Me has dejado con la intriga. ¿Qué es lo que has descubierto?

—Un detalle que nos podría ayudar a aclarar quién ha matado al guardia.

Jordi siguió avanzando, pero se giró como para hacerle entender al italiano que siguiera hablando.

—Es largo de explicar —comentó Bruno, negando con la cabeza—. Ahora no hay tiempo, tenemos que hablar con Marc, si no, se nos

escapa. Luego te lo digo.

El inspector, con el ego tocado porque otra vez Bruno le había negado esa información, le contestó:

—¡No, te equivocas! Yo voy a hablar con Marc. Por favor, no te entrometas en las preguntas. Déjame a mí hablar.

Bruno recibió las palabras del inspector como un cubo de agua fría. Más fría que la ducha que se había tomado poco antes para despertarse. Entendía que no estaba hablando el inspector, sino su ego tocado por algo que él había dicho. Sin embargo, lo entendía, lo respetaba, pero no compartía la idea de no poder hacer preguntas al cabrón de Marc Nerón.

"Su majestad" Marc estaba fuera del coche y aún no llevaba el casco puesto. Disfrutaba de la gloria. Parecía una estrella de Hollywood. La gente que había por fuera del recinto, alrededor de su coche, le estaba clavando la mirada y pidiendo autógrafos. Marc se estaba regodeando en la fama del momento. Ni siquiera se imaginaba la visita que iba a recibir en breves instantes.

Los dos sabuesos llegaron justo delante de la carpa, donde el inspector enseñó su placa y el chico de la organización lo dejó entrar junto con su acompañante, en la zona de los coches. Se acercaron a Marc. Faltaban unos veinte minutos para que saliese con su coche. Eso quería decir que tenían unos diez minutos para poder hacerle preguntas.

—¿Marc Nerón? —preguntó el inspector, enseñándole la placa.

—Sí, soy yo —contestó el piloto, girándose hacia el inspector. Acto seguido, echó una mirada a su placa.

—Soy Jordi Roca, inspector jefe de los Mossos d' Escuadra, al mando de este evento.

—Uy, ¿qué ha pasado? —preguntó Marc con una sonrisa desenfadada—. ¿Me han puesto una multa por velocidad? —bromeó y empezó a reír en una carcajada muy estridente, pero solitaria. A su alrededor, nadie más se puso a reír.

—Estamos investigando el accidente que ha sufrido el coche 25, de Jean De La Cruz —le informó el inspector, cabreado porque no le había gustado en absoluto esa irreverencia del piloto—. Tendrá que aguantarse la risa porque le tengo que hacer unas cuantas preguntas.

Marc puso una cara indiferente y de circunstancia, luego le enseñó las palmas de las manos levantando los hombros, como para decirle que a qué esperaba.

—¿Dónde se encontraba usted ayer a las 11:00 de la mañana? —preguntó Jordi, mosqueado, fijándole a los ojos con una mirada tan intensa que parecía estar en modalidad detector de mentiras.

—A las 11:00 de la mañana, ayer… A ver, déjame pensar —respondió con voz desafiante, acercó el índice a la boca y jugando con

el inspector como el gato con el ratón continuó—: Ah, sí, ahora me acuerdo, claro, estaba aquí. Ayer a las 11:00 de la mañana estaba justo aquí, saliendo con mi coche. Creo que hay bastantes personas que podrían confirmarlo.

Acabó la frase mostrando una sonrisa atrevida y al mismo tiempo falsa. La cólera del inspector iba creciendo por momentos. Era una cerilla mojada en gasolina. Con nada, se hubiera encendido como la dinamita. Fue una pregunta mal formulada, casi ridícula, propia de un ignorante en materia. Si hubiese preparado las preguntas con Bruno, eso se lo hubiese ahorrado.

—Le veo muy… tranquilo, señor Nerón.

—Por supuesto, agente, no tengo nada que esconder —contestó el fanfarrón.

—Señor Nerón, soy inspector jefe de los Mossos, con treinta años en el Cuerpo. Por lo tanto, le agradecería mucho que respete mis grados —hizo una pausa, le miró a los ojos y concluyó—: si no le importa.

—Por supuesto, faltaría más.

—Bien. Entonces, dígame, ¿dónde se encontraba ayer a las 10:00 de la mañana?

—Ayer a las 1000: estaba en el hotel junto a todos los pilotos, haciendo el briefing.

Jordi veía que por allí no conseguía atacarle y tiró un poquito más de la manta.

—¿Y a las 9:00 de la mañana?

—Vamos a ver, pues… desayunando con mi copiloto —respondió tranquilo y sereno—. Agente, quiero decir, inspector, ¿a qué vienen estas preguntas?

—Simple rutina. Cuando suceden accidentes como el que se ha producido ayer, tenemos que averiguar lo que ha pasado —minimizó el inspector.

La escena que estaba presenciando Bruno era muy dura. Marc, con su desfachatez como sello inconfundible, respondía a las preguntas del inspector con tono altanero, casi de desprecio. Estaba más pendiente de lo que pasaba a su alrededor y de quedar bien en las fotos, que de prestar atención al policía.

De frente estaba Jordi, que intentaba grabar lo que le decía mientras estaba analizando toda la comunicación no verbal que transmitía Nerón. Se estaba cansando de ese individuo. Había algo en él que no le gustaba. Había un no sé qué y su olfato de policía le estaba alertando de que ese tipo era de poco fiar.

Detrás de Jordi, un paso atrás se encontraba Bruno que, respetando las indicaciones del inspector estaba en silencio, simplemente escuchando lo que decía el piloto. Bruno nunca había sido una

persona violenta, ni defendía ni le gustaba la violencia, ni siquiera en los momentos extremos. Pero el instinto de Bruno esa vez se estaba rebelando. Sentía unas fuerzas irresistibles de saltarle al cuello a Marc y meterle por la boca toda esa desfachatez y bufonería que estaba demostrando.

Pero aparte de las ganas de darle su merecido, su sexto sentido le estaba alertando de que Marc no era trigo limpio. Ese fin de semana había descubierto ese lado de intuición y percepción extrasensorial que le hacía vivir emociones y escenas que jamás había vivido. Esa misma habilidad o voz interior le estaba lanzando mensajes sobre Marc y desde luego, no eran nada alentadores.

—¿De que conocía a Jean De La Cruz? —preguntó el inspector.

—De las carreras. Nos conocimos de pequeños en los karts.

—¿Solo de las carreras?

—Por lo que ahora me acuerde, sí.

—¿No tenían contacto en la vida privada?

—¡No! Creo que no —respondió a cabo de unos segundos de silencio. ¿Por qué me pregunta esto a mí?

—Tenemos que hacer estas preguntas a todos y hemos empezado con usted. ¿Qué pasa? ¿Tiene algún problema con esto?

—En absoluto, estoy encantado de ayudar a las autoridades —dijo con sarcasmo.

El inspector siguió con las preguntas, aunque le gustaba cada vez menos el individuo que tenía delante:

—¿Había tenido algún conflicto personal con el señor De La Cruz?

—Que yo me acuerde no. Bueno sí, de pequeños con los karts. Es que Jean era muy impetuoso.

—¿Cuándo fue la última vez que estuvieron juntos?

—En el briefing, ayer por la mañana.

—Le veo nervioso, señor Nerón, ¿hay algo que quiera contarme?

—¿Sabe qué es lo único que quiero contarle, señor inspector?

Jordi y Marc se miran fijamente a los ojos y como dos gallos en el gallinero, enfrentaron sus egos para ver cuál de los dos lo tenía más grande. Marc repitió la pregunta:

—¿Sabe cuál es el único problema, inspector?

El otro se quedó callado, esperando a que continuara. No quería rebajarse a hacerle el juego a ese arrogante.

—Que me tengo que ir. Como puede ver, a las 1100: tengo que salir el primero en el rally —dijo con cara de ironía. Y entonces dio el toque final a su actuación—: Si no tiene por qué retenerme más, ¿me permite marcharme, inspector?

—Sí, claro, se puede marchar, pero quédese en la zona, señor Nerón. Seguramente tendremos que volver a hablar —dijo el inspector con una sonrisa maquiavélica que expresaba todo lo que no podía

decirle, pero que le rondaba por la cabeza.

En este momento dejaron de mirarse a la cara y se apartaron el uno del otro. Marc se colocó el casco y se metió en su vehículo. Lo puso en marcha y el estruendo de la bestia negra resonó de repente en toda la plaza de delante del ayuntamiento. El Porsche GT 3 daba inicio a la puesta en marcha de la orquestra que formaban todos esos coches, menos uno que ya no volvería a estar allí.

Tenían delante un largo día de rally. Tres tramos exigentes en la provincia de Gerona, que les llevaría todo el día. Por la noche, a la vuelta a Lloret se sabría quién había ganado el rally Costa Brava. Desde luego que todos los pronósticos apuntaban a que Marc Nerón iba a ganar el rally, y de consecuencia, el campeonato europeo. La ausencia de Jean le había alisado el camino hacia la victoria.

Después de la confrontación verbal con Nerón, el inspector se giró hacia Bruno y de una forma subliminal le indicó que se fueran, dejando a Marc con su evento. La toma de contacto con el mundo de las estrellas se había acabado. Se dirigieron nuevamente hacia el hotel. Tenían que comentar lo que acababa de suceder, y cuanto más lejos de ese estruendo de motores, mejor.

Los dos sabuesos optaron por entrar en el hall del hotel. A la izquierda, antes de las escaleras que llevaban hacia las habitaciones, había una zona silenciosa de sofás y butacas. Se sentaron en dos butacas, una enfrente de la otra, para poder hablar tranquilamente.

—Toma, antes de que se me olvide —dijo Bruno entregando a Jordi las dos bolsas transparentes con las muestras para el ADN—. En una hay pelo y en la otra el cepillo de dientes. Espero que te sirvan.

—¡Perfecto, gran trabajo! —dijo Jordi al italiano—. ¿Qué te ha parecido?

—Uf, *porca miseria* —soltó Bruno y empezó a rascarse la barba, intentando buscar las palabras correctas y no decir de golpe todo lo que pensaba.

—No me sirve que lo pienses, dime lo primero que te viene a la cabeza.

—Es un fanfarrón y un cínico. Un ser despreciable. Pero ¿sabes qué es lo que más me revienta de todo esto? —Bruno esperó un momento y siguió—: Que los indicios y la sensación que tengo me dicen que no ha sido él. Bueno, hay algo que me hace pensar que sí, pero más fuerte es la intuición que me dice que no. O por lo menos así lo interpreto.

La diferencia entre los dos sabuesos era que uno hablaba con el corazón y el sexto sentido que se le había activado ese fin de semana, y el otro, una autoridad en la policía de Gerona, que acababa de ser enfrentado por un tipejo con un coche caro. El choque de egos había hecho que Jordi le cogiera manía. Eso podía ser contraproducente para la investigación. El enfrentamiento como entre dos gallos podía

ofuscar la imparcialidad que marca la fuerza de la policía y tirar hacia un lado equivocado, basado puramente en lo que dictaba el ego, dejando así sin resolver otros aspectos, otros indicios y de consecuencia otra dirección, por no haberla considerada probable. A Jordi le pasaba como a Jean, que Marc se había convertido en su kriptonita y como consecuencia, había movido el norte de su brújula.

—¿Qué quieres decir que los indicios no llevan a él? —preguntó el inspector.

—¿Te acuerdas que te he llamado antes y te he dicho que había descubierto algo, que había recordado un detalle de la casa del guardia?

El inspector asintió con la cabeza y frunció el entrecejo.

—En la casa del guardia había un olor raro, como un ambientador extraño. Un olor a caramelo o algo parecido. ¿Te acuerdas?

—¡Perfectamente! Una mierda de ambientador, o, mejor dicho, un ambientador de mierda.

—¡Exacto! Pero creo que no era un ambientador. Creo que eran rastros dejados por un dispositivo electrónico para vapear, con sabor a Coca Cola.

—¿Cómo? ¿Un qué con sabor a Coca Cola? ¿Pero de dónde has sacado esta idea?

—No, no es ninguna idea mía —contestó Bruno entusiasmado y se acercó a Jordi, sentándose en la punta de la butaca para dar más énfasis a su teoría—. Te lo explico, porque ese olor yo ya lo había notado antes, es más, es tan raro que la primera vez que lo sentí me extrañó muchísimo y desde entonces se me quedó grabado en el olfato. Es de un mecánico de mi equipo. Un mecánico que apareció en circunstancias bastante extrañas. Me vino un día en la escudería en Marbella, diciendo que quería entrar en mi equipo, sí o sí, a toda costa. Tenía tantas ganas de entrar, que incluso estaba dispuesto a pagarse él mismo el alojamiento y los gastos de desplazamiento. Quería solo hacer práctica y ni siquiera pedía un sueldo. O sea, quería trabajar por amor al arte o por pasión. No le di más importancia, le dije que sí, había una parte de mí que se veía reflejada en él, esa de la pasión por los coches. Pero con el tiempo, durante estos pocos meses que ha estado en mi equipo, me parecía cada vez más raro. Hasta ayer, cuando a las 10:30 de la mañana no se encontraba bien y se fue. Blanco y en botella. ¿No te parece?

Jordi se quedó callado escuchándolo atentamente, pero lo que le estaba diciendo lo veía muy rebuscado, podía ser una opción, pero él seguía con una inflamación aguda de su ego, provocada por Nerón.

—Oye, Bruno, esto, ¿de verdad te lo crees? Es decir, entiendo que estés traumatizado por la muerte de tu mejor amigo, pero echarle la culpa de todo esto a un chaval, a un mecánico aprendiz, me parece

bastante rebuscado. Tenemos que hurgar profundamente en Marc. Creo que la clave está en él. Pediré a mi equipo de inteligencia que lo investigara.

—No soy nadie para decirte lo que tienes que hacer, Jordi, pero creo que vas a buscar en una dirección equivocada. ¿Qué te cuesta tomarle declaración a Alex, el mecánico del que te estoy hablando?

El inspector, convencido que la dirección que había tomado él en la investigación era la buena, no estaba dispuesto a perder el tiempo con ese joven mecánico. Pero, por respeto a Bruno, pensaba enviar a alguien de su brigada a hacerle preguntas.

—Está bien, pediré a los agentes de una patrulla que le hagan una visita a tu joven mecánico. Por cierto, ¿dónde lo pueden encontrar?

—Tiene que estar en mi camión junto a mi equipo, en la zona tres del parque de mecánicos. Allí tienen que encontrarlo, o eso creo, si es que se ha presentado.

—Perfecto, nosotros nos encargamos. ¿Sabes qué detalle interesante me ha comentado esta mañana el forense? —Bruno no tenía ni idea, por lo que lo negó con un gesto—. Dice que la hora estimada de la muerte del guardia es el 1100: de la mañana de ayer. Es decir, este buen hombre volvió del trabajo a casa, se preparó algo de comer antes de meterse en la cama, pero se vio sorprendido por un individuo que le entró por la ventana y lo mató, sin más.

—¡Es que coincide con la hora, Jordi! Mi mecánico se fue a las 10:30. ¿Cuánto se tarda de Lloret a Tordera?

—Una media hora, quizás incluso menos.

—Jordi, ¡blanco y en botella! Allí lo tienes, yo creo que ha sido él.

—Coincidencias, Bruno, meras coincidencias. Pero, para que te quedes tranquilo, vamos a hablar con ese tal Alex —prometió el inspector tranquilizándole y dándole el apoyo que necesitaba—. Pero con todo esto, queda suelto el punto más importante. Si Jean no ha sufrido un accidente, ¿quién y cómo ha manipulado su coche?

—Le estoy dando vueltas continuamente… Por ahora, no consigo entenderlo.

Mientras los dos sabuesos estaban deliberando en la zona de descanso del hotel, poniendo sobre la mesa todas las posibles opciones y revalorando posibles sabotajes del coche, sucedió algo inesperado. La imprevisibilidad había tomado el protagonismo de la mañana. Bruno no se esperaba lo que iba a suceder. En ese momento le sonó el teléfono e interrumpió la conversación con el inspector.

Extrañado, lo sacó del bolsillo interior de su cazadora de piel. Lo miró y vio que era un número desconocido, que no estaba en el listado de sus contactos. La llamada era insistente y pensó que podía ser de parte de alguna compañía telefónica, cuya teleoperadora iba a ofrecerle sus condiciones ventajosas para tentarlo.

Pero cuando estaba a punto de apretar el botón rojo y volver a meter el aparato en el bolsillo, le entraron las dudas. ¿Y si fuera algo importante? Le pareció bastante raro que recibiese una llamada a esa hora. Entonces hizo caso a su instinto, el mismo instinto que le había acompañado todo ese fin de semana y que había brotado como de la nada, actuando como si fuera un tercer brazo. Optó por responder. Pidió disculpas al inspector, motivando que no sabía quién le estaba llamando y que a lo mejor podía ser importante. Apretó el botón verde.

—Sí, dígame.

—¿Bruno? ¿Eres tú?

—Sí, soy yo. ¿Con quién hablo?

—No nos conocemos. Bueno, directamente, no, pero indirectamente, bastante. En fin, soy Claudia. Necesito hablar contigo urgentemente. Estoy en la habitación 256 del hotel Coral de Blanes. ¿Podrías venir?

Descolocado por esa llamada, Bruno no entendía a qué venía y por qué en ese momento. Y lo más importante, ¿había venido ella por el accidente?

—Sí, claro, salgo ahora mismo de Lloret. En veinte minutos estaré allí. ¿Estás bien?

—Sí, pero por favor, ven solo.

41

Sábado, 11:00

Camino a Blanes,

diecinueve horas después del accidente

Palideció de golpe. El color de su piel desapareció por completo.

—¿Quién era? —preguntó el inspector.

Bruno no sabía qué contestar. ¿Debía ser sincero, o debía mentir para mantener el anonimato de la persona que le acababa de llamar? Si se lo hubiera dicho a Jordi, le habría encantado ir con él y habría tenido todo el derecho de hacerlo. Sin embargo, pesaba más respetar los deseos de Claudia. Pero, de repente se preguntó por qué le había pedido ir solo. El cerebro empezó a generar ideas y preguntas que le caían encima como meteoritos.

Si no se lo decía al inspector, eso podía afectar la confianza y la complicidad que se había creado entre ellos para resolver ese caso complejo. Bruno pensaba que la vía más fácil era no decírselo. Hacer como que alguien se había equivocado de número, hacerse el sueco.

Pero no era justo y tampoco era seguro. Jean le había hablado muchísimo de Claudia y conociendo a Jean, sabía que no se había equivocado de persona. Era consciente que era una mujer estupenda y que se podía confiar en ella. Eso fue lo primero que le dijo su intuición. Pero ¿y si fuera una trampa orquestada por Alex o por otra persona? A fin de cuentas, ¿qué tenía él que ver con toda esa situación? Todo era muy confuso, pero tenía que tomar una decisión, y rápidamente.

—¿Estás bien? —volvió Jordi con otra pregunta, mirándolo fijamente.

Bruno Malatesta tenía la mirada perdida. Su cabeza era una centrífuga de ideas. De repente volvió a fijar la mirada en los ojos del inspector, pero no salía ninguna palabra de su boca. Tenía que decidirse. Estaba en una encrucijada y cualquier dirección que hubiese tomado, tendría como base lo que iba a decirle al inspector en ese

momento.

Aguantó la respiración. Después de unos segundos que se hicieron eternos, soltó la noticia:

—Era Claudia, la mujer de Marc y la amante de Jean —lo dijo en un susurro para que no lo escuchara nadie de la habitación.

—¿Claudia? —preguntó el inspector, extrañado.

—¡Shhh, baja la voz! —le pidió Bruno y empezó a sudar. Era consciente que podía haber metido la pata. Estaba preparado para cualquier reacción del inspector, fuese ella positiva o negativa. Los huevos ya estaban rotos para la tortilla, ahora era cuestión de decidir si se le echaba cebolla o solo patatas.

—¿Y qué quiere esa mujer de ti?

Bruno le contestó, titubeante:

—Quiere verme, solo. Y no sé por qué. ¡Se habrá enterado de la noticia! Pero ¿por qué quiere verme a mí, si no nos conocemos?

De repente, Jordi Roca se levantó.

—¡Vengo contigo, vamos a verla! Hay que hacerle algunas preguntas a ella también, es probable que sea cómplice de su marido. No me extrañaría que fuese como una Mantis religiosa.

Bruno se hundió en la butaca, había que llamar a una grúa para levantarlo. Ya tenía la tortilla completa. Necesitaba resolver esa situación y confiar en su instinto que le decía presentarse solo a la cita. Por lo tanto, decidió levantarse y reaccionar.

—Jordi, ¿confías en mí? —le preguntó, poniéndole entre la espada y la pared.

—Sí, pero ¿qué tiene que ver eso aquí?

—Me ha pedido explícitamente que vaya solo. Jordi, tengo una corazonada, por favor, te pido que me permitas ir solo. Creo que es lo mejor.

—¡Mare de Déu, no puedo dejarte ir solo! ¿Te das cuenta de que no sabemos a qué te puedes enfrentar?

—Soy totalmente consciente de eso, pero escúchame —le pidió agarrándole el brazo y mirándolo a los ojos para conectar emocionalmente—. Confía en mí, no va a pasar nada. Si en una hora y media no te llamo, envía a los Mossos d' Escuadra en la habitación 256 del hotel Coral de Blanes. ¿Hay trato?

Jordi confiaba plenamente en él, en lo que no confiaba, era en esa situación. Pero si eso era lo que su compañero le pedía, de forma excepcional le permitiría hacerlo.

—Ok. Pero si en una hora y media no me llamas, voy a enviar a la Swat.

Bruno le dio un abrazo y también las gracias. Acababa de desactivar la bomba de relojería llamada Jordi Roca. Antes de que el inspector pudiera cambiar de idea, ya había desaparecido de la

habitación. Bajó por las escaleras hacia el parking.

Salió por la puerta de servicio y justo a la izquierda estaba el Porsche Taycan verde, conectado a la corriente. Llevaba más de dos horas enchufado y las baterías estaban cargadas al cien por cien. Desenchufó el cable del cargador y se subió a la furia verde. Se abrochó el cinturón de seguridad e introdujo en el GPS la dirección del hotel de Blanes. Silenciosamente, empezó a salir del parking.

El trayecto era corto, El GPS marcaba solo 5,7 kilómetros hasta Blanes. Pocos kilómetros para tantas preguntas. No se podía imaginar lo que le estaba esperando. Por lo que sabía de ella, a Claudia siempre la vio como una persona anulada emocionalmente por el tirano de Marc Nerón. Siempre le había parecido ser buena persona, aparte de que su aspecto era muy atractivo. Cuando Jean le hablaba de ella era como ver la película de una historia de amor. Una novela de ensueño, de príncipes y princesas. Una historia de Hollywood ambientada en España, en la que la ficción supera la realidad.

Ella se merecía un buen hombre a su lado. El tiempo de las tinieblas parecía haber acabado, hasta que ocurrió el accidente. Jean, después de haber tambaleado por tantas historias de amor fracasadas, había encontrado la paz, el equilibrio, la serenidad, en una grandísima mujer. Así la describía siempre cuando le hablaba a Bruno de ella.

Y eso era lo que le había transmitido también la voz de Claudia. Sin embargo, las personas cambian. Por un golpe de cabeza, por el hecho de enfrentarse a un abismo, quizás ella también haya cambiado. ¿Pero tanto como para ser cómplice en matar a su amante? ¿Claudia, el ángel rubio que había enamorado a su mejor amigo, que llegara a tener semejante cambio de rumbo como para convertirse en una Mantis religiosa? ¿Podía ser real? ¿Cuadraba eso con la maravillosa historia de amor de la que le había hablado su amigo Jean? Algo fallaba. Otro cabo suelto en esa situación. Pero un cabo suelto que iba a atar en menos de cinco kilómetros.

El síndrome de Estocolmo. ¿Podía Claudia sufrir de ese síndrome? Marc Nerón, su marido, podía haberle persuadido hasta cambiarle la opinión sobre Jean. Tampoco era una idea descabellada, después de conocer a Marc durante tantos años nada le habría sorprendido de ese tirano. En esos momentos, mientras estaba recorriendo esos pocos kilómetros al lado del mar en una carretera llena de hoteles veraniegos, el síndrome de Estocolmo le vino a la mente. No por una intuición, esa vez no, sino por un episodio de hacía pocos años.

* * *

Circuito de Montmeló, Barcelona. Marc y Bruno se habían encontrado por casualidad en una competición de 24 horas en el circuito de Cataluña. La casualidad quiso que los boxes de mecánicos de los dos equipos fueran colindantes. Marc y todo su séquito estaban de los nervios por la irritabilidad que tenía el piloto y por sus caprichos. La carrera había empezado, los dos pilotos estaban en las primeras cinco posiciones y al primer cambio de piloto Marc montó el numerito del día. Con el Porsche de carreras entró en los boxes para dar cambio a sus compañeros.

Una vez realizado el relevo, el coche volvió a arrancar con él compañero del equipo. Marc, disgustado por no ir primero, empezó a reprochar cosas a los mecánicos, dando la responsabilidad de su posición a la supuesta incompetencia de los mecánicos. Un espectáculo que todos llamaban el show de Nerón. Era nefasto, antideportivo y si no hubiese sido el millonario que era, seguramente habría sido expulsado de todas las competiciones.

Bruno ya estaba a medio camino de llegar al hotel de Blanes. En medio de tantas preguntas que tenía le vino ese momento a la cabeza. No sabía por qué, pero siguió recordándolo. Luego lo entendió. Su memoria se había refrescado con esta anécdota porque, aquel día, además de los mecánicos insultados, también recibió lo suyo Claudia, el ángel caído en la madriguera del emperador.

Desconocía el motivo exacto por el que Marc empezó a gritarle a su mujer. Pero el detalle más importante fue que ella, aunque humillada delante de todo el mundo, empezó a seguirle y a pedirle disculpas, cuando todos sabían que no tenía por qué hacerlo. Allí entendió por qué apareció ese recuerdo en su mente. El síndrome de Estocolmo. Para la persona que más daño le hacía, demostraba más admiración y devoción. Claudia podría ser víctima de ese síndrome.

Faltaban dos kilómetros para llegar al hotel y Bruno empezó a preguntarse si de verdad Claudia pudiera estar como encarcelada por esa patología. ¿Habría sido Marc Nerón capaz de anular su voluntad y hacer juntos algo dantesco como lo ocurrido a Jean?

O tal vez Claudia quería hablar simplemente por saber qué había pasado. Pero en ese caso, ¿qué hacía en Blanes? ¿Por qué no en Lloret? ¿A lo mejor para no ser descubierta por Marc que venía a hablar conmigo?, se preguntaba Bruno.

Quedaba poco para llegar al hotel y todas esas preguntas solo le

confundían más de lo que ya estaba cuando salió de Lloret. Se sentía seguro, porque si en una hora y media no llamaba a Jordi Roca, este enviaría agentes del cuerpo de asalto de los Mossos a por él. Pero, aun así, quiso hacer la última llamada antes de entrar en el hotel. Eran demasiadas las preguntas sin respuestas, como para entrar en esa habitación a pecho descubierto.

En los últimos kilómetros antes de llegar al hotel, llamó a la única persona en la que podía confiar ciegamente que le ayudaría.

Aparcó el Taycan verde delante del hotel Coral de Blanes, en la zona reservada a los huéspedes. Bajó del coche y con paso decidido entró en el hotel y se dirigió hacia el ascensor situado en el hall. Los de la recepción del hotel ni siquiera lo vieron, estando demasiado ocupados en hacer los check-out del día. Abrió las puertas del ascensor, entró y apretó el botón de la segunda planta.

Empezó a sentirse raro. Aunque después de esa llamada estaba un poco más tranquilo, seguía yendo hacia una cita desconocida. Justo cuando estaba dentro del ascensor se dio cuenta de que seguramente estaba haciendo una tontería. Esa cita, bien podía ser una cita con el destino. Su corazón empezó a latir cada vez más fuerte y sus manos empezaron a sudar. Le costaba respirar por lo nervioso que estaba. Pero se dijo que tenía que hacerlo, por su amigo y por entender qué se escondía detrás de todo eso.

Las puertas del se abrieron. Bruno esperó un par de segundos y salió del ascensor. Las indicaciones de la pared indicaban que la habitación 256 se encontraba a la derecha. Empezó a recorrer el pasillo.

250, 251, 252, 253, 254, 255, allí estaba. Se le cortó el aliento. Bruno no se lo esperaba. La puerta estaba abierta. ¿Eso era una buena señal? ¿O era mala? Le pareció muy raro que alguien dejase la puerta de la habitación abierta. Eso olía a trampa. Y era muy probable que lo fuese. Pero tenía que descubrirlo, no había llegado hasta allí para darse la vuelta en ese momento. Con la mano izquierda empezó a empujar la puerta poco a poco hasta que estuvo suficientemente abierta como para… quedarse sin aliento.

42

Sábado, 11:30
Hotel, Lloret de Mar,
diecinueve horas después del accidente

No era el mejor día para Alex. Desde luego que no era ni siquiera la mejor época para él. Solo conseguía dar malas noticias y disgustos al maestro. El maestro, el mentor, la persona que le había sacado de las catacumbas emocionales de la vida, estaba recibiendo solo calaveras. A él, que había invertido tiempo y dinero en entrenarle como su discípulo, le estaba pagando con la peor moneda en la primera misión, un fallo tras otro.

Con la primera llamada se enfadó y explotó en insultos. Eso fue maltrato verbal, moral y emocional. Con la segunda llamada, había decidido ser mucho más pragmático, dejar de lado la emoción y el ego y simplemente tratarlo como lo que era, un globo sonda. El mismo globo sonda que no tenía que pensar. El maestro había entendido que cuando lo hacía, fallaba. Sin embargo, la experiencia le había enseñado saber ver las cualidades y los lados positivos de todas las personas.

Y Alex no era una persona de fiar a la hora de tomar decisiones. Alex era un globo sonda que solo tenía que ejecutar las misiones. Le daba la información triturada, solo la necesaria para realizar el mandato. Pero, aunque el maestro tenía mucha experiencia en esto, con Alex se había equivocado. No tenía que enfadarse con él, era contraproducente. Tenía que motivarle y simplemente ordenarle la misión. Alex no era un James Bond, era solo un francotirador. El mentor tenía que actuar a distancia y enviar la información al globo sonda.

—¿Y bien?

—Malas noticias, no lo he encontrado.

El maestro respiró, contó hasta cinco y dijo:

—Explícate mejor.

—He revuelto toda la habitación y no he encontrado nada. He mirado en la caja fuerte, en los cajones, en las maletas, he revuelto todos los cojines y he quitado los cuadros. He dejado la habitación patas arriba. Y nada. Lo siento, maestro, no he encontrado nada. En el obitorio no estaba, allí tampoco. Maestro, no sé qué decirte, solo que lo siento. Por favor, no se enfade conmigo —le pidió el discípulo, encogiéndose y bajando la cabeza entre los hombros como una tortuga, esperando los gritos que estaban a punto de llegar desde el otro lado del aparato.

—Esto no tiene sentido. El primer lugar donde tenía que estar era al cuello. Si no lo tenía el cuello, entonces debe estar en algún sitio de la habitación. Esto no tiene sentido.

—Lo siento, maestro, de veras que lo siento.

—Cállate y escúchame —le ordenó el maestro, seco, pero no enfadado—. Tengo información importante para decirte. En el momento cuando me dijiste que no has encontrado el Pen Drive USB al cuello, desde aquí nos hemos puesto en marcha para rastrear todo lo que nos pudiera servir. Escúchame bien. Hemos interceptado una llamada de Claudia a Bruno. No sabemos qué está haciendo allí esa mujer. Tienes que averiguarlo. Desde aquí te informaré en caso de tener novedades.

Alex estaba escuchando, regenerado por tener una nueva oportunidad de parte del mentor. Estaba tan emocionado que se le aceleraba la respiración por momentos. Era como una bombona de oxígeno. El mentor se estaba portando bien con él, demasiado bien, teniendo en cuenta los resultados que él le estaba dando. Se sentía agradecido por las numerosas oportunidades que le estaba concediendo, pero también era consciente que esas oportunidades se acabarían en algún momento. No podía continuar fallando.

—Tienes que ir rápidamente al hotel Coral de Blanes y averiguar qué hacen ellos dos allí. Puede que sea una pista. Alex, no vuelvas a fallar. ¿ME HAS OÍDO? Activa el plan B. Sabes lo que tienes que hacer.

—¡Sí, sí! Gracias, mi mentor, por darme una nueva…

—¡Cállate! —le interrumpió bruscamente—. Déjate de tonterías y ejecuta por una vez. Cuando hayas conseguido información, vuelve a llamarme por la línea segura.

El maestro le había vuelto a interrumpir de mala manera, de eso no había duda. El lado oscuro del discípulo acababa de ser alimentado. Sacó su cigarro electrónico y empezó a fumar de forma histérica, para suplir su carencia emocional.

—No vayas, por favor no vayas. Escúchame, por favor, aún podemos arreglar esto —empezó a hablar el lado sumiso de Alex.

—¡SILENCIO! Ya es bastante que te dejamos venir con nosotros.

Eres un puto lastre. Eres un estorbo, cierra la boca, niñato, quejica, que no paras de quejarte. No entiendo como no te hemos dejado en casa, que solo estorbas.

Alex estaba fumando como un poseso. Cuando empezaba histéricamente a fumar, parecía que había pasado por allí una chimenea de la revolución industrial.

—Tenemos que irnos —se dijo—. El maestro nos ha llamado.

El pequeño chacal se había despertado de nuevo. El mentor había vuelto a activar el lado oscuro. Con los ojos salidos como un endemoniado, metió las cosas en su mochila y se dirigió hacia la puerta. Salió y bajó después en ascensor hasta el parking. Entró en su pequeño Seat Ibiza blanco y a toda velocidad se puso en camino hacia Blanes.

Alex acababa de transformarse de nuevo en el sicario de su mentor. Iba hacia su destino, inquieto, porque no sabía a lo que iba afrentarse. Ni siquiera sabía lo que tenía que hacer, una vez llegado allí. Pero nada le asustaba. Cuando estaba poseído por el lado oscuro se convertía en el globo sonda de la maldad de su mentor.

Apuraba las curvas e infringía los límites de velocidad, porque tenía que llegar lo antes posible en el hotel de Blanes. Era consciente que el factor tiempo tenía que ser determinante, no podía permitirse fallar otra vez. Infringir las normas de tráfico en un trayecto de cinco kilómetros era absurdo, pero tenía prisa.

Empezó a adelantar los coches en las rectas que había entre esas dos poblaciones, pero se dio cuenta a tiempo que no tenía que poner en peligro la misión por una multa de tráfico. Justo cuando lo estaba pensando, a lo lejos vio una patrulla de la policía urbana en la entrada de Blanes, haciendo controles. El coche con las luces encendidas delataba en ese punto la presencia policial.

Alex frenó. Había reducido la velocidad y la manera agresiva de conducir. La cola era de unos diez coches delante de él. En fila india pasaban por delante de los agentes, conduciendo lentamente.

“¿Me estarán buscando a mí? ¿Estarán buscando al asesino del guardia?”

Empezó a mirar a su alrededor para ver si podía ir por una calle lateral y evitar el control de la policía, pero era demasiado tarde, ya estaba en la cola. Si hubiera hecho cualquier movimiento brusco o raro, hubiera llamado la atención de los policías. No podía arriesgarse a que lo siguieran.

La única posibilidad que tenía era quedarse en la cola y pasar como una persona normal.

Los coches que tenía delante se movieron y después de varios minutos de agonía y sudando la gota gorda, llegó delante de los policías, con una cara de circunstancia. El agente que estaba de su

lado empezó a mirar el parabrisas del coche. Alex se sintió observado, movió la cabeza y acabó mirando al policía. Se dio cuenta que era un control rutinario para ver si los coches habían pasado la ITV.

El discípulo se encontraba con las venas llena de adrenalinas provocada por el control policial. Había sido una falsa alarma, pero había perdido minutos importantes. Bruno Malatesta ya tenía que encontrarse en el hotel que el mentor le había indicado. Empezó a correr más que antes, tenía que recuperar el tiempo que había perdido.

Faltaba un kilómetro y medio para llegar al hotel, cuando el GPS le hizo girar a la derecha en una calle con un paso de peatones. Estaba impaciente por llegar a su destino, cuando en esa calle en la que acababa de entrar se le cruzó un hombre por delante. Iba distraído, mirando el móvil. Alex consiguió esquivarle, sin embargo, acabó encima de la acera. Casi atropella al pobre hombre.

La adrenalina y las ganas de cumplir la misión le habían cegado. El peatón le estaba gritando lo inconsciente que había sido, pero Alex ni se inmutó. Puso la marcha hacia atrás, dio un buen acelerón y bajando de la acera, el coche dio un golpe extraño, inusual, sordo.

—¡Idiota! ¡Sinvergüenza! ¿No has visto que casi me atropellas? —le gritaba el hombre, que se acercó al coche y con el dedo índice le señaló la parte inferior del coche, riendo—: ¡Esto te pasa por ser gilipollas!

—¡Noo! ¡Noooo! —empezó a gritar de dentro del coche. Salió y dio la vuelta hasta llegar a la parte del vehículo donde el hombre le había señalado.

—¡Noooo! ¡Ahora, no, joder!

Para evitar al hombre en el paso de cebra, había tenido que dar un volantazo y acabar encima de la acera. Y esto le había hecho reventar un neumático delantero. Se estaba desesperando, estaba perdiendo tiempo y tenía que llegar al hotel de Blanes.

Empezó a pensar en dejar el coche allí e ir corriendo hasta el punto donde le había indicado el mentor. Esa era la opción más rápida, pero ¿y sí después necesitaba urgentemente el coche? No lo habría tenido. Y eso no podía ser, él lo necesitaba. Rabioso contra sí mismo por lo que acababa de hacer, tiró la mochila dentro del coche y abrió el maletero. Quitó la moqueta y vio la rueda de recambio. La sacó y se puso a cambiarla lo más rápido que podía. Pero, como nunca había cambiado una rueda estando tan nervioso, empezó a preguntarse si llegaría a tiempo para sorprender a Bruno con Claudia.

43

Sábado, 12:00
Hotel Coral, Blanes,
veinte horas después del accidente

El pasillo olía a moqueta nueva. El personal de limpieza entraba y salía ruidosamente de las habitaciones a medio hacer. El alboroto para acabarlas porque estaban a punto de ser entregadas se notaba en el ambiente. Los carros que contenían toallas limpias, sábanas y productos de limpieza aguantaban las puertas abiertas. El aire fresco que entraba por las ventanas llegaba hasta el pasillo. La fila de habitaciones parecía interminable. Había recorrido todo el pasillo casi hasta llegar a la última, en la que supuestamente estaba Claudia.

La tenía delante. La puerta estaba abierta. Después de un momento de duda en si entrar o no, en si fuera una trampa o no, decidió asumir todas las responsabilidades y avanzar. Procedió a empujar poco a poco la puerta. El corazón le empezó a bombear rápidamente la sangre. No sabía lo que iba a encontrar allí dentro. Con la mano izquierda movió paulatinamente la puerta hasta que se abrió casi del todo. Su mirada cayó al suelo, con miedo de mirar la habitación en el primer momento. Cuando la puerta ya estaba totalmente abierta, levantó los ojos y se quedó sin aliento.

Allí estaba, delante de él, como un ángel caído del cielo. Aterrizado de cualquier sitio. Por fin había llegado el momento de conocer a la persona que había robado el corazón de Jean. La sorpresa de verla delante no le quitaba el miedo de encontrarse en una trampa. La habitación estaba con las ventanas abiertas, el viento que entraba movía el pelo de la joven.

Claudia estaba de espaldas, como si no hubiera esperado al italiano. Llevaba unos tejanos claros, una camisa blanca, por fuera, y zapatillas deportivas de varios colores. Se veía delgada, esbelta, tal como recordaba haberla visto de lejos alguna vez y como Jean siempre la había descrito en sus largas conversaciones. Se encontraba

a unos cinco o seis metros. Cuando Bruno acabó de abrir la puerta, ella sintió su presencia. Levantó la cabeza dándose cuenta de que el italiano había llegado y empezó a girarse paulatinamente, como se gira un condenado a muerte para ver al verdugo que le está esperando.

Entonces vio Bruno la belleza del rostro de la joven mujer. Era guapísima. Desprendía un aire sobrio, limpio, un aire fresco y alegre. Los dos se encontraban de pie, uno delante del otro por primera vez en sus vidas. En ese momento no había nada más en el mundo que ellos dos y sus miradas que se cruzaron.

Él estaba ansioso por entender por qué le había llamado hasta ese hotel perdido en Blanes. Y aún más importante, ¿qué hacía ella allí?

Las preguntas y el miedo de estar en una trampa le impedían valorar este momento, no podía, era imposible. Claudia se veía tranquila. Su cara demostraba una media sonrisa que transmitía serenidad, pero con un matiz de picardía. Por unos segundos se miraron en los ojos. Fueron unos larguísimos segundos. Cuando ella se sintió cómoda con ese hombre en la habitación y estuvo segura de que él había hecho caso a su petición de que venir solo, entonces actuó.

Empezó a moverse. Bruno Malatesta no se lo esperaba. De golpe, su expresión cambió radicalmente. No sabía a lo que se estaba enfrentando. Despacio, se movió hacia su derecha. Igual que el telón de un teatro se aparta para enseñar el escenario. Aunque se había quedado sin aliento en el momento de entrar en esa habitación, ahora el corazón le dio un vuelco. Después de aceptar la invitación de reunirse con Claudia se había imaginado de todo, menos aquello.

Se le paró la respiración y por el flujo de la sangre le estallaba la cabeza. Lo que había detrás de Claudia era muy fuerte, superaba todo pronóstico posible. Cuando se apartó enseñando lo que se ocultaba detrás, su cara cambió de tensa a sonriente, como si quisiera decir aquí lo tienes, aquí está tu regalo. Una vez apartado el telón, en la otra punta de la habitación apareció en el escenario Jean, esperándole sentado en una butaca.

Bruno no se lo podía creer. Había deseado ese momento, pero ya había desistido en pensarlo. Tenía delante a su mejor amigo. El amigo con el que tantas historias había compartido. El mejor amigo que había tenido y creía que lo había perdido. No se explicaba cómo podía estar allí. Todo eso no tenía sentido. Pero a lo mejor era una de las cosas que no tienen explicación, simplemente debía disfrutar que su amigo seguía vivo.

Lo había deseado entrando en la suite del hotel de Lloret. Abrir la puerta y ver a Jean en su habitación durmiendo como si nada hubiera pasado. Hacer borrón y cuenta nueva. Dejar atrás todo lo que había sucedido y volver a empezar. Rebobinar una película y volver a

diseñar el final. Fantasías que le habían venido a la mente en las últimas horas. Deseos irracionales de una persona desesperada por la pérdida de uno de los seres más importantes de su vida.

Jean estaba allí, inexplicablemente vivo, delante de él. Bruno se quedó petrificado, con la boca abierta como si hubiera visto un fantasma. Jean, que se esperaba volver a ver a su buen amigo, de repente hizo un salto de la butaca y se puso de pie. Bruno estaba todavía bloqueado, como si no entendiera lo que estaba pasando allí. Entonces Jean se acercó rápidamente a él y lo rodeó con los brazos, en un abrazo fraterno y tan esperado. Poco a poco, el italiano salió del aturdimiento con el abrazo de su amigo y entendió que eso no era un sueño. De forma instintiva, él también abrazó al resucitado.

El silencio de la habitación se vio invadido por la emoción de volver a verse. No hacía falta ninguna palabra, solo el sentimiento y la alegría de volver a estar juntos. Mientras los dos amigos se abrazaban, la vista de Bruno cayó en Claudia, que estaba al lado de ellos dos con una sonrisa de oreja a oreja, tapándose la boca con la mano, abrumada por la emoción del momento.

—¡Bruno, hermano! ¡Qué alegría volver a verte!

El italiano seguía en estado de shock y no consiguió sacar ni una sola palabra para responder. Los brazos de Jean seguían apretándole.

—No te puedes imaginar cuánto te echaba de menos. He tenido mucho miedo.

Finalmente, el francés le soltó del abrazo y le agarró los hombros con las dos manos. Los dos amigos se miraron profundamente a los ojos como para hablar y entenderse entre ellos, hasta que el italiano consiguió abrir la boca y rompió su silencio, incrédulo:

—¿Estás vivo? ¿Jean, estas vivo? ¿Pero cómo puede ser?

En algunas ocasione, la vida te lleva sorpresas que son como latigazos, pero en otras ocasiones son campanadas de resurrección. La vida quita, la vida devuelve. El misterio de su guion nunca lo sabremos. Solo hay que aceptarlo sin cuestionarlo, aprendiendo de los mensajes subliminales. Porque los aprendizajes que no aprovechamos, la vida nos los vuelve a poner en el camino, de otra forma.

Bruno se había convertido en una explosión de emociones y no había otra forma de expresarlo que las lágrimas de bendición. Las mismas que parecían lavar el pasado, redando la vida a su mejor amigo. Un misterio que, quizás, el italiano nunca llegaría a entender. Necesitaba tiempo para asimilarlo, pero por el momento solo quería disfrutar de la presencia de su mejor amigo. Aprovechar una de las oportunidades que pocas veces la vida las pone en escena.

—Lo sé, Bruno, lo sé… Es una larga historia, pero ya ves, estoy bien —dijo Jean intentando tranquilizarle.

—*Porca di quella Puttana!* Te he visto en el obitorio, carbonizado… ¡Joder!

Bruno había pasado a la tercera etapa. La primera fue el estado de shock, la segunda de incredulidad, y ahora que entendía que lo que estaba pasando era real, pasó al enfado.

—¿Te das cuenta por lo que me has hecho pasar? ¡Eres un cabrón! ¡He pasado las peores 24 horas de mi vida! —empezó a gritar Bruno, cada vez más alterado—. ¿Tú sabes cómo me he sentido? ¡Ni siquiera te lo puedes imaginar! Pensaba que te he perdido para siempre. ¡JODER!

Se apartó de él y se puso la mano en la frente, sintiendo que estaba a punto de desmayarse. Jean le puso un brazo en la espalda en un gesto cariñoso, para volver a conectar con él. Mientras tanto, Claudia, que era el espectador de ese reencuentro agridulce, delante de esos gritos perfectamente justificados, se dio cuenta que la puerta estaba abierta y se acercó para cerrarla.

—Joder, Bruno, lo siento de verdad. No sabía qué hacer.

—¿Cómo que no sabías qué hacer? Pues, por lo menos podías llamarme, ¿no crees? Durante un día me ha martirizado el pensamiento que estabas muerto.

—Tienes razón, pero me he enterado esta mañana de todo lo que ha pasado. ¡Por favor, perdóname! Hasta hoy, desconocía todo lo que había sucedido ayer por la tarde. Nos hemos enterado esta mañana por el telediario.

Bruno entendía cada vez menos.

—Pero, a ver, déjame comprender qué ha pasado. ¿Cómo puede ser que estés aquí? Entonces, ¿quién coño es el tío carbonizado que está en el obitorio? —gritó, confundido.

—Vale, vale, Bruno. No te calientes. Siéntate aquí y te lo explico desde el principio —dijo Jean acompañándole hasta un pequeño sofá de la habitación e invitándole a sentarse. Cuando lo vio más tranquilo empezó a explicarle toda la historia:

—Bruno, antes que nada, ¿cómo está Manel? En el telediario no han hablado de él.

—Manel se encuentra bien, lo llevaron al hospital en ambulancia para un chequeo general, pero por la noche volvió al hotel.

—Uf, menos mal que él está bien y no le ha pasado nada.

—Por favor, Jean, ¿te das cuenta de que la policía piensa que estás muerto? ¿Que esta mañana tenía que llamar a tu madre para decírselo? ¿Es decir, te das cuenta de todo esto? —gritó con furia.

Jean se vio puesto entre la espada y la pared. Se sentó al lado de Bruno para empezar a explicarle todo lo que había pasado.

—Que sí, que sí, que tienes razón. Vale, te lo voy a contar. ¡Llevamos todo este año haciendo esto! —Jean suspiró como si tuviera

que explicar al batallón de fusilamiento el secreto más importante de su vida.

—¿El qué estáis haciendo todo el año y yo no me he enterado?

—Aprovechar los días de rally para estar juntos, Claudia y yo, sin que Marc se diera cuenta. Es decir, en teoría, Claudia no está aquí. Nos vemos a escondidas. Ella viene a un hotel y la organización está en otro. La tarde del rally, yo le pido a un piloto que se parece a mí, que participe en la competición. Así pasamos la tarde y la noche juntos y nadie se entera. Por supuesto que Marc no sabe nada.

—¿Cómo? ¡¿Cómo?! ¿Has hecho esto varias veces a mi espalda? ¿Sin decirme nada? ¿A mí, que soy tu hermano mayor? ¿Pero estás majara, o qué? ¡Esto es increíble!

—Tienes razón, por favor tranquilízate, estamos en una situación muy complicada.

—¿Que me tranquilice? ¡Joder, que has engañado a la policía, a tu equipo, a mí! ¿Y me pides que me tranquilice? ¡Eres un embustero! ¡Te están buscando! Bueno, de hecho, piensan que estás muerto, o sea que no tienen por qué buscarte.

Bruno se paró un momento para pensar y preguntó después:

—Entonces, ¿quién es el piloto carbonizado del obitorio?

—Se llama Antonio Iriarte —contestó Jean y suspiró de nuevo—. Es un piloto profesional al que contrataba para que ocupara mi lugar. Nos conocimos hace años en el transcurso del rally de perfeccionamiento, en Roma. En el circuito de Vallelunga.

—Esto es de locos. Ahora tendrán que informar a su familia —dijo Bruno desconcertado, después de sacar unos cuantos bufidos—. ¿Y cómo entró en tu coche si tú estabas conduciendo?

—Hicimos un cambio. Siempre nos ha salido bien y siempre sin problemas. El viernes por la tarde, antes de iniciar la primera prueba especial, aparqué el coche en la fila para salir detrás de Marc Nerón, como siempre. Le dije a Manel que iba un momento a hacer pipi en el bosque. Allí me esperaba Claudia con un coche y Antonio vestido exactamente como yo, el mismo casco, el mismo mono de carreras, todo igual.

—Todo igual, menos el Rolex de tu padre —lo interrumpió Bruno.

—Es verdad. ¿Por qué lo dices?

—Lo digo porque fue un detalle que no entendía cuando fui a ver el cuerpo carbonizado del piloto. Busqué tu reloj en la muñeca y no lo tenía. Me extrañó bastante, entonces pensé que lo habías dejado en la caja fuerte de tu habitación. Pero allí tampoco estaba.

Bruno se levantó de golpe y porrazo. Acababa de entender otra consecuencia de las acciones que había cometido Jean. Ya de pie le miró y le dijo:

—Pero ¿te das cuenta de la enorme estupidez que has cometido?

¿Te das cuenta de las consecuencias que puede tener esto? Es que… —Bruno dejó de mirar a su amigo y miró por la ventana, como si lo que iba a decirle fuese una consecuencia demasiado dura como para decírselo en la cara.

—Es que, fíjate que me temo que La Federación Internacional del Automóvil podría retirarte los títulos de todos los campeonatos de rally europeos que has ganado. Sin contar que quedarás exonerado para siempre de todo tipo de competición. Pero además de esto, lo más grave es que ha muerto un hombre inocente. ¿Te parece poco? ¡Sin contar que me lo has ocultado a mí! Parecemos un chiste, va un italiano y un francés, y el tramposo es el español. Acabas de romper un cliché. Como para reírse, si no fuera todo esto condenadamente duro.

Jean se levantó y se acercó a Claudia. La abrazó de lado y mirando a Bruno le dijo:

—Me da igual, por mí, la Federación Internacional del Automóvil puede quitarme todos los títulos y los campeonatos que he ganado. Lo más importante para mí ha sido conocer a la mujer de mi vida. Estamparía un millón de coches, renunciaría a cualquier cosa de mi futuro, siempre y cuando ella esté a mi lado. Bruno, ya te lo he dicho varias veces, lo dejaría todo por ella —añadió el francés emocionado, abrazado al amor de su vida—. Es que no te puedes imaginar lo mucho que ha cambiado mi vida después de conocer a Claudia. Lo sé, lo sé, tenía que habértelo dicho, eres mi mejor amigo, mi único hermano. Te pido perdón por esto. Pero quiero que me entiendas que desde que he conocido a esta mujer que ves aquí, lo único en que pienso y que me importa es vivir a su lado. Por eso tuve que hacer trampas en la sociedad para encontrar momentos de intimidad para nosotros dos.

Bruno se calmó. Una de las calidades del italiano era precisamente la empatía, y en ese momento delante de tanto amor declarado en esa habitación de hotel, incluso llegaba a sentir cierto grado de envidia. Envidia sana, porque cuando uno encuentra su alma gemela solo pueden venir cosas buenas, y lo que estaba sucediendo en esa habitación era una escena digna de una película de amor. Se sintió feliz por lo que estaba viendo, aunque un poco traicionado por su amigo. Allí tenía el ejemplo claro de que el amor puede con todo. El amor es la única energía que mueve el universo.

—Es lo que te decía cenando el jueves, estoy cambiándolo todo por el único amor de mi vida, mi amanecer y mi sol, mi esperanza y mi futuro. Me gustaría creer que un día lo entenderás. Cuando encuentres un amor tan profundo y sincero y estés dispuesto a hacer cualquier cosa para no perderlo. Beber fuego, incluso vender tu alma al diablo. Luchar contra las tempestades para tener a tu lado a la mujer que

amas.

Bruno se había emocionado. Su amigo había sacado el aspecto más profundo que le hacía ser un buen hombre, un buen líder y un buen amante. Se había quedado sin palabras, ya no podía reprocharle nada. Después de haberle prometido en el lecho de muerte al padre de Jean que le ayudaría en cualquier situación, solo podía empezar a reconstruir la situación para ver qué se podía hacer desde ese momento.

—Con todo esto nos hemos olvidado de una cosa importantísima —dijo Bruno con voz tranquilizadora, acercándose a los dos enamorados—: Hola, soy Bruno, encantado de conocerte, Claudia.

La cara de la mujer se cambió, mostrándole su mejor sonrisa. Se fundieron en un abrazo que se hubiera merecido otra situación.

—Ya que aquí nadie nos presenta, nos presentamos nosotros mismos —le dijo mientras la abrazaba.

—Encantada de conocerte, Bruno. Jean me ha hablado mucho de ti y siempre muy bien. Tenía muchas ganas de conocerte, aunque, desde luego, esta situación dista mucho de ser la mejor.

Después del abrazo, Bruno volvió a la realidad y empezó a rebobinar todo lo que estaba sucediendo.

—Vamos a ver. Como me estás diciendo que la persona que se encuentra en el obitorio es un tal Antonio, entonces, ¿tú qué has hecho desde el momento del cambio?

—Subí al coche con Claudia y vinimos directos a este hotel a pasar una noche de pasión. ¿Tú qué crees?

—Claro, y me imagino que tu marido no sabe que estás aquí —añadió mirando a Claudia, que bajó la mirada y negó con la cabeza.

—Ya me lo imaginaba. ¿Y después de la noche de pasión que habéis hecho?

—Esta mañana nos hemos despertado muy pronto, hemos puesto la tele en las noticias casi por error y… así vimos en el telediario lo que había sucedido ayer por la tarde —le contestó Jean—. Bruno, te lo juro, hemos entrado en pánico y no sabíamos qué hacer. Si salíamos de la habitación nos descubrían, no sabíamos si teníamos que ir a la policía o no. Nos han pasado mil ideas por la cabeza hasta que optamos por llamarte. Utilizamos el móvil de Claudia, que tú no lo tenías, porque si te llamaba de mi número, seguro que hacías un infarto, o venías con más gente y no nos daba tiempo de pensar qué hacer.

Jean se sentía en deuda con él, por cómo lo había tratado. No estaba orgulloso de lo que acababa de hacer, pero estando como una cabra que se vuelve loca en un garaje, él había tirado de la única persona en la que podía confiar.

Los ánimos se habían calmado, Bruno había entendido la situación

y la mecánica de todo lo que habían perpetrado los dos enamorados. ¿Cómo podía él ir en contra de un Romeo y su Julieta, contemporáneos? El amor arrolla todo lo que tiene delante. Jean, con lo que había organizado en los mínimos detalles, hubiera despertado la envidia del mismísimo Maquiavelo, aunque todo lo que hizo fuese por amor.

Después de varios minutos de silencio, Jean miró a su amigo y le planteó la pregunta del día, en un tono que marcaba la importancia de los siguientes pasos que iban a dar en sus vidas.

—¿Y ahora qué? ¿Qué hacemos, Bruno?

44

Sábado, 12:30
Hotel Coral, Blanes,
veinte horas después del accidente

La vida se resumía a esa mirada en la que concentraba el amor, la pasión, el futuro y los deseos. El amor era eso, estar al lado de la persona amada, a pesar de las dificultades. Claudia era la esencia de la mirada amorosa. Era eso y mucho más, pero en ese momento, con los ojos puestos en su amado lo decía todo. Todo lo que hacía y decía Jean, para ella sobraba. Al ser testigo de ese momento, Bruno lo entendió todo sin saber nada.

Se emocionó. Se emocionó pensando en la promesa que le había hecho al padre de Jean y que le hubiera encantado tenerlo allí en esa habitación, para que viera él también esa escena. El padre estaría orgulloso de su hijo, porque había encontrado la mano de una compañera, un corazón y un alma que le acompañara en la vida.

Aunque no lo demostraba y no lo decía, el italiano se sentía un privilegiado por estar en esa habitación, por ver la unión de esas dos personas, a pesar del lío en el que se habían metido. Eso era amor, a pesar de todos lo demás. Viendo la escena, notó un poco tocado su ego, por no haber sido partícipe desde el principio en todo ese plan maquiavélico de los dos enamorados.

La habitación del hotel estaba sin hacer. Las ventanas abiertas dejaban paso a la dulce brisa marina. Las vistas daban a la zona más bonita del paseo marítimo de Blanes. Las palmeras sobresalían de un mosaico irregular que anticipaba la arena. Se veían abuelos paseando, ciclistas que pasaban disfrutando de las vistas y del sol de la mañana. En la playa no había nadie, solo algún joven rezagado que corría por la arena.

Estaban en la habitación de las sorpresas. La 256, la suite junior del hotel Coral de Blanes se había convertido en el punto del desenlace de una historia dramática. Los ánimos de Bruno se habían

calmado. Jean intentó hacerle entender lo que había orquestado solo y exclusivamente por el amor que tenía para Claudia. Eso era la consecuencia directa del amor, hacer cosas irracionales y algunas aparentemente incomprensibles.

En la suite 256, los componentes de la banda improvisada se habían sentado alrededor de la pequeña mesa del salón. El fugitivo, la amante y el director deportivo. Este último se había convertido en cómplice al cruzar la puerta de la habitación. La situación era crítica. En veinte minutos tenía que llamar a Jordi Roca para decirle que estaba bien e informarle de la situación. Pero ¿qué le iba a decir y cómo?

—Hay algo muy importante que tienes que saber Jean —dijo el italiano abriendo el comité de crisis—. Estoy en contacto con el inspector jefe de la Brigada de Mossos d' Escuadra que está al mando del rally a partir de tu accidente. Desde que estuve en el ITV de Gerona viendo el coche carbonizado, he ido de su mano con todo lo que ha sucedido esta pasada noche, hasta esta mañana cuando le hizo preguntas a Marc Nerón. Claudia, cuando me llamaste acabábamos de hablar con él, y como no sabía por qué me llamabas, tuve que informarle al inspector que venía aquí a hablar contigo. Lo siento, pero no tenía ni idea de qué naturaleza era esta visita tan misteriosa.

—¿Me estás diciendo que él sabe que estás aquí? —preguntó Jean.

—Sí, además tengo que informarle en veinte minutos si estoy bien y para qué he venido.

—¿Y si no lo haces?

—Automáticamente el inspector enviará a la Swat.

Jean si tiró con la espalda contra el respaldo de la butaca resoplando, tapándose la frente con la mano derecha. Y miró fuera por la ventana como si quisiera huir de esa situación.

—Estamos perdidos —dijo Jean.

—Bruno, te entiendo perfectamente, toda esta situación es muy rara —dijo Claudia y después se dirigió a su amado. Necesitaba una red de protección—. Ya es mucho que aceptó venir aquí sin conocerme siquiera.

—Gracias. Pero bueno, tranquilidad. Aún tenemos tiempo para entender cuál tiene que ser el plan.

—Espera un momento —dijo Jean y se incorporó otra vez para apoyarse en la punta de la butaca como si volviese al ataque—. Si entendido bien, ¿tú has ido a ver el coche y el cuerpo de Antonio en el obitorio?

—Sí, así es.

—Entonces, ¿qué es lo que has descubierto?

—La verdad es que muy poca cosa —respondió Bruno entendiendo que le tocaba a él explicar todo lo que había encontrado y averiguado

esa noche, en todas sus etapas. Se levantó y se dirigió hacia el minibar, lo abrió y sacó un agua, preguntando con la mirada a los dos si querían algo.

—Como si fuera vuestro —dijo para romper el dramatismo del ambiente. Agarró un vaso y se volvió a sentar a la mesa. Bebió un poco y comenzó a explicar toda la aventura de esa noche.

—Fuimos al lugar del accidente. Donde el vehículo ha salido de la carretera. Se encuentra a dos kilómetros después de la salida desde Sant Feliu. ¿Te acuerdas la única recta que hay?

Jean asintió con la cabeza.

—Pues, imagínate, justo allí, al llegar en el punto más rápido de todo el rally, el vehículo no frena y empieza a hacer una carambola entre la pared y el muro de contención. Se queda en equilibrio encima de este muro, Manel baja del coche y este empieza a balancearse y cae barranco abajo.

—¿O sea que Manel se ha salvado por los pelos?

—Sí, así es.

—Menos mal, temíamos lo peor también para él —indicó Claudia.

—¿Y qué es la extraño de todo esto? Que en la primera curva después de la recta no hay marcas de frenos. Esto es muy raro. Si hubiera sido un piloto poco experimentado y hubiera llegado con una velocidad demasiado alta en la curva, para rectificar habría clavado los frenos. Pero lo que pensé, fue que eres un piloto profesional, y lo mismo era Antonio, ¿no?

—Antonio era un expiloto Word Rally Car, tampoco se habría equivocado en algo así.

—Tampoco pude preguntar a Manel porque sigue en estado de shock.

—Pobre Manel, no sabes cuánto lo siento por él…

—¿En el lugar del accidente no encontraste nada más de anómalo? —preguntó la mujer.

—En principio, no. Aunque, siendo sinceros, la mecánica del accidente en sí es anómala, difícil de explicar —añadió Bruno—. Luego fui a la ITV a ver el coche carbonizado. Allí conocí a Jordi, el inspector que me dejó entrar con él. Si no, no hubiera podido pasar. Tu Porsche está allí, destrozado y encima carbonizado. Las ruedas delanteras están arrancadas, por tanto, no hemos podido ver en qué condiciones estaban los frenos y la dirección. Sin embargo, detrás, las ruedas aún están enganchadas y los frenos y la entrada de los manguitos los vi correctos. Por lo tanto, parece que no fue un problema de frenos.

—Además, acabábamos de comprar ese nuevo kit de frenos Brembo que venían de Italia. ¡Una pasada!

—Exacto. Esos frenos solo llevaban cien kilómetros y estaban

perfecto.

Claudia era una persona inteligente. Serena y recta, escuchaba a las otras dos personas exponiendo la situación, sin intervenir mucho, pero analizando lo que decían.

—A continuación, Jordi y yo nos dirigimos al obitorio. Fuimos a ver tú supuesto cadáver. El pobre Antonio seguía con el casco puesto y toda la indumentaria encima. Aún no se había realizado la autopsia. No pudimos ver ni entender nada, el único detalle que me ha parecido raro fue lo que te he dicho antes, que faltaba el Rolex —mencionó Bruno señalando la muñeca de Jean que llevaba puesto el reloj.

—Claro, efectivamente habría tenido este reloj en la muñeca.

Jean se quedó mirando el reloj con cariño, recordando a su padre.

—Es verdad, nunca te lo quitas —añadió Claudia.

—Posteriormente nos fuimos a la casa del guardia de seguridad al que habían matado. Fue una coincidencia muy extraña. Ayer no se presentó el vigilante que controlaba el parque cerrado de los coches del rally. Esto le llamó mucho la atención a Jordi y envió una patrulla a su casa para ver si ese buen hombre estaba bien. ¿Y sabes cuál fue la sorpresa?

Jean intensifica la mirada sabiendo que lo que le iba a decir era determinante.

—El pobre hombre estaba muerto, desde las 11:00 de la mañana, y en la escena del crimen había un olor muy raro que me sonaba, creo que era humo de un dispositivo para vapear, con sabor a Coca Cola. ¿Y sabes quién se fue a las 10:30 de la zona de los mecánicos? Alex.

—¡No me lo puedo creer! Pero, por Dios, Bruno, te das cuenta de que le has ayudado, le has abierto las puertas de tu casa y le has enseñado todo lo que sabes ¿y este desgraciado nos lo paga así? —gritó Jean indignado.

—Sí, tenías razón. Alex no es exactamente lo que nos ha vendido ser.

—¿Quién es Alex? —preguntó Claudia.

—Acuérdate que antes de salir con el coche te dije que ese tío no me gustaba —dijo Jean, con una cara de “ya te lo dije”.

—Un joven mecánico, o así parecía —le contestó Bruno a Claudia.

—Pero no sabes qué es lo que más me asusta de todo esto… —empezó a decir Jean.

—Me lo imagino…

—Que desde que aterricé en Barcelona, tuve la sensación de que algo iba a pasar. ¡Tenía que haberme retirado! Habría sido mucho mejor para todos. Y ahora no estaríamos metidos en este lío monumental. —Jean bajó la cabeza y mirando hacia el suelo preguntó a su buen amigo—: ¿Por qué no escuchamos a nuestro sexto sentido cuando está claro el mensaje que nos quiere enviar?

—Cariño, deja de fustigarte con estos pensamientos, llevas así toda la mañana. Esto no va a mejorar esta situación. Tenemos que concentrarnos en qué hacer ahora —le dijo la mujer.

—Te entiendo muy bien Jean, pero no tenemos una bola de cristal. Y Claudia tiene razón. En muchas ocasiones son solo avisos falsos, errores de interpretación de nuestras sensaciones, de nuestros miedos. Y míralo por el otro lado. Si tú hubieses decidido no correr, nunca habrías sabido qué hubiera pasado si hubieras hecho el rally. Por lo tanto, no te reproches nada. Si tenía que suceder esta desgracia, era para que aprendieras algo de todo esto. Tenemos que concentrarnos en resolver la situación y nos quedan muy pocos minutos.

Jean se sintió reconfortado y arropado por su mejor amigo y la mejor persona que podía tener allí en ese momento. Bruno Malatesta era un calculador y un estratega ideal para sacarles de esa situación.

—Antes has dicho que fuiste con el inspector a tomarle declaración a Marc. ¿Qué dijo? ¿Cómo lo viste?

Bruno resoplo. Se giró hacia Claudia y comentó:

—Claudia, nos conocemos desde hace diez minutos, pero digamos que indirectamente mucho más. ¿Cómo has podido casarte con un tirano de ese calibre? —preguntó mirándola casi con pena.

—Si te soy sincera, me lo pregunto cada día. Los errores se pagan, pero la buena noticia es que podemos rectificar y cambiar nuestras vidas —dijo con ternura mirando a Jean.

—Bueno, la verdad es que es bastante irritable hacer preguntas a tu marido, para ser políticamente correcto.

Claudia bajó la cabeza como si fuera responsable del comportamiento de su marido.

—Marc tiene una perfecta coartada hasta dos horas antes de la muerte del guardia. Por lo tanto, él no fue y no pudo estar allí. El inspector le ha cogido bastante manía y piensa que ha sido él, pero hay algo que se me escapa de todo este accidente y de la muerte del guardia. Creo que Alex es un títere de alguien más grande. Pero no entiendo aún de quién.

Los dos fugitivos y el cómplice, con toda la información sobre la mesa, empezaron a darse cuenta de que todo era mucho más complicado de lo que se imaginaban antes de hablar del tema. Le quedaban pocos minutos para informar a Jordi Roca, para no enviar a la Swat como para detener a terroristas en caza y captura.

* * *

Alex seguía cambiando la rueda de su coche. El pequeño chacal, como el globo sonda que había enviado el mentor, se había arenado por un percance que no había programado. Nunca había cambiado una rueda tan rápidamente. La frustración y el ansia se habían apoderado de él. Las ganas de acabar y seguir con la misión que le había vuelto a llevar en la senda de la confianza de su mentor eran enormes.

Estaba tan prendido en esa situación imprevista que se había olvidado incluso de fumar. Tan absorto estaba en cambiar la rueda que se había olvidado de todo. A unos pocos minutos después del tropiezo, reaccionando rápidamente, Alex ya tenía cambiada la rueda. Volvió a colocar de mala manera el gato y la llave que le habían servido para realizar la operación, bajo la tapicería donde también guardó la rueda reventada. Cerró el portón trasero. Se tiró dentro del coche, lo arrancó y corrió el kilómetro y medio que le quedaba hasta el hotel.

No quería volver a cometer el mismo error, esta vez ya no tenía una rueda de recambio. Condujo rápido, pero sin desesperarse hasta la parte trasera del hotel donde encontró un aparcamiento en batería en la zona azul. Con quince minutos de retraso, eso sí, pero había llegado al punto que le había indicado el maestro. Agarró la mochila con todos sus artilugios, cerró el coche y se dirigió hacia la entrada del hotel.

El mentor le había formado para ser un sicario, si la situación lo requería. En su actitud o en sus acciones no podía titubear ni pensárselo dos veces, solo ejecutar lo que mandaba el maestro. Así entró en este hotel, sin dudarlo, seguro de sí mismo, como si fuera un huésped del establecimiento, que llevaba varios días allí.

Entró por la puerta principal. Los de la recepción seguían ocupados con el check-out de los huéspedes. Al llegar delante del ascensor, apretó el botón de la segunda planta. Se sentía importante. En esos pocos minutos mientras subía hasta la planta, su orgullo y su ego se hicieron casi más grandes que él, haciéndole sentir como un espía de las películas que tanto le gustaban. Se abrieron las puertas y salió del ascensor.

La sed de revancha por las misiones fallidas le estaba alimentando las ganas de actuar lo mejor que podía. Era como un felino hambriento que iba a por su presa y ese hotel era su sábana. Miró las indicaciones que tenía enfrente y que marcaban que a la derecha estaba la 256. Se giró y empezó a recorrer el pasillo. Faltaban pocas habitaciones para llegar a la madriguera de su presa. Pasó de una puerta, luego de otra, hasta que la encontró. Allí estaba. La habitación 256 del hotel Coral de Blanes. Justo como le había dicho el mentor.

Tenía delante la puerta de su salvación. La puerta que le llevaría a recuperar la confianza de su mentor. La respiración se le intensificó. Estaba demasiado ansioso. En ese momento le apetecía fumar, pero no podía perder el tiempo. Acercó la oreja a la puerta y escuchó voces al otro lado. Sus ojos empezaron a sacar chispas.

“Os tengo”.

45

Sábado, 12:50

Hotel Coral, Blanes,

veinte horas después del accidente

El tiempo pasaba imparable, inevitable. Cuando nos encontramos bajo la presión de tomar una decisión, tenemos la sensación de que el tiempo pasa aún más rápido. El tiempo es relativo. Jordi Roca estaba esperando una respuesta. Se estaba preocupando por el italiano. La ausencia de noticias pronosticaba que el encuentro con Claudia no había salido bien.

—Entonces, no entiendo. ¿Qué crees que ha provocado el accidente? —preguntó Jean.

—Personalmente, creo que no ha sido un error humano. Pero tampoco estoy seguro de que haya sido algo mecánico. Conozco ese coche como la palma de mi mano y me jugaría la cabeza que no fue algo mecánico.

—¿Crees que Alex habría podido sabotear el coche?

—No me sorprendería nada de ese chaval. Pero si así fuese, la pregunta sería ¿cómo pudo hacerlo?

—¿Cómo se puede sabotear un coche? —preguntó Claudia.

—Por ejemplo, cortando los latiguillos de los frenos —contestó Jean.

—¿Y eso qué provocaría? —siguió preguntando la mujer.

—Que los frenos se quedaran sin presión de aceite y no pudieran frenar.

—Pero eso no es nuestro caso, por dos razones. La primera, que cuando salió el coche del parque de mecánicos después de la asistencia, estaba todo revisados y estaban en perfectas condiciones. Segunda, si cortas el tubo de un freno o de dos, tienes los otros frenos independientes. Eso habría provocado que el coche dejase una marca en el suelo, aun teniendo un solo freno funcionando —contestó Bruno.

—Entiendo —dijo Claudia.

Los tres se quedaron en silencio pensando por varios segundos hasta que Jean volvió a preguntar:

—Ok, de acuerdo. Pero, aunque fuera así, ¿por qué yo? ¿Porque no le he caído bien? ¿Porque estaba a gusto con tu equipo, Bruno? ¡Es que no lo entiendo!

—No, Jean, la cuestión es ¿para quién? Alex no es ninguna lumbrera. Es un títere, un ejecutor de alguien mucho más grande que él, estoy seguro.

–Sí, tal vez tengas razón. Pero ¿ahora qué hacemos?

La pobre Claudia se estaba estresando, esa situación les superaba con creces. No quería estar en medio de ese lio, ni tampoco que el amor de su vida estuviese involucrado. Pero al descubrir tantos detalles y matices de esa situación, se ponía más nerviosa e inquieta por momentos. Claudia era una persona sencilla, no quería grandes cosas, anhelaba tranquilidad y amor.

—Jean, cariño, piénsatelo bien, pero yo creo que lo mejor que puedes hacer es ir a la policía y entregarte. Les explicas todo y ya verás que lo entenderán —le dijo Claudia mirándole fijamente en los ojos, mientras le sujetaba una mano entre las suyas—. No quiero perderte, ahora no, después de todo lo que hemos esperado para poder estar juntos…

Claudia empezó a llorar pensando en lo peor que podía suceder.

—No, mi amor, espera, tenemos que pensar bien si esa es la mejor opción —le dijo a su amada pasándole la mano por el pelo y secándole las lágrimas de la cara. Después se giró rabioso hacia Bruno y le dijo—: ¡Esto es obra de Marc! Creo que se ha enterado de lo nuestro y me quería matar. Para no separarse de Claudia. Es un tirano.

Bruno lo miró con cariño y con cierta dosis de escepticismo. No estaba tan seguro de que fuera Marc el que había orquestado toda esa situación. Pero de lo que sí estaba seguro, era que faltaban pocos minutos para llamar a Jordi.

* * *

Alex había encontrado lo que estaba buscando. Entonces, rápidamente sacó el aparato que abría las puertas con tarjetas magnéticas y lo

introdujo en la fisura electrónica de la puerta. Mientras los números empezaron a volverse locos en el visor del artilugio, sacó una pistola de la mochila. La sujetó con la mano derecha. Estaba listo para entrar. Era como un muelle comprimido, listo para saltar.

Se encendieron las cuatro luces verdes y se desbloqueó la puerta. En el preciso instante cuando la luz verde de la puerta apareció, como un tigre que se tira encima de su presa, entró en la habitación. Apareció dentro de golpe como un verdadero profesional, con una pistola en la mano, sorprendiendo a las tres personas que no se habían enterado de nada.

Oyeron como un estruendo y se dieron cuenta de que alguien había abierto la puerta por fuera. Ni siquiera les dio tiempo pensar que podía ser la mujer de la limpieza. Porque casi fue más rápido el joven chacal que el mismo sonido de apertura de la puerta. Sintieron miedo bajo la amenaza de la pistola. La situación había empeorado por momentos, aunque ninguno de ellos se había imaginado que las cosas podían pasar de mal a peor.

Alex apuntó con la pistola hacia los tres ocupantes de la habitación, y estos, con caras de sorpresa se levantaron de sus butacas alrededor de la mesa. Al identificar al intruso, la sorpresa se convirtió en rabia. Parte de la solución al lío en el que estaban metidos acababa de entrar por la puerta.

—¡Todos quietos! —ordenó Alex apuntándoles, cerrando la puerta con la otra mano, después de haber colocado el cartel de no molestar, en la maneta externa.

—¡¡Tú!! —gritó Bruno—. No me lo puedo creer que tú estás detrás de todo esto.

—¡Joder! ¿Qué haces tú vivo? ¡Deberías estar muerto! ¡Levantad las manos!

Los tres ocupantes levantaron las manos, acatando las órdenes del asaltante. Este estaba en estado de shock. Ver a Jean vivo le estaba desestabilizando.

—¡Eres un asesino rastrero! —dijo Jean con cara de desprecio hacia Alex—. ¡Lo sabía! ¡Sabía que no eres una persona de fiar!

—Este es Alex —dijo Bruno a Claudia, para entender quién era el asaltante.

—¡Cállate, Jean! Tú y tus discursos de mierda. ¿Quién te crees, Kennedy con tus discursos a los mecánicos? —le respondió con igual desprecio, luego volvió a manifestar su sorpresa—: ¿Qué haces vivo, joder? ¿Quién está carbonizado en tu lugar?

—¡Que te jodan, maldito bastardo!

Alex se sentía desubicado, no se esperaba la presencia del piloto, no estaba en sus planes.

—¡Nooo! ¡Tú tenías que estar muertooo! —gritó apuntándole con

la pistola en la frente. Al principio lo veía como un problema, luego entendió que podía ser una ventaja.

—Alex, por favor, tranquilízate, no nos hagas daño. Vamos a hacer lo que digas, pero por favor no nos hagas daño, en serio, no vale la pena —intentó Bruno entrar en el papel de mediador para calmar al intruso.

—¡Claro que vais a hacer lo que digo yo! ¿No ves que tengo una pistola? ¡Bruno y Jean, sentaos aquí, en el suelo! —les ordenó Alex indicándoles el medio de la habitación y apuntando con la pistola el sitio exacto.

—¡Tú! —dijo señalando a la mujer—. Coge estas bridas.

Alex sacó del bolsillo trasero de su pantalón unas bridas largas y negras. Se las dio en la mano a Claudia para atar a los dos hombres que se estaban sentando.

—Como le hagas daño, te juro que te mato —dijo Jean con los ojos salidos de rabia, defendiendo a la mujer que amaba. Alex le ignoró.

—¡Venga, que no tenemos todo el día! ¡Ahora poneos con la espalda uno contra el otro! —les ordenó, y como no tenían alternativa, así hicieron.

Jordi Roca esperaba impaciente una llamada de su amigo italiano. Pero, aunque pasaban los minutos, confiaba en que todo saliera bien y se imaginaba que en breve le llamaría Bruno para explicarle la situación. No se podía ni imaginar en qué situación se encontraba el italiano, a cinco kilómetros de distancia.

El aire parecía hacerse cada vez más denso en esa habitación. Los tres se preguntaban qué era lo que tenía pensado hacer con ellos ese pequeño sicario. Temían lo peor, pero también les reconfortaba saber que se encontraban en el centro de una ciudad y dentro un establecimiento público.

Alex había puesto a los dos hombres espalda contra espalda, maniatados con bridas por Claudia. Involuntariamente, la mujer que tanto amaba a Jean se había convertido en la mano derecha de su verdugo. Una vez que los hombres fueron inmovilizados, cogió de una mano a Claudia y la hizo sentarse de cara a los hombres y apoyada contra la cama. La ató también a ella con bridas. Ya eran inofensivos los tres, no podían actuar. Alex cogió la pistola y la dejó en la cama, lejos de ellos tres. Faltaban solo tres trapos y los sacó de la mochila.

—Bueno, señores, me parece que ya no podéis hacer muchas cosas por aquí. Tranquilos, va a ser mucho más rápido de lo que pensáis. Y si os portáis bien vais a salir con vida —les dijo Alex caminando alrededor de los dos hombres—. Vamos a ver qué tenemos aquí… — Se acercó a Jean y le abrió los primeros dos botones de la camisa.

—Preciosa camisa, Jean, me imagino que es de corte artesanal y con tus iniciales grabadas en el costado. ¿Sabes que con una camisa de las tuyas podríamos comer una semana, allí de donde vengo yo?

—¿Qué quieres, pequeño bastardo? —dijo el francés, intentando escabullirse de su mano. Alex empezó a palparle el pecho y dijo sorprendido—: Ajá, precisamente esto es lo que estaba buscando.

Había encontrado el Pen Drive que Jean llevaba al cuello y nunca se quitaba. Se lo sacó por la cabeza mientras él intentaba moverse para impedírselo.

—¡No, no, por favor, eso no! —empezó a gritar y a agitarse como un loco—. Escúchame, Alex, llévate mi Rolex y también la cartera que está llena de dinero. ¿Qué más quieres?

Alex soltó una risa cínica y dijo:

—¡Es que no has entendido nada! ¿Crees que hago esto por dinero? ¡Me estás insultando!

—¡No, no, por favor, te lo suplico, no te lo lleves! —dijo, implorando. Alex lo miró con desprecio y levantó la mano derecha sujetando el Pen Drive como si hubiera encontrado el mismísimo Santo Grial. La expresión de su cara cambió por la felicidad y el asombro. Lo había conseguido.

Tenía su rendición. Todo lo que había anhelado en los últimos días, por fin lo había conseguido. Pero él no tenía ningún interés en el objeto en sí, sino en demostrar al mentor que podía ser ese hombre de confianza. Que podía confiar en él.

Jean seguía implorándole que no se llevase su Pen Drive. Le gritaba desesperado como si su vida dependiese de ese pequeño dispositivo.

—¿Quieres callarte de una vez, De La Cruz? —gritó Alex apuntándolo con la pistola. Así consiguió que el piloto le hiciera caso —. Jean, no me has contestado, ¿quién es el fiambre carbonizado del obitorio?

—¡Que te den, niñato! Si tuviera las manos sueltas te daría una paliza que no olvidarías nunca —contestó con rabia.

—Bueno, pues me quedaré con la duda. Veo que no tienes muchas ganas de colaborar.

La situación en la habitación de hotel había cambiado radicalmente en los últimos minutos. Los tres ocupantes habían pasado de buscar una solución a un problema gordo, a tener la muerte enfrente. Se habían imaginado muchos escenarios, sin embargo, la realidad superaba con creces la imaginación. Estaban en el suelo, maniatados y amenazados con una pistola por un joven sicario de veintitantos años. Claudia, a pesar de tener un carácter fuerte, sentía esa situación como si fuera en una película. Pero la aceptaba porque se había visto involucrada en

ella por querer ese cambio en su vida. Y ese chico podía ser enviado por alguna persona que no estaba de acuerdo con esos cambios.

Jean tenía una única sensación. Estando sentado contra la espalda de Bruno, con las manos atadas y sin el Pen Drive, pensaba que se le escapaba la vida como la arena entre los dedos. Bruno Malatesta era el más pragmático. Desconocía por qué ese pequeño sicario quería el dispositivo que llevaba Jean al cuello, pero por la reacción de su amigo en el momento de quitárselo, no presagiaba nada bueno.

Y, por otro lado, en la misma habitación y parte de la misma situación estaba Alex, que se encontraba en el mejor escenario que se podía imaginar. Todo le había salido redondo. Había ejecutado magistralmente el plan, de forma perfecta. A pesar del pinchazo, a pesar de que su lado bueno le arrastraba en la dirección contraria a la que le enviaba el maestro. A pesar del fallo en el obitorio y de haberse manchado de sangre matando a dos inocentes.

Alex tenía la situación bajo control. Había callado las irreverencias del piloto y los tres ya llevaban pañuelos metidos en la boca para que no pudiesen hablar. Los dos hombres sentados en el suelo espalda contra espalda y la mujer en la misma situación, pero apoyada a la cama. Ahora podía sacar los dos objetos del placer, el cigarro electrónico y su teléfono Nokia. El primero con la nicotina, el segundo, el que le conectaba con el maestro para darle la buena noticia y ser inundado de dopamina por haberlo conseguido.

Procedió a llamar al maestro.

—Dime.

—Los tenemos.

—¿A quién?

—No se lo va a creer, maestro, con Claudia y Bruno estaba también Jean.

—¡¿CÓMO?! ¿Pero no había murto en el coche? ¿Qué me estás contando? ¿Qué te has fumado?

—Maestro, no ha muerto, está aquí, delante de mí. No sé quién es el fiambre del obitorio.

—¡No me lo puedo creer! Este malnacido nunca muere, es como la rabia. ¿Y el Pen?

—También lo tenemos.

—¿Estás seguro de tener el Pen Drive de Jean, el que llevaba al cuello? ¿Estás seguro?

—Sí, maestro, completamente seguro. Se lo acabo de quitar.

—¡Excelente, Alex!

Al oír esas palabras, el discípulo se sintió en el cielo, había llegado al éxtasis.

—¿Ahora qué hago?

—Descríbeme la situación.

—Los tres están atados, tal como me habías indicado, en la habitación 256.

—Bien. Puedes meter el cebo para que no se muevan y te vienes al punto de encuentro que conoces. Nos vemos allí en treinta minutos, yo ya estoy en camino.

El maestro colgó. Alex tenía indicaciones claras y tenía que ser muy rápido para estar en media hora en el punto de encuentro con su maestro.

Sacó de su mochila una granada, una bomba a mano que él le había dado en dotación.

—¿Sabéis qué es esto? Es una bomba.

Los tres rehenes le miraron asustados y emitiendo sonidos guturales. Entendían muy bien el peligro que representaba un loco como Alex con una bomba en las manos.

—La voy a colocar entre vosotros dos. Si os movéis, se cae y explotáis los tres. Si uno de los dos intenta levantarse, se cae y explotáis. Lo siento que las cosas acaben así, pero es vuestro destino. Lo siento.

Alex quitó la anilla y colocó cuidadosamente la granada entre las espaldas de los dos hombres. Una vez que sintieron el tacto frio del objeto metálico, los sonidos guturales se intensificaron, en un intento de pedir auxilio.

El joven sicario había llevado a cabo otra misión, con exactitud y precisión. Igual que con el guardia, había hecho un trabajo limpio y estaba a punto de salir por la puerta, victorioso. Dejaba allí a los dos amigos con los problemas hasta el cuello. Las cosas se habían torcido para ellos y Alex estaba disfrutando por verlos en dificultades. Con una sonrisa cínica como la de Joker, salió por la puerta, orgulloso. Ya tenía el Pen Drive que necesitaba el maestro.

* * *

O la amas, o la detestas. Eso te dices la primera vez que vas a la Ópera. Si la amas, es amor a primera vista. No hay palabras para definirla, si te centras en explicarlo, lo más probable es que lo banalices. Alex se había quedado embobado viendo su obra maestra. Las experiencias y las emociones que estaba probando en esos días,

tenían el mismo efecto en él, las amaba. Como Violetta en La Traviata, estaba a punto de brindar por su proeza.

La vida había sido muy dura con Alex, pero allí, en ese momento, él le había arrebatado lo que era suyo, un puesto en la historia. Se quedó con la puerta medio abierta mirando su Ópera prima, y en medio de ese escenario, entendió que eso era lo que amaba.

Amaba su Ópera, que alimentaba su cinismo. Tenía delante la mejor de las situaciones posibles. Respiró profundamente, disfrutando del espectáculo. Crecía por momentos, el joven sicario sufría la peor de las metamorfosis, se estaba convirtiendo en un profesional. Había llegado a ser la mejor versión de sí mismo.

Volvió a respirar, alzó la mirada al techo y cerró los ojos. Acabó de sentir el placer de la victoria a brazos abiertos como si estuviese recibiendo aplausos. Al final de la escena, hizo una reverencia y desapareció cerrando la puerta.

Empezó a correr por el pasillo, dirigiéndose hacia el encuentro con su maestro. Tenía que escapar de ese hotel lo antes posible, antes de que pudiese suceder cualquier cosa, como por ejemplo que explotara la bomba.

46

Sábado, 13:30
Hotel Coral, Blanes,
veintiuna horas después del accidente

Corría por haber cumplido la misión, pero también enérgico porque tenía un tiempo que respetar. No sabía por qué debía que estar en ese lugar en media hora. Tampoco era algo que necesitara entender, él simplemente ejecutaba una orden. Como si tuviera el fuego enganchado al culo, pasó de las cinco habitaciones a toda velocidad. Los ascensores estaban justo a la derecha, al final del pasillo.

Corría con la mochila a cuestas, vestido de negro como era habitual en él. Acabado el pasillo, se tiró a la derecha rápidamente y… tropezó con una persona. El golpe de hombros fue bastante violento. La persona que acababa de salir de los ascensores había girado a la izquierda para entrar en el mismo pasillo por el que había venido él. Justo ese en el que estaban las habitaciones del número 250 al 260, entre ellas la de Jean y Claudia. Pera fue literalmente atropellada por Alex. Todo fue tan rápido, que no había conseguido verle a la cara.

—¡Eh, ¿qué haces?! ¡Mira por dónde andas!

Alex miró hacia abajo, se metió en el ascensor y, rápidamente apretó el botón de la planta baja, donde estaba la recepción. Sin embargo, Alex le había reconocido. El que acababa de llegar era Pedro, la mano derecha de Bruno. “Joder, ¿qué ha venido a hacer ese tío aquí? Solo faltaba esto”, pensó, irritado por la intempestiva llegada de ese hombre.

Pedro, reconocido por Alex, no se había percatado de quién era ese que iba vestido de negro. Como no le vio la cara, ni se hubiera imaginado quién podía ser. El pequeño sicario pasó sin ser descubierto.

—¡Ostras! Menudo golpe me ha dado el tío… —dijo en voz alta, tocándose el hombro dolorido. Desde la entrada del pasillo empezó a

mirar los números de las habitaciones, primero a la derecha y luego la izquierda. Siguió avanzando hasta que se plantó delante de la puerta de la habitación 256. Sacó del bolsillo el papel donde había apuntado las indicaciones que le había dado Bruno por teléfono antes de entrar en el hotel. "Habitación 256 del hotel Coral en Blanes. Perfecto, es esta", se dijo.

Tocó a la puerta y esperó respuesta. Se giró mirando a su alrededor, primero a la derecha, luego a la izquierda. El pasillo era corto, solo había diez habitaciones. Miró la moqueta con motivo rústico del suelo y los cuadros horribles colgados a la pared. Pasó un minuto y nadie contestó desde el otro lado de la puerta.

Volvió a tocar a la puerta. Nada. Se dio un paso atrás para comprobar otra vez si el número era el correcto, o se había equivocado. Extrañado, se le ocurrió acercar la oreja a la puerta. En el interior se oía algo, no consiguió entender qué era ese ruido extraño. Esperó unos pocos segundos y pegó otra vez la oreja a la puerta. Consiguió captar algo parecido al mugido de unas vacas. Pero ¿vacas dentro de una habitación de hotel? ¿Qué coño hacían las vacas allí dentro?

Extrañado y perplejo, intentó escuchar mejor, hasta que entendió que eran unos sonidos guturales emitidos por personas que no podían abrir la boca. "¿Estarán amordazados?", se preguntó, incrédulo.

—¡Bruno! Bruno, ¿eres tú?

Los sonidos empezaron a incrementarse y parecía que pedían auxilio. Pedro entendió que en esa habitación pasaba algo raro.

—¡Ahora voy a entrar, aguanta, Bruno!

Cogió impulso e intentó abrir la puerta tirándose en ella con el hombro, tal como había visto que se hacía en las películas. Nada. Lo único que ocurrió, fue que se dio cuenta de que había metido en el ataque el mismo hombro que había chocado con el desconocido, delante del ascensor.

—¡Oh, qué dolor! —se quejó al ver que no había sido una buena idea. La mano derecha de Bruno quería rescatarle tirando al suelo la puerta, como los policías americanos. Sin embargo, se había encontrado con la realidad de que esas puertas aguantaban más que un golpe de hombro. Dolorido, empezó a buscar otra solución al problema. Miró a su alrededor y justo en ese momento se abrió el ascensor y apareció en el pasillo un miembro del equipo de limpieza del hotel, con su carrito.

—¡Disculpe! ¡Sí, usted! Por favor, ¿puede venir un momento?

Extrañado, el chico dejó el carrito y se le acercó.

—Dígame.

—Por favor, necesito su ayuda. Mi jefe está aquí dentro. Por favor, creo que está amordazado. Está en peligro, por favor, ábrame la

puerta.

El chico de la limpieza se acercó a Pedro y a la puerta cerrada. No había entendido mucho, solo que allí estaba pasando algo, dentro de esa habitación. En teoría, no podía abrir con la llave maestra una habitación, cuando el huésped estaba dentro. Sin embargo, Pedro le había transmitido suma emergencia con su expresión no verbal. Lo vio asustado, por lo que decidió colaborar. Sacó la llave maestra y abrió la puerta. No tenían ni idea de lo que iban a encontrar en esa habitación. Se quedaron boquiabiertos.

Era la primera vez que el chico de la limpieza se encontraba en una situación tan extravagante. Pedro lo apartó y entró el primero en la habitación. Delante de él, sentado en el suelo se encontraba su jefe y detrás de este, espalda contra espalda, estaba Jean, igualmente amordazado y atado. Bruno, con los ojos salidos de las órbitas, intentaba hacer lo más ruido posible, pero sin moverse. Por último, delante de la cama, sentada y también amordazada, una mujer joven, rubia y guapa.

Lo primero que hizo Pedro fue ignorar a Bruno y quedarse delante de Jean como delante de un milagro.

—¡¿JEAN?! ¡¿ESTÁS VIVO?! ¡Has resucitado! ¡Esto es un milagro! ¿Cómo lo has hecho? Y, además, al segundo día… Dios mío, Jean, ¡estás vivo!

—¡Mare de Deu! Pero ¿qué estáis haciendo? —se extrañó el de la limpieza, que estaba alucinando—. ¿Qué es esto, un juego de sadomasoquistas?

Hizo una mueca de asco y salió de la suite.

Pedro observaba a los dos rehenes y no entendía qué tenía que hacer primero. Cogió de los hombros a Bruno e hizo el gesto de ayudarle a ponerse en pie. Pero Bruno se resistió y empezó a gritar aún más bajo el bozal, como si le hubiese tocado alguna herida. En ese momento, Pedro entendió que no tenía que tocarle y que lo primero que debía hacer era quitarle la mordaza.

—¡Pedro, no nos toques! No hagas nada, espérate —fue lo primero que dijo Bruno al quitarle el trapo de la boca—. Escúchame, entre mi espalda y la espalda de Jean hay una bomba.

—¿Una bomba? ¿Cómo que una bomba? ¿Pero, os habéis vuelto locos todos, o qué? Jefe, mira que te dejo media jornada solo y me resucitas al piloto. Ahora te encuentro amordazado en una habitación de hotel y con una bomba en la espalda. ¿Pero tú lo ves normal?

Pedro era así, un buen chico, una persona de costumbres. Pero si le quitabas su rutina le provocabas un corto circuito. Eso era demasiado para él, era de locos.

—¡Escúchame, Pedro! Por favor, no cuestiones, simplemente escucha —dijo muy en serio el italiano—. Es una granada a mano,

sujetada entre la espalda de Jean y la mía. Si la dejamos caer, se suelta la palanca y vamos a explotar todos los de esta habitación y parte del hotel. Tienes que conseguir cogerla y apartarla de nuestras espaldas.

—¡No, no, no! Tú no me pagas para esto. ¡Estáis completamente locos! —declamó alejándose de Bruno y rechazando la propuesta y demostrando mucho miedo hacia ese reto. Después empezó a contar por los dedos de las manos—: Mira, he aceptado ir en coche contigo, Jean, que conduces como un loco; he aceptado ir hasta Inglaterra donde no saben ni qué es el aceite de oliva virgen extra; he aceptado ir a Italia, que está lleno de italianos. Aguantar a uno todo el día, pase, pero a todos los que hay en Italia es otra cosa. He aceptado comer pescado crudo en Noruega cuando íbamos a hacer el rally. He aceptado no dormir un fin de semana entero cuando hacemos las 24 horas. He aceptado perder muchos cumpleaños y fiestas de mis hijos. He aceptado todo esto, pero quitarte una granada que tienes pegada a la espalda, esto no. Lo siento mi querido amigo italiano, pero esto ¡no lo voy a hacer!

Estaba desconforme, de hecho, sabía que lo tenía que hacer. Aceptar trabajar para Bruno Malatesta también era eso, asumir imprevistos de todo tipo. Pero en ese momento le había salido su vena más infantil. Le gustaba que le implorasen y le hiciesen sentirse importante. Se cruzó de brazos, puso cara de niño malcriado y le dio la espalda a Bruno.

—Pedro, escúchame, eres nuestra única esperanza. Eres la única persona aquí dentro que puedes hacerlo, además estás capacitado para hacerlo. Eres una gran persona. Lamento mucho todas estas cosas que desencajan de nuestra normalidad, todo lo que te has perdido en casa y todo lo que te hemos hecho hacer en nuestros viajes. Pero yo te elegí cómo mi mano derecha precisamente porque eres eso, una gran persona. Cada vez que necesito algo, sé que puedo contar contigo. Ahora te necesitamos. Por favor, mírame, Pedro, mírame.

Bruno le conocía muy bien y sabía cómo abordarlo en ese tipo de situaciones. Necesitaba que le hablara con cariño, crear una conexión visual y llamarlo muchas veces por su nombre, diciéndole que era una gran persona. Aunque Bruno estaba diciendo la verdad, seguramente Pedro necesitaba oírlo más veces. Finalmente, consiguió que se diera la vuelta.

—Pedro, por favor necesitamos tu ayuda, eres el único que puede salvarnos y sacarnos de esta situación. ¿Nos puedes echar una mano? ¿Es que no ves que siempre nos ayudas tú a resolver las situaciones? ¿Verdad que sí, Jean? Dile algo.

—¡No sé qué haríamos sin ti, Pedro! ¿Cuántas veces te lo digo? —siguió Jean la corriente de Bruno.

—Me gustaría saber cómo lo consigues siempre —dijo Pedro resignado, pero complacido por haber recibido las palabras que se merecía.

—¡Pero qué hombre eres! Lástima que estés casado, si no, me casaría contigo.

—Deja de tirarme los tejos. Ya bastante difícil es sacarte una granada de la espalda, no me hagas perder la cabeza ahora —le respondió Pedro siguiendo con la broma, aunque la situación le parecía bastante crítica. Y en ese momento le tocaba la peor parte del programa. Si se equivocaba, la fachada del hotel Coral explotaba y los pedazos de la habitación 256 llegaban hasta la playa.

Ya estaba sudando. Pedro había empezado cómo camarero antes de descubrir su pasión por la mecánica de los coches. Cuando entró en el equipo de Bruno le tocó hacer de todo. Pero nunca se imaginó que llegaría a desactivar bombas.

Sudaba a mares. Se había convertido en el cirujano de la habitación 256. Si la operación salía mal, se necesitarían pinzas para recuperar los trozos de los cuatro cuerpos que se encontraban en esa habitación.

Jean y Bruno estaban inmóviles. Pedro ya estaba encima de ellos, metiendo la mano entre sus espaldas para extraer el artefacto.

* * *

Se dio cuenta de que Pedro podía destrozar el plan del mentor. No podía entender cómo había llegado hasta allí ese tío. Pero le daba igual, lo único que le importaba era llegar al punto de encuentro con el maestro y entregarle el Pen Drive, el Santo Grial de la operación Costa Brava.

Entró rápidamente en el Seat Ibiza, dejó la mochila encima del asiento del copiloto arrancó los 150 caballos que tenía el coche de alquiler e inició la marcha. Estaba ansioso por llegar. Había puesto todo su empeño en conseguir ese objeto. El mentor lo tenía todo planificado, por eso le había dado órdenes de alquilar un coche pequeño, discreto pero potente. En ocasiones extremas o en caso de cambio de planes, lo necesitaba. Y esa era una de esas ocasiones que habían considerado.

Alex no era un gran piloto. Los grandes pilotos consiguen sacar agilidad y potencia a los coches. Son los pilotos que marcan la diferencia porque saben estrujar un vehículo y sacarle hasta lo que no tiene. Alex, simplemente sabía conducir y acelerar.

Empezó a dirigirse domo un loco hacia el lugar del encuentro. Le daban igual las normas de tráfico o respetar a los otros usuarios de la carretera. Su único objetivo era llegar lo antes posible. Había activado el GPS de forma excepcional. Marcaba la dirección de su destino, y pronto se encontró en una autovía de dos carriles. Se plantó en el carril derecho del adelantamiento, puso el intermitente izquierdo para indicar que quería adelantar y empezó a correr a todo lo que daba el coche. Cuando tenía delante un vehículo, le hacía ráfagas de luces desde lejos para que se apartase, como si tuviese que pasar un cohete. Estaba claro, en pocos minutos llegaría al punto que le marcaba el GPS.

* * *

Las gotas de sudor bajaban por la frente de Pedro. La ansiedad se había disparado y con ella el temblor en las manos. Pensaba en sus hijos, a los que quería volver a ver. Pensaba en ellos y en que todos los que estaban en esa habitación de hotel confiaban en su actuación.

Espalda contra espalda, Bruno y Jean tenían los ojos cerrados, quién sabe si no estaban rezando. De donde estaba, Claudia era el único espectador de esa peligrosa operación. Un espectador privilegiado que estaba pidiendo a todos los santos que sabía de memoria, para que Pedro hiciera una operación impecable. La rubia estaba observando atentamente todos sus pasos. Ni siquiera parpadeaba y le dolían los ojos por la tensión del momento.

Pedro ya tenía la mano y el brazo entre las dos espaldas. Y ahora la notaba, la veía y empezaba a tocarla. La granada del arsenal del mentor. El metal era frío, rugoso y la superficie exterior formada por cuadraditos parecidos a los de una tableta de chocolate. La palanca la sujetaba la espalda de Jean. Pedro optó por pararse un instante. Apartó el brazo y dio la vuelta a los dos rehenes.

—¿Qué pasa? ¿Qué estás haciendo? —preguntó Bruno.

—Nada. Simplemente doy la vuelta, la palanca está en el lado

izquierdo y girándome la podré coger mejor.

Después de girar, volvió a hacer lo mismo. Introdujo el brazo y esta vez se sintió cómodo y pudo coger mejor la granada. Volvió a notar el metal frío. Era una operación milimétrica. Mientras su mano derecha rodeaba la silueta de la granada, poco a poco, con la mano izquierda iba apartando la espalda de Jean hasta que, como por arte de magia se encontró con el artefacto en la mano. Lo había conseguido.

—¡Aaahhhh! —gritó de repente Pedro.

—¿Qué pasa? —preguntó Bruno, pensando que estaba a punto de explotar.

—¡La tengooo! —volvió a gritar Pedro.

Los tres rehenes gritaron de alegría, después respiraron profundamente para liberarse de la tensión.

—¡Pedro, eres nuestro héroe! —gritó Claudia por la sobredosis de adrenalina que le recorría el cuerpo. No podía creer lo que acababa de presenciar, y menos aún, lo que veía en la mano de Pedro.

—¡Bravo, bravo! —gritó Bruno—. Si tuviera las manos libres te aplaudiría.

—Y ahora, ¿qué hago con esto?

—Bueno, de momento tenemos que encontrar la forma de liberarnos.

Pedro miró a su alrededor. Iba de un lado a otro por la habitación con la granada en la mano. Pensó que podía acostumbrarse a tener un artefacto así y casi le provocaba gusto aguantarlo en sus manos. El gusto del poder, el gusto del protagonismo. La tentación del mal.

—Por cierto, ¿esto podría explotar? —preguntó mirando a los demás.

—No, siempre y cuando no sueltes la palanca. Puedes incluso bailar bachata, siempre y cuando mantengas apretada la palanca —añadió Jean.

Pedro buscó entre los objetos que Claudia tenía en el lavabo hasta que encontró unas pequeñas tijeras para uñas. No era mucho, pero era algo para cortar las bridas. Con mucha delicadeza cambio de mano la granada. Con la izquierda aguantaba el artefacto y con la derecha cortó las bridas de Bruno. Una vez liberado, este le abrazó delicadamente.

—¡Gracias, Pedro! Eres el mejor. ¿Qué haría yo sin ti? —le dijo Bruno y cogió las tijeras para cortar las bridas a los otros dos rehenes.

—¡Eres un crack, Pedro! —añadió Jean.

—Por cierto, ¿qué haces tú aquí? ¿No tenías que estar carbonizado?

—Mira, es una larga historia, lo dejamos para otro día —le contestó casi riendo, y acto seguido se abalanzó a los brazos de su

amada, fundiéndose en un abrazo de enamorados.

—Me temía lo peor, mi amor. Morir en este lugar después de todo por lo que hemos pasado y con el futuro que nos queda… —le dijo en el oído a Claudia.

—Lo sé, cariño. Te amo, te amo. Abrázame y no me sueltes jamás —respondió Claudia llenándole la cara de besos. Después pasaron a besarse con más pasión, dejándose llevar por el amor que los unía. Bruno les dio unos segundos, pero como vio que no se soltaban de los brazos el uno al otro, dijo:

—Chicos, perdonad la interrupción, pero creo que no es el mejor momento para amoríos. Tenemos cosas urgentes por resolver.

—Sí, en efecto, como por ejemplo esta bomba que tengo en la mano —les recordó Pedro.

Jean se desprendió del momento tan íntimo y volvió con la mente a esa habitación y a pensar en lo que el pequeño sicario le había quitado del cuello.

—Madre mía, estamos perdidos, ese jodido chaval se ha llevado mi Pen Drive. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Jean empezó a pensar, le entraba una idea tras otra. Ese dispositivo comprado en los Estados Unidos, que había cambiado hacía poco, tenía una característica específica. Llevaba la típica coletilla “por si acaso”, y bien en esa ocasión se había materializado.

—¡Lo tengo! Bruno, sé cómo localizar a Alex.

El italiano se quedó en blanco y expectante por ver qué se sacaba esta vez de la chistera su amigo. Jean cogió su iPhone y entró en una aplicación.

—Mira, Bruno, con esta aplicación podemos rastrear por GPS el Pen Drive que se ha llevado Alex, con un error de medio metro.

Bruno se quedó boquiabierto viendo la tecnología que tenía su amigo.

—¿Dónde has conseguido esto?

—Te lo explicaré, incluso te compraré uno si quieres.

La aplicación del iPhone empezó a funcionar y a rastrear el Pen Drive. Daba una ubicación clara. Estaba en la autovía 2, moviéndose a toda velocidad.

—Mira, Alex está huyendo hacia Gerona —le dijo Jean a Bruno y decidió—: ¡Tenemos que ir tras él, tenemos que coger a ese cabrón!

Bruno asintió con la cabeza y Jean cogió su anorak, abrazó a Claudia y le dio un beso en sus labios.

—Por favor, cariño, ten cuidado, piensa en mí. Y, sobre todo, no corras demasiado rápido.

—No te preocupes, lo siento, pero tengo que coger a ese tío.

—¡Eh, parejita! ¿Y yo qué hago aquí? ¿Me dejáis con la bomba en la mano?

—No te preocupes, Pedro, voy a llamar a los Mossos, que van a venir en menos de lo que piensas y van a recoger ese artefacto. Siéntate y no hagas nada. Ni respires, ni hables, nada. ¿Entendido? —dijo Bruno a su mano derecha, con una sonrisa de oreja a oreja. No le dejó ni siquiera contestar, que ya estaban fuera de la habitación.

Bruno y Jean cogieron el ascensor y bajaron hacia la recepción.

Bruno lo miraba de tanto en tanto, aún no podía creer que había recuperado a su mejor amigo. Las palpitaciones en el corazón eran tan fuertes que las sentía en el oído. Estaba feliz, se daba cuenta que acababa de salir de una situación muy complicada, gracias a un miembro de su equipo, y que había recuperado a una de las personas más importantes de su vida. No se lo podía creer.

Lo miraba para comprobar que no estaba soñando, que no era otro deseo como el de esa misma mañana antes de entrar en su habitación y tener la esperanza de encontrarlo allí. Le dio un abrazo. El abrazo más fuerte e intenso que jamás le había dado y que representaba todo lo que nunca le había dicho, pero se había propuesto decirle en caso de volver a verle.

Porque a veces las personas desaparecen de nuestra vida sin previo aviso, simplemente se las lleva el destino para su rumbo, hacia donde están predestinadas a llegar. Y en muchas ocasiones, los que se quedan atrás se arrepienten por no haberles dicho a esas personas todo lo que pensaban, sabiendo que jamás volverían a tener la ocasión de hacerlo.

Eso era lo que le había pasado a Bruno, nunca le había dicho cuánto le quería como hermano y como amigo. Y había empezado a valorarle justo en el momento cuando lo había perdido. Se dio cuenta de todo lo que sentía por Jean y el abrazo conmovedor que le dio en ese momento era para hacerle sentir que lo tenía a su lado. Su hermano.

Sentía gozo en volver a abrazarle, pero también pensaba en la promesa que le había hecho a su padre, los mil aventuras por las que habían pasado juntos y las que tenían que venir. La vibración era lo importante, no había palabras para describir eso, solo sentir. Jean sintió todo, rodeado por los brazos del italiano. Para él, eso era lo más parecido a estar en la matriz materna. Protegido, seguro, amado. No volvería a soltar a su mejor amigo, y menos aún a traicionarle. Una vez acabado el abrazo de confirmación de la hermandad que la suerte había creado en sus vidas, le dijo a Jean:

—Ya está, ya está. Había perdido la fe en volver a verte, hermano.

Las puertas se abrieron y el olor a vainilla de Biarritz del perfume que usaba la recepcionista les dio en las narices al salir del ascensor. No había otra opción. Tenían que salir y correr detrás del pequeño bastardo. Bruno metió la mano en la cazadora negra de Porsche y sacó la llave roja. Se le enseñó a Jean y le preguntó:

—¿Conduces tú?

47

Sábado, 14:00
Camino a Gerona,
veintidós horas después del accidente

La respuesta fue una sonrisa. Pero no una sonrisa normal. Una sonrisa pícara, una sonrisa de complicidad. Ya había entendido perfectamente lo que quería decir. Dándole la llave de su coche quería decirle que desatara al guerrero que tenía dentro.

Esa pasión que tenía Jean por los coches se había convertido en un arma. La única arma que sabía usar era convertir un coche en un cohete Terra aria. Convertir un Porsche Taycan Turbo S en un misil directo hacia la nuca de Alex. Había intentado matarle ya dos veces, y peor aún, había intentado matar a su futura mujer y también a su mejor amigo. Alex no era consciente de eso, pero ya se acababa de convertir en su peor enemigo. Habría hecho cualquier cosa para coger a ese pequeño chacal, ese maldito globo sonda de su mentor.

Jean observó la mano de Bruno que le enseñaba las llaves del Taycan como si fuera un caramelo o un chupachups. Las cogió más rápido de lo que Bruno se imaginaba y antes que pudiese cambiar de idea. Salieron del ascensor y se dirigieron hacia la puerta de salida. Allí estaba, delante de ellos, aparcado delante del hotel, el Porsche Taycan Turbo S. Uno de los coches eléctricos más potentes y rápidos jamás construidos.

Esa furia de color verde casi fosforito, tardaba solamente 2,8 segundos en llegar de cero a cien kilómetros por hora. Los cuatro motores eléctricos, uno por rueda, en la función deportiva alcanzaban la friolera cantidad de 760 caballos de potencia. Si además se considera que un coche eléctrico no tiene marchas y es el efecto instantáneo y directo de erogación de la potencia, eso se convertía en un auténtico misil tierra aire, de color verde.

Ya lo había visto en muchas ocasiones conducido por las calles de Marbella, pero nunca persiguiendo a un sicario. Bruno Malatesta entró

en el coche y Jean se quedó un momento de pie observando la belleza de esa obra de arte con ruedas. Se daba cuenta que Alex tenía una ventaja de muchos minutos sobre ellos, pero con ese bólido la ventaja se reduciría muchísimo.

—¡Vamooos! —dijo Bruno para desprender al piloto de ese momento de contemplación de la hermosa bestia verde. Jean se dio la vuelta y subió al coche. Lo primero que hizo fue abrocharse el cinturón. Después metió la llave en la ranura y el vehículo se puso en marcha encendiendo todas las luces de a bordo como si fuera un Seattle. Colocó su iPhone en el salpicadero para que le indicara la dirección hacia donde iba su Pen Drive.

Jean era consciente de la situación en la que estaba y sabía a lo que iban, pero la emoción de conducir a toda velocidad y perseguir a ese delincuente le estaba provocando una excitación indescriptible.

—Abróchate los cinturones. ¡No, mejor dicho, agárrate!

—Dios mío, no sé por qué te he dejado conducir.

Jean empezó a acelerar y el coche eléctrico a emitir un repentino sonido sibilante, que se incrementaba a cada acelerada que daba el piloto. Salieron del aparcamiento del hotel y Jean, ya desde los primeros metros preanunciaba una conducción híper deportiva, casi temeraria. El Taycan, con su grandísima potencia empezó a adelantar vehículos como si estos hubiesen estado parados, hasta conseguir salir de Blanes. Jean se lo estaba pasando de maravilla. Disfrutaba conduciendo y esa situación era totalmente nueva e incitante. Era como tener el coche de una patrulla de policía con las sirenas activadas en la persecución de un fugitivo.

Pasaba por al lado de los coches a toda velocidad, en pequeñas rectas alcanzaba los 150 por hora con casi una punta de gas. El Taycan aceleraba como un cohete. Jean llegaba a las rotondas a toda velocidad, pero los potentes frenos le permitían que en pocos metros pudiera casi parar el coche. La sensación de Bruno era que el estómago le salía por la boca, debido a la fuerza que ejercían los frenos.

El coche se metía por las rotondas como si estuviera sobre raíles y una vez recorridas, la espeluznante aceleración los empujaba contra los asientos ergonómicos de cuero. Jamás ese coche había sido tan apretado, poniendo a dura prueba todas sus componentes y aprovechando al máximo sus prestaciones.

Mientras Jean disfrutaba llevando al límite la furia verde, Bruno se desenganchó con la mano izquierda de la manilla del techo para realizar una llamada. Buscó en los contactos, seleccionó uno de ellos y apretó el botón verde.

—Bruno, ¿dónde estás?

—Es una larga historia, Jordi. ¿Te acuerdas que te he dicho, que

no fue un accidente, sino un asesinato? Pues esta mañana nos lo han confirmado. Alex, mi mecánico del que te decía que podía ser el asesino del guardia, nos ha secuestrado y ha puesto una bomba en la habitación del hotel.

—¿Qué dices? ¿Hay una bomba?

—Sí, nos ha puesto una granada a mano en la habitación. La tenemos controlada, pero deberías enviar a los TEDAX a recuperarla, en la habitación 256 del hotel Corral. Allí está Pedro sujetando la granada, y también Claudia está con él.

—¡Verge santísima! ¿Pero cómo te pueden pasar estas cosas a ti? En fin, voy a enviar a los TEDAX ahora mismo al hotel, no te preocupes —le prometió Jordi y después le preguntó, preocupado—: ¿Pero tú dónde estás ahora?

—Bueno, ahora te lo explico, espera un momento —le pidió, porque casi no conseguía hablar, por la velocidad del coche en las curvas.

—¿Quieres hacerme el favor de ir más despacio? Estoy hablando por teléfono —le dijo Bruno al piloto.

Tal como se esperaba, Jean no le hizo caso, aprovechando todo lo que daba el coche, todo el rato. El vehículo hacía poquísimo ruido y la gente se asustaba viendo llegar un bólido verde al que no se esperaba, pero que pasaba a una velocidad de pánico.

—¿Con quién estás hablando? —preguntó Jordi Roca.

—Voy en coche con Jean. Nos estamos dirigiendo hacia Gerona.

—¿Cómo que con Jean? ¿Pero qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loco?

—Está vivo, Jordi. El del Porsche carbonizado no era él. Jean está vivo.

—¿Entonces quién es el hombre carbonizado del obitorio?

—Jordi, es una larga historia, te la explicaré después. Lo importante es que está vivo y nos estamos dirigiendo hacia Gerona para atrapar a Alex. Estamos siguiendo la señal que nos está dando un dispositivo que le ha robado a Jean. ¿Puedes enviar patrullas a Gerona?

—¿Gerona? Yo estoy en Gerona ahora, en la comisaría. Pero si no me das una ubicación exacta no podemos ir a ciegas.

—Espera, espera —dijo Jean al ver que el punto del dispositivo se ha parado. Aminoró la velocidad e intentó descifrar en qué punto estaba. Amplió con los dedos la imagen del lugar y el GPS marcó el aeropuerto de Gerona—. Mira, se ha parado en el aeropuerto, dile al policía que nos vemos allí. Nosotros tardaremos como mucho veinte minutos, o a lo mejor solo diez.

—Jordi tenemos la posición. Es el aeropuerto de Gerona.

—Genial, pues aviso a todas las unidades y nos vemos allí en el

aeropuerto. No te preocupes, ya hemos avisado a los TEDAX para que vayan al hotel. Nos vemos ahora.

Bruno colgó el teléfono volvió a ponerlo en el bolsillo de la cazadora, Después se apresuró a agarrarse con las dos manos de la maneta del techo. Ya habían llegado a la autovía de doble sentido que conectaba Vidrieras con Gerona. Jean no tuvo piedad para el Tycan, empezó a apretar el gas hasta el fondo y los dos tripulantes experimentaron la fuerza con la que los motores eléctricos propulsaban el coche a toda velocidad.

Jean era un gran piloto, con cualquier coche hubiera estrujado el motor para sacarle hasta lo que no tenía. Pero eso era diferente, en ese momento estaba conduciendo un Súper Car por una autovía. Muchos aficionados a la velocidad hubieran pagado para estar en ese coche. El bólido volaba entre los coches, adelantándolos primero por la derecha luego por la izquierda haciendo una yincana, esquivándolos por milímetros y pasando por su lado a toda velocidad.

Había alcanzado los 250 kilómetros por hora, pero seguía subiendo y acelerando hasta que llegó a tocar los 320 por hora. El Taycan ya no daba para más. Jean uno de los mejores pilotos de Europa había llevado al límite ese Porsche. Bruno se santificaba sin parar, esperaba y confiaba en que su amigo no se equivocase en los milimétricos adelantamientos. Los coches a los que adelantaba pasaban rápidamente por al lado, pero realmente el efecto que producía el vuelo del Porsche lo veían en el retrovisor. Una vez adelantado con una velocidad supersónica, cada coche se hacía rápidamente tan pequeño que desaparecía enseguida.

Súper rápido. Veloz. Una furia verde.

Ya estaban llegando, faltaban pocos kilómetros hasta el aeropuerto y Jean seguía con el pie abajo a 300 km por hora, haciendo eses para adelantar coches. Parecía un niño con un juguete nuevo. Nunca había ido tan rápido en una carretera abierta. Y tampoco se imaginaba que ese Taycan corriera tanto como lo estaba demostrando.

Jean tenía muy claro que lo que te permite hacer un coche súper deportivo, cambia las reglas del juego, cambia la percepción y la visión de la carretera, cambia el paradigma de la conducción. Un coche como el Taycan le permitía hacer adelantamientos que con un vehículo normal ni se hubiera imaginado. Las distancias se reducían drásticamente y los potentes frenos permitían que el coche se detuviese en pocos metros.

Estaban llegando al aeropuerto y, en medio de esa loca, pero silenciosa carrera, Bruno preguntó:

—¿Tienes alguna idea de quién puede ser el mentor de Alex?

—No estoy seguro, pero tengo claro que la persona que ha enviado a Alex sabe muy bien la información que hay dentro al Pen Drive. Y

algo me dice que pronto lo descubriremos.

El silencioso cohete verde había llevado con una velocidad supersónica a los dos amigos a la salida del aeropuerto. Jean adelantó el último coche en la autovía y dio un volantazo a la derecha para bajar en la salida hasta una rotonda. El coche era silencioso, pero en las curvas, Jean conseguía hacer chirriar los neumáticos como un profesional en un circuito.

—Me parece que tendrás que cambiar los neumáticos Bruno.

—Si sigues así, también el coche.

Entraron en la rotonda y Jean siguió las indicaciones hacia el aeropuerto. Al salir, continuaron por la recta donde se lo encontraron delante. Allí estaba, el aeropuerto de Gerona en toda su magnitud. Había sido uno de los más concurridos de toda Cataluña. Después de la crisis del 2008 empezaron a promoverse los viajes de bajo coste en aeropuertos deslocalizados. El de Gerona era un continuo enjambre de aterrizajes y salidas de Ryanair para pasajeros que querían ir tanto a la Costa Brava como a Barcelona.

Había sido remodelado en esa época para mantener un ritmo considerable de pasajeros, como uno importante. Fueron ampliadas las instalaciones centrales, hechos grandes aparcamientos e instalaciones de coches de alquiler, et. Un pequeño y obsoleto aeropuerto había sido transformado en una estructura grandiosa y moderna.

Hasta que Ryan Air, la compañía principal que aterrizaba allí, cambió su estrategia pasando de más de treinta vuelos diarios a uno o dos semanales. La enorme estructura se convirtió en una catedral en medio del desierto, usada principalmente para vuelos chárter y aviones privados, que se aprovechaban de su proximidad a la Costa Brava. Pasó de ser una estructura moderna, a un aeropuerto casi abandonado, con poquísima actividad.

Eso era lo que se encontraron de frente. El Taycan, como un Shuttel, fue aproximándose al aeropuerto bajando la velocidad como si tuviese que aterrizar. La gran catedral situada en medio del desierto transmitía tristeza y soledad. La ausencia de tráfico, la falta de mantenimiento y las altas hierbas daban una imagen vintage a ese aeropuerto que antaño fue importante.

Desde lejos Jean observó que en una rotonda situada justo delante había un despliegue de luces rojas y azules. Acercándose a una velocidad moderada comparable a la que llevaban desde Blanes, empezaron a deslumbrarle las luces de sirenas de las patrullas de los Mossos d' Escuadra. Había como diez coches detenidos a la entrada del aeropuerto, cortando el escaso tráfico.

—¡Párate detrás! —le indicó Bruno al piloto—. Detrás del primer coche, allí está el inspector Roca.

Mientras se acercaban, un agente de los Mossos d' Escuadra les

avisó que la carretera estaba cortada y que diesen la vuelta. Jean se paró justo delante y enseguida Bruno salió del vehículo.

—Hemos quedado con el inspector Roca —dijo Bruno al policía.

—De acuerdo, pasen —le contestó el agente.

Bruno sorteó los coches patrulla hasta encontrarse con Jordi Roca. Se dieron un fuerte apretón de mano, alegres los dos de verse de nuevo. Jean, que seguía en el Porsche, se desplazó un poco más y aparcó antes del tapón que creaban los coches patrulla. Salió del coche y se acercó rápidamente al inspector y a Bruno.

—¿Qué está pasando? —les preguntó a los dos.

—¿Así que tú eres el supuesto muerto? —inquirió el inspector.

—Sí, soy yo. Lo siento mucho por todo lo que he provocado —contestó el piloto bajando la mirada.

—Ahora no es el momento para esto, ya me lo explicarás con calma. Ahora tenemos que detener a ese asesino —dijo el inspector.

—Pero ¿qué estamos esperando? —preguntó el italiano.

—Acabamos de llegar. Estamos esperando el permiso de la torre de control para acceder a la pista y la orden judicial para detener todos los vuelos. Sin eso no podemos entrar y veo que están tardando demasiado.

Jean volvió al Taycan, entró y cogió su iPhone. Abrió la aplicación para rastrear el dispositivo que Alex le había robado y se desplazó hacia la valla perimetral del aeropuerto, que impedía acceder a la pista de aterrizaje. Detrás de él vino Bruno Malatesta y el inspector Roca también, bastante intrigado de lo que hacía Jean.

Desde la posición donde la carretera de acceso estaba cortada por las patrullas, los tres caminaron unos veinte metros por el césped hasta llegar a la valla metálica. Delante tenían varios hangares, uno de bomberos, el siguiente para el queroseno de los aviones y luego otros de uso privado. En frente a estos, estacionaba una docena de pequeños aviones de hélice y algún Jet privado. Uno de esos se estaba desplazando hacia la pista para despegar.

Jean miró la aplicación y dijo:

—¡Mirad! Alex está en ese avión. Se está moviendo hacia la pista de despegue. ¡Tenemos que hacer algo, joder! —gritó, desesperado y miró a su alrededor en busca de una solución.

—Lo siento, pero no podemos hacer nada. Tenemos que esperar la orden de la torre de control.

—¿Pero se da usted cuenta que en ese avión está toda mi vida? ¡Alex me ha robado un dispositivo con la información más sensible de mi empresa y de mi futuro! ¡Tenemos que hacer algo!

—¡Cálmese! Le vamos a coger, pero de momento no podemos entrar.

Jean se apartó.

—¿Cómo sabe Jean con tanta exactitud que Alex está en ese avión? —le preguntó el inspector a Bruno.

—Tiene una aplicación GPS que está rastreando el dispositivo.

Jean estaba desesperado, viendo como toda su vida se estaba esfumando delante de sus narices. Tenía que hacer algo. La policía tenía las manos atadas, pero él no podía permitirse el lujo de dejarse afectado por eso. Antes prefería ir a la cárcel que perder esa información. Con un único objetivo en mente, que era tener un futuro al lado de la mujer que amaba, decidió actuar lo más rápido posible.

Volvió a subir en el Taycan, puso en marcha la furia verde y dijo:

—¡A la mierda con el permiso!

48

Sábado, 14:30
Aeropuerto de Gerona,
veintidós horas después del accidente

Había encendido el Shuttel verde y estaba a punto de despegar. En su trayectoria tenía al inspector Roca y a su mejor amigo. Sin embargo, él no los veía. Lo que sí veía era el objetivo, vivir con Claudia en su querido París. La misión era conseguir ese pincho USB y lo que había decidido era que no iba a esperar el permiso de la torre de control y la actuación policial.

—No te vas a escapar tan fácilmente, Alex —decidió, furioso como un toro. Miró el volante, movió el selector de modalidad hasta ubicarlo en la posición Súper Sport, volvió a poner la mano derecha en el volante, levantó la mirada, vio la trayectoria y sin dilaciones, apretó el pedal del acelerador hasta el fondo. Los 760 caballos transmitidos en las enormes ruedas del Taycan lo proyectaron en pocos segundos contra la valla de protección del aeropuerto.

El inspector y el italiano entendieron qué quería hacer y se apartaron por un soplo tirándose en el césped. El vehículo atravesó la valla con una fuerza que la arrancó creando un agujero enorme. Jean ya estaba dentro del área del aeropuerto. Tenía que apresurarse para interceptar el avión privado que estaba a punto de despegar.

Lo que acababa de suceder se le había escapado de las manos al inspector Roca. En toda su vida había sido un hombre recto y disciplinado, eso rompía todos sus esquemas posibles. No había situación más radical en todo lo que había sucedido en esas últimas 24 horas. Eso era demasiado, rompía los límites de su mundo ortodoxo.

Se levantaron del césped y se miraron con complicidad, como si se conociesen desde hacía años e instantáneamente entendieron que tenían que seguir a Jean. Se subieron al coche y todas las patrullas empezaron a entrar una tras otra en la pista del aeropuerto. Acababan de infringir las normas aeronáuticas, pero estaban siguiendo a un

asesino a punto de escaparse.

El pequeño Falcón se encontraba en la pista de despegue. Acababa de recibir la luz verde para despegar hacia su destino. La larga pista que tenían delante los pilotos del avión hacía un efecto bombeado, como si estuviese en bajada. El asfalto de la pista acababa en los laterales con un perfecto césped inglés, unas antenas y árboles frutales.

La fría noche había dejado paso a un día caluroso, marcado por un intenso sol que estaba calentando el asfalto de la pista. Los pilotos sentados en el puesto de mando del avión privado tenían delante un efecto de espejismo. Bajo el calor intenso del día, parecía que el asfalto se estaba encharcando, como si se reflejara el cielo en la pista de despegue.

—¡Tripulación, despegamos! —lanzó el mensaje el primer piloto, al resto de tripulantes que estaban detrás de la puerta de la cabina de mandos. Agarró la palanca de los motores y la empujó con fuerza hacia adelante hasta el fondo. El sonido de los motores en el despegue se intensificó. El piloto controló los monitores, luego el cuadro de mando para que todo estuviese en orden. No tenía ningún aviso, tampoco algún fallo. Todo iba bien. El avión empezó a moverse y paulatinamente cogió velocidad mientras se desplazaba por la primera parte de la pista. Los ocupantes empezaron a sentir la fuerza que los empujaba contra los asientos del Falcon.

Detrás, en los lujosos asientos del avión, la azafata acababa de servir champan. El mentor estaba orgulloso de su discípulo. Tanta preocupación había valido la pena, tanto entrenamiento y planificación había dado sus frutos.

—David, eres un genio. Ahora sí podemos brindar por el éxito y por nuestra nueva vida en México —se dijo en voz alta.

El avión privado había comunicado a la torre de control un falso destino a Madrid. Sin embargo, los planes del mentor eran dirigirse directamente a México, su país natal, donde le esperaba una vida en bañador en las mejores playas y, lo mejor de todo, sin leyes de extradición.

David, el maestro de ceremonias, el titiritero, el que había gestionado el día a día de la misión de Alex. El socio de Jean.

El mentor no prestaba atención al interior del avión, miraba por la ventanilla, repasando lo ocurrido en los últimos días y planeando lo que quería hacer con su vida, una vez aterrizado en México. La aeronave estaba cogiendo velocidad correctamente. Había alcanzado ya los cien kilómetros por hora e iba subiendo. Se encontraba a un cuarto de pista recorrida. Con el champán descorchado, sus ocupantes no eran conscientes de lo que estaba a punto de suceder.

Detrás del avión, en ese efecto del asfalto caliente apareció un

punto verde que se acercaba a toda velocidad. A 300 kilómetros por hora, Jean estrujaba al máximo la velocidad del Taycan. Iba a todo lo que daba el coche para poder atrapar el avión. Igual que un Shuttel en la pista para coger velocidad y despegar.

Cuando recorrió la mitad de la pista de despegue, el avión privado alcanzó los 200 kilómetros por hora. Los pilotos estaban tranquilos. Las condiciones de la aeronave eran las correctas. Ni se imaginaban que estaban perseguidos por un coche a toda velocidad, y tampoco eran conscientes de que dentro transportaban a un asesino.

El Taycan se estaba acercando cada vez más, con sus 300 kilómetros por hora. Jean era consciente de que en breve alcanzaría el avión, pero desconocía cuánto tiempo y cuántos metros más necesitaba este para despegar. Y se preguntaba lo más importante: ¿cómo podía él parar un avión a punto de despegar?

Ya no estaba concentrado en conducir, sino en cómo parar el avión. No se dio cuenta que detrás, al principio de la pista acababan de entrar las diez patrullas de los Mossos d' Escuadra, siguiéndole hacia el avión. El charco del efecto del calor volvió a notarse, manchado por las luces azules y rojas de los coches patrulla.

Cuando el avión alcanzó los 250 kilómetros por hora, había recorrido tres cuartos de la pista y se encontraba en el punto adecuado para despegar. Entonces se vio alcanzado por un coche verde. La tensión era alta, aunque los pilotos del avión iban sosegados, seguros en la rutina de un vuelo como tantos otros. Falsamente cómodos y sin ser conscientes de lo que estaba pasando detrás de su avión.

Jean estaba tenso, muy tenso. Se encontraba a un palmo de conseguir su objetivo, pero tenía delante el reto más importante: parar el avión sin provocar un accidente. Justo cuando pensaba que lo había atrapado y estaba casi bañado en sudor, sucedió lo que más temía: la rueda delantera del avión empezó a levantarse del suelo. El Falcon estaba despegando. Tenía que actuar rápido. Ya no le daba tiempo pensar, solo tenía que actuar.

La rueda delantera del avión ya se había levantado a un metro del suelo y toda la estructura estaba levantándose, cuando, en medio de ese estrés, Jean se acordó de algo. Tuvo un flash repentino, como si alguien desde arriba enviase un recuerdo a su mente.

Hacía dos años que se había quedado atrapado en un aeropuerto de Alemania por culpa de una pieza defectuosa en un ala, que impedía el despegue. Eran los Flaps, unos alerones que sobresalen de las alas y otros que se desprenden por debajo.

Lo tuvo claro, tenía que romper uno de esos. Acercó el coche lo más posible por detrás del ala derecha y con una delicadeza quirúrgica, el piloto profesional de rally puso el morro de la furia por debajo. Ya no había tiempo, ahora o nunca. Si el avión despegaba

todo estaba perdido.

Entonces sucedió algo inesperado. Una ráfaga de viendo levantó el avión medio metro. Jean ya veía perdida su hazaña. De un plumazo, el avión estaba escapando de su alcance. Lo mismo que le pasó a Manel, cuando bajó del coche y se le escapó de las manos el Porsche por el barranco.

La vida es también eso, decisiones que hay que tomar en décimas de segundo. Pero también creer en que todo es posible. Si Jean hubiese pensado que todo estaba perdido, no habría estado a punto de conseguir algo imposible para la mayoría de las personas.

La vida es fugaz y el piloto siempre tuvo la convicción de que hay que arder de pasión en todo lo que haces, porque el peligro no está en equivocarse, sino en ser una persona normal, una más del montón. Una que pasara desapercibida y que no supiera aprovechar las oportunidades que ofrece la vida.

Sin embargo, la ráfaga de viento fue como una alucinación, efímera, y una vez pasada, el avión volvió a bajar y a tocar la pista con las ruedas posteriores. Aún estaba allí, seguía al alcance del francés y todo sucedía en décimas de segundo. Ubicó el coche en la posición correcta, mientras su corazón bombeaba como una locomotora.

El morro del Porsche giró hacia la izquierda y hacia atrás, consiguiendo extirpar el alerón del avión, tal como se había propuesto Jean. Lo había conseguido. De forma súbita, la aeronave tuvo un movimiento brusco, raro, inesperado. A continuación, volvió a estabilizarse sobre las ruedas posteriores, y después también sobre la delantera. Jean empezó a levantar el pie del acelerador para distanciarse del avión. Parecía que había cumplido la misión.

El primer piloto de la aeronave se quedó sorprendido. Estaba pasando algo que no conseguía entender. La velocidad era correcta. Había comprobado por completo el avión antes de despegar. El cuadro de mando no daba ningún problema. Casi habían despegado y volvieron abajo. El piloto no daba crédito. Empezó a mover el timón de forma ascendente y descendente, para volver a recuperar el control del aparato.

En décimas de segundos entendió que ya no podía controlar la nave, era imposible realizar el despegue y delante de sus ojos veía como la pista se hacía cada vez más corta. Solo unos metros de asfalto los separaba de un trágico final. El pánico le invadió. Sus manos sudaban y su corazón era una bomba a punto de explotar. Nunca había pasado por semejante situación.

—¡Tripulación, tenemos un problema! ¡Agarraos! —gritó tratando de mantener la calma. Los tripulantes se miraron a la cara, asustados, pero no se podían imaginar lo que acababa de suceder. Ni siquiera

habían notado el suave temblor provocado por el Porsche.

El primer piloto retrocedió la palanca de los motores para que fuesen al revés, invirtiendo su potencia y activando el sistema de frenado. Activó los frenos en las ruedas, pero poco podían hacer. Buscaba aprovechar los últimos metros de la pista para detener el avión. Sin embargo, no bastaron.

La velocidad les llevó directamente fuera de los límites, acabando en el césped, arrollando las antenas de comunicación del aeropuerto. El tren de aterrizaje delantero se dobló y el morro empezó a arrastrarse rompiendo la valla del perímetro del aeropuerto y acabando en una arboleda de avellanos, típica de la zona. Tras unos segundos de máxima tensión, el avión se detuvo.

Había arrollado todo lo que había después de la pista, sin incendiarse y sin crear demasiados daños estructurales al avión. La carrera había acabado. La huida a México había sido saboteada. Jean lo había conseguido. La pista se le acabó inesperadamente también a él, con la diferencia que consiguió clavar los cuatros neumáticos hasta pararse cruzado, justo al final de la pista. Un metro menos de pista y habría acabado en el césped o contra el avión. Pero Jean no era un piloto, era un gran piloto. Lo que acababa de conseguir no lo hubiera conseguido cualquiera. Solo la combinación de un súper coche en manos de un gran piloto.

Jean salió del Porsche y vio delante la aeronave humeante y hundida entre los árboles frutales. No le dio tiempo entender lo que acababa de conseguir, cuando empezaron a escucharse las sirenas de los coches de policía. Se giró hacia el principio de esa pista interminable, y vio que estaban llegando los refuerzos. Jordi Roca y todo su ejército de Mossos estaban llegando para capturar al asesino.

La culpabilidad que llevaba dentro por todo lo ocurrido en las últimas 24 horas empezó a aflojar tras observar lo que acababa de conseguir. Todavía incrédulo y desconcertado, comenzó a ser consciente de la realidad. Sus piernas temblaban, su respiración estaba agitada y en su pecho sentía una extraña presión que se mezclaba con la sensación de alivio. Lo más difícil lo había hecho, ahora le tocaba enfrentarse a la reacción del inspector.

49

Sábado, 15:00

Aeropuerto de Gerona

veintitrés horas después del accidente

Los diez coches patrulla habían llegado *in pompa magna*. Jordi Roca aparcó el coche a pocos metros del Taycan verde. Su llegada había sido anticipada por la orquesta del sonido de las sirenas y el espectáculo de luces azules y rojas. Llevaban bastante retraso respeto a Jean, pero habían llegado a tiempo para esperar que la aeronave abriese sus puertas.

Todos los agentes salieron, pistola en mano, dirigiéndose aparentemente hacia Jean, que, tragando saliva se imaginó lo peor: que iba a ser detenido al instante y llevado al calabozo. Sin embargo, las órdenes del inspector Roca eran de ir directamente al avión. Los agentes pasaron de lado casi sin mirar a Jean, y rodearon el pequeño Falcon hundido en la vegetación.

El inspector bajó de su coche, acompañado de Bruno Malatesta. Se acercaron al piloto, el temerario conductor que había infringido un centenar de leyes de Blanes hasta allí. La cara del inspector era un poema, no presagiaba nada bueno. Se acercó a Jean, detrás iba Bruno, más serio que nunca, con cara de pocos amigos, como si supiera lo que le iba a decir Jordi y a lo que se enfrentaba.

El piloto de rally era consciente que se merecía un castigo importante. En parte, se lo merecía. Sin embargo, había conseguido lo que quería, parar la aeronave en la que se encontraba su Pen Drive. Su futuro.

—¿Es usted consciente de lo que acaba de hacer? —preguntó el inspector.

—Sí, comisario, lo estoy. Estoy dispuesto a pagar por mis errores.

—¿Se da cuenta que ha infringido la ley de la aeronáutica civil al entrar en el perímetro del aeropuerto con su coche? Además, ¡soy inspector, no comisario!

Jean se sintió culpable, no hacía falta que el inspector le azotara con esas palabras. Iba a contestarle, cuando se vieron interrumpidos. La puerta del avión se abrió sigilosamente, como si una nave espacial fuera acorralada por la policía, que esperaba a que los marcianos salieran al descubierto. Los Mossos d' Escuadra tenían el avión rodeado, los tripulantes no podían escapar, era imposible.

La puerta se movió hacia la parte izquierda y apareció el piloto. Parecía mareado, le salía sangre de la nariz y se presentaba con las manos arriba en signo de rendición. No tenía ni idea de la situación en la que se había metido. Los agentes le estaban apuntando con sus pistolas como si él fuera el artífice de todo ese plan de fuga. Desde el interior de la aeronave, la azafata apretó un botón y se extendió la escalera automática. Los agentes de policía le hicieron la señal de bajarse y el piloto cumplió la orden.

Jean se encontraba a unos cincuenta metros, observando la escena. Hasta el momento, no había caído en un detalle: él conocía ese avión. No podía creer lo que veía. El corazón le subió a la garganta.

—¡No puede ser, no puede ser él! —susurro, estupefacto. Pensó que, tal vez fuese una coincidencia, pero… ¡por Dios, la matrícula coincidía! Se llevó las manos a la cabeza y se las pasó por el pelo, tirándolo hacia atrás. Se quedó pasmado, con las manos enlazadas detrás de la nuca. No podía creer lo que estaba viendo. Acababa de siniestrar el avión privado que habitualmente alquilaba su empresa para los movimientos corporativos. Pocas veces lo había usado. No le gustaba tanto esnobismo, prefería los asientos Business de los vuelos comerciales.

Una vez que entendió qué avión era, se imaginó quién podría encontrarse dentro. Se quedó clavado en el suelo, no podía creérselo.

Los agentes le pidieron también a la azafata que saliese, y al segundo piloto. Cubiertos por los compañeros, dos de ellos procedieron a entrar en la aeronave, para ver qué pasajeros había dentro. Bajar era fácil, pero subir cuando faltaba la rueda delantera del avión era más complicado. Los agentes tuvieron que entrar de una forma torpe, pero lo consiguieron.

Pasaron varios minutos sin noticias de ellos. Y de repente apareció él en la puerta. El misterioso mentor que había perpetrado la operación y los asesinatos. Con las manos a la espalda, supuestamente esposado. La luz que venía del cielo le cegó por un momento. Llevaba horas dentro de ese avión. Había salido desde Madrid con rumbo a la Costa Brava para encontrarse con su discípulo y, después irse directamente a las costas paradisíacas de México. No tenía ni idea que el artífice de desviar su destino había sido Jean. El que también había embestido su avión.

Jean era un espectador privilegiado. Miraba desde el final de la

pista como David, su socio salía del Falcón, esposado y custodiado por los Mossos. Habían sido las 24 horas más movidas de toda su vida. Jamás se lo hubiera imaginado.

Cuando el mentor ya había bajado las escaleras, detrás de él aparecieron por la puerta solo los dos agentes. No había nadie más. Todos estaban en silencio. Algo fallaba allí. Todos esperaban que saliera un pasajero más del avión. El ánimo de Jean se derrumbó. Tanto empeño, y al final faltaba la pieza clave. Tenía que ser un error, o en algún sitio tenía que estar Alex.

El mentor fue custodiado a punta de pistola hasta los coches patrulla, como el peor terrorista. Mientras la policía sacaba al delincuente del avión, empezaron a llegar los bomberos y las ambulancias desde la terminal del aeropuerto. Los médicos se acercaron a atender a los tripulantes del avión que sufrían daños físicos.

El inspector llamó al sargento que acababa de entrar en el Falcon con un agente.

—Falta una persona. ¡Buscadla en el avión!

—Lo hemos revisado de cabo a rabo. No hay nadie más.

—Hay otro componente de la banda. Tiene que estar en algún sitio. Es sumamente peligroso y se le acusa de dos asesinatos. Volved a controlar al avión, a descuartizarlo si hace falta, pero ¡tiene que salir! Llévate más agentes.

—Inspector, pero lo hemos…

—¡PERO NADA! ¡Volved a buscar! —gritó Roca, cortándole la frase. El sargento se giró, llamó a otros tres agentes y subieron a la aeronave para cumplir con las ordenes de su superior.

El socio de Jean no tenía ningún rasguño. Los agentes lo acompañaron a uno de los coches patrulla, para llevarlo en comisaría, a disposición judicial. No se había percatado de que la escena había sido controlada por Jean.

Pero el piloto de rally no podía dejarle ir sin más, necesitaba respuestas. Se acercó rápidamente hacia el coche al que llevaban a su socio. Bruno lo vio, y como lo conocía muy bien, le siguió por detrás a cierta distancia, atento a que Jean no hiciera alguna tontería.

—¡Agentes! Agentes, por favor, esperen un momento —les pidió antes de que estos metieran al detenido en el coche. Se detuvieron a mirarle y después, el inspector Roca, que venía detrás, les dio permiso con un gesto de la cabeza.

—¡TUUU! ¡MALNACIDO! —gritó Jean, y David se giró con soberbia para observar el numerito que estaba haciendo el francés—. ¿Cómo has podido llegar tan lejos?

—¡Hola, Jean! ¿Cómo estás? —le contestó con su típico aire arrogante. Jean se le acercó con unas ganas tremendas de meterle un

puñetazo que le reventara la mandíbula. Con los ojos rebosantes de ira, le agarró con las dos manos las solapas de su americana de confección artesanal.

—¡Dime ahora mismo dónde está Alex! ¡Escoria inmunda!

El agente que sujetaba a David y Bruno se acercaron de golpe al francés y le separaron del detenido. Su buen amigo lo agarró del brazo y lo llevó a un metro de distancia, por precaución.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó Jean apuntándole con el dedo.

—¿Que por qué lo he hecho? ¿Bromeas? Eres un hijo de papá, Jean, no te enteras nunca de nada. Has vivido a costa mía y de tu padre, toda la vida. No tienes ni idea de lo que valía la patente una vez vendida. Es demasiado grande para que tú lo entiendas. No podíamos perderla. En serio, ¿no lo ves? Bueno, ¡no sé por qué me sorprende! Creo que tú nunca has visto nada.

—¿Pero por qué has intentado matarme? Después de todo lo que mi padre ha hecho por ti. Necesito entender.

—¿Tu padre? —preguntó riendo—. ¿En serio? Tu padre ha sido siempre un inútil, igual que tú. Si no hubiera sido por mí y por mi gestión empresarial, nuestra empresa y tu familia estarían en la bancarrota. Yo soy el único que se merece tener esas acciones. Tú y tu madre sois dos parásitos.

Después de esas palabras, Jean quiso lanzarse otra vez contra el socio para darle una paliza, pero estaba sujetado bien fuerte por su amigo.

—¡No vale la pena, Jean! Es una mala persona y le ha salido mal. Solo está intentando provocarte para reducir su pena.

Atrapado cómo un león en una jaula entendió que no podía darle su merecido. La rabia que le habían provocado las infames palabras de esa mala persona, le corría por dentro como un líquido que se disolvía en su sangre.

—Tienes suerte que me están agarrando, si no, nadie te salvaría de la paliza de tu vida —dijo Jean, resignándose.

—¡Ya se lo pueden llevar! —ordenó Jordi Roca a sus agentes.

—¿Qué crees, que esto se acaba aquí? —gritó David riéndose, mientras los agentes lo metían contra su voluntad en el coche de patrulla—. Nos volveremos a ver, puedes contar con ello. ¡Nos volveremos a ver!

El agente cerró la puerta, pero el mentor aún seguía gritando. El coche arrancó y desapareció de la vista de Jean. Él sabía que su socio era una mala persona, pero a pesar de eso, las palabras hirientes que le había lanzado le dolían más que todas las cosas que David había hecho en su contra. Habían revuelto aguas tranquilas y pasadas. Habían revuelto viejos conflictos que había tenido su socio con su

padre. Había difamado a su madre y la honradez de su familia.

El ego y el pronto de Jean habían sido puestos a prueba. Pero después del impacto de esas palabras, empezaba a recordar perfectamente quién era su familia y todo lo que había hecho para la empresa. Desde que había muerto su padre, el socio había controlado todo el movimiento accionarial. Se había aprovechado de que ya no estaba su padre. Se había aprovechado y había realizado cosas que jamás su familia hubiera hecho. Sabía muy bien quién era y la educación que su familia le había transmitido. En medio de esa tormenta que parecía acabarse, no podía caer en el juego de esa mala persona.

Miró a su alrededor, estaba al final de la pista del aeropuerto de Gerona. El despliegue de medios de emergencia había sido imponente. Parecía que había pasado por allí el Air Force One. Pero la realidad era mucho más triste. Habían muerto dos personas. Un inocente que estaba en el trabajo inadecuado en el momento inoportuno.

Luego estaba su amigo Antonio, el piloto profesional de rally. Después de haber hecho muchas veces con éxito esa movida de cambio de piloto, desgraciadamente, en esa ocasión el resultado fue nefasto. Les salió el tiro por la culata.

Jean se daba cuenta, estaba vivo, podía seguir con su vida y sus planes con Claudia en París. Pero el dolor que le provocaba saber que en las últimas 24 horas habían muerto dos personas por su culpa era inclemente. La conciencia le arrastraba moralmente por los infiernos de la culpabilidad. Había recuperado a su amigo, el mejor amigo que tenía. Bruno era la única persona que, a pesar de creer que había muerto, seguía siéndole fiel. Eso no era muy habitual. Eso era excepcional. Bruno era una persona excepcional y un verdadero amigo.

El coche patrulla con David en su interior ya se había alejado. Bruno se acercó a Jean y le puso un brazo en los hombros. Se lo llevó hacia la furia verde.

—Bueno, ¿qué te ha parecido el Taycan? Tú, que siempre has sido en contra de los coches eléctricos.

Jean lo miró con cara de asco y le dijo:

—¿Puedo ser sincero? —Bruno hizo un gesto de incredulidad y esperó a que su amigo acabase—. ¿No crees que ese verde es demasiado chillón, casi macarra para una bestia como esta? —le preguntó y empezó a reír.

—¡Anda, tira! —Bruno le dio una colleja fuerte y lo envió hacia el Taycan.

—Inspector, ¡nada! Lo hemos revuelto por completo, no hay otro

pasajero. También hemos mirado por si acaso se hubiera escapado por algún agujero o abertura, pero no hay nada de esto en ninguna parte. Lo siento.

—Sargento, que tu equipo siga buscando. Llama a la central. Que nos envíen refuerzos y un helicóptero. Lanza una orden de busca y captura en un radio de veinte kilómetros. No puede estar muy lejos. Quiero todas las unidades disponibles para peinar la zona alrededor de este aeropuerto y en la arboleda. ¡Vengaaa!

El inspector Roca se sentía decepcionado. No por el trabajo de su equipo, sino por no haber sido capaz de poner orden al caos que había generado el mentor y su discípulo que se había desvanecido. Pensativo, se acercó a los dos amigos.

—Señor De La Cruz —dijo con tono serio y contundente—, ¿no se le olvida nada?

El inspector volvió a arrastrar a Jean a la realidad del lío en el que estaba, quitándole la sonrisa que Bruno le había provocado.

En ciertas ocasiones y con algunas personas, la suerte no es tan benévola como iba a ser con Jean. Te arrebata sin más y no te devuelve nada. Pero, por alguna razón inexplicable, a él le devolvió algo que representaba su vida, su pasado y su futuro. El bien y el mal. Le entregó el objeto más preciado que le había sido robado.

—¡A lo mejor esto! —añadió el inspector sacando de su bolsillo el dichoso Pen Drive.

El francés no se lo podía creer. Había recuperado la información más valiosa de su vida, la misma que dejaría encarcelado por mucho tiempo a su socio, o mejor dicho a su exsocio. Se quedó sin palabras, no daba crédito a lo que veía. La expresión de su rostro era de incredulidad. El inspector Roca le acababa de devolver la vida. Se emocionó y con los ojos llorosos le dijo:

—¡Gracias! ¡Muchísimas gracias, inspector! Me ha salvado la vida. ¿Cómo puedo devolverle el favor?

—¡Pare, pare! Usted y yo tenemos pendiente una larga conversación. ¿No le parece que tenemos que aclarar muchos temas?

Jean miró al suelo, aún con la emoción en los ojos, consciente de todos los líos que había provocado.

—Jordi, ¿y Alex? —preguntó Bruno. El inspector se giró hacia el Falcon donde aún estaban los agentes buscando.

—No puede estar lejos —soltó apretando los dientes con rabia—. ¡Te prometo que voy a coger a ese asesino! ¡Vivo o muerto, pero lo voy a coger!

Se volvió a girar hacia al francés y le dijo:

—Necesito que me acompañe a la comisaría, señor De La Cruz, junto a su amigo Bruno. Queda mucho por aclarar y quiero hacerle algunas preguntas. Pero, sobre todo, quiero enseñarle lo que hemos

encontrado.

El inspector había sido muy misterioso, Bruno no tenía ni idea a qué se refería. En cuanto a Jean, por el cúmulo de leyes infringidas y meteduras de pata, se veía en el calabozo, al lado de su exsocio. Él no lo sabía, pero también en esa situación, no iba tan mal encaminado. Las sorpresas aún no se habían acabado.

50

Sábado, 18:10
Final del rally, Lloret de Mar,
veintiséis horas después del accidente

La cuna del rally, así definían a Lloret de Mar. Todos los grandes pilotos que habían dejado huella y neumático en la historia de los rally-s habían pasado por esta población y habían participado en una de las más conocidas competiciones del mundo del deporte sobre ruedas, El rally Costa Brava. Las leyendas de este deporte se definían como tales si habían ganado al menos una vez este deseado premio.

Lloret de Mar había visto pasar a los más grandes del panorama internacional. Para conseguir el premio de este evento deportivo tenían que superar tramos altamente peligrosos. Tramos especiales como la Trona, Els Angels e incluso Sant Feliu Tossa. Todos los eventos llevaban su grado de dificultad, pero el de la Costa Brava tenía un aliciente importantísimo: corrías costeando el mar Mediterráneo.

El rally Costa Brava no era solo tramos difíciles, era también ambiente y fiesta. La tradición que se transmitía de generación en generación. Con los amigos o los hijos como espectadores en los bordes de las carreteras, para ver pasar a sus pilotos preferidos y sus coches. Era una fiesta, un espectáculo que se esperaba con impaciencia todo el año. Un evento que se preparaba minuciosamente para disfrutarlo cada día mientras duraba.

Pero el momento más emotivo siempre era el final, cuando el piloto que ganaba llegaba a Lloret. Él era el único que aparcaba encima del podio de donde todos los concursantes habían salido. Ese era el momento más esperado, tanto por el público cómo por el ganador.

Ese año había sido una edición extraña. Los accidentes acaecidos habían impactado en los corazones del público, entre ellos el más sonado, el del coche número 25, el Porsche GT 3 de Jean De La Cruz.

El ambiente en Lloret de Mar, a pesar de los sucesos era de fiesta. Las personas olvidan rápido las cosas malas y quieren alegría y celebrar las victorias. La ciudad estaba invadida por aficionados al mundo de los rally-s. La zona de llegada, alrededor del pódium, estaba abarrotada. Eran las 6:00 de la tarde, el coche ganador tenía que estar a punto de llegar. La gente estaba ansiosa por ver al vencedor y contemplar su llegada.

Como se había pronosticado, Marc Nerón había ganado el rally Costa Brava. Estaba entrando en la población, volviendo desde el último tramo especial. La policía, en todos los puntos estratégicos le dejaba pasar cortando el tráfico como si fuera una estrella del rock. Marc bajó por la Avenida Villarodona hasta la rotonda de delante del paseo marítimo. Cuanto más se acercaba al pódium, más se llenaba de gente el arcén. Todos lo aclamaban.

Marc se sentía el rey del mundo. Ver que tanta gente le aclamaba, lo ponía contento y saciaba su ego y su orgullo. En la rotonda, delante del mar, giró a la izquierda y después de una recta de 200 metros estaba el pódium y la llegada del rally. El público aclamaba y Marc daba voz a los 500 caballos del motor de competición. Los últimos metros que le quedaban, los hizo con el bramido del motor que resonaba entre los edificios. La expectativa del público era colosal. Había llegado al pódium y primero en el rally. Con delicadeza, subió el vehículo de competición encima del pódium amarillo. El presentador del evento que tenía el micrófono para animar el público, le hizo una entrada digna de un campeón.

Marc y su copiloto salieron del coche y los de la organización les pusieron las coronas de laureles al cuello. La copa de ganador a Marc, y otra al copiloto. Acto seguido, entregaron a cada uno una enorme botella de champán, formato magnum.

Marc recibió la Copa y la apoyó encima del capó, después se subió con la enorme botella al techo de su Porsche. El copiloto, que no se quería perder la fiesta, le siguió y los dos descorcharon el champán encima del techo del coche.

Marc había ganado el rally Costa Brava y como consecuencia, era el campeón europeo FIA de velocidad, de ese año. El piloto y el copiloto se estaban mojando entre ellos con el vino espumoso. Todos los espectadores de alrededor estaban haciendo fotos del momento histórico que estaban presenciando. Ese momento estaría grabado en los libros de historia del deporte. Todo el mundo que estaba viendo esa escena quería una foto con el Porsche ganador y con su piloto.

Marc se había convertido en una leyenda. Para él era un momento por el que había valido la pena luchar para conseguirlo, de forma lícita, o ilícita. Al final, a él no le interesaban los medios, pero sí los resultados. Y el resultado era que con esa victoria había conseguido lo

que tanto le había quitado el sueño noche tras noche: ser mejor que Jean De La Cruz. No le importaba mejorar sus propias marcas o mejorar él cada día un poco más, eso le daba igual. Lo que sí importaba, era aplastar a los contrincantes y ser el número uno. Llegar segundo, quería decir ser el primero de los perdedores, y eso, él no lo toleraba.

La plaza central de la ciudad estaba tan llena de gente que casi no pasaba un alfiler. Pero a pesar de eso, en medio del público estaba avanzando un hombre. Un hombre discreto, callado, vestido de negro, gorra oscura y gafas de sol. Iba avanzando despacio, pidiendo permiso a las personas. Nadie sabía de dónde había salido, seguramente de alguna callejuela que llevaba desde el centro de la ciudad. Tampoco era importante de dónde venía, pero sí que lo era hacia dónde iba.

Como una pequeña hormiga, se acercó poco a poco hasta llegar delante del pódium. La gente le miraba mal, le reprochaba la insistencia de querer llegar hasta delante del podio. Hasta que, con suma paciencia lo consiguió. La mayoría de las personas allí presentes, ni siquiera se había dado cuenta. Se colocó en la primera fila, justo delante de la valla que cortaba el paso hacia el coche ganador.

Nerón estaba en pleno auge, en su baño de ego y disfrutando de la gloria, sin embargo, percibió el movimiento de ese individuo vestido de negro. No le dio importancia y siguió con su triunfal celebración. Hasta que el hombre misterioso se dio cuenta que Marc le podía ver. En ese momento inició su plan.

La venganza es un plato que se sirve frío. El hombre se quitó la gorra y las gafas. Observó fijamente a Marc hasta que sus miradas se cruzaron de forma inesperada e inconsciente. Dos relámpagos. Ese intercambio fue como electrocutar de forma instantánea al ganador. El hombre recóndito, el que había llegado hasta delante del pódium de una forma sigilosa, era la última persona que Marc se esperaba, o deseaba ver. Sí, era él, había vuelto de los infiernos, había sobrevivido al viaje de Dante y había vuelto a la vida. Era Jean, su eterno enemigo.

La venganza tiene vida propia. Es un látigo que nunca sabes cuándo te caerá encima. El Karma es un boomerang y cuando menos te lo esperas, vuelve y te da en la nuca, sin previo aviso, silencioso, discreto, como la aparición del piloto. Jean era el emisario del Karma.

Estaba hambriento de venganza, pero a diferencia de Nerón, la quería lícita. La mirada que le lanzó era una descarga de rabia, desquite, honor arrebatado, ira, enojo.

Marc se congeló. Pasó de estar eufórico y tirando champán encima del coche y de su copiloto, a quedarse petrificado. Bajó la botella de champagne, se sintió observado y perdió la noción del tiempo y del espacio. No, no podía ser. No podía ser él. Él estaba muerto. Podía ser

un fantasma, pero ese fantasma había apartado a las personas para llegar hasta allí delante.

Toda la muchedumbre se dio cuenta que algo estaba pasando, algo inesperado había tocado la actitud del ganador. Algo inquietante estaba sucediendo. Los espectadores vieron que Marc estaba mirando fijamente a una persona entre ellos y que se había quedado paralizado, como si hubiera visto un fantasma. Empezaron a deducir que el hombre de negro había sido el artífice de esa reacción inesperada del ganador. Era algo perturbador.

Marc seguía mirando adelante como petrificado, y los espectadores se giraron hacia el hombre de negro. La intuición colectiva imaginó que podía ser algo peligroso y empezaron a apartarse, separándose paulatinamente del pódium y del hombre de negro. La escena era increíble. Como en el medio oeste, cuando dos pistoleros se encuentran cara a cara en una confrontación letal. Pero allí no había pistolas, y quien ya había disparado, se había equivocado de objetivo.

Jean también permanecía inmóvil, enfurecido, mirando fijamente al ganador, penetrando con su mirada en los ojos de su contrincante. Estaba esperando una reacción inminente de Nerón.

La muchedumbre estaba callada, expectante a ver los siguientes pasos de los dos hombres. En cierto momento, alguien del público reconoció al hombre de negro, al piloto supuestamente muerto. Los susurros empezaron a propagarse con la noticia de que seguía vivo. El espacio entre la gente y el hombre de negro se incrementó. Se creó un momento de desconcierto entre el público.

Marc estaba perdido. Había cambiado de actitud rápidamente. Pasó de la fiesta más desenfrenada a la sorpresa y luego al miedo, al darse cuenta a quién tenía delante. Por último, pasó a la acción e intentó huir. Con un salto felino, bajó del techo del coche empezó a correr en dirección contraria al hombre de negro. Justo en ese momento, la gente sorprendida por su acto emitió una ovación general.

El presentador de la organización, que no entendía nada de lo que estaba sucediendo, se había callado y en su absoluta perplejidad se arrimó al resto de personas que no daban crédito a la situación.

Marc saltó la valla por detrás de su coche e intentó escapar en medio de la gente. Pero era inútil, el inspector Roca lo tenía todo previsto. El campeón empezó inútilmente a correr, como si pudiese llegar hasta Madrid. No lo tenía planeado, nada de lo que había sucedido en los últimos minutos estaba planeado, ni siquiera pensado.

Dominado por el miedo, había reaccionado de forma instintiva y penosa. Jordi Roca era un inspector con mucha experiencia y había previsto la reacción del piloto. Marc no hizo más de cinco metros y lo cogieron unos Mossos de paisano, camuflados en medio de los

aficionados. La huida de Marc Nerón había fracasado. Esta vez, el león se había convertido en una cebra que estaba acorralada por leones.

Marc se rindió. Bajó la cabeza y fue escoltado hasta la sala central de la organización, en la planta baja del hotel. Allí estaba el inspector Roca que había organizado la trampa, y por supuesto, Jean, que aprovechó para acercarse a Marc. Nunca se había imaginado que ellos dos, que durante tantos años se habían jugado el honor y la deportividad, llegarían a esa situación.

—Tantos años luchando, y al final… ¿querías matarme? —le preguntó Jean con incredulidad.

El francés había seguido las indicaciones del inspector Roca. Había cumplido y ejecutado la trampa tal como le había indicado. Pero había una parte de él que no se lo acababa de creer. Lo había hecho para demostrarle al inspector que se equivocaba, que Marc Nerón, a fin de cuentas, no era capaz de llegar al límite de matar.

—¿Crees que te puedes quedar con las mujeres de los demás? ¿Así, sin más? ¿En serio, te lo creías? —le contestó Marc levantando la cara de una forma desafiante, dominado por la ira.

—¡Eres un tirano, Nerón, un ser despreciable! ¿Es que no lo ves? Claudia nunca fue feliz a tu lado, solo te tenía miedo. Y ha llegado la hora de que sea feliz.

Mientras que los Mossos d' Escuadra se lo llevaron arrastrándolo de la sala contra su voluntad, Marc siguió con lo suyo, amenazando a Jean, con la cabeza torcida mirando hacia atrás:

—¡Esto no acaba aquí, De La Cruz! No creas que has ganado. Nos volveremos a ver antes de lo que te imaginas. —Y desapareció por la puerta.

Pasaron pocos segundos y un grupo de mecánicos entró repentinamente por la puerta. Todos se pararon y miraron alrededor. Parecían buscar a alguien. El primero era Pedro, la mano derecha de Bruno, que se había quedado en la habitación del hotel con una granada en la mano.

—¡Allí, está! —gritó uno de ellos, apuntando con el dedo hacia Jean.

Los demás se giraron e identificaron a Jean entre la gente que estaba en la sala. Todos a la vez se apresuraron a correr hacia él y a tirarle del cuello, como si fuese un viejo amigo al que hacía años que no veían. Era el equipo de mecánicos de Aolar Porsche Racing Team. Los chicos de Bruno Malatesta, los que habían dado por muerto a su piloto que acababa de volver de los infiernos.

La alegría era máxima. Jean se sintió arropado y gracias a la fiesta que le estaba haciendo su equipo, empezaba a olvidar el mal trago y las palabras de Marc, el déspota. La euforia de los mecánicos por volver a verle fue tan exagerada, que empezaron a cogerle y a

levantarlo entre todos, tirándolo al aire y gritando:

—¡Hip-hip, hurra! ¡Hip-hip, hurra!

Ella estaba feliz. Estaba presenciando una de las escenas más bonitas de su vida. Las personas que habían llorado la muerte de Jean ahora eran las más felices de toda Lloret de Mar. Eso decía mucho del piloto. Las personas no se acuerdan después de un tiempo lo que les dijiste, pero sí se acordarán cómo les trataste.

Y Jean era una persona así, se desvivía por su equipo, lo daba todo por sus amigos, con intensidad, como todo lo que hacía. Trataba de la misma manera a los altos directivos de empresas como al personal de la limpieza. Ponía en la misma báscula a su familia cómo a todos los mecánicos que tenía delante.

Claudia había percibido desde hacía tiempo la esencia que escondía Jean en su interior. El resultado era la escena que estaba presenciando en la sala de la organización. Esa felicidad de los mecánicos era su confirmación. Se había enamorado de un buen hombre, pero le había costado mucho tiempo trabajar internamente el pasado. El pasado que había dejado atrás a la vez que a Marc Nerón. Los gritos, los insultos, el maltrato psicológico cuya víctima había sido tantos años… Le costaba perdonarse por el tiempo que había malgastado con ese tirano. Pero, a fin de cuentas, Jean tenía razón cuando le decía: “Si no hubieras estado con Marc, no sabrías valorar lo que ahora tienes”.

Al final, no somos más que la suma de las experiencias que hemos vivido. Claudia era eso, una joven mujer enamorada, esta vez de la persona adecuada. La misma persona que le había prometido amor eterno bajo la Torre Eiffel en París. La misma persona con la que quería vivir el resto de sus días y tener hijos juntos. Claudia se emocionó. Empezaron a bajarle las lágrimas de las mejillas. Por la felicidad, porque al final todo parecía que se iba a resolver de la mejor manera posible.

Estaba observando de lejos, para no molestar, como si fuera un simple espectador, para no interrumpir ese magnífico espectáculo que estaba presenciando. Las comparaciones no son buenas, eso siempre se lo repetía, pero a Marc, en tantos años que había estado con él de ruta por Europa con sus rally-s, jamás su equipo le había tratado de esa manera. Al contrario, el desprecio que sentía Marc por su equipo, esto se lo devolvía con doble moneda.

Marc había ganado el rally Costa Brava, técnicamente había sido el más rápido del evento. Pero la organización decidió retirarle la Copa y atribuir la victoria al segundo clasificado.

La sala de la organización parecía un mercado, un torbellino de

gente entrando y saliendo. Los concursantes entendían poco a poco el porqué de tanto alboroto. En medio de ese caos, Bruno apareció por detrás de Claudia. Entró en su aria visual y ella, sonriendo se giró. El italiano le acercó un pañuelo de papel que ella aceptó agradecida, para secarse las lágrimas de felicidad.

No se conocían antes de la visita de Bruno en esa habitación de hotel en Blanes, pero después de esas pocas e intensas horas era como si fuesen de la misma familia. Él se giró y se quedó observando a sus mecánicos, impresionado por el cariño que demostraban al piloto que había vuelto de entre los muertos.

—Este es Jean en estado puro —dijo Bruno y se giró para mirar a Claudia a la cara y concluir—: El mejor hombre que jamás he conocido.

51

Sábado, 19:00
Hotel de Lloret de Mar,
veintisiete horas después del accidente

Ganar o aprender. La eterna dicotomía de la vida. Según ves las cosas puedes tener esas dos visiones. No es fácil ser frío y tener el pragmatismo necesario para admitirlo. En ocasiones, las sorpresas te dan un vuelco y te cambian escenarios, o te lo pueden confirmar. A Claudia, uno de los peores fines de semana de su vida se trasformó en una confirmación de la decisión más difícil de la misma. A Jean, un error de cálculo le devolvió la vida.

Lloret de Mar era un caos, pero también una fiesta. La tarde de un sábado totalmente atípico. Una edición del rally Costa Brava que se había descarrilado desde el primer día. Lo que acababa de suceder con Marc Nerón había confundido a todos los aficionados que habían acudido a la festividad. La organización dio rápidamente una explicación por medio del presentador, para calmar los ánimos. El público no acababa de entender el espectáculo presenciado. Muchos se marchaban decepcionados. Otros se quedaban en la plaza del ayuntamiento en la eventualidad de que hubiese otros golpes de escena.

Gracias a los mecánicos de Jean, parte de la fiesta del rally se había trasladado dentro de la sala de control de la organización. Era un trajín de entrar y salir de los Mossos y comisarios de la organización. El rally había concluido, pero todas las operaciones para su cierre necesitaban aún mucho trabajo. Después de que el piloto del coche 25 resultó muerto debido a un aparatoso accidente, el control de la sala de máquinas del rally fue tomado por los Mossos d' Escuadra. Ese acontecimiento nunca había pasado anteriormente, ni para los agentes de policía ni para la organización.

En medio de tanto alboroto de la organización, justo en el centro de la sala, los mecánicos de Jean habían terminado de tirarlo en el

aire y habían empezado a hacerle preguntas. Estaban ansiosos por saber qué había hecho. Querían saber si realmente había muerto o era una leyenda urbana. Estaban felices de verle, los ánimos del equipo en ese momento no tenían nada que ver con los de hacía pocas horas. Habían pasado del estado de ansiedad por haberle perdido, a una euforia desmesurada. Estaban hambrientos de detalles. Querían saberlo todo. Querían tocarle, confirmar que realmente era él y que estaba vivo.

Los ojos de Claudia eran los de una madre cuando mira a sus niños como se divierten jugando. Apartada, no quería entorpecer ese momento tan bonito que le estaban regalando a su amante. Era un espectáculo maravilloso. Se encontraba en un extremo de la sala como un espectador privilegiado. Con la espalda contra la pared, al lado tenía a Bruno, otro espectador que estaba disfrutando del espectáculo. Habían pasado por momentos muy duros. Las últimas 24 horas habían sido trepidantes. Desde el accidente hasta la carrera contra el avión privado. La investigación con el inspector Roca y la granada en la habitación del hotel Coral. Una montaña rusa de sensaciones. Por suerte estaban allí, vivos y felices. Los momentos más difíciles no los olvidarían, pero conservarían en su interior esa fuerza para resolverlos, ese tesón y ese crecimiento como amigos. O como pareja para el resto de sus vidas, en el caso de los dos enamorados.

—Me ha dicho Jean que os trasladáis a vivir a París —comentó Bruno sin quitar los ojos de sus mecánicos.

—Sí, así es —contestó la mujer. Bruno se giró y le dijo muy en serio:

—Entonces, tienes que hacerme un favor, ¡cuídamelo!

—¡Claro! Será un placer. Nunca he querido a nadie como a él, Bruno, y quiero una vida juntos —le confesó, y como necesitaba un contacto físico, con su mano derecha buscó el brazo de Bruno—. Bruno, tengo que agradecerte todo lo que has hecho por nosotros, necesito hacerlo. Porque fuiste muy valiente y has cambiado el rumbo de nuestras vidas. ¡Gracias de corazón, por haberle protegido hasta ahora!

Bruno Malatesta se sonrojó. En ese preciso momento se dio cuenta de todo lo que había hecho por su amigo. No se había quedado con los brazos cruzados esperando a que las cosas sucediesen, actuó para provocar que sucedieran. Era verdad, Claudia tenía razón, el escenario que estaban viviendo en ese momento había sido provocado por su tozudez y por su empeño en descubrir la verdad. Respiró hondo y empezó a crecerse por lo que había conseguido. Se sintió importante y se le escapó una sonrisa.

—Se os ve felices, Claudia. ¿Sabes?, el jueves cenamos juntos en este hotel. Me confesó vuestros planes. Estaba tan feliz. Dijo que eras

la única mujer que le había hecho sentar la cabeza. —Hizo una mueca de incredulidad combinada con sorpresa—. Reconozco que eso era algo inédito en Jean. Por primera vez en tantos años desde que le conozco, empezó a hablar de planes de tener una familia, de crear un hogar, de tener hijos. Quería un cambio radical en su vida, Claudia, y pensaba que ese momento nunca llegaría. Jean era un dandy empedernido, vivía la vida a toda velocidad sin pensar en el futuro. Tú lo has cambiado y le has ofrecido un futuro como se merece. El futuro para un compañero de vida.

Claudia tenía muy bien considerado a Bruno, por todo lo que le había comentado su amado. Sin embargo, nunca se habría imaginado escuchar esas palabras de parte del italiano, por lo que se sonrojó ella también.

—Sí, estoy muy orgullosa de haber tomado este camino, y feliz de haberle encontrado. Pero ¿sabes qué es lo mejor que me ha pasado durante este fin de semana, Bruno?

—¡Sorpréndeme!

—Que me he tranquilizado después de abrir del todo los ojos sobre Marc. Lo que ha sucedido este fin de semana ha sido ni más ni menos que la confirmación de lo que tiene dentro. Es una mala persona. Y mira —dijo, girándose y señalando la escena que tenían delante, con todos los mecánicos que rodeaban a Jean—: ese es el hombre con el que quiero vivir el resto de mi vida, criar a nuestros hijos y envejecer juntos. ¿Vendrás a visitarnos a París? —le preguntó, ilusionada—. Tú eres su hermano mayor.

—*Vaccaboia!* Mira que hay muchas ciudades en Europa, ¿por qué precisamente París? —preguntó Bruno, que no le tenía mucha afición a París, de hecho, no soportaba a los franceses—. ¿No podíais haber elegido una ciudad italiana? ¡Roma es preciosa! Modena, en fin, cualquiera…

Claudia empezó a reír y de repente se acordó que alguna vez Jean le había dicho Bruno no soportaba a los franceses.

Los mecánicos seguían rodeando a Jean, hambrientos por saber todo lo que había pasado. El piloto les explicó todo el lio en el que se había metido, y recibió de ellos una especial atención al contar sobre la carrera con el Taycan verde, desde Blanes hasta el aeropuerto. Jean se encontraba en el centro y todos los mecánicos a su alrededor. Perecía una acampada de los *boy scout*. Igual que antaño cuando los guerreros explicaban las historias a los jóvenes escuderos, o en la época de la prehistoria, cuando todos se reunían en torno al fuego para escuchar historias fantásticas.

Les contó cómo llegó al aeropuerto, cómo atravesó la valla y empezó a seguir a toda velocidad a más de 300 kilómetros por hora el avión. Jean era eso, un guerrero que explicaba lo mejor de sus

hazañas. El mismo que consiguió parar rompiendo un alerón del ala. Los mecánicos estaban embobados, imaginando la persecución que había hecho el piloto con el Taycan. Pero, sobre todo, cada uno de ellos hubiera dado cualquier cosa por haber estado en ese coche, en esos momentos de los que les contaba Jean.

En medio de esa escena, se sintió observado y levantó la mirada. Un momento de fusión, los dos enamorados conectaron íntimamente a través de los ojos. Jean sintió un escalofrío que le recorrió toda la espalda y Claudia, que estaba disfrutando de la conversación con Bruno, por pocos momentos dejó de mirar a este. Le parecía sentir todos los pasos de Jean, casi podía seguir lo que les estaba explicando a sus mecánicos.

Era amor, era pasión, conexión. Una conexión que habían logrado después de ese fin de semana y que nunca habían sentido. La mejor firma de una gran historia de amor. La misma conexión que como un sello cerraba la unión de una pareja hambrienta de vivirse. París les esperaba. La ciudad del amor estaba con los brazos abiertos para recibir a dos enamorados más y seguir manteniendo así su leyenda. La ciudad de las luces y del amor.

52

Sábado, 20:00
Hotel de Lloret de Mar,
veintiocho horas después del accidente

El truco existe, pero no se ve. Así es la vida, no siempre lo que parece ser, existe realmente. En muchas ocasiones se parece a una muñeca rusa, una Matrioska. Crees que los que estás viendo es la realidad. Sin embargo, cuando empiezas a quitar capas, a abrir las muñecas que están dentro, ves realmente su esencia. Porque muchas veces la esencia puede sorprender. Y llegar a esa esencia o al núcleo de las cosas puede ser mucho más complicado de lo que nos hubiéramos imaginado.

La vida es una Matrioska. Todas las personas somos Matrioska. Todas las situaciones son una Matrioska. Jordi Roca lo había visto desde el principio, el olfato de inspector experimentado le había llevado a pensar que todo ese enredo en el rally Costa Brava, al final también era como una Matrioska. Bruno Malatesta había identificado unas cuantas capas que hicieron despertar la curiosidad de Jordi para seguir hurgando en esos acontecimientos. Había sido rápido, igual que sus hombres en destripar ese enredo. La Matrioska de la vida, que necesitaba ser abierta hasta el final, para encontrar la más pequeña, para llegar al núcleo.

Jordi necesitaba un cigarrillo que le ayudara pensar. Sus mejores ideas resolviendo casos le habían venido fumando. En ese momento estaba en la plaza del ayuntamiento, delante del hotel, contemplando como se estaba vaciando de espectadores por momentos. Estaba satisfecho, aunque cansado por no haber dormido esa noche. También tenía cierto enfado con su intendente, no se lo explicaba, pero siempre le tocaban los hechos más enrevesados. Pero, a fin de cuentas, el inspector Jordi Roca había resuelto otro caso sonado. Era el orgullo de la comisaría Gerona 2.

Por la puerta acristalada de la sala de control salieron Bruno y

Jean.

—¿Cómo has llegado a descubrir que Marc estaba implicado? —preguntó Jean.

—¡Mira a quien tenemos aquí, al pirata de la carretera, y por supuesto, de los aeropuertos! —se rio Jordi mientras fumaba—. ¿Eres consciente de cuánto papeleo tengo que tragarme los próximos días para justificar lo que has hecho esta tarde?

Jean, que había salido para tener más noticias sobre el complot del que había sido víctima, recibió una colleja de parte del inspector, que le miró a los ojos, dio una segunda calada al cigarrillo y dijo:

—Trazas financieras.

—¿Cómo dices?

—Alex dejó unas trazas financieras que nos llevaron hasta Marc. Cuando Bruno me dijo que el olor que notamos en la casa del guardia provenía supuestamente del humo con sabor a Coca Cola que vapeaba Alex, supuse que estaba implicado en todo ese enredo. Así puse a trabajar mi departamento de inteligencia. Encontramos mucha información que nos llevaba a Marc. La primera fue en la casa de sus padres. Había sido comprada hacía poco menos de un año a un banco, por una cantidad importante que no coincidía con la renta de sus padres. Hurgando en las transacciones económicas, esa misma cantidad había llegado desde Panamá, de una empresa tapadera que tenía un nombre raro. Algo de tipo el puente de Panamá, o parecido. Empezamos a investigar sobre esta sociedad y tirando y tirando del cable, encontramos que era propiedad de un holding europeo. Nerón Group.

—¡No me lo puedo creer! «El puente sobre Panamá CORP» es la sociedad que me hizo una oferta para el 50% de la sociedad familiar. Y justamente la oferta que yo había descartado. Nunca me habría imaginado que detrás estaba ese cabrón de Marc.

—Pues, sí. Tu exsocio y Marc Nerón habían perpetrado tú asesinato para quedarse con la empresa de familia y Marc con su mujer. Habían enviado a Alex para ejecutar el plan. Un chico que venía de una familia desestructurada y con problemas económicos. Un objetivo fácil.

—Fue culpa mía por aceptarlo en nuestro equipo —dijo Bruno culpándose y negando con la cabeza.

—No, Bruno, tú no tienes nada que ver con todo esto. Tomaste la decisión correcta con la información que tenías. Está claro que si hubieras sabido quién era nunca le hubieras abierto la puerta de tu casa —comentó su mejor amigo.

—Desde luego que han sido dos días muy ajetreados para vosotros dos. Bueno, ha sido un placer conoceros, ojalá la ocasión fuera distinta. Aunque lo dudo, a mí eso de los coches no me va —añadió,

mitad en serio, mitad en broma y les dio la mano para despedirse—. Cuídense mucho. La próxima vez que venís a Gerona, pasad a saludarme.

Bruno le estrechó con fuerza la mano, como muestra del respeto que le tenía.

—Lo mismo te digo, si pasas por Marbella no dudes en llamarme.

—¡Adiós, señor De La Cruz! Procure respetar las normas de tráfico —concluyó el inspector y volvió a entrar en la sala para marcharse junto con su equipo.

Bruno y Jean se giraron a contemplar el pódium amarillo donde aún seguía estacionado el coche de Nerón. La plaza estaba prácticamente vacía, el público decepcionado se había ido.

—*Mamma mia!,* qué lástima. Podría haber estado nuestro coche allí encima —dijo el italiano.

—Pues sí, una lástima. No tenía que ser.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Descansar y… lo más seguro, ser papá.

—¿Y las carreras?

—No, de momento las únicas carreras que veo en mi vida en los próximos años serán las de kart-s, cuando mi hijo tendría edad para eso.

—¿En serio? ¿Tanto te ha cambiado esa mujer?

—Necesito un parón, un cambio. La vida me lo pedía a gritos antes de que apareciera Claudia en mi vida —comentó Jean, y su cara hizo una mueca pícara antes de añadir—: A lo mejor un día se me antoja hacer unas 24 horas, como en los viejos tiempos. ¿Y tú, qué piensas hacer?

—Voy a necesitar un tiempo de reflexión y de playa. Pero no te creas que te vas a librar fácilmente de mí. Hace poco, una chica rubia, guapísima, me ha invitado a una visita de cortesía en París.

Jean empezó a reír pillando la indirecta y le dijo:

—¡Sabes que vas a tener casa allí! Te voy a echar mucho de menos, hermano.

—¡Embustero! Vas a estar muy bien cerca de tu madre, con el amor de tu vida, no me engañes.

—Es verdad, te voy a echar de menos.

Se miraron, conscientes los dos que el Rally Costa Brava marcó un antes y un después en sus vidas. Se dieron un abrazo fuerte, como la relación que los unía. Habían entendido que desde ese momento el curso de sus vidas había tomado un cauce diferente. El rally Costa Brava de ese año había sido la bifurcación. No era ni mejor ni peor, simplemente era la vida, que también suponía adaptabilidad. Saber tomar los cruces por las que te enviaba.

Ese día habían entendido que la vida podía ser una bifurcación de

caminos, pero también una Matrioska. Habían pasado por dolor, miedo y felicidad, pero no se podían olvidar de las dos personas que habían muerto por los sucios planes de David y Marc Nerón. Éste los consideraba efectos colaterales, pero eran vidas, eran personas que ya no podían tener presente ni futuro.

Y ellos ya no eran las mismas personas que habían llegado a Lloret hacía dos días. Todos esos sucesos les habían hecho crecer y evolucionar como personas, valorarse como amigos o como parejas. Porque cuando la vida te pone delante de un problema, te puedes hundir o puedes crecer solucionándolo. Solo así puedes descubrir que los problemas, en el fondo son como esa muñeca rusa, una oportunidad de llegar a tu esencia.

53

Sábado, 16:00

Gerona,

veinticuatro horas después del accidente

Fumaba compulsivamente. El Seat Ibiza estaba impregnado de humo. Se sentía feliz. Hacía mucho tiempo que no se sentía así. Había respetado estrictamente las órdenes de su mentor. La misión había sido un éxito, o eso era lo que él creía. La inconsciencia de la juventud le ofuscaba la vista sobre la realidad. No se podía imaginar que detrás de él, la estela del caos había tomado las riendas de la partida.

Faltaban pocos kilómetros. Se encontraba en la calle principal de Gerona, dirigiéndose hacia el centro. Era una tarde más, para muchas personas a su alrededor. Bajo el sol caliente de la tarde del sábado vislumbraba los viandantes con los que se cruzaba. Seguían con sus vidas, desconociendo que un asesino estaba entrando en su ciudad.

Estaba satisfecho. Satisfecho cómo nunca había estado. Esa sensación que no había tenido en toda su vida antes de conocer a su mentor, pero que empezaba a volverse adictiva para el discípulo, como el humo y la nicotina que abundaban en su sangre y en sus pulmones. Se imaginaba que su madre, que por cierto tiempo fue la persona más importante de su vida, no estaría orgullosa de lo que él acababa de hacer. Seguramente no.

Sin embargo, ella nunca había vivido las humillaciones y la revancha que probó su hijo. Sí, revancha contra todos y contra todo. Ahora ya no era el “rarito”, era el discípulo victorioso que cumplía las misiones. Esa visión había marcado un antes y un después en la vida del joven sicario. La transformación se había realizado como por arte de magia. La metamorfosis que había conseguido el mentor en un joven mecánico recogido de la calle había sido magistral. El mentor había tenido la visión de convertir una bala perdida en un chacal teledirigido. Su mejor obra. Una obra maestra.

El discípulo se dirigió directo al centro de Gerona. Sin dilaciones,

al último objetivo. A la altura de la estación de trenes giró a la izquierda y abandonó la carretera principal de acceso a la ciudad. Buscó un aparcamiento para dejar el coche de alquiler. Salió del vehículo y se dirigió hacia la estación de trenes. Al cruzar las puertas automáticas de la estación se encontró en un vestíbulo. Levantó la mirada y buscó los carteles colgados en el techo, con la dirección de las taquillas.

Allí estaba, a la izquierda, justo antes de la entrada del tren de alta velocidad. Siguió las indicaciones. El olor a lejía y desinfección dominaba el ambiente. El equipo de limpieza acababa de pasar, neutralizando todos los olores que traían consigo los viajeros. Todos estaban homogenizados bajo un único paraguas.

El discípulo estaba tranquilo, nada que ver con lo que había pasado en las últimas horas. Tenía que apresurarse por concluir lo que le había enviado a hacer el mentor. Pero su ánimo estaba tranquilo. Empezó a bajar por las escaleras automáticas como uno más, camuflado entre los viajeros del tren que iba a salir en breve. Finalizando la bajada, vio un cartel que indicaba el espacio de los armarios a la derecha y entró.

Había llegado a su destino. Tenía que recoger lo que contenía la taquilla número 19. Con ansia de comprobar lo que había en su interior, la buscó en medio de todas las que se encontraban en esa habitación que estaba vacía, a su discreción. Tenía la libertad de hacer lo que necesitaba. La encontró. El corazón empezó a palpitarle más fuerte. Sacó la llave y la introdujo en la cerradura. Giró en sentido contrario a las agujas del reloj y el pestillo se retiró. Allí la tenía, delante suyo, la segunda recompensa. La primera fue la conversación que tuvo en el aeropuerto con su mentor. Pero la segunda era abrir la taquilla.

Apartó la compuerta hacia la izquierda abriendo la caja de Pandora número 19. Quedó iluminado. Quedó deslumbrado por las cosas que estaban allí dentro. Todo lo que le había indicado el mentor. No faltaba nada. La llave que abría su nueva vida estaba allí dentro. Ni más ni menos que todo lo que necesitaba para empezar una nueva misión.

* * *

Sábado, 14:15

Gerona,

veintidós horas después del accidente

—¡Cómo me alegro de verte!

—¡Y yo, maestro!

—Han sido días difíciles, pero lo hemos conseguido. Estoy muy orgulloso de ti.

El discípulo acababa de recibir el mejor premio posible. Que el maestro estuviese orgulloso de él, le saciaba la sed como el agua en medio del desierto. En su vida no había nada mejor que eso. Se quedó sin palabras. Le invadió una emoción que el cuerpo transformó en lágrimas de gozo, y un escalofrío lo recorrió de los pies a la cabeza, poniéndole la piel de gallina.

—Aquí tiene el Santo Grial de la misión, el Pen Drive de Jean.

—¡Excelente! Excelente, mi pequeño aprendiz.

El maestro cogió el pequeño objeto en la mano como si fuera el diamante más valioso del planeta. Sus ojos empezaron a hacer chiribitas. Había soñado con ese momento hacía mucho tiempo. El joven discípulo había conseguido el objeto tan deseado.

—¿Voy a ir con usted, mi maestro?

—No. Te necesito aquí.

David extrajo de su americana una llave pequeña y se la dio a su discípulo.

—¿Qué es esto, maestro?

—Es tu nueva misión. La llave de la taquilla número 19, en la estación de trenes de Gerona. Tienes que buscar las taquillas en la planta menos uno. Nicolás, allí encontrarás tu nueva identidad. La de Alex, ya está quemada. Hay dinero, tanto lo que te mereces para esta operación, como el que necesitarás para quedarte un tiempo escondido. Dentro hay también una pistola limpia y unas llaves que son de una casa perdida en los Pirineos. Se encuentra en un lugar donde nadie va a dar contigo. En el llavero está la dirección.

Nicolás, el discípulo que empezaba su primera misión, se sentía apartado de la línea de fuego. Él quería seguir a su mentor, ir a donde él fuese, no quería quedarse en la retaguardia. Pero el mentor tenía otros planes para él, que en ese momento no se los podía desvelar. Lo estaba mirando casi como a un hijo. Nunca habían comunicado emocionalmente como en ese momento.

—¿Seguro que no quiere que vaya con usted, maestro?

—No puedes, donde voy yo no hay marcha atrás, y te necesito aquí, operativo.

—¿Cómo contactará conmigo?

—Mantén siempre encendido el Nokia.

—¿Nos volveremos a ver?

—Confiemos en el destino. De momento, necesito que te quedes tranquilo en esa casa. Nadie te va a buscar, porque todo el mundo pensará que estás conmigo en México. Sin embargo, serás una célula durmiente. Necesito que te quedes a la espera de mis próximas noticias e instrucciones. ¿Puedo confiar en ti también esta vez?

—¡Claro, maestro! Siempre lo podrá hacer.

—Es tarde, coge tu coche y vete a Gerona. Mi avión me está esperando.

—¡Gracias, maestro!

—¡Ahora, vete!

Sin mirar atrás ni uno ni el otro, se giraron y el destino los puso en caminos distintos. El mentor subió rápidamente a su avión privado, para dirigirse a la pista de despegue del aeropuerto de Gerona. Nicolás salió del recinto del aeropuerto apresuradamente, con las ganas de seguir las indicaciones de su mentor. Subió al coche, lo puso en marcha, dio la vuelta al edificio de los aparcamientos y se dirigió hacia la rotonda de la entrada a las instalaciones. Justo al entrar en la rotonda se detuvo, asustado.

Unas patrullas de los Mossos d' Escuadra estaban paradas después de la rotonda. Se detuvo. No sabía qué hacer y lo invadió el miedo. Miedo de ser reconocido. Miedo de no poder cumplir la segunda parte del plan. Miedo de decepcionar a su mentor. Se quedó inmóvil, mirando lo que estaba sucediendo delante de él.

Entonces, imprevisiblemente, un coche verde entró a toda velocidad por la verja del aeropuerto. Dos individuos se apartaron hacia los lados para no ser atropellado por ese pirata de la carretera. Dejando un agujero enorme, los vehículos de los Mossos, con las ensordecedoras sirenas activadas, siguieron la trayectoria del pirata. No se lo podía creer, la policía había dejado espacio libre para que él se fuera. No esperó ni un segundo, aceleró rápidamente y se dirigió en la dirección contraria a donde había ido la policía.

Otra vez, el destino había jugado a favor del pequeño chacal. Si hubiera llegado un minuto antes, probablemente la policía le habría visto y perseguido. Pero el destino quiso que no fuera así. La fortuna precisaba de otros servicios del joven.

Nicolás necesitaba relajarse. Empezó a fumar compulsivamente después del chute de adrenalina que acababa de tener. Miró por el retrovisor y vio que, en efecto, la policía había desaparecido. Su nueva vida le estaba esperando.

"¿Qué encontraría en la taquilla? ¿Dónde iría su mentor? ¿Cuál sería la nueva misión?", se preguntaba el discípulo.

Las respuestas vendrían con el tiempo. Solo el tiempo le contestaría.

54

Domingo, 12:00
Calabozo de la comisaría, Gerona,
veinticuatro horas después del accidente

Algunas personas sienten más que piensan. Su sistema límbico ha sido diseñado así. No podemos ignorar nuestros genes, no podemos luchar contra ellos. Siempre nos ganan la partida.

Aquella tarde, mientras se dirigía hacía la comisaría, Claudia recordó los años de sufrimiento, de desprecio, de ego, de vanidad… Recordó cómo se había sentido anulada por tener a su lado un ser absolutamente egoísta, invadido por la ambición, por la soberbia, por el orgullo. Había convivido con lo que era exactamente la esencia contraria a lo que ella representaba, a sus valores. Por un momento pensó en darse la vuelta, no tomar aquel trago amargo. Sin embargo, su integridad era más fuerte. No dejaría escapar aquella oportunidad de tomar la iniciativa y entrar por la puerta grande en su nuevo destino.

Allí estaba el hombre sombrío que había hecho infeliz su vida. Allí, sentado en aquella celda de escasa iluminación, esperando a que alguien moviese los hilos y decidiese su futuro. Allí estaba Marc, quizás arrepentido, quizás corrompido por el odio y la ira. Algo difícil de adivinar mirando sus ojos. La frialdad que mostraba no dejaba entrever indicios de ningún tipo de sentimiento. Claudia se armó de valor, respiró profundo y dio una patada a todos los miedos que durante años la habían sometido. Sacó su espíritu de guerrera y liberó aquellas palabras que por tanto tiempo habían sido prisioneras.

—He venido a despedirme, Marc. Hoy te digo adiós para siempre. Hoy te perdono y me perdono a mí misma. No quiero ni puedo vivir con odio en mi corazón. El rencor no formará parte de mi camino. Por eso quiero decirte que…

—No sigas hablando. ¡Vete de aquí! Si vienes a recordarme que habéis ganado, puedes irte. Quizás esto no acabe aquí y volvamos a

vernos…

—Te equivocas, Marc, esto ya ha acabado. El odio que sientes ya no vive en mí. Ya no tienes un espacio donde alimentarlo. Esa Claudia ya no existe. Hoy comienzo un nuevo camino que tú jamás recorrerás, no mientras tu alma siga enferma.

—No cantes victoria tan rápido, querida. Te repito, no sabes de lo que soy capaz.

—Adiós, Marc. Suerte y que la vida haga justicia contigo.

Agarró de la mano su valor y juntos recorrieron los metros que la separaban de la salida de comisaría. Ya en la calle, sintió el viento en su cara e inhaló fuerte aquella brisa fresca. No era aire lo que entraba en sus pulmones. Era libertad.

55

10:30
Circúito Ascari,
un año después del accidente

—*Dai, dai,* ¡aguanta, aguanta, ahora! —gritaba Bruno por la radio—. ¡Muy bieeeen!

—¡Yujuuuu! ¡Lo he conseguido! La curva perfecta.

Los neumáticos del Formula rugían más que su motor. El joven piloto había conseguido hacer la vuelta rápida del circuito gracias a las indicaciones de su instructor, un veterano de los motores, Bruno Malatesta.

Era un precioso día de primavera. El césped que bordeaba el circuito parecía un campo de golf. El sol de Andalucía calentaba el asfalto y los ánimos de los pilotos que se habían dirigido a ese circuito para mejorar su conducción. Venían de toda Europa al Circuito Ascari Resort. Era un icono, uno de los mejores circuitos privado de Europa. Muchos pilotos jóvenes, antes de los campeonatos hacían temporadas de entrenamientos y de perfeccionamiento de la conducción, de la mano de los mejores instructores.

Había pasado un año desde el asesinato en el Rally Costa Brava. Bruno Malatesta, que se había tomado un período sabático y se ha retirado de la vida activa en las carreras, había sido fichado por el Circuito Ascari. Era la estrella. Lo trataban como si fuera el Cristiano Ronaldo de los motores. Bruno se encontraba cómodo en esa nueva función que la vida le había ofrecido. Y Pedro, su mano derecha y desactivador particular de artefactos le había seguido también en esa aventura. Al resto del equipo AOLAR había conseguido reubicarlo en escuderías de primer nivel.

El balcón de donde observaba a los alumnos tenía la mejor vista sobre el larguísimo circuito. Desde allí, ayudado por una radio, estaba en contacto con todos los alumnos que giraban en el circuito con los Formulas.

—¡Muy bien, Carlos, sigue así! Te faltan cinco vueltas y entramos en boxes —concluyó Bruno.

—Estos chicos son cada día mejores —le confesó a Pedro.

—Nosotros, a su edad no éramos tan buenos. Estas generaciones son una pasada —añadió su mano derecha.

—Bueno, esto también lo decían de nosotros nuestros padres y abuelos. Sin embargo, no lo éramos. Me voy un momento abajo, ¿sigues tú con ellos?

—¿En serio? ¿Lo dices en serio?

—¡Claro! Antes o después, tendrás que sustituirme, ¿no? —le dijo entregándole los prismáticos y la radio que comunicaba con los coches que estaban rodando en ese momento en el circuito. Pedro no se lo podía creer. Lo aceptó con responsabilidad, pero feliz como un niño al entrar en una tienda de juguetes.

—Dai, adesso tocca a te!

Pedro no se enteró de nada, pero se lo tomó todo con inmenso placer. Lo estaba deseando desde hacía mucho tiempo. Bruno salió por la puerta, bajó por las escaleras y entró en su despacho. Todos sus recuerdos que tapizaban las paredes le llevaban a momentos de gloria. Momentos que había vivido con su amigo Jean. Momentos de su adolescencia cuando se escapó hacia Stuttgart para aprender el arte de la mecánica de los Porsche-s. Victorias, derrotas y aprendizajes. Una vida persiguiendo la perfección en las carreras. Estanterías llenas de recuerdos, copas y libros. Su despacho se había convertido en el altar de una vida dedicada a su pasión.

Estaba agradecido, pero no pleno. Seguía buscando lo que su amigo Jean había encontrado ya. El amor aún no había tocado a su puerta. Había encontrado el éxito y la fama, pero no la esencia de la vida, el amor, la energía que mueve el universo.

Se sentó en su silla de piel detrás del escritorio. Encendió su MacBook y refrescó la bandeja de entrada. Le entraron cinco correos electrónicos. Dos eran publicidad, uno de un proveedor, otro de un ex alumno del circuito que le daba las gracias y le ponía al día de sus nuevas aventuras y, un quinto. Este último, no sabía que era, pero venía de la Federación Internacional del Automóvil. Con curiosidad lo abrió. Era Valentina, la secretaria del presidente de la FIA.

—Vaccaboia!

Leyó rápidamente el correo electrónico y se quedó con la única frase en negrita en medio de todo el texto. Se tiró con la espalda en el respaldo de la silla. No podía creer que un martes cualquiera, recibiera ese mensaje. Se quedó en blanco. Primero pensó que era una broma, pero comprobó la dirección de la que venía y era verdadera. Su mente dudó, el raciocinio le pudo con las típicas preguntas: ¿por qué yo?, ¿para qué será?, ¿se habrán equivocado de persona? Era una

oportunidad única, y su corazón ya había elegido. Ya había dicho que sí a la invitación.

"Está usted invitado a asistir al Gran Premio de Fórmula 1 de Montecarlo."

56

11:45
Champs Elysées, Paris,
un año después del accidente

La moda había contagiado a toda la familia. Jean era un hombre elegante, casi al estilo clásico. Pero París no era Madrid. Le Champs Elysées no era la Gran Vía. La elegancia de un hombre en París tenía ese punto vanguardista y pícaro. Jean lo sabía, por lo menos se había adaptado muy bien a su nueva vida en la capital francesa. Claudia y su toque de elegancia simple habían hecho brecha en la jet set francesa y había conseguido adaptar el estilo de su marido. Desde la lejana presentación en la Academia de Francia habían cambiado muchos aspectos en sus vidas personales y profesionales. Eran felices. Habían coronado su matrimonio en la Iglesia de Montmartre y el fruto de su unión iba ahora en un carrito.

Jean iba vestido con un abrigo largo marrón claro, jersey de cuello alto, guantes de piel color tabaco y un pantalón gris de traje, modelo pitillo. Por último, unos brillantes Clarks marrones. Un gentleman, pero ahora padre de familia. Estaba paseando con su Porsche por los Champs Elysées. Desde que a la familia se había añadido un nuevo miembro, había cambiado el Porsche 911 GT3 por el carrito Porsche para pasear a su bebé. Nadie lo habría reconocido. Claudia había sido el elemento revolucionario de su vida.

Era mediodía. Sus gafas Persol le protegían del sol que le daba justo en la cara. Le gustaba pasear de cara al sol, aún no se había acostumbrado al frío puntiagudo y penetrante de los inviernos de esa capital. Cada mañana salía a esa hora a pasear y disfrutar de su rol de padre.

La arteria más emblemática de París acababa de ser reconfigurada. El enorme Boulevard, era una zona peatonal concurrida por residentes y turistas. Parecía una pasarela de moda. Los árboles podados de forma cilíndrica adornaban y daban un toque ajardinado, rompiendo

el gris monocromático del asfalto y el cemento. Los edificios clásicos rehabilitados con lujosas tiendas en sus bajos englobaban un marco idílico donde Jean se permitía vivir.

Una vez acabada la vuelta rutinaria, volvía con su niño a casa. Muchas veces, Claudia no estaba y él se encargaba de preparar la comida, como un hombre moderno que era. Y feliz con su nueva vida. A pesar de los problemas por los que había pasado durante y después del fatídico Rally Costa Brava, la vida que tenía ahora valía la pena. Se sentía pleno. Haber encontrado su media naranja le había convertido en un nombre con la cabeza amueblada, con sanos principios y válidos objetivos. Había descubierto qué quería decir ser padre. Ese gozo que solo descubres cuando tienes en tus brazos la sangre de tu sangre, el fruto del amor y de la pasión con la persona a la que quieres.

Claudia también había cumplido los dos sueños que guardaba en un cajón desde pequeña. El primero, encontrar a su príncipe. Su madre le había llenado la cabeza de cuentos románticos en los que los protagonistas se conocían de una bonita manera y descubrían que estaban destinados el uno al otro. Descubrían que los príncipes y las princesas existían, solo era cuestión de tiempo encontrarse.

El segundo sueño que cumplió fue ser madre. La plenitud le vino como un estado de gracia que la arrolló el día del parto de su primer hijo. Cuando se dio cuenta de esa maravillosa sensación, entendió que ese mismo estado emocional, jamás lo habría conseguido con Marc. Él era agua pasada. Había desaparecido de su vida, sabían que estaba recluido por varios delitos y por mucho tiempo no saldría de la prisión.

—¡Cariño estoy aquí! —dijo Claudia entrando en casa. Cerró la puerta y con la nariz hacia arriba siguió el perfume que venía de la cocina. Allí estaba su marido preparando un guiso especial. Jean llevaba siempre delantal en la cocina y ponía música de ópera para entretenerse.

—¡Hola, mi amor! ¿Qué tal el trabajo?

—Muy bien, estamos casi listos para el desfile de este sábado —le contestó y le dio un beso. Después fue a buscar a su bebé. Aunque había pasado pocas horas fuera de casa, a ella le habían parecido una eternidad. Lo cogió en brazos y le dijo—: ¿Dónde está mi bebé? ¿Está aquí? —El niño empezó a reír por la felicidad de volver a ver su madre.

—Por cierto, cariño, ha llegado correo para ti. Te lo he dejado en la entrada.

—¡Gracias, querida! ¿Le puedes echas un vistazo al guiso mientras miro el correo?

—Claro, ya me quedo yo aquí.

Con su delantal puesto y una copa de champán francés en la mano, Jean se dirigió hacia la puerta para coger las cartas que habían llegado. Se las llevó a la sala de estar. Se sentó en el sofá, dejó la copa en la mesita y les echó un vistazo rápido. Entre facturas y publicidad, una carta le llamó la atención. Llevaba únicamente la dirección escrita a máquina. El sello era de París, llevaba el código postal de la capital. El sobre era blanco, limpio, sin marcas ni remitente.

En ese momento se despertó su sexto sentido que hacía tiempo que se había aletargado. El sobre le transmitía malas vibraciones. No se lo explicaba, pero algo le decía que no presagiaba nada bueno. Lo giró, cogió un abrecartas y delicadamente cortó la solapa. Volvió a colocar en su sitio el objeto cortante y, con delicadeza extrajo la única hoja que contenía. Estaba perfectamente plegada. Jean puso el sobre encima de la mesa y con las dos manos desplegó la hoja. Empezó a sentirse mal. Unos sudores fríos empezaron a correrle por todo el cuerpo. El fantasma del pasado había decidido volver justo ese día. Apoyó la hoja sobre sus piernas y miró hacia arriba. Esa carta acababa de romper la tranquilidad parisina que había construido.

Una frase, una única frase había alterado por completo su estado de ánimo, arrastrándolo otra vez a los problemas del pasado. Un papel impoluto, cándido, con solo seis palabras escritas en el centro de la hoja con una vieja máquina de escribir. Un trabajo de precisión, hecho por un maniático. Seis palabras que provocaron de inmediato el alboroto emocional de Jean:

“¡No nos hemos olvidado de ti!”

¿Te has quedado con ganas?
¿Quieres saber más?

Si te ha gustado la novela, los personajes y los lugares, ¡tengo algo para ti!

Te he preparado un MAKING OF (detrás del telón) en formato e-book para que puedas descubrir, primero quién soy, de dónde ha nacido la idea de esta novela y los personajes y lugares reales que me han inspirado.

Lo he hecho con mucho cariño y mimo, espero que te guste y pueda cubrir esa curiosidad literaria que tenemos después de leer un libro.

Aprieta aquí 👇

LINK PARA DESCARGAR GRATIS EL EBOOK MAKING OF

O escanea con la cámara del móvil esto 👇

Además, ya estoy escribiendo la próxima entrega de Bruno MALATESTA. Si quieres estar informado sobre mis novedades, puedes apuntarte a la newsletter en mi página web.

Te prometo no ser pesado.

Te mandaré solo y exclusivamente información de mis obras e

información sobre mi.

Aprieta aquí 👇
BRACCAIOLI - NEWS LETTER

O escanea con la cámara del móvil esto 👇

SOBRE EL AUTOR

Riccardo Braccaioli (Italia, 1982) es escritor, empresario y conferenciante.

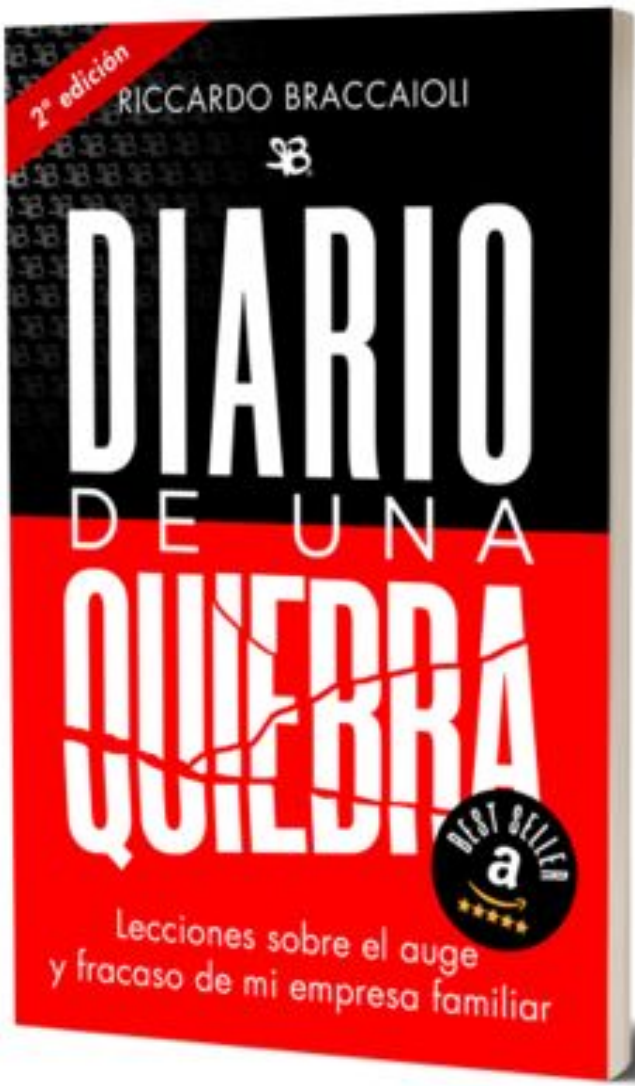
Ha escrito varios Best Sellers autobiográficos y de crecimiento personal como **DIARIO de una QUIEBRA**, **El PODER del FRACASO**, entre otros. Ayuda con sus obras a miles de personas para superar fracasos empresariales y personales y en no sentirse solos.

VENTANAS Microrrelatos Ilustrados, un libro revolucionario por su estructura, son 37 historias que giran alrededor de un elemento arquitectónico mágico, las ventanas.

Ahora con la **Serie MALATESTA,** ha iniciado el camino del escritor de novela negra.

Si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras una reseña en Amazon. Para nosotros, los autores que nos autopublicamos, es sumamente importante tener reseñas en la plataforma. Estas mantienen vivas las novelas.

DIARIO DE UNA QUIEBRA



¿Eres de los que creen que es mejor aprender de los errores ajenos y no de los tuyos propios?

Me gustaría contarte mi experiencia más dura como empresario, la quiebra de mi empresa familiar. El fracaso de los sueños, de las ambiciones, del trabajo de una vida y de mi familia.

Quince años de montaña rusa donde hubo éxitos y derrotas.

En Diario de una quiebra, te desgrano todos esos maravillosos y duros años de aprendizaje, me desnudo totalmente para mostrarte mis vivencias sin filtros y las emociones que me acompañaron en esta experiencia de incalculable valor.

Te explico la emocionante historia de cómo una pequeña fábrica de pizzas artesanas se convirtió en el negocio más disruptivo de comida italiana en España.

Abro mi corazón explicándote la tormentosa relación con mi padre, dificultad que se sufre en muchas empresas familiares con luchas de poder entre dos generaciones totalmente diferentes.

Si te ha gustado y es de tu interés te propongo dos cosas, la primera puedes descargarte totalmente GRATIS el primer capítulo. A continuación tienes el link y el código QR para escanear y recibir los primeros capítulos en PDF a tu correo electrónico.

Aprieta aquí 👇
LINK PARA DESCARGAR GRATIS EL 1º CAPÍTULO DE DIARIO DE UNA QUIEBRA

O escanea con la cámara del móvil esto 👇

La segunda es directamente acceder a Amazon donde puedes comprar el libro tanto en papel como en versión Kindle.

Aprieta aquí 👇
AMAZON - DIARIO de una QUIEBRA

O escanea con la cámara del móvil esto 👇

VENTANAS Microrrelatos Ilustrados

EL MÁGICO MUNDO DE RICKY

¿Cuánto hace que no ves a través de una ventana?

Hablo de ver, no de mirar.

Los microrrelatos son la mínima expresión de una historia.

Treinta y siete microrrelatos sobre ventanas. Escritos delante de mi ventana, recordando y creando historias que giran alrededor de este mágico elemento.

La ventana es un elemento físico y metafísico que nos rodea.

No hay casa sin ventana. No hay vida sin ventana. No hay ventana sin historia.

Este no es un libro al uso. Es un libro diferente.

Un libro sorprendente, en sus microrrelatos, en sus ilustraciones, en su disposición…

Lo sorprendente es mirar a través de las ventanas de la vida.

Te invito a viajar por las historias de mis ventanas para mirar tu vida a través de la tuya.

Es un libro para ver con ojos de niño y saborear con la experiencia de nuestra vida.

Si te ha gustado y es de tu interés te propongo dos cosas, la primera puedes descargarte totalmente GRATIS los primeros 3 microrrelatos. A continuación tienes el link y el código QR para escanear y recibir el primer capítulo en PDF a tu correo electrónico.

Aprieta aquí 👇

LINK PARA DESCARGAR GRATIS LOS PRIMEROS CAPÍTULOS

O escanea con la cámara del móvil esto 👇

La segunda es directamente acceder a Amazon, donde puedes comprar el libro tanto en papel.

Aprieta aquí 👇

AMAZON - VENTANAS

O escanea con la cámara del móvil esto 👇